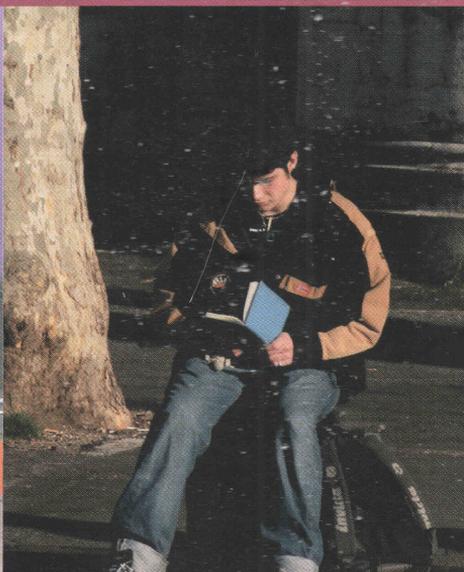
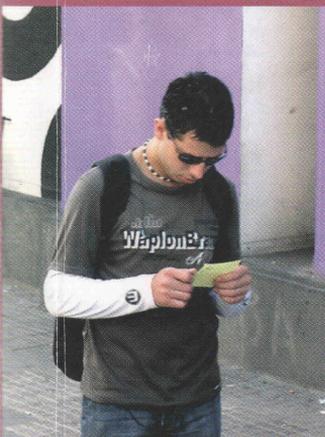


Juventud precarizada



De la formación al trabajo,
una transición riesgosa



María Lucero Jiménez Guzmán
Roxana Boso



**Juventud precarizada
De la formación al trabajo,
una transición riesgosa**

CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez

Directora

Dr. Rodolfo Uribe Inieta

Secretario Académico

Lic. Mercedes Gallardo Gutiérrez

Secretaria Técnica

COMITÉ EDITORIAL

Dra. Margarita Velázquez Gutiérrez

Directora del CRIM y presidenta del Comité

Dra. Ivonne Szasz Pianta

*Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos,
Urbanos y Ambientales de El Colegio de México, A.C.*

Dra. Blanca Rebeca Ramírez Velázquez

*Profesora-investigadora del Departamento de Teoría
y Análisis de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco*

Dr. Antonio García de León Griego

Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Dra. Elsa María Cross y Anzaldúa

Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

Dr. Rodolfo Uribe Inieta

Secretario académico del CRIM

Lic. Mercedes Gallardo Gutiérrez

Secretaria técnica del CRIM

Juventud precarizada De la formación al trabajo, una transición riesgosa

María Lucero Jiménez Guzmán
Roxana Boso
(coordinadoras)



Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Cuernavaca, 2012

HD 6278 Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición
A5 J89 riesgosa. / María Lucero Jiménez Guzmán, Roxana Boso, coordinado-
ras. Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidis-
ciplinarias, 2012
326 p.
ISBN 978-607-02-3430-9

1. Jóvenes - Mercado de trabajo - América Latina. 2. Estudiantes
graduados - Empleo - América Latina. I. Jiménez Guzmán, María
Lucero, coordinadora. II. Boso, Roxana, coordinadora.

Esta obra se dictaminó por pares académicos y fue aprobada
por el Comité Editorial del CRIM para su publicación;
cuenta con apoyo PAPIIT para su edición.

Diseño de forros: LadoB Editorial

Primera edición: agosto de 2012

D.R. © Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias,
Av. Universidad s/n, Circuito 2, Col. Chamilpa, C.P. 62210, Cuernavaca, Morelos.

ISBN 978-607-02-3430-9

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

Contenido

Introducción	9
<i>María Lucero Jiménez Guzmán, Roxana Boso</i>	
Los jóvenes ante la precariedad laboral	25
<i>Marco Augusto Gómez Solórzano</i>	
Reflexiones sobre el trabajo desde las experiencias laborales de jóvenes universitarios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires	47
<i>Roxana Boso</i>	
Algunas reflexiones y resultados de investigación sobre jóvenes, educación y trabajo en México	79
<i>María Lucero Jiménez Guzmán</i>	
Narrativas de la Contingencia: experiencias de riesgo laboral en procesos de transición a la adultez	118
<i>Fiorella Mancini</i>	

Diplomas e inserción laboral. Las representaciones de los universitarios del conurbado bonaerense argentino <i>Carolina Rosas y Javier Martín Toledo</i>	149
Brecha de ingresos y posición laboral de los jóvenes en la Argentina postconvertibilidad <i>Ana Miranda y Julio Zelarayan</i>	185
Jóvenes y género. Itinerarios laborales, laberintos de cristal y construcción de subjetividad <i>Mabel Burin</i>	209
Juventudes y proyectos de carrera laboral: significados personales del trabajo y la familia <i>Irene Meler</i>	239
La socialización para el trabajo <i>Elena M. Zubieta</i>	265
Educación Superior pública y privada en México Desigualdades institucionales y opiniones de los estudiantes <i>María Herlinda Suárez Zozaya</i>	295

Introducción

MARÍA LUCERO JIMÉNEZ GUZMÁN

Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

ROXANA BOSO

Universidad Católica Argentina (UCA), Universidad de Flores,

Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)

Un grupo de profesionales mexican@s y argentin@s, preocupados por el tema de los jóvenes y el trabajo, particularmente del sector universitario de nuestros dos países, decidimos hace ya varios años emprender un proyecto de investigación que permitiera aportar conocimiento sobre esta temática, desde una perspectiva plural y multidisciplinaria. Para tal efecto se realizaron cinco Seminarios Internacionales, en México y en Argentina, a los que asistieron diversos especialistas interesados en estas temáticas.

Además de presentar diversas ponencias y artículos para su discusión, esta tarea nos permitió conformar una interesante red de especialistas cuyo vínculo pretendemos continuar para seguir aportando en documentar estas realidades sociales.

Las coordinadoras de este libro nos dimos a la tarea de convocar a especialistas en el tema, recabar sus artículos y realizar su selección, en función de los objetivos generales del proyecto de investigación, el cual nos sirvió de marco para la realización de estas tareas académicas y que más adelante apuntaremos.

Es importante agradecer el apoyo que recibimos por parte del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) (IN308210-3) de la Universidad Nacional Autónoma de México, para la realización de los Seminarios Internacionales y para la publicación de este libro.

Tod@s l@s participantes hemos coincidido en que el análisis de la situación de los jóvenes y las problemáticas que actualmente enfrentan, constituye un tema de mayor relevancia.

Gran parte de la población mundial, la latinoamericana de forma destacada y en especial la población juvenil, vive atrapada en fuertes condiciones de vulnerabilidad.

Se considera que el abandono de las políticas que caracterizaron al Estado de Bienestar y en general, la imposición del modelo neoliberal capitalista, ha ahondado las condiciones de vulnerabilidad al haber debilitado la atenuación de los soportes que conformaron algunas de las certezas en la definición de los proyectos de vida de las personas y en las condiciones sociales objetivas que los hacen posibles. Hoy la prioridad es invertir en variables macroeconómicas, tener mucho dinero en las reservas, mientras que la inversión en educación y salud se limita, y en las últimas décadas, por lo menos en el caso mexicano, se invierte como nunca en “seguridad” y militarización, en vez de invertir en creación de empleos, no precarios.

La vulnerabilidad social de la juventud latinoamericana se define por el incremento de la pobreza, el desempleo, subempleo, informalidad y precarización laboral, los embates contra los sistemas de pensiones y jubilaciones, la afectación de los derechos y conquistas sindicales, la disminución de la cobertura y acceso de los servicios de salud, la atenuación del sistema educativo como elemento asociado a la movilidad social, el crecimiento de la violencia y la inseguridad.

Se coincide en que es necesario tener presente que, si bien el proceso de individualización abre nuevas oportunidades en términos de incremento de la autonomía de la personas, genera también nuevos riesgos, incertidumbres y desigualdades. Así, por ejemplo, es posible advertir que si la erosión y desvinculación de los referentes tradicionales que caracterizan y posibilitan la individualización no van acompañadas de la generación de nuevas formas de vínculo social, de la creación de nuevos imaginarios colectivos, se corre el riesgo de que la individualización devenga en un individualismo narcisista que lleva a la atomización, privatización y fragmentación del espacio social atentando contra la

viabilidad de la democracia (Valenzuela, 2009). Además, y esto es fundamental, estos procesos están atravesados por exclusión y por desigualdad.

La figura de “los universitarios” apareció en el panorama de la historia como portadora de la representación social de los individuos vinculados al conocimiento. Y, como en las diferentes épocas, el conocimiento ha sido valorado y significado de diferentes maneras, lógicamente, los universitarios también lo han sido, en términos del lugar que han ocupado y de cómo han sido “fabricados” y representados en cada sociedad. La de hoy es nombrada sociedad del conocimiento, en el supuesto que éste es la fuente principal de producción, riqueza y poder. Así que en la sociedad actual, los universitarios han adquirido un papel central, cuando menos en las sociedades ricas (Suárez y Pérez, 2008).

Es importante apuntar que las propuestas y representaciones en torno a la figura de los universitarios no surgen de la nada, sino que hay condiciones y grupos que las hacen surgir y, existen, por lo tanto, en torno a ellas, intereses, sospechas, adscripciones, rechazos, resistencias, oposiciones, querellas, acuerdos, pactos y oportunidades.

En el proyecto de investigación que desarrollamos se parte del supuesto de que las ideas, expectativas, percepciones de los jóvenes con respecto al trabajo deriva de un campo simbólico, producto de múltiples relaciones intersubjetivas. En las agencias de socialización, la familia y las instituciones educativas son las que inicialmente conforman ese campo simbólico, de acuerdo con creencias y valores que se van transmitiendo intergeneracionalmente. Las significaciones que va teniendo el joven sobre el trabajo, se retroalimentan a lo largo de su vida mediante otros vínculos y experiencias adquiridas de manera directa o indirecta

En Argentina y en México se ha dado un deterioro progresivo del empleo. Es por ello que una parte importante de este proyecto ha sido abordar, desde distintos puntos de vista, esta situación.

En nuestra investigación subyace el convencimiento de que atender a los jóvenes es atender al presente y al futuro de la sociedad. Comprender las significaciones que ell@s tienen del trabajo es un modo de reflexionar sobre posibles estrategias de acción, desde ámbitos educativos y laborales, que favorezcan la inclusión del joven en la sociedad y propicien su bienestar psicosocial y desarrollo integral.

Hay que insistir en que los jóvenes son sujetos activos, que participan y retroalimentan el entramado simbólico que une y vincula a las sucesivas generaciones.

De manera tradicional, el trabajo era para los jóvenes el medio necesario para lograr su autonomía y concreción de proyectos de acuerdo con ideales y aspiraciones personales. Educación y trabajo se habían instaurado socialmente como los medios necesarios para desarrollarse y ascender en la estructura social, al haber ocupado la actividad laboral un lugar de centralidad en la vida de los sujetos. Es sabido que el sentido subjetivo del trabajo fue adquiriendo particularidades a través de los siglos e incluso de las últimas décadas, de acuerdo con factores psicosociales e históricos que es posible identificar.

Lo dicho da cuenta de que las significaciones sobre el trabajo no sólo dependen de la experiencia propia sobre actividades laborales, sino también de sucesos sociohistóricos y culturales que afectan la dinámica de las relaciones sociales; asimismo, tienen implicancia en la transmisión intergeneracional.

Como dicen J. Pennebaker y B. Basanick (1998:45), cuando los sujetos vivencian sucesos sociales con un fuerte impacto en su vida cotidiana y que les resulta inéditos por no disponer de un saber social sobre los mismos, dichos sucesos forjan inscripciones mnemónicas que tienden a permanecer en el tiempo con una importante carga emocional —sobre todo en los individuos entre 12 y 25 años de edad—. Y esto los motiva a introducir cambios en sus ideales y valoraciones que se expresan en sus comportamientos sociales. A la vez, como refiere Ana María Gómez (2008), “lo que se transmiten de generación en generación son, fundamentalmente, significantes que hacen marca, que dejan traza, que producen huella (...) significantes no son sólo palabras”.

Ahora bien, en el caso de México y Argentina son conocidas las sucesivas crisis sociopolíticas y económicas que han afectado la estabilidad laboral de los trabajadores; es sabido, mediante diferentes investigaciones, que impactó en la vida subjetiva y por ende, en el significado que le otorgaban al trabajo. La última crisis del empleo en Argentina, que aún es recordada y tienen presente los jóvenes, es la que se expresó de manera coyuntural hacia fines del 2001. En México, la de 1994 fue gravísima y la actual (2009) parece aún mucho peor. Los datos de desempleo abierto del primer trimestre de 2009 parecen sin precedente. A nivel global y basta ver la situación de Estados Unidos, Europa y China, la situación se ve de largo alcance y profundidad, y uno de los aspectos que se están viendo más afectados es el tema del empleo.

Estudios que exploraron oportunamente el impacto subjetivo de la falta y deterioro del empleo, dan cuenta sobre importancia del trabajo en las subjetividades; no sólo ocasionaban modificaciones en la vida cotidiana, también en sus

valoraciones e ideales, es decir, en aspectos fundamentales en la conformación de las subjetividades (Jiménez *et al.*, 2007; Boso y Salvia, 2006). Asimismo, afectaron a las familias (Kessler, 1996) y a los tradicionales papeles que asumían los varones y las mujeres (Burin, 2007).

Es de suponer la importancia que estas vicisitudes tienen en el sentido que los jóvenes le otorgan al trabajo. Como refiere Ruiz Quintanilla (1991), son las familias y las instituciones educativas las que favorecen el entramado simbólico intergeneracional mediante la transmisión de creencias, valores y expectativas, influyendo de esta manera en las representaciones que los sujetos (jóvenes) se conforman acerca del trabajo.

Esto no excluye considerar la incidencia de las propias experiencias de los jóvenes respecto del mundo del trabajo. Como señala Krau (1987), éstas particularizan la representación que los jóvenes se habían conformado acerca del trabajo.

El campo simbólico donde se configuran las significaciones que los jóvenes le dan al trabajo se encuentra en permanente retroalimentación, generando escenarios por un lado comunes en cuanto a un contexto social compartido, pero únicos respecto de las particulares experiencias de vida familiar y personal. Esto quedó bastante evidenciado, acorde con los resultados de la investigación realizada tanto en México como en Argentina y que podrán leer en los artículos respectivos.

LOS JÓVENES Y EL TRABAJO

Los jóvenes

En la transición hacia la vida adulta, no basta identificar la edad cronológica de los sujetos; el proceso de socialización adquiere importancia en tanto consiste en adquirir y adoptar las normas, valores y expectativas que caracterizan a la cultura de la cual el sujeto forma parte. Mario Margullis (1996, en Pérez Rubio, 2004) refiere que el joven es “sujeto” de socialización, en tanto la juventud es una construcción histórica y social, en la que intervienen un conjunto de prácticas discursivas por la que el joven como agente activo no sólo reproduce y afirma el orden social vigente, sino es también actor social, fundamental en nuestra formulación por el protagonismo que le damos a la perspectiva intergeneracional.

En este campo de las construcciones sociales, el género es una de ellas, al intervenir caracterizando esa transición hacia la vida adulta. Más allá de las diferencias de sexo, el contexto sociocultural configura modos esperables de ser varón y mujer en ese determinado grupo social. M. L. Jiménez Guzmán (2007) realiza un interesante estudio al respecto y es categórica al afirmar cómo la sociedad le asigna una función productora a los varones y reproductora a las mujeres, quedando articulado el papel de autoridad sobre el poder masculino, dinámica que entra en crisis en contextos de falta de empleo al encontrarse el varón frente a la dificultad de asumir dicha función. En esta investigación se procura explorar la vigencia de esas tradicionales subjetividades masculinas y femeninas en los jóvenes respecto del trabajo.

¿Y por qué focalizar nuestro estudio en jóvenes universitarios? De acuerdo con estudios realizados por Rieger (1975, 1984; en Craig, 2001) y Perry (1970; en Craig, 2001) aquellos jóvenes que cursan estudios universitarios desarrollan un pensamiento dialéctico mediante el cual procuran integrar lo ideal con lo real, y romper con paradigmas duales y simplistas para incursionar en una perspectiva más relativista, con posibilidad de alcanzar un pensamiento autónomo y crítico, y toma de decisiones con independencia y autodeterminación.

El trabajo

Como señala Marie Jahoda (1987:25) en el Oxford English Dictionary existen no menos de 39 significados diferentes del término “trabajo”; sin embargo, entre ellos existe algo en común y es que se refieren a una “acción encaminada a conseguir un propósito o el resultado de dicha acción”, es decir, una actividad que manifiesta algo esencial del estar vivo. Marca la diferencia (al igual que otros autores como Meda, 1998; Rifkin, 1996) entre el trabajo y el empleo, considerando a este último como el trabajo que se realiza en condiciones contractuales, de acuerdo con regulaciones y normas vigentes por las cuales el sujeto recibe una remuneración material. El término empleo excluye a los trabajos por cuenta propia, el trabajo voluntario con fines sociales, el trabajo doméstico informal. En esta investigación nos ocuparemos de los jóvenes que tienen un empleo formal.

Ahora bien, el trabajo es una actividad social que no sólo le permite al ser humano incorporarse en la sociedad como productor, sino que también recibe

a cambio un reconocimiento y una valoración social (Meda, 1998). De este modo, el trabajo es una importante vía de satisfacción para el sujeto que trabaja. Además es un factor de integración social, por lo que este autor señala lo siguiente: “El trabajo es una obra colectiva, el auténtico medio de comunicación entre los individuos (Meda, 1998:22).

Desde el Psicoanálisis, ya Freud, en 1930 se refirió al trabajo en el artículo *El malestar en la cultura* (1930:3027), al referirse a él como nexo del individuo con la sociedad:

...ninguna otra técnica de orientación vital liga al individuo tan fuertemente a la realidad como la acentuación del trabajo, que por lo menos lo incorpora sólidamente a una parte de la realidad, a la comunidad humana. La posibilidad de desplazar al trabajo y a las relaciones humanas con él vinculadas una parte muy considerable de los componentes libidinosos narcisistas, agresivos y aún eróticos de la libido, confiere a aquellas actividades un valor que nada cede en importancia al que tienen como condiciones imprescindibles para mantener y justificar la existencia social.

De este modo, el trabajo sería una de las actividades que propician protegerse del sufrimiento por ligarse en él los componentes narcisistas tanto agresivos como eróticos de la libido.

Jahoda (1987) y Aguiar (1997) entre otros, señalan que el empleo es una actividad que le facilita al ser humano estructurar temporalmente su vida cotidiana, además de entablar vínculos interpersonales extrafamiliares de manera regular y sistemática, contar con un grupo de pertenencia y posicionamiento en la sociedad y tener la posibilidad de participar de objetivos y proyectos que trascienden su individualidad.

Como se pone de manifiesto, a lo largo de las décadas el trabajo fue satisfaciendo unas y otras necesidades de los hombres por lo que asumió el estatus de configurador de subjetividades. Y esto sobre todo se puso en evidencia en los períodos de crisis del empleo, por ser situaciones sociales que alteran las dinámicas familiares y generan huellas en las subjetividades. Se dispone al respecto de aportes de diversidad de autores, de acuerdo con teorías sociológicas y psicológicas. En referencia al impacto psicosocial que produjo la falta y deterioro del trabajo en la vida de las personas: Jahoda, 1987; Aguiar, 1997; Meda, 1998; Rifkin, 1996; Castel, 1997; Sen, 1997. En lo que se refiere a la alteración

que ocasionó en el ámbito familiar, son útiles los aportes de Jackson y Walsh (1987) al detectar que la crisis del empleo no sólo ocasiona un detrimento en el ingreso económico, sino que también produce una transformación en las relaciones sociales y un cambio en el ejercicio del papel de autoridad (lo cual es confirmado por Jiménez Guzmán, 2007 y Mabel Burin en investigaciones que desarrolló a nivel local, 2007).

Hemos investigado mucho para intentar comprender el impacto que la crisis del empleo puede producir en las subjetividades, alterando no sólo la vida cotidiana individual y familiar, sino también valoraciones e ideales que producían cambios en el comportamiento social de sujetos adultos con responsabilidad familiar.

Compartimos el interés por conocer los factores intervinientes en la construcción del sentido que los jóvenes le otorgan al trabajo. Y siendo que la configuración de las subjetividades se sustenta en las relaciones que los sujetos establecen con otros desde el mismo momento que nace, nos preguntamos por aquellas relaciones intersubjetivas producto no sólo de una dinámica familiar ni de instituciones educativas por las que transitó el sujeto. También las propias experiencias y las de otros que produjeron interrogantes en los jóvenes con dificultad para dar respuesta a ellos por no disponer de representaciones que se ajustasen a la realidad que se les presentaba.

Ahora bien, se dispone de amplia bibliografía sobre la importancia del trabajo en la configuración de las subjetividades de los jóvenes, siendo una de las actividades que les facilitan independizarse de la vida familiar y proyectar un futuro.

Como resultado del proyecto de investigación al que nos hemos referido, se ha producido una serie de artículos donde se interroga acerca del mundo de los jóvenes y el trabajo, en distintos ámbitos, países y clases sociales.

En este libro se incorporan reflexiones teóricas relevantes, así como resultados de investigación empírica realizada recientemente, vinculando información más general a nivel nacional, y mira y analiza estos fenómenos sociales desde diversas perspectivas: económica, antropológica, sociológica, psicológica y psicoanalítica.

A continuación se presenta un resumen del contenido del libro y sus autores:

Desde una perspectiva global y estructural, Marco Augusto Gómez Solórzano nos plantea, en su artículo “Los jóvenes ante la precariedad laboral”, cómo se repiten ahora condiciones parecidas a los años sesenta, en que millones de

jóvenes en todo el mundo protestaban por los ataques a sus condiciones laborales y de vida. La derrota paulatina de los trabajadores en general y de los jóvenes en particular, a partir del '68, abrió el camino a toda una serie de reformas globales que instauraron este mundo neoliberal de la “carrera hacia abajo”.

También nos plantea que los extremos a los que ha llegado esta “carrera hacia abajo”, provocando bajísimos ingresos, altos índices de desempleo, jornadas laborales extendidas, precariedad, informalidad y migración forzada, ha dado nacimiento a la generación del llamado “precariado”. Plantea que ahora, 2006-2011, se presencian nuevos estallidos de la juventud del mundo. La causa: de un lado, el peso específico de los jóvenes ha aumentado en la sociedad global, mientras que de otro lado, son los jóvenes los que más soportan los estragos del “capitalismo salvaje”. El autor hace un sintético recorrido por las condiciones actuales de la juventud trabajadora en el mundo.

Roxana Boso en su artículo “Reflexiones sobre el trabajo desde las experiencias laborales de jóvenes universitarios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires” afirma que el trabajo, a lo largo de la historia y de acuerdo con diversos factores psicosociales y contextos socioculturales y económicos, fue asumiendo distintas significaciones subjetivas. Actualmente se están produciendo modificaciones al respecto, en particular en la población joven.

Sus experiencias laborales, ya sean propias como de personas allegadas al entorno social, colaboran para ello. Es a través de éstas como se comprende la construcción de muchas de las significaciones que tienen l@s jóvenes sobre el trabajo. Para ello se realizaron entrevistas a expertos e informantes claves, que dieron lugar a grupos focales con jóvenes universitarios de la CABA, segmentados según sexo, entre 20 y 29 años.

Para el caso mexicano, María Lucero Jiménez Guzmán en su artículo “Algunas reflexiones y resultados de investigación sobre jóvenes, educación y trabajo en México” retoma los objetivos del Proyecto de Investigación que fue base de este libro, aportando información que muestra las difíciles y precarias condiciones en que se encuentran viviendo los jóvenes mexicanos. En el análisis de la precarización de la juventud en el caso de México resulta importante incorporar información general del país, por lo que para este artículo se retomó una parte muy relevante, obtenida en la Encuesta Nacional de la Juventud Mexicana de 2005.

Con la finalidad de ahondar en el análisis y obtener información de corte más cualitativo, relativa a un sector específico de población, universitarios, tam-

bién presenta los resultados de la investigación realizada por ella en 2010 y 2011 en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Plantel Xochimilco, con jóvenes de diversas carreras. La autora realizó Grupos Focales y también aplicó más de 200 cuestionarios a jóvenes de distintas carreras y obtuvo información relevante, concluyendo su artículo con reflexiones más generales que coinciden con las aportaciones de otros autores especialistas en el tema que han evidenciado la gravedad de la situación laboral de los jóvenes en el mundo actual. Es también interesante resaltar que los resultados de investigación aportados en este artículo coinciden con los de los otr@s autores de este libro; en algunos casos difieren o tienen matices importantes, y es conveniente resaltarlos pues nos lleva a la conclusión de que si bien es cierto que existen procesos sociales y económicos globalizados, también es cierto que se mantienen diferencias, dependiendo de la sociedad concreta y de las condiciones socioeconómicas e históricas de cada contexto.

Fiorella Mancini analiza los casos tanto argentino como mexicano, en su artículo “Narrativas de la contingencia: experiencias de riesgo laboral en procesos de transición a la adultez”, donde pretende desentramar las conexiones sociales existentes entre el proceso de transición a la adultez y la experiencia del riesgo laboral. El análisis está centrado en comprender dinámicas concretas que asumen las diversas experiencias del riesgo laboral en una fase temprana del curso de vida de los individuos, con el objeto de intentar asir la impronta que dejan los procesos de incertidumbre social sobre las distintas trayectorias posibles de transición a la vida adulta.

La autora plantea que a partir de las transformaciones económicas y sociales de los últimos años, se asiste a un cambio de la distribución y en la intensidad de los riesgos entre las tres fuentes básicas de gestión de la seguridad social: el estado, la familia y el mercado, donde éste último adquiere una preponderancia distinta y mayor que en el pasado reciente, en detrimento, de la primera especialmente. La efectividad del ejercicio de derechos sociales asociados a la seguridad, tiene, principalmente en América Latina, un fuerte nexo monetario cuya principal vía de acceso es el mercado de trabajo.

Considera que la incertidumbre laboral y la redistribución de los riesgos, relacionados con los procesos de globalización e internacionalización de la economía, habilitan y exigen una mayor heterogeneidad en las transiciones hacia la adultez y un aumento en la diversidad de trayectorias laborales juveniles donde la desregulación de los mercados de trabajo, la creciente inestabilidad

laboral, la reducción de las prestaciones sociales y el aumento del desempleo son los elementos que generarían los principales sentimientos de riesgos y falta de protección social entre los más jóvenes.

Carolina Rosas y Javier Martín Toledo en su artículo “Diplomas e inserción laboral. Las representaciones de los universitarios del conurbado bonaerense argentino” analizan las representaciones de los jóvenes acerca del trabajo y de los estudios, así como las maneras en que esperan conciliar esos ámbitos con la formación de la familia.

Aquí se presentan resultados derivados de los estudiantes universitarios avanzados de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Matanza. Los autores destacan que en Argentina poco se ha indagado acerca de los jóvenes que ingresan a las nuevas universidades nacionales del conurbado bonaerense. Sin embargo, esas universidades y sus estudiantes tienen particularidades, y deben ser comprendidas en su especificidad. Para acceder a las representaciones colectivas, se realizaron grupos focales con los jóvenes universitarios, lo cual constituye la principal base informativa del análisis.

Afirman que las formas flexibles y precarias que el mercado de trabajo argentino asumió a partir de los años noventa han producido nuevas representaciones entre los jóvenes. Prevalecen, tanto en varones como en mujeres, las representaciones instrumentales del trabajo y de los estudios universitarios. A su vez, las ideas como *full time*, proactividad o polifuncionalidad se han vuelto comunes y han sido asumidas como signos de los nuevos tiempos. Sin embargo, también emergen valores asociados con generaciones anteriores, tales como la búsqueda de “estabilidad laboral” o la idea de progreso. Esa tensión se resuelve en la expectativa de conjugar la continuidad en el mercado de trabajo con la posibilidad de cambiar y crecer laboralmente. Así, las y los jóvenes analizados por Rosas y Toledo anhelan que el futuro les depare seguridad laboral sin que eso signifique afincamiento en un mismo puesto de trabajo.

Ana Miranda y Julio Zelayaran en su artículo la “Brecha de ingresos y posición laboral de los jóvenes en la Argentina post-convertibilidad” nos plantean que los años noventa fueron escenario de fuertes transformaciones de carácter estructural. El proceso de reformas tuvo amplias implicancias en el mercado laboral, entre las que se destacaron altas tasas de desocupación, un significativo incremento de la precariedad laboral y la vulnerabilización del sector del trabajo.

Dicen que en el caso particular de los jóvenes el deterioro laboral se hizo evidente ante el incremento de la desocupación y la precariedad laboral. Procesos

que, sin embargo, no afectaron a todos por igual. En efecto, mientras los grupos de menores recursos económicos y capital educativo quedaron marginados de las oportunidades de empleo, integrando el grupo de “exclusión”, los jóvenes de mayores ingresos y mayores niveles educativos fueron muchas veces favorecidos por los procesos de “modernización” sobre todo en las empresas del sector servicios. De este modo, se fue configurando un universo polarizado en el cual los jóvenes de distintos niveles educativos obtenían empleos e ingresos ampliamente desiguales.

Es un hecho conocido que el modelo de los años noventa fue caducando hasta concluir en una de las peores crisis de nuestra historia en el año 2002. Y que posteriormente a esa crisis, la estrategia económica fue modificada en varios de sus puntos nodales, entre los que es importante destacar: la devaluación del tipo de cambio con su impactos en la generación de empleo, la amplia cobertura de los programas de ingresos condicionados, la mayor vigencia de las instituciones laborales —convenios colectivos, consejo del salario—, entre otras medidas que generaron un mejor nivel de vida en el conjunto de la población.

En este contexto en los primeros años del modelo post-convertibilidad, los estudios sobre inserción laboral juvenil fueron señalando nuevas problemáticas, vinculadas ya no tanto a la desocupación sino a la precariedad y la alta rotación de las ocupaciones juveniles. Partiendo de estos debates y con el objetivo de avanzar en un diagnóstico de coyuntura que sea útil en el análisis estructural, en el texto se abordará la situación laboral de los jóvenes de distintos niveles educativos en relación con los indicadores de empleo, ingresos y calidad de las ocupaciones. Con ese objetivo se trabajará con datos de la EPH-INDEC para el total de los aglomerados urbanos.

Por su parte, Mabel Burin, para el caso argentino desarrolla un artículo “Jóvenes y género. Itinerarios laborales, laberintos de cristal y construcción de subjetividad” donde se plantean algunos criterios utilizados para una investigación titulada *Jóvenes y Trabajo: género y construcción de subjetividades*, realizada en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), en Buenos Aires, Argentina. El acento está colocado en la construcción de la subjetividad, femenina y masculina, en relación con los modos de inserción laboral, en un contexto social de realidades cambiantes y complejas.

En este artículo se analizan los recursos subjetivos con que cuenta la gente joven para enfrentar tales realidades, advirtiendo sobre algunos Mecanismos de Defensa, tales como la Omnipotencia, la Negación y la Idealización, como obstáculos para elaborar los conflictos que les presenta la inserción laboral.

También se analizan las Teorías de las identificaciones, desde una perspectiva psicoanalítica, para describir diversos modos de posicionamientos en el género. El concepto de Resiliencia, como recurso subjetivo, es analizado desde una perspectiva crítica constructiva.

Se incluye el análisis del Techo de Cristal en la carrera laboral de las mujeres, un problema al cual se suma el de los Laberintos de Cristal que encuentra un amplio grupo de mujeres en sus trayectorias laborales. Se analizan los conceptos de Sexismo hostil y Sexismo benevolente en la elección de carreras laborales, y la así llamada ceguera de género entre la gente joven.

Finalmente, se sugiere la figura de una Mentora que ayude a sostener los proyectos e inquietudes de las jóvenes en las nuevas realidades laborales.

Irene Meler, por su parte, en su artículo “Juventudes y proyectos de carrera laboral: significados personales del trabajo y la familia”, presenta reflexiones acerca de las áreas por indagar en un estudio cualitativo sobre *Jóvenes y Trabajo*, que está siendo realizado desde una perspectiva que aúna el enfoque de Género con los aportes de las teorías psicoanalíticas. Asimismo, se comunican algunos hallazgos preliminares obtenidos en las entrevistas que se están llevando a cabo en el curso de la investigación.

Se advierte una tendencia hacia el surgimiento de un sector juvenil no contestatario sino integrado, que presenta una amalgama peculiar entre las tendencias actuales hacia la paridad entre los géneros y la flexibilidad laboral, y la conservación de algunos valores tradicionales.

La compatibilidad entre trabajo y familia se dificulta en las actuales condiciones laborales, por lo que el autoempleo aparece como una alternativa atractiva y viable.

Por su parte, Elena Zubieta en su artículo “La socialización para el trabajo” nos presenta la perspectiva psicosocial del trabajo, fundamentada en la interacción social, la interpretación cultural que del trabajo se hace y en la construcción de símbolos que dan origen a creencias y valores compartidos. La importancia que las personas conceden al trabajo en el sistema de valores colectivos y/ o los valores a él asociados ha sido un abordaje de creciente interés en las últimas décadas (Peiró, Prieto y Roe, 1996).

En lo que respecta a las diferencias en el significado del trabajo y las creencias y valores a él asociados, éstas no sólo se dan a lo largo de diferentes períodos históricos sino también entre países y culturas. Asimismo, al interior de un país o cultura, las representaciones o creencias acerca del trabajo varían

en función de grupos conformados en términos de las ocupaciones, la edad o el sexo. A la hora de caracterizar el trabajo, también influyen diferentes variables de personalidad que interactúan con los determinantes sociales, culturales e históricos para configurar nuestra propia manera de entender al trabajo.

Al analizar un caso más particular para el caso mexicano, finalmente, María Herlinda Suárez Zozaya, en su artículo “Educación Superior pública y privada en México. Desigualdades institucionales y opiniones de los estudiantes” presenta, discute y analiza algunas de las ideas dominantes que hay en el país acerca de las instituciones de educación superior, públicas y privadas, y de los estudiantes que acuden a ellas. Señala que, desde la década de los años setenta, con la aparición y proliferación de la universidad de masas y, un poco más tarde, con la diversificación de la oferta de la educación superior en el país, se tornó evidente que “no todos los estudiantes son lo mismo” y que tampoco lo son las universidades. Usando los resultados arrojados por la Encuesta Nacional de Alumnos de Educación Superior (ENAES, ciclo escolar 2008-2009), el texto muestra que la diversidad y la heterogeneidad de la estructura institucional de la educación superior en México han complejizado la experiencia estudiantil y que, por lo tanto, las cartografías analíticas desde donde suele darse la discusión académica y se sitúan los discursos mediáticos en torno a las diferencias entre las universidades públicas y las particulares resultan inadecuadas.

Este texto representa una invitación a dar un nuevo sentido a la división público-privado en la educación superior, demostrando que la distinción tajante entre estos dos sectores es engañosa. Anclado en resultados de tipo estadístico y en un análisis crítico ofrece el material suficiente para desechar las afirmaciones que hacen referencia a diferencias absolutas entre los dos segmentos, y que los homogenizan al interior de cada uno. Deja bien claro que la diversidad está presente en ambos sectores y que las diferencias que se les atribuyen, en términos de calidad y pertinencia académica, no se sostienen empíricamente.

Más allá de ofrecer una visión que pondere la importancia y el desempeño de un sector —y de sus estudiantes—, por sobre el otro, lo que intenta este texto es develar que la heterogeneidad cultural y la desigualdad estructural que existen en México son, al fin y a cabo, los elementos clave que delinear las condiciones multidimensionales y contradictorias en las que sucede la experiencia estudiantil en el México contemporáneo, y que las posiciones que polarizan lo público y lo privado obedecen, más bien, a conflictos y disputas de tipo ideológico que han erosionado la confianza que los jóvenes, y en general

de la sociedad mexicana, tienen en la educación superior y, particularmente en las universidades públicas.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguiar, E. (1997), "La desocupación: algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales", *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. 20, núm. 1, Buenos Aires, Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.
- Boso R. y A. Salvia (2006), "Condiciones sociales del malestar subjetivo en un entorno de crisis y desempleo masivo", *Revista de Psicología UCA*, vol 2 núm. 3.
- Burin, M. (2007), "Trabajo y parejas: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros", en *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM.
- Castel, R. (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- Craig, G. (2001), *Desarrollo psicológico*, 8a ed., México, Pearson Educación.
- Freud, S (1930), "Malestar en la Cultura", *Obras Completas*, Tomo III, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva
- Gómez A. M. (2008), "Entre generaciones", *Lo transgeneracional*, Buenos Aires, Actualidad Psicológica, núm. 367.
- Jackson, P. R. y S. Walsh (1987), "Unemployment and the Family", en D. Fryer y P. Ullah (eds), *Unemployed People: Social and Psychological Perspectives*, Milton Keynes, Open University Press.
- Jahoda, M. (1987), *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*, Madrid, Morata.
- Jiménez Guzmán, M. L. (2007), "Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado", *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM.
- Kessler, G. (1996), "El impacto social del desempleo. Aportes de la experiencia internacional", en L. Beccaria y N. López (comp.), *Sin trabajo*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.

- Krau, E. (1987), "The Crystallization of Work Values in Adolescence: A Sociocultural Approach," *Journal of Vocational Behavior*, núm. 30, pp. 103-123.
- Margullis, M. (1996), "La juventud es más que una palabra", en A. M. Pérez Rubio (2004), *Los jóvenes y el trabajo. Un estudio sobre representaciones sociales*, Organización de Estados Iberoamericanos. Monografías virtuales, núm. 4, junio <www.oei.es/valores2/monografias/monografia04/index.html>
- Meda, D. (1998), *El trabajo*, Barcelona, Gedisa.
- Peiró, J. M., F. Prieto y R. A. Roe (1996), "El trabajo como fenómeno psicosocial", en J. M. Peiró y F. Prieto (eds.), *Tratado de Psicología del Trabajo: Aspectos psicosociales del trabajo*, vol. II, Madrid, Síntesis.
- Pennebaker, J. W. y B. Basanick (1998), "Creación y mantenimiento de las memorias colectivas", en D. Jodelet, D. Páez, J. F. Valencia, J. W. Pennebaker y B. Rimé (eds.), *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Bilbao, Euskal Herriko Unibertsitatea, pp. 31-47.
- Rice, P. (1997), *Desarrollo humano. Estudio del ciclo vital*, 2ª ed., México, Pearson Educación.
- Rifkin, J. (1996), *El fin del trabajo*, Buenos Aires, Paidós.
- Ruiz Quintanilla, S. A. (1991), "Introduction: The Meaning of Work", *European Work and Organizational Psychologist*, núm. 1, pp. 81-89.
- Sen, A. (1997), "Desigualdad y desempleo en la Europa contemporánea", *Revista Internacional del Trabajo*, vol. 116, núm. 2, Ginebra, Organización Internacional del Trabajo.
- Secretaría de Educación Pública-Centro de Investigación y Docencia Económicas (2008), *Encuesta Nacional de Alumnos de Educación Superior (ENAES)*, México, SEP-CIDE.
- Suárez, M. H. y J. A. Pérez Islas (2008), "La disputa por la representación contemporánea de los universitarios en México, o de cómo y para qué forma la universidad pública a los jóvenes", en M. H. Suárez y J. A. Pérez Islas (coords.), *Jóvenes universitarios en América Latina, hoy*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- Valenzuela, J. M. (2009), *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*, México, El Colegio de la Frontera Norte-Juan Pablos Editores.

Los jóvenes ante la precariedad laboral

MARCO AUGUSTO GÓMEZ SOLÓRZANO

Departamento de Relaciones Sociales/UAM Xochimilco

INTRODUCCIÓN

UN FANTASMA RECORRE EUROPA (Y EL MUNDO):

EL FANTASMA DEL '68

Los estallidos sociales en el mundo han sido más intensos y más extendidos en las últimas dos crisis económicas mundiales del capitalismo (2001, 2009). Una característica importante de los años 2000 ha sido la gran participación de los jóvenes. En Europa, primero con Francia en 2005 donde estallaron motines, en este caso de los jóvenes de origen africano que habitan los ghettos (ciudades perdidas) industriales de este país, y en 2006, grandes protestas de unas 150 ciudades francesas, esta vez de jóvenes que protestaban en contra de los intentos de modificar la ley laboral que ellos veían como atentado a su ya de por sí precaria condición laboral. Hacia 2008, cuando el desempleo, en particular el juvenil, alcanzó niveles sin precedentes, Sarkozy expresaba un temor que, una vez más “el fantasma del ‘68 recorre Europa”, por la amplitud de las

protestas de jóvenes que recordaban las batallas campales del mayo del '68 en las calles del Barrio Latino.

En 2010, en respuesta a las medidas anticrisis que los gobiernos europeos quisieron imponer, los jóvenes se unieron a las protestas de los trabajadores adultos. En Francia la protesta contra la reforma a la ley de retiro se generalizó a todos los sectores; en Escocia, los estudiantes y los jóvenes escenificaron grandes protestas en Dundee. En Portugal, más de 3 millones de trabajadores estallaron la mayor huelga general jamás vista. Muchos jóvenes participaron en la marcha de 300,000 personas en Lisboa, en mayo de ese año.

En el Reino Unido la escala de las protestas juveniles desbordó todas las expectativas. Los estudiantes se tomaron por asalto las calles de Londres y las protestas por el intento de la coalición gobernante de elevar las cuotas de las universidades se tornaron violentas. El sentimiento popular era que mientras un millón de jóvenes se encontraban desempleados, el gobierno pretendía impedir el acceso a las universidades para todos menos a los más ricos.

En los meses de septiembre a octubre de 2010, en Europa, las huelgas y protestas se extendieron en contra de las medidas de austeridad que los gobiernos adoptaron. El 29 de septiembre fue un día de protestas de los trabajadores de toda Europa. En treinta países hubo algún tipo de protesta por las medidas que los gobiernos implementaron para enfrentar la crisis económica, y que iban en contra de los trabajadores: bajar los salarios, eliminar o limitar las prestaciones, las pensiones y otras conquistas de los trabajadores obtenidas luego de más de un siglo de luchas. Hacia mediados de 2011, de nuevo grandes protestas estallaron en Inglaterra, en Israel y la situación se mantuvo tensa en muchos otros países.

Por otra parte, en 2011 las medidas antitrabajo de los gobiernos para responder a la más reciente crisis económica mundial fueron la mecha que encendió la pradera en África del Norte y Medio Oriente, provocando las sublevaciones de millones de jóvenes en contra del neoliberalismo despótico tercermundista implantado allí desde hace décadas.¹ En el resto del mundo, los jóvenes en esos años se encontraban al frente de protestas estudiantiles, callejeras, de insurrecciones civiles y otras no tan civiles, tanto en el campo como

¹ Como documenta Don Tapscott (2011), 24% de los jóvenes de Tunisia y Egipto se encontraba desempleado, mientras que Schumpeter (2011) muestra que 40% de la población trabajadora del Oriente Medio y 32% de la del Norte de África vive con menos de US 2 dólares al día, la mayoría jóvenes. Todo esto sirvió de catálisis en las revueltas de la región.

en las ciudades. Por ser uno de los centros de experimentación primera de la precarización laboral, el caso de Chile ha sido emblemático en la insurrección juvenil mundial, en tanto escenificó durante muchos meses la protesta organizada de miles de estudiantes de todos los niveles a favor de la educación gratuita y por imponerle el carácter no lucrativo a la educación privada.

LA POTENCIALIDAD FRUSTRADA DE LOS JÓVENES

Si bien puede afirmarse que los jóvenes siempre forman parte de la vanguardia del cambio social, en tanto que constituyen las nuevas generaciones portadoras de nuevas ideas y de la energía para tratar de llevarlas a cabo, también es cierto que la condición de salvajismo de las formas actuales del capitalismo agudiza la lucha por la supervivencia y el ansia por cambiar el mundo vivido. La generalización de la educación pública y, en general, la elevación de la cultura, producto de luchas sociales de generaciones pasadas, aunque hoy se encuentren seriamente deterioradas, producen muchos individuos con mayores potenciales sociales y más altas ambiciones. Es indudable que el choque entre un mundo más precarizado y nuevas generaciones con mayores potenciales sociales crea situaciones explosivas. Muchos gobiernos del mundo pretenden calmar los ánimos de los jóvenes, prometiendo más educación, si no proporcionada por el Estado, al menos financiada con becas del Estado. Esto ha dado lugar, inspirada en las nuevas tecnologías de la información, a la utopía de la “era de la sociedad del conocimiento”: la esperanza de que si los jóvenes se preparan en las nuevas tecnologías, entrarán al mundo de los buenos trabajos, altamente calificados y bien remunerados.² Cuando no se trata de los “ni-nis” (jóvenes que ni trabajan ni estudian), la realidad es que más bien, lo que se está dando es una coyuntura en la que hay “mayor acceso a la educación pero menores oportunidades de empleo” (Boso, 2010). ¿De qué sirve producir más jóvenes ingenieros, médicos, científicos (‘trabajadores del conocimiento’, etcétera si el destino es trabajar en los *call centers* del mundo, o como taxistas, vendedores de computadoras o de software o en puestos macdonalizados en todos los ámbitos (Ritzer, 1996). Martin Allen y Patrick Ainley (2011) cuestionan los pronósticos optimistas

² Según Drucker, (ya en 1993) “los ganadores en la carrera de globalización serían los que se enganchan en la creciente clase de ‘trabajadores del conocimiento’”.

acerca del crecimiento de la llamada ‘economía del conocimiento’, y rechazan categóricamente que los países avanzados del centro de la economía mundial puedan salir de las crisis económicas meramente con programas educativos. Muestran cómo es precisamente el sector de jóvenes recién graduados de las universidades los que se han estado quedando sin empleo.

FLEXIBILIZACIÓN DEL TRABAJO EN LAS CRISIS ECONÓMICAS

En efecto, en la última década han sido los jóvenes los que han estado al frente de las grandes protestas que han estallado en oposición al proceso de precarización laboral y de menor crecimiento económico que ha caracterizado el desenvolvimiento de la economía global desde principios de los años setenta (Gómez, 1992).³

En medio de las crisis cíclicas del capitalismo global, una media docena o más desde 1970 según el método de medición,⁴ las empresas, las instituciones globales y buena parte de los gobiernos del mundo han procurado salvaguardar las ganancias empresariales y, con ello, la continuidad del proceso de acumulación de los capitales, en la mayoría de los casos de manera unilateral haciendo recaer los costos sobre la mayor parte de la población. Significativamente, estos agentes han echado mano de medidas que, o bien conducen *in situ* a la extensión de las jornadas laborales —sociales e individuales— y a la intensificación

³ Según Maddison (1987), posterior a la “era dorada” del capitalismo global de la postguerra, a partir de mediados de los años setenta, la economía mundial entra en un período de ralentización de los índices de crecimiento (pib, productividad, tasas de inversión, investigación y desarrollo). Para contrarrestar el efecto que esto tiene en las ganancias de los capitales, las empresas, los gobiernos y las instituciones internacionales implementan medidas que instauran una larga época de lo que los economistas ‘regulacionistas’ llaman de acumulación extensiva: “un proceso de industrialización que se caracteriza por absorber una fuerza de trabajo constante o descendente, por una disminuída introducción de innovaciones tecnológicas en el proceso productivo, por un aprovechamiento más intenso de los recursos existentes o estrechándose y por condiciones más restringidas del mercado” (Gómez, 1993, p. 40)

⁴ Hay muchos estudios sobre las crisis cíclicas, o ciclos económicos, o ciclos de los negocios, pero poca precisión y muchos desacuerdos. El acuerdo más consensado (con excepciones también en esto) es que existen. Una fuente importante es el National Bureau of Economic Research, la institución privada más reconocida que intenta medir los ciclos en Estados Unidos. La globalización más intensa de las relaciones económicas en el último siglo ha provocado una creciente sincronización de los ciclos nacionales, que se mostraban más dispersos en el pasado.

de las cargas laborales, o bien facilitan que los capitales migren a sitios donde las condiciones laborales son más permisivas o permiten la inmigración de trabajadores más fáciles de explotar intensamente.⁵

Por un lado, la extensión social *in situ* de la jornada laboral y su intensificación han acelerado la incorporación masiva al mundo del trabajo de nuevas poblaciones, como los niños, los jóvenes, las mujeres, y la población de más edad, mientras que, por otro lado, la extensión social “transfronteriza” de la jornada laboral incorpora a millones de trabajadores de otras regiones planetarias al régimen capitalista, lo que podría calificarse como un proceso de creciente proletarianización. En los dos casos se amplía el ejército de reserva industrial global del capitalismo que, de manera continua, presiona a la baja las condiciones laborales de todos los trabajadores.

La extensión individual de la jornada laboral quiere decir que la persona, o bien labora más horas en un solo trabajo, o bien trabaja más horas en varios trabajos. La extensión social de la jornada laboral significa que para sostener a la familia se requieren más ingresos de otros miembros de la familia (que antes no trabajaban) para mantener el nivel anterior de supervivencia. La intensificación del trabajo, al aumentar la carga laboral por individuo, implica que un individuo puede realizar las tareas y funciones que antes realizaban dos o más individuos. La ventaja que estos métodos tienen para las empresas, oficinas o cualquier agencia en la que laboran los individuos es que aumenta el rendimiento del trabajo con la menor inversión adicional de recursos. Tanto la extensión de la jornada laboral como la intensificación de las cargas de trabajo vuelven redundantes a muchos otros trabajadores empleados por los capitalistas, mientras que el ejército industrial del trabajo fomenta la competencia entre el conjunto de los trabajadores.

De manera simultánea, la fragmentación y dispersión de los procesos laborales por todo el orbe y la masiva migración de la fuerza laboral más barata, tanto en lo interno como globalmente, han incrementado los desempleados, los que involuntariamente trabajan jornadas de tiempo parcial y los que abando-

⁵ Durante décadas estas medidas se llevaron a cabo enmascaradas como, o dentro de, procesos laborales que se impusieron bajo diferentes denominaciones: ‘reestructuración industrial’, ‘reformas estructurales’, ‘reingeniería de procesos’, ‘flexibilización’, ‘subcontratación’, ‘maquilización’, etcétera.

nan la fuerza laboral regular.⁶ Todos estos sectores desplazados parcial o totalmente, a nivel local o global, para sobrevivir, tienen que ingresar en el llamado sector informal de la economía en todas sus modalidades, alimentando así el ejército de reserva de la economía capitalista. Este caótico mundo laboral del capitalismo contemporáneo es lo que muchos investigadores llaman hoy “trabajo precarizado”, tanto más consolidado cuanto mejor éste se ve sancionado por la legislación estatal que lleva consigo la pérdida de innumerables derechos conquistados por generaciones pasadas de trabajadores.

TRABAJO PRECARIZADO: INFORMALIZACIÓN, FEMINIZACIÓN, JUVENILIZACIÓN, INFANTILIZACIÓN, FAVELIZACIÓN DEL CUERPO SOCIAL DEL TRABAJO

De una población global de 6 mil millones de personas, 45% —unas 3,000 millones— constituyen la fuerza laboral activa. Por otra parte, mientras que 14% de la fuerza laboral mundial se encuentra en los países centrales —Unión Europea (7%), Estados Unidos (5%) y Japón (2%)— 86% se concentra en la periferia del sistema capitalista global, la gran mayoría en los países altamente poblados, China, India, Pakistán, Nigeria, Brasil, México, etcétera.

Unos 600 millones de trabajadores, cerca de 20% de la fuerza laboral mundial, ganan hasta un US dólar por día; mientras que unos 1,500 millones de trabajadores, sólo 50% de la fuerza laboral mundial, pueden llegar a ganar hasta 2 us dólares al día.

Según la región del mundo, de un 15 a un 90% de la fuerza laboral de los países constituye el trabajo informal. El trabajo informal es un trabajo producto del sistema capitalista de producción: se logró imponer que las enormes reservas de fuerza laboral en toda la periferia, África, China, India, América Latina, se abrieran a la explotación indirecta de los grandes capitales nacionales e internacionales, por fuera de la contratación legal del sistema capitalista. La revolución que los capitalistas impulsaron en la organización empresarial de todo el mundo, sobre todo de las grandes empresas y de las corporaciones transnacionales, (flexibilización, subcontratación, producción esbelta, etcétera)

⁶ Sólo en Estados Unidos, actualmente hay “unos 25 millones de personas, o desempleados, o trabajando involuntariamente a tiempo parcial, o que han abandonado la fuerza laboral” (Weisbrot, 2011).

permitió que se expulsara de su seno a una masa enorme de trabajadores antiguamente protegidos y bien pagados y que la empresa se adaptara a las operaciones más simples y las formas más baratas de trabajo en cualquier ubicación en el mundo (CIA Factbook, 2007)

Según Standing (1999), el proceso de feminización de la fuerza laboral del mundo ha tenido lugar desde 1960, como ‘causa y consecuencia’ de la flexibilización laboral que lo acompaña. La creciente participación de las mujeres en los mercados laborales ayudó a erosionar la cobertura de los sistemas de seguridad social, en la medida en que la mayoría de las mujeres entrantes no quedaban cubiertas por estos sistemas. Asimismo, el promedio de los salarios disminuyó porque gran cantidad de mujeres sólo se emplea en puestos precarios, temporales e informales y porque sigue imperando la condición de género en la fijación del salario:⁷ así, en tanto que ocurre que por un trabajo igual el pago es menor para las mujeres, en muchos de los puestos de baja calificación las mujeres fueron sustituyendo a los hombres y se produjo el fenómeno de que mientras subía la tasa de participación global de las mujeres en el empleo, la de los hombres disminuía (*ibidem*, p. 81).

Se ha documentado plenamente, no sólo la permanencia del trabajo infantil propio de otras épocas sociales (más vinculado a las comunidades agrícolas de antaño), pero ahora motivado por las condiciones miserables que la acumulación originaria del capitalismo ha dejado en muchas regiones del planeta, sino la incorporación directa de millones de infantes a formas retrógradas, serviles, esclavistas, al mismo proceso de acumulación capitalista.

Y en términos de habitación para este nuevo mundo de proletarios, los pobladores de ciudades perdidas (favelas) del nuevo milenio ya no son unas cuantas miles de personas de algunas ciudades de los continentes en vías de industrialización. Hoy son uno de cada tres pobladores de las ciudades de todo el mundo, es decir mil millones de personas, un sexto de la población mundial (UN-Habitat 2006/7).

⁷ En oposición a las ideas dominantes de que el salario sirve para mantener un nivel adecuado de vida para el trabajador, o que el salario es meramente el resultado de las fuerzas de oferta y demanda, Mutari *et al.* argumentan que el salario determina, de un lado, y refleja, del otro, la condición de género, de raza y de clase. Sólo en este contexto general es que se puede entender el complejo fenómeno de conformación de los salarios (Mutari, 2001).

LA JUVENTUD, UN NUEVO EJÉRCITO DE RESERVA GLOBAL DEL CAPITAL

Como “sector laboral”, los jóvenes (junto con los niños, las mujeres y los diversos grupos étnicos de todo el planeta) se han vuelto las nuevas víctimas del capitalismo salvaje: del capitalismo de los salarios o ingresos más bajos, de los riesgos y de las condiciones laborales más retrógradas, de la trata —interna e internacional— de personas y, en la medida en que se les ilegalizan sus actividades, de la criminalidad en todas sus expresiones.⁸ Los jóvenes entran así en el mundo de la precariedad laboral y, por consiguiente, de la vida precaria, de riesgo, de incertidumbre y, finalmente como reacción, de desafío y rebeldía. Como sector laboral, los jóvenes entran a formar parte del llamado ejército de reserva del capitalismo.

El ejército de reserva contemporáneo del capital corresponde, en cierta manera, a lo que Marx llamaba la “superpoblación relativa” del modo capitalista de producción.⁹ Reclutado de las filas de los trabajadores rurales desterrados de sus comunidades y despojados de su patrimonio —tierras e instrumentos de trabajo—, de los trabajadores urbanos hechos redundantes por la racionalización empresarial —precarización y flexibilización laboral— y por la masiva incorporación de la mujer y los jóvenes a la vida de trabajo, este ejército de reserva no permanece inactivo, sino que constituye lo que Marx llamó la forma estancada de la superpoblación relativa.

Los millones de personas de todo el mundo que, en una amplia división del trabajo, laboran en las calles o en otros espacios públicos, en talleres clandestinos, en maquiladoras domésticas y en talleres o parcelas domiciliarios rurales —como trabajo “negro”, ilegal, “nómada”, “criminal”—, y que forman un inmenso río de migraciones por todo el orbe, quizá no trabajen directamente como empleados de los capitalistas, es decir, como asalariados directos de los

⁸ Refiriéndose a México, el país más castigado por políticas oficiales que criminalizan a los jóvenes, en un seminario del Instituto Nacional de Ciencias Penales (2011), se confirmó que “la circunstancia de marginación laboral y educativa que en el país padecen millones de jóvenes de escasos recursos —y la consecuente ausencia de horizontes de desarrollo personal más allá de la economía informal, la emigración y la delincuencia— es inevitable suponer que ese sector de la población —colocado en condición de sobrevivencia particularmente precaria— es especialmente propenso a ser reclutado por las organizaciones delictivas”.

⁹ Marx (1872-73). En las discusiones sobre el tema en la postguerra han aparecido otros conceptos, economía dual, marginación, exclusión social, para contraponerse a la idea original de Marx. Más recientemente, se ha ido rescatando este concepto del olvido (Lever-Tracy, 1983).

capitalistas, pero no por eso dejan de constituir un ejército activo de trabajadores explotados de manera irregular por los capitalistas, ni por eso sus ingresos dejan de ser una modalidad de salario.¹⁰ Los jóvenes del mundo constituyen una parte considerable de este ejército de reserva del capitalismo.

LA CARRERA HACIA ABAJO:
CONSECUENCIA DEL EJÉRCITO DE RESERVA DEL CAPITAL

Los gobiernos neoliberales del mundo impusieron como normativa las restricciones al crecimiento de los salarios y la elevación de la inflación, lo que constituye un método violento para mantener bajos los salarios, con la manipulación de los instrumentos monetarios y fiscales que, a su vez, encarecieron los bienes salario. Luego utilizaron la violencia de los tribunales, de la policía y del ejército para disolver las huelgas y las organizaciones de los trabajadores. Sobre esta base, las empresas y los gobiernos implementaron —*de facto*— muchas medidas administrativas y organizativas racionalizadoras —desde el taylorismo hasta el toyotismo, posfordismo, etcétera— cuya finalidad era arreciar la competencia entre los trabajadores y disolver su capacidad de solidaridad y resistencia, para luego alargar la jornada laboral e intensificar el esfuerzo individual y colectivo de los trabajadores. Así pudieron reducir —en muchos casos a la mitad o la tercera parte— el número de trabajadores requeridos para producir el mismo resultado que antes, pero ahora a mucho menor costo. La llamada flexibilización laboral —*de facto* o legislada— permitió una gigantesca reestructuración empresarial que expulsó de las empresas —y en muchos casos de la administración pública— a millones de trabajadores que resultaron sobrantes. Estos trabajadores, a su vez, engrosaron el nuevo ejército de reserva del capital, tanto nacional como mundial. Así se engendró el círculo vicioso —para los trabaja-

¹⁰ Marx incluye a estos sectores de trabajadores dentro de la categoría de clase obrera. En otra parte reconoce que hay muchas modalidades de salario dentro del modo de producción capitalista “También los salarios asumen muchas formas... sin embargo, el análisis de todas estas formas es parte de un estudio especial del trabajo asalariado, que no es el objeto de esta sección” (Marx, 1867, V.I, 508) y, además, que hay muchas formas que anteceden a la forma específicamente capitalista de producción. Correspondiente a las “condiciones de empleo muy irregulares” de este sector de trabajadores, podemos agregar que se dan formas muy irregulares de “salario”. En general, podemos afirmar que, así como hay muchas formas de trabajo, muchas formas de explotación del trabajo —una de las cuales es el trabajo asalariado—, hay también muchas formas de explotación del trabajo asalariado.

dores— de la competencia de un creciente ejército de reserva que empuja a la baja los salarios y condiciones laborales de los directamente empleados por el capital, que, de este modo, los vuelve redundantes y, así, acrecienta aún más el ejército de reserva de los trabajadores. Pero lo que constituyó un círculo vicioso para los trabajadores, para los capitalistas resultó ser un círculo virtuoso que acrecienta enormemente sus ganancias y es, en última instancia, el motor de lo que los sindicalistas del mundo han llamado “la carrera hacia abajo”.¹¹

las corporaciones transnacionales contraponen entre sí a los trabajadores de todo el mundo, en una carrera hacia abajo por ver quién acepta los salarios y prestaciones más bajos y las peores condiciones de trabajo y de vida. Estas corporaciones siempre buscan contratar a mujeres jóvenes, entre 16 y 25 años de edad, para trabajar en sus plantas distribuidas por todo el mundo. A menudo, estas mujeres no conocen sus derechos, ni han oído hablar de las empresas que las contratan, ni conocen el papel que desempeñan en la economía global. Todo intento de organización por parte de ellas es aplastado ilegalmente. En muchos países, los gobiernos colaboran activamente en el encubrimiento de estos actos ilegales. En las zonas maquiladoras (zonas de procesamiento para la exportación), muchas mujeres trabajan detrás de muros protegidos, erigidos para ocultar al mundo lo que sucede adentro. Las trabajadoras se encuentran en una trampa, desprovistas de cualquier derecho: se les despiden si se embarazan, se les practican pruebas vejatorias de embarazo; se les obligan a trabajar jornadas de hasta 16 horas, de 6 a 7 días por semana; sus descansos son controlados y se les permite ir al baño 2 veces durante la jornada; sus jornadas a destajo son muy intensas (por ejemplo, tener que coser 1500 piezas por jornada); son tratadas a gritos y están sujetas a acoso sexual; se les niega seguro social y de salud; y se les pagan salarios que pueden llegar a 12 centavos de dólares por hora¹² (National Labor Committee).¹³

Debemos subrayar que la mayor parte de todos los nuevos trabajadores contratados para las tareas más monótonas, intensas y desgastadoras, y las más

¹¹ ICFTU, 2003.

¹² Los salarios más bajos se pagan en las zonas especiales (maquiladoras) de China y en las maquiladoras de Sri Lanka. En México, los salarios en las maquiladoras pueden bajar al nivel de 35 dólares por una semana de 45 horas.

¹³ <www.nicnet.org>

mal remuneradas, en las miles de zonas de procesamiento para la exportación del tercer mundo, son mujeres jóvenes de 16 a 25 años de edad.

LA JUVENTUD EN EL MUNDO

Definición

Con el fin de ubicar este fenómeno, se parte del concepto de joven que se define como la época de una persona, en nuestro mundo actual, que abarca desde del término del período escolar obligatorio (unos 15 años) hasta la edad de 24 años (Martin, 2009). Esto se define así, tanto en los países desarrollados como en los países en vías de desarrollo, aunque puede variar entre los diversos países.¹⁴ En varios países existen muchas personas definidas como niños que trabajan, incluso al margen de la ley y, en otros, los jóvenes permanecen más tiempo en el hogar de los padres.

Distribución de la juventud

Casi la mitad de la población del mundo, unos 3 mil millones de personas, tiene menos de 25 años de edad, (de estos, 1.8 mil millones son jóvenes) y en los 60 países más pobres del mundo la población menor de 25 años de edad constituye 60% de la población (Restless Development, 2011).

Del cuadro 1 se puede ver que alrededor de 89% de la juventud mundial vive en los países en vías de desarrollo (Corroon, 2010), mientras que sólo 11% se encuentra en los países desarrollados; Asia en su conjunto tiene más de la mitad de la juventud del mundo (54%). La región más subdesarrollada del tercer mundo (Africa Sub-Sahariana) contiene más jóvenes que todo el llamado primer mundo. UNFPA (2011) estima que casi todo el aumento de la población (97 de cada 100 personas) ocurre en los países menos desarrollados.

¹⁴ La organización “Restless Development” usa la definición oficial de “juventud” (que utiliza la ONU y el Banco Mundial) para referirse a las personas que pasan “de una fase de dependencia (niñez) a otra de independencia (adultez), pero con cierta flexibilidad, tomando en cuenta los contextos nacionales. Usa el término “gente joven” que incluye a toda persona hasta la edad de 30 años (niños, jóvenes y adultos jóvenes)” (Restless Development, 2011).

Cuadro 1
Distribución regional de los jóvenes (porcentajes)

Asia del Sur	25
Asia del Este	20
África Sub-Sahariana	13
Economías Desarrolladas	11
Sureste de Asia y el Pacífico	9
América Latina y el Caribe	9
Medio Oriente y Norte de África	7
Europa Central y del Este	6

Fuente: OIT, 2006

Cuadro 2
Porcentaje de jóvenes en cada región (10-24 años), 2006

África Sub-Sahariana	33
Medio Oriente y Norte de África	32
Asia del Sur	31
Sureste de Asia y el Pacífico	30
América Latina y el Caribe	28
Europa Central y del Este	27

Fuente: Banco Mundial, 2007

Del cuadro 2 se observa que los países más subdesarrollados tienden a albergar una mayor proporción de jóvenes en relación con su población total. Destaca África Sub-Sahariana, una de las zonas más subdesarrolladas del mundo, con un tercio de la población joven (de 10 a 24 años de edad) en relación con su población total. Europa, en contraposición a esto, tiene menos de un cuarto de jóvenes en relación con su población total.

Por otro lado, cuanto menos desarrollada es la región, tanto mayor es la población rural y la porción de jóvenes que habitan en el campo, como se destaca en el cuadro 3. Del mismo cuadro se puede ver que mientras 75% de la población total de jóvenes de las economías desarrolladas vive en las ciudades (y 25% en el campo), la situación extrema opuesta se presenta en África Sub-Sahariana, donde 33% vive en ciudades y 67% en el campo.

Cuadro 3
La juventud urbana y rural

	urbano	rural
Economías desarrolladas (EU-UE)	75	25
América Latina y el Caribe	64	36
Medio Oriente y África del Norte	59	41
Europa Central y del Este	56	44
Asia del Este y el Pacífico	38	62
Asia del Sur	36	64
África Sub-Sahariana	33	67

Fuente: UN Statistics Division, 2006

LOS JÓVENES EN LOS ‘GHETTOS’,
‘VILLAS MISERIA’, ‘CIUDADES PERDIDAS’, ‘FAVELAS’

Una población considerable de los jóvenes del mundo vive en las peores condiciones posibles, en los barrios más pobres de las ciudades y en los cordones de miseria que se han ido estableciendo alrededor de las grandes urbes del mundo. Para dar una imagen de la dimensión de la cuestión, se ha documentado que más de mil millones de personas de todo el mundo viven en cordones de miseria (‘villas miseria’, ‘ciudades perdidas’, etcétera) y UN-Habitat (2007) calcula que esa cifra podrá llegar a 2 mil millones en 2030, mientras que a partir del 2005 casi un tercio de la población urbana del mundo ya vivía en esas circunstancias (UN-Habitat, 2005). Es evidente que la inmensa mayoría de esa población está constituida por trabajadores precarios y la mayor parte se compone de trabajadores informales en las economías de esos países. Los jóvenes son una parte considerable de esta población. Los países de Asia albergan 60% de los habitantes de ‘ciudades perdidas’, con casi 600 millones de personas; África Subsahariana contaba con 20%, 200 millones; América Latina tenía casi 14%, con 135 millones de personas. Aunque es mayor la densidad de la población en los cordones de miseria del Tercer mundo, el fenómeno también se presenta en los países desarrollados y puede decirse que ha acompañado, con alzas y bajas, el desarrollo del capitalismo en el mundo.¹⁵

¹⁵ El término en inglés de este fenómeno habitacional es ‘slums’, en francés ‘bidonvilles’, etcétera.

Cuadro 4

Distribución de la fuerza laboral juvenil global por regiones del mundo (porcentajes)

Asia Oriental	24
Asia del Sur	22
África Sub-Sahariana	15
Economías Desarrolladas	10
Sureste de Asia y el Pacífico	10
América Latina y el Caribe	9
North África del Norte y Medio Oriente	5
Europa Central y del Este	5

Fuente: UN Statistics Division, 2006

LAS CONDICIONES LABORALES GENERALES DE LOS JÓVENES EN EL MUNDO

Distribución de la fuerza laboral juvenil

En el cuadro 4 se destaca que 90% de la fuerza laboral juvenil global se encuentra en el llamado tercer mundo (países en vías de desarrollo). Sólo 10% se encuentra en los países desarrollados (la tríada: Estados Unidos, Europa Occidental y Japón). Asia en su conjunto tiene 56% de la fuerza juvenil laboral global, mientras que la región de África Sub-Sahariana contiene sólo 15%, 5 puntos porcentuales más que todo el primero mundo.

Cuanto menos desarrollada es la región del mundo, tanto mayor es la proporción de jóvenes en la fuerza laboral local: en África Sub-Sahariana es de 37%, mientras que en el mundo de mayor desarrollo apenas llega a 16%. Esto se puede constatar en el siguiente cuadro 5.

De manera global, la juventud —de 15 a 24 años— representa alrededor de 25% de la población en edad de trabajar (Corroon, 2010); esto lo corrobora UNFPA (2011). Sin embargo, mientras que la juventud comprende 25% de toda la población mundial económicamente activa, este sector representa más de 40% de los desempleados, muchos de los cuáles engrosan las filas de la economía informal global: aproximadamente 85% de los nuevos empleos en el mundo se crean en la economía informal (UN-Habitat, 2005). En comparación con los adultos, los jóvenes tienen una probabilidad tres veces mayor de quedarse sin empleo. Como se observa en el siguiente cuadro 6, sólo en Asia del Este disminuye de 13 millones de jóvenes desempleados en 1994 a 12 millones en 2005.

CUADRO 5
Participación de la juventud en la fuerza laboral por región, 2005
(% de la fuerza laboral de cada región)

	%
África Sub-Sahariana	37
África del Norte y Oriente Medio	33
Asia del Sur	29
Asia del Sureste y el Pacífico	28
América Latina y el Caribe	27
Europa Central y del Este	22
Asia del Este	21
Economías desarrolladas	16

Fuente: UN Statistics Division, 2006

CUADRO 6
Desempleo juvenil por región (millones). Años 1995, 2004, 2005

	1994	2004	2005
África Sub-Sahariana	13	17	17
Asia del Sur	12	14	14
Asia del Este	13	12	12
Sureste de Asia y el Pacífico	5	10	10
América Latina y el Caribe	8	9	10
Norte de África y Medio Oriente	7	8	9
Asia Central y del Este	6	6	7

Fuente: OIT, 2006

En todas las demás regiones tiende a aumentar año con año. Después de la crisis del 2008, el desempleo juvenil ha alcanzado nuevos records (ILO, 2010).¹⁶

LA JUVENTUD EN EL MUNDO DEL “DESARROLLO”

Aunque los llamados países en vías de desarrollo albergan 90% de los jóvenes que se encuentran en el sector informal de las economías (Martin, 2009), ocu-

¹⁶ Debe recordarse que en los países en vías de desarrollo a los trabajadores informales se les cuenta como empleados y éstos constituyen una parte considerable de la fuerza laboral.

re que, a pesar del nivel más alto de desarrollo y de ingresos más elevados de la población en la mayoría de los países de la OCDE, un sector importante de la juventud de estos países ha pasado a formar parte del sector de los “excluidos”, “marginados”, “informales”, o sea de la reserva de la economía capitalista. En Francia, hacia 2007, el desempleo de los jóvenes menores de 26 años llega a 26%; en Italia rebasa 30%; en España va más allá de 40%. En Alemania, con su sistema de aprendizaje, y en Japón, con su sistema de cercana colaboración entre las escuelas y las empresas, el desempleo se acerca al de Estados Unidos, en el nivel de 10%. Finalmente, en Europa, UE-27, el desempleo juvenil subió de 17.7% en enero 2009 a 20.9% en enero 2010.

En 2009, los siguientes países tenían un desempleo juvenil cercano a 20%. El cuadro 7 muestra el desempleo juvenil en orden descendiente en ese año.

CUADRO 7
Desempleo juvenil en algunos países de Europa, Estados Unidos y Japón

	2009
España	37.9
Estonia	27.5
Eslovaquia	27.3
Hungría	26.5
Irlanda	25.9
Italia	25.4
Suecia	25.0
Reino Unido	18.9
Estados Unidos	17.6
OCDE	16.7

OECD - ISSN 2075-2342 - © OECD 2010 doi: 10.1787/20752342-2010-table2

Los jóvenes en el subdesarrollo

De los llamados países en vías de desarrollo, la región más pobre y subdesarrollada del mundo es África Sub-Sahariana. Siguen en orden ascendente Asia del Sur, Asia del Este, el Medio Oriente y Norte de África, América Latina y los países de Europa Central y del Este. Un indicador clave de esto es el ingreso nacional bruto *per cápita*. Esto se ve en el siguiente cuadro 8.

CUADRO 8

Ingreso nacional bruto *per cápita* por región (de los países en vías de desarrollo)

Europa Central y del Este	11,115
América Latina y el Caribe	9,321
Medio Oriente y Norte de África	7,385
Asia del Este y el Pacífico	4,937
Asia del Sur	2,537
África Sub-Sahariana	1,870

Fuente: Banco Mundial *World Development Indicators*, 2007

JUVENTUD Y POBREZA

En términos generales, de los 1.8 mil millones de jóvenes que hay en el mundo, alrededor de la mitad sobrevive con menos de US 2 dólares al día, más de 100 millones de adolescentes no asisten a la escuela; 16 millones de niñas adolescentes se embarazan cada año y cerca de 40% de las nuevas infecciones de VIH ocurren entre los jóvenes.

En el cuadro 9 se puede ver el nivel de pobreza de los jóvenes de los países en vías de desarrollo y de Europa Central y del Este. En África Sub-Sahariana más de la mitad de los jóvenes de esa región vive en hogares muy pobres (con menos de USD 1.25 al día), y en Asia del Sur esta cifra llega a 40% de los jóvenes. Juntos representan cerca de 20% de la población juvenil del mundo. Siguen Asia del Este y el Pacífico con 17%, América Latina y el Caribe con 8% y, luego, Europa Central y del Este y Medio Oriente y África del Norte con 4% cada una de esas dos regiones.

CUADRO 9

Porcentaje de la población joven que vive en hogares por debajo de la línea de pobreza (definida por el Banco Mundial como USD 1.25/día)

Medio Oriente y África del Norte	4
Europa Central y del Este	4
América Latina y el Caribe	8
Asia del Este y el Pacífico	17
Asia del Sur	40
África Sub-Sahariana	51

Fuente: World Bank (s.f.) – Povcalnet, n.d.

EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD

Una vez terminada la educación primaria, la mayoría de los jóvenes del mundo se queda sin educación y se incorpora al mundo de la subsistencia y del trabajo (algunos en empleos formales, la gran mayoría en las ocupaciones llamadas informales). Por otra parte, muchos de estos jóvenes (de 15 a 24 años de edad) forman parte de la población nómada internacional, casi 13% de la población nómada global (27 millones de migrantes internacionales de un total de 214 millones) (UN Population Fund, 2011). Los jóvenes de las regiones más subdesarrolladas del mundo reciben la menor educación, como lo muestra el cuadro 10.

Cuadro 10

Educación primaria: porcentaje de inscripciones por año y región

	1991	1999	2005
Países árabes	73	79	83
Asia del Sur y Occidental	72	77	86
África Sub-Sahariana	54	57	87
Asia Central	84	88	90
Europa Central y del Este	90	90	91
América Latina y el Caribe	85	92	94

Fuente: UNESCO, 2008

Aunque la gran mayoría de los jóvenes en el mundo están inscritos en el nivel de educación primaria (desde 83% en los países árabes hasta 94% en América Latina y el Caribe, en 2005), el subdesarrollo se asoma en la inscripción a nivel secundario (con un nivel bajísimo en África Sub-Sahariana, de 26%, y en Asia Occidental y del Sur, de 46%), como se muestra en el siguiente cuadro 11.

Cuadro 11

Educación secundaria: porcentaje de inscripciones por año y región

	1999	2005
África Sub-Sahariana	19	26
Asia Occidental y del Sur	40	46
Países Árabes	52	58
América Latina y el Caribe	59	68
Europa Central y del Este	80	81
Asia Central	81	84

Fuente: UNESCO, 2008

Este subdesarrollo educativo se muestra extremo en el nivel de inscripciones en la educación superior (sólo Europa Central supera 50%). En África Sub-Sahariana y Asia del Sur y Occidental, de 5 a 11% de los jóvenes se inscriben en el nivel de educación superior.

Cuadro 12
Educación superior: porcentaje de inscripciones por año y región

	1999	2005
África Sub-Sahariana	4	5
Asia del Sur y Occidental	9	11
Países Árabes	22	21
Asia Central	20	27
América Latina y el Caribe	20	29
Europa Central y del Este	36	57

Fuente: UNESCO, 2008

Los datos anteriores no incluyen las altísimas tasas de deserción en estos niveles educativos.

CONCLUSIONES: COMO RESULTADO DE LA CRISIS

La crisis económica que estalló a partir del 2008 y que aparece en el crecimiento económico mundial en 2009 y años subsiguientes, como lo mide el indicador del crecimiento del PIB, tendrá profundas consecuencias en la ya de por sí deteriorada condición de la juventud.

La escasa recuperación del crecimiento económico global (PIB) que se observa en el cuadro 13 se debió en buena medida al crecimiento económico de varios países en vías de desarrollo, particularmente India y la República Popular China.¹⁷ Los países desarrollados se encuentran en una situación más cercana al estancamiento, 1.1% en 2010 (ILO, 2010), y la poca recuperación que hubo en 2010 (y en 2011) se ha dado sin un mayor crecimiento del empleo. Esto se debe a que las empresas han aprovechado los masivos despidos del momento de la crisis para no recontratar a su personal, y significa que las empresas utilizan sus métodos “flexibilizadores” para explotar más intensamente la fuerza laboral empleada o para subcontratarla en el extranjero.

¹⁷ El peso del crecimiento global de 3.1% anual lo está sosteniendo el continente asiático, de nuevo con China (7.9%) e India (6.0%) a la cabeza (ILO, 2010).

Cuadro 13
Tasa de crecimiento global del PIB

	octubre	enero	abril	julio	octubre
2007	5.0	5.2	5.2	5.1	5.2
2008	3.9	3.4	3.2	3.1	3.0
2009	3.0	0.5	-1.3	-1.4	-1.1
2010	4.2	3.0	1.9	2.5	3.1

Fuente: ILO, enero 2010

El deterioro de las condiciones económicas y sociales de todos los trabajadores se agudizará en la medida en que los esfuerzos de los gobiernos e instituciones mundiales van dirigidos exclusivamente a salvar a los bancos y a las grandes empresas por medio de inyectarles inmensas cantidades de capital con los fondos públicos. La política de estos gobiernos de elevar el techo de la deuda pública, sin aumentar los impuestos a las grandes riquezas acumuladas, tendrá enormes consecuencias para los trabajadores. En muchos países, y en buena medida en los del centro capitalista, las victorias políticas que en las grandes batallas por el uso del presupuesto público las fuerzas pro-empresariales le han arrancado a las fuerzas que más se inclinan por la cuestión social, llevarán a una mayor reducción del ‘Estado de bienestar’, significativamente en el gasto a educación, salud, apoyo al desempleo y, en general, al llamado gasto social.

En todos estos rubros el principal afectado será, sin duda, la juventud trabajadora del planeta. La OIT (ILO, 2010) documentó que hacia 2009 la crisis económica mundial aumentó en unos 81 millones los desempleados jóvenes, de 12.1% en 2008 a 14.0% en 2009. Todo esto provocará nuevos estallidos masivos, particularmente de la juventud, en los sitios en los que se agudicen más las contradicciones sociales.

BIBLIOGRAFÍA

Allen, M. y P. Ainley (2011), “Can the ‘Lost Generation’ find Its Way? Young People, Education and Society”, en R. Hatcher y K. Jones (eds.), *No Country For the Young*, Londres, Tufnell Press.

- Boso, Roxana (2010), Exposición en el Seminario *Jóvenes y Trabajo* del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM, organizado por Lucero Jiménez Guzmán, marzo 10.
- Central Intelligence Agency [CIA] Factbook (2007), <http://www.gelib.com/cia-factbook.htm> (Consultado el 24 de octubre de 2011).
- Corroon, M. y E. Stewart (2010), *Global Youth Employment: an Overview*, Ikatu International.
- Drucker, P. (1993), *Post-Capitalist Society*, Oxford, Butterworth Heinemann.
- Gómez, M. (1992), “Las transformaciones del proceso de trabajo en escala internacional”, en J. Morales (coord.), *La reestructuración industrial en México. Cinco aspectos fundamentales*, México, Instituto de Investigaciones Económicas/UNAM-Nuestro Tiempo.
- International Confederation of Free Trade Unions [ICFTU] (2003), *WTO Ignoring Workers’ Rights in a Race to the Bottom* 1/9/2003, <http://www.icftu.org/displaydocument.asp?Index=991218382&Language=EN> (Consultado el 27 de mayo de 2011).
- International Labour Organization [ILO] (2010), *Global Employment Trends*, Ginebra, ILO.
- Instituto Nacional de Ciencias Penales (2011), *Seminario sobre jóvenes: criminalización y riesgo*, reportado en *La Jornada*, Editorial, 1 de julio 2011, México.
- Lever-Tracy, C. (1983), “Immigrant Workers and Postwar Capitalism In Reserve or Core Troops in the Front Line?”, *Politics & Society*, vol. 12, núm. 2, junio, pp. 127-157
- Maddison, A. (1987), “Growth and Slowdown in Advanced Capitalist Economies: Techniques of Quantitative Assessment”, *Journal of Economic Literature*, junio.
- Martin, G. (2009), “A Portrait of the Youth Labor Market in 13 Countries, 1980–2007”, *Monthly Labor Review*, julio.
- Marx, C. (1872-73), *El Capital, Crítica de la Economía Política*, Libro I, Tomo III, México, Siglo xx.
- Reich, R. (1993), *El trabajo de las naciones*, Buenos Aires, Vergara.
- Restless Development Global Strategy 2011—2015, www.restlessdevelopment.org/globalstrategy (Consultado el 28 de mayo de 2011).
- Ritzer, G. (1996), *La MacDonalización de la sociedad*, Barcelona, Ariel.
- Standing, G. (1999), “Global Feminization Through Flexible Labor: A Theme Revisited”, *World Development*, vol. 27, núm. 3, pp. 583-602.

- Tapscott, D. (2011), *Unemployed Youth, Revolution, and Generational Conflict*, <http://www.guardian.co.uk/commentisfree/2011/apr/04/unemployed-youth-revolution-generational-conflict> (Consultado el 25 de abril de 2011).
- United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization [UNESCO] (2008), *Education for All: Global Monitoring Report 2008*.
- United Nations (2011), *International Migration in a Globalizing World. The Role of Youth*, Population Division Department of Economic and Social Affairs/UN.
- UN-HABITAT (2007), *Slum Dwellers to Double by 2030*, reporte, abril.
- (2006/7), *State of the World's Cities*, http://www.unhabitat.org/documents/media_centre/sowcr2006/SOWCR%20release.pdf (Consultado el 25 de mayo de 2011).
- (2005), *Global Urban Observatory 2005*.
- United Nations Population Fund (2011), www.unfpa.org (Consultado el 26 de junio de 2011).
- United Nations Statistics Division (2006), *Population by Age/Sex and Urban/Rural Residence: Latest Available Year, 1997–2006*.
- Weisbrot, M. (2011), *La crisis de la deuda en EEUU*, Washington, Center for Economic and Policy Research.
- World Bank (2007), *World Development Indicators*.
- – Povcalnet (s/f), *Regional Aggregation using 2005 PPP and \$1.25/day poverty line*.

Reflexiones sobre el trabajo desde las experiencias laborales de jóvenes universitarios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

ROXANA BOSO

Universidad Católica Argentina (UCA), Universidad de Flores,
Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)

El trabajo es una actividad social que a lo largo de la historia fue instituyéndose como configuradora de subjetividades varones y mujeres. El trabajo y la educación eran los medios que socialmente se habían instituido para la movilidad social, y sin embargo, las transformaciones socioeconómicas y los renovados escenarios del mercado laboral, promovieron cambios al respecto, afectando particularmente a los jóvenes.

La juventud es hoy uno de los principales focos de interés que se presentan en las ciencias sociales, sobre todo por ser crítica la exclusión de los jóvenes en el mercado laboral. Desde hace varias décadas, organismos internacionales reclaman para que se esclarezcan problemas globales de los jóvenes. Tanto las Naciones Unidas, por medio de su publicación sobre el “Estado de la población mundial”, como la Organización Iberoamericana de Juventud —integrada por España, Portugal y países de América Latina de habla española y portuguesa— hacen referencia a esta preocupación mediante diversos estudios e informes que emitieron sobre el tema.

Un estudio efectuado en el año 2004, por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, y la Organización Iberoamericana de Juventud, señala que los jóvenes se encuentran “afectados por un decálogo de contradicciones”. En lo que se refiere a nuestro tema de investigación, tienen:

- mayor acceso a la educación y menos oportunidades de empleo
- más acceso a la información y menos acceso al poder.
- más habilidad para la sociedad de la comunicación y menos opciones de autonomía.
- más aptos para el cambio productivo pero más excluidos del mismo.

Según el Informe sobre la Juventud Mundial (2005), en lo que respecta al trabajo, se ha reducido la tasa de participación de los jóvenes en la población activa; sobre todo porque cada vez son más los jóvenes que estudian más años de su vida. Si bien cada vez hay más jóvenes con estudios secundarios y que cursan terciarios y universitarios, los puestos de trabajo resultan insuficientes, incrementándose el índice de desempleo y precariedad del trabajo en los jóvenes.

En un comunicado de prensa del 20 de enero de este año 2011, la OIT informa respecto de los jóvenes que 78 millones estaban desempleados en 2010, índice mucho más elevado que los 73,5 millones que se registraron en el 2007, pero inferior a los 79,6 millones en 2009, estimándose un alto índice de trabajadores desalentados (que ya no buscan trabajo de manera activa) siendo que del análisis surge que hay 1,7 millones de jóvenes menos en el mercado laboral, según lo previsto. A partir de lo cual Somavia declara que “El empleo juvenil es una prioridad mundial”.

En lo que respecta a Argentina, el deterioro progresivo del empleo tuvo su expresión máxima en la crisis coyuntural de diciembre del 2001. Según datos del Indec, en el año 2002, 21.5% de la población estaba desempleada. Esa crisis impactó en las dinámicas familiares (Boso, Salvia, 2006) y es de suponer que afectó los itinerarios educativos de los jóvenes.

Se estima que los jóvenes argentinos de hoy crecieron en un contexto de cambios y transformaciones económicas y sociales, que experimentaron sobre todo mientras estaban terminando sus estudios primarios o bien mediando los secundarios, etapa de vital importancia en la consolidación de su subjetividad (J. Pennebaker y B. Basanick, 1998: 45, refieren que aquellos sucesos significativos que se producen entre los 12 y 25 años, seguramente dejan huellas mnemónicas que inciden a futuro en sus representaciones sociales).

La gravedad de la crisis argentina queda de manifiesto al compararla con otros países de América latina; en el año 2004 Argentina ocupó el segundo lugar con más desocupación entre los jóvenes de 15 a 24 años (30.9%, según un entrecruzamiento de datos de la OIT y la EPH sobre Argentina).

Ahora bien, este supuesto sobre el impacto de esa crisis argentina del empleo en la población joven, parece confirmarse con un estudio realizado por Gallup en Argentina a mediados del año 2008; en éste, emerge como información relevante que los adolescentes, en proceso de afianzar sus proyectos a futuro y comenzar a configurar las puertas de su inserción al mercado laboral, manifestaron estar preocupados por la situación económica y no encontrar trabajo en su futuro.

Según una encuesta realizada a 4,323 jóvenes argentinos durante los meses de octubre y noviembre de 2006, 85% de ellos manifestaron que aspiraban a continuar estudiando para conseguir un empleo y obtener satisfacción personal, a la vez que otorgaron poca importancia sobre aquellas expectativas que no incluían el estudiar (Rascován, 2010).

Esa investigación permite asimismo confirmar resultados a los que arribaron otras investigaciones nacionales, que refieren que una población con estudios tiende a producir proyectos de estudio (70% de los padres de los jóvenes encuestados habían completado su escolaridad secundaria). Jorrot (2000; en Golovanovsky, 2008), mediante un relevamiento que efectuó en el Área Metropolitana de Buenos Aires en el año 1995, habiendo encuestado a 2,211 individuos de más de 20 años, concluye que los hijos de padres con educación superior suelen retener ese nivel educativo, con estudios secundarios tienen amplias oportunidades de alcanzar estudios superiores, mientras que los hijos de padres con un nivel primario de escolarización parecen tener pocas posibilidades de alcanzarlos.

De este modo, a medida que fueron transcurriendo los años y las décadas, se fue fortaleciendo la relación entre educación y empleo, entendiéndolo a la primera como dadora de una oportunidad para acceder a puestos más calificados. Según la citada investigación desarrollada por Rascován en el año 2006, “a medida que se incrementan los años de escolaridad disminuye la proporción de empleos de baja calidad” (2010: 97)

Ahora bien, este escenario de oportunidades laborales en relación con el nivel de estudios, adquiere particularidades si se focaliza la atención en la situación de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ciudad con una población privilegiada respecto de otras del país, en cuanto a las posibilidades de acceder al estudio y al trabajo.

De acuerdo con una encuesta realizada a 600 jóvenes de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, encargada por la Unidad de Coordinación de Políticas de la Juventud en el año 2008, 62% estaban ocupados, uno de cada cuatro jóvenes estaba desocupado (15%), mientras que el 23% estaba inactivo, es decir: no estudia, ni trabaja, ni busca trabajo. La tasa de ocupación aumenta a 79% en jóvenes que tienen entre 25 y 29 años, evidenciándose un menor índice de ocupación en las mujeres (58%) que en los varones (67%) (Diario *Clarín* del 3 de febrero de 2009)

Más allá de estos indicadores que reflejan un mercado laboral privilegiado para los jóvenes, es necesario considerar que en dicho estudio también emergieron datos sobre las condiciones laborales del primer puesto de trabajo al que acceden. En 80% no tenía beneficios sociales, refiriéndose a descuentos jubilatorios, cobertura de salud, vacaciones pagas, aguinaldo. En lo que respecta a los jóvenes que estudian, según la encuesta citada, 57% indicó que su trabajo no estaba relacionado con sus estudios y 58% consideraba estar sobrecalificado para la actividad que realiza.

En cuanto a la retribución salarial, como señala Ana Miranda en el artículo publicado aquí, la brecha de ingresos según nivel educativo, fue disminuyendo notoriamente a partir del año 2002. Proporcionalmente se produjo un incremento de los salarios en trabajadores con menores credenciales educativas, en comparación a una disminución de los ingresos de aquellos que poseen un nivel de educación superior. En este sentido, actualmente, haber alcanzado estudios superiores no asegura un mayor ingreso económico como lo significaba años anteriores.

Además, si bien poseer estudios universitarios es un valor diferencial para conseguir un empleo —respecto de otros jóvenes que carecen de ellos—, el número de puestos de trabajo calificado, es menor al requerido. En este sentido, el estudio no garantiza el acceso al mercado laboral, y no sólo ello, también se produce un proceso de sobreeducación que ocasiona un desplazamiento de los jóvenes con menores niveles de educación y una reducción en las aspiraciones de quienes tienen títulos superiores.

Acorde con lo señalado, la relación entre nivel de estudio y posibilidades de ingreso en el mercado laboral no es lineal (según un estudio realizado por Pablo Ernesto Pérez, 2007, y que asimismo coincide con afirmaciones efectuadas por Gallart, en Canitrot, Adolfo, 1995, Libro blanco sobre el empleo en la Argentina, publicado por el Ministerio de Trabajo y Seguridad). Han evaluado que las tasas de desempleo son menores entre quienes tienen hasta un nivel de estudio primario completo, y aquellos jóvenes que poseen estudios terciarios/universitarios completos.

La tasa menor de desempleo en el grupo de menores niveles de estudio muchas veces se debe a que, cansados por no conseguir un empleo, han desistido de buscarlo conformando el grupo de los desalentados, es decir, de la población inactiva, reduciéndose de ese modo la tasa de desocupación.

Y en lo que respecta al grupo de quienes tienen estudios terciarios/ universitarios, refieren que al ser insuficiente la cantidad de puestos de trabajo acorde con sus estudios, deben conformarse con algunos que requieren menos credenciales, desplazando así a los jóvenes que tienen menos nivel de educación. Según ello, se estaría produciendo un desplazamiento en cadena, aceptando muchos jóvenes puestos de trabajo para los cuales sobrecalifican.

De acuerdo con lo dicho en esta introducción, la juventud no sólo se encuentra en una situación de vulnerabilidad por la difícil situación socioeconómica que les dificulta encontrar un trabajo “decente” acorde con sus estudios —como refieren los estudios e informes de organismos internacionales—. También es importante considerar sus expectativas e ilusiones, así como aspiraciones de bienes y servicios que deseaban alcanzar, y proyectos de ascenso social y status, que el poseer estudios superiores, parecería no estar garantizándoles la posibilidad de concretarlos.

Se estima que el entramado entre las particulares condiciones del mercado laboral, las experiencias laborales y los ideales de los jóvenes universitarios, inciden en las significaciones que éstos le dan al trabajo.

Atender a los jóvenes es cuidar el futuro de una sociedad. Comprender las significaciones que ellos le dan al trabajo es un modo de reflexionar sobre posibles estrategias de acción, desde ámbitos educativos y laborales, que favorezcan la inclusión del joven en la sociedad y propicien su bienestar psicosocial y desarrollo integral, así como su aporte a la comunidad.

UNA BREVE APROXIMACIÓN A LOS CAMBIOS EN LAS SIGNIFICACIONES SUBJETIVAS SOBRE EL TRABAJO

Se dispone de amplia y variada bibliografía sobre las conceptualizaciones que fue adquiriendo el trabajo a lo largo de la historia, acordes con los distintos contextos socioculturales que se consideren (Medá, 1998; Salanova, Gracia y Peiró, 1996). Desde ser concebido como un castigo de los dioses o sinónimo de esclavitud en la antigua Grecia, para ser entendido como obligación en la edad

media occidental; mientras que a partir de la Revolución Industrial se afianza el considerar al trabajo como un derecho del individuo otorgado por la sociedad.

A lo largo del siglo xx se pueden distinguir cambios en las significaciones que los sujetos le daban al trabajo conforme a las alteraciones que se fueron produciendo en la trama social. Por un lado, de acuerdo a particulares organizaciones del trabajo, según los propios avances en el campo de la tecnología e informática de las comunicaciones. Por otro lado, y también incididos por dichos avances, en diálogo con modificaciones en las dinámicas sociales que generaron diferentes marcos de situación, siendo una de las más significativas el debilitamiento de las monarquías y modelos autoritarios, por el afianzamiento de otros regímenes más democráticos y participativos que tienen su influencia en los modos de organización del trabajo. (Hermida, Serra, Kastika, 1992: 40)

Esos cambios en las significaciones sobre el trabajo se desarrollan acompañados por el surgimiento de renovadas concepciones sobre el hombre (Marín, 1997: 54 y Schein, 1982: 54) y teorías psicológicas que intentan comprender su comportamiento y motivación (Landy, 2005; Nuttin, 1982: 100; Huertas, 1997) y el de las organizaciones (Pérez Adán, 1997; Schein, 1982; Marín A., 1997; Bauman, 2002), las que otorgan un sustento a las emergentes significaciones. Asimismo, en ese transcurrir del siglo, fue gestándose como predominante de la época el paradigma de la complejidad (Edgar Morin, 1992, 1994; Prigogine, 1998), cimiento donde se apoyan muchas de las teorías emergentes.

Actualmente, y considerando la bibliografía imperante en las últimas décadas, podría aseverarse que el trabajo ocupa un lugar de relevancia en la vida de las personas, siendo un protagonista destacado en la conformación de las subjetividades varones y mujeres (Marín, Marrau y Luquez, 2005; Dejours, 2000).

Sin embargo, también comenzaron a surgir una creciente cantidad de publicaciones sobre modificaciones en la relación laboral (contrato psicológico): *Human Resources Management* 1994; *Human Resources Management Journal* 1994; *European Journal of Work Psychology* 1996; *Journal of Organizational Behavior* 1998, 2003 (en Labadens, 2008). Además de otros textos en los que señalan que estas alteraciones se producen en un contexto de cambios socio-económicos y organizacionales tales como la competencia global, el downsizing, la mayor demanda de trabajadores temporarios y la diversidad demográfica (Arnold, 1996; Sparrow, 1996; Herriot, Manning y Kidd, 1997; en Labadens, 2008).

Desde una perspectiva psicosocial, estos cambios en la relación laboral son abordados desde diversos autores que hacen referencia a la valoración que las

poblaciones jóvenes le están dando al trabajo. Y al respecto parece no haber un acuerdo. Algunos refieren que le dan mayor importancia a las actividades asociadas con el ocio y el tiempo libre, así como a los aspectos más intrínsecos del trabajo, vinculados con la autorrealización. Otros, por el contrario, señalan un predominio de la valoración instrumental del trabajo. Y están quienes consideran que actualmente coexisten ambas valoraciones (Zubieta, Boso y Rodríguez, 2010).

CÓMO SE CONSTRUYEN LAS SIGNIFICACIONES SOBRE EL TRABAJO

Una de las investigaciones más importantes sobre las significaciones acerca del trabajo, fue la desarrollada por el Grupo *mow International Research Team* (1987; citado en Filippi, 2008); en ella se sustentaron diversas investigaciones tanto en otros países como a nivel local, e incluso se conformó un proyecto transnacional, con un diseño de investigación longitudinal, que consideró a una muestra representativa de 15,000 sujetos de 8 países (*Wosy- International Research Group*, 1989). Estudiaron el significado del trabajo desde una perspectiva psicológica, considerándolo como un conjunto de creencias, valores y actitudes de los individuos y grupos de individuos sobre una de las actividades que ocurren en sus vidas.

Señalan que las significaciones sobre el trabajo se aprenden antes y durante un proceso de socialización y que varía según las experiencias subjetivas y aspectos situacionales que se producen en el contexto laboral y organizacional (en Salanova, Osca y otros, 1991, pág. 114; confirmado por Filippi y Zubieta, 2004).

Ese proceso de socialización es posible porque todo sujeto, desde el mismo momento que nace, participa en un campo de producciones simbólicas colectivas que lo preceden y con las que interactúa construyendo su propia subjetividad. Y es sobre todo, a través de la familia y las instituciones educativas, que los sujetos reciben significaciones acerca del trabajo, le transmiten creencias, valores y expectativas que influyen en las representaciones que los sujetos se conforman acerca del trabajo (Ruiz Quintanilla, 1991).

Ahora bien, todo sujeto también participa de manera activa en ese campo simbólico, pudiéndose definir al trabajo como una práctica social instituida, a la vez de construida y reconstruida por los sujetos pertenecientes a una sociedad en sus intercambios de la vida cotidiana (Marín, Marrau y Luquez, 2005). En este

sentido, los jóvenes son sujetos activos, que participan y retroalimentan el entramado simbólico que une y vincula con las sucesivas generaciones.

Si bien, mediante el proceso de socialización se apropian de significaciones sobre el trabajo que le fueron transmitidas por el solo hecho de formar parte de una sociedad, por otro lado, se estima que se especifican cuando el sujeto toma contacto directo con el mundo laboral. Krau (1987) distingue entre el contenido principal y básico y el contenido específico de los valores de trabajo; mientras el primero viene dado por la socialización recibida antes de empezar a trabajar, el segundo se produce en el contacto directo con el mundo laboral.

De este modo, las significaciones sobre el trabajo se retroalimentan a lo largo de la vida de los sujetos, y al igual que la configuración de las subjetividades (Erikson, 1980), se trata de un proceso permanente donde no es posible identificar un comienzo y un fin; implican una selección y asimilación de percepciones y expectativas de los padres, amigos y allegados del entorno, además de intervenir las propias experiencias de los jóvenes.

Según esta perspectiva y alcance epistemológico de la investigación, para la comprensión de la configuración de las significaciones sobre el trabajo es necesario considerar a los jóvenes en sus relaciones de interdependencia continua con el medio en el que se encuentran, acorde con la perspectiva del constructivismo social de Kenneth Gergen.

Se sostiene que, como toda significación, las referidas al trabajo se construyen en la relación con otros, insertos en un entramado simbólico que en sí mismo es histórico y socio-cultural.

Gergen (1996), refiriéndose a la construcción de las significaciones, diferencia que sean la resultante de una “relación con otros”, como si el sujeto fuese un simple “procesador de información” (citando que ésta es una metáfora de Brumer), para proponer enfocar el problema del significado desde la “relación humana” entendiendo que este enfoque permite entender que la sociedad misma se mantiene unida por la participación común en un sistema de significación. Según esta perspectiva relacional, no hay propiamente un inicio, una fuente originaria, ya que siempre el individuo está en una situación relacional con otros y el mundo.

En este sentido, el valor comunicativo depende de una historia a priori de relaciones y el significado se presenta como un logro temporal sometido a continuo acrecentamiento y modificación a través de significaciones suplementarias.

Según palabras de Gergen: “Significar en ese ahora es siempre una tosca reconstrucción del pasado, una ristra de palabras arrancadas de contextos fa-

miliares e insertadas precariamente en la realización que surge en el momento presente”. De este modo, la generación de significado es un proceso dinámico y relacional, en el que intervienen las transmisiones intersubjetivas y las resignificaciones realizadas desde un presente situacional.

ALGUNAS CARACTERIZACIONES SOBRE LOS JÓVENES, VARONES Y MUJERES, UNIVERSITARIOS

Levinson (1978, en Rice, 1997) diferencia en el desarrollo humano períodos de construcción con períodos de transición, los que han sido considerados para definir la franja etaria en la investigación. Se decidió considerar a aquellos jóvenes que se estima que han iniciado su período de transición a la adultez, pero que aún no ha iniciado otro en dichos períodos que es el de los 30 años. Este autor caracteriza al sujeto de este período de edad, como frente a la necesidad de definir metas y elegir entre el deseo de explorar y el de comprometerse. Es la etapa del desarrollo humano donde se forma el “sueño”; como propone Roger Gould (1972, 1978; en Rice, 1997), es aquella fase de la vida en la que el individuo se orienta a construir su futuro.

Y por eso, el “trabajo”, para los sujetos de esta edad, significaba el medio propicio para lograr su autonomía e incorporarse en el mundo adulto, comenzando a trazar un proyecto de vida a futuro, a construir y orientarse hacia el “sueño” o deseo de concretar.

Ahora bien, en esa transición hacia la vida adulta, no basta identificar la edad cronológica de los sujetos; es importante el proceso de socialización en tanto consiste en adquirir y adoptar las normas, valores y expectativas que caracterizan a la cultura de la cual el sujeto forma parte. Mario Margullis (1996, en Pérez Rubio, 2004) refiere que el joven es “sujeto” de socialización, en tanto la juventud es una construcción histórica y social, en la que intervienen un conjunto de prácticas discursivas por la que el joven es un agente activo que no sólo reproduce y afirma el orden social vigente, sino que también participa como actor social.

En este campo de las construcciones sociales, el género también es una de ellas e interviene caracterizando esa transición hacia la vida adulta. Más allá de las diferencias de sexo, el contexto socio-cultural configura modos esperables de ser varón y mujer en ese determinado grupo social.

M. L. Jiménez Guzmán (2007) es categórica al afirmar cómo la sociedad le asigna una función productora a los varones y reproductora a las mujeres, quedando el papel de autoridad articulado sobre el poder masculino; dinámica que refiere que entra en crisis en contextos de falta de empleo al encontrarse el varón frente a la dificultad de asumir dicha función. Investigaciones realizadas en Argentina, por Mabel Burin (2007), también hacen referencia a las particularidades que tiene el trabajo según cuestiones de género por factores socio-culturales que actúan como condicionantes. De igual modo, en la investigación desarrollada en la Universidad Católica Argentina, poscrisis del 2001 sobre el impacto del desempleo en las subjetividades, quedaron plasmadas singularidades de acuerdo con el género, que participaban en las significaciones que le daban al trabajo, así como a los modos de ser varón y mujer frente a la situación de desempleo (Salvia, Boso, 2006).

De acuerdo con lo dicho, en la investigación se considera relevante explorar las particularidades existentes en la población joven según su sexo: varón-mujer.

¿Y por qué se focalizó la investigación en jóvenes universitarios? De acuerdo con estudios realizados por Rieger (1975, 1984; en Craig, 2001) y Perry (1970; en Craig, 2001) aquellos jóvenes que cursan estudios universitarios desarrollan un pensamiento dialéctico mediante el cual procuran integrar lo ideal con lo real, y romper con paradigmas duales y simplistas para incursionar en una perspectiva más relativista, con posibilidad de alcanzar un pensamiento autónomo y crítico, y de tomar decisiones con independencia y autodeterminación.

DISEÑO METODOLÓGICO

Al no haber encontrado estudios orientados a “comprender” la construcción de las significaciones que los jóvenes universitarios le otorgan al trabajo, en esta investigación se propuso comenzar a explorarlas y describirlas. Para ello, a partir de realizar entrevistas a expertos por su experiencia en el trato con jóvenes en ámbitos laborales, así como entrevistas estandarizadas a líderes de jóvenes en situación de trabajo, se diseñaron y efectuaron grupos focales que tuvieron como protagonistas a los mismos jóvenes.

También se realizaron grupos de discusión sobre el tema: dos con estudiantes de Ciencias Económicas y dos con quienes estaban mediando la carrera

de Psicología, todos ellos pertenecientes a una universidad privada. Entre ellos había jóvenes con y sin experiencia laboral. Sin embargo, a partir de haber confirmado lo que señala Krau (1987) acerca de que existen particularidades en las significaciones sobre el trabajo según si poseen experiencias laborales, se decidió focalizar la investigación, considerando a jóvenes que hayan transitado por esas experiencias.

Se realizaron seis grupos focales, integrados por jóvenes con estudios universitarios y experiencia laboral no menor a un año, residentes en Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y que tuviesen entre 20 y 29 años de edad.

Los grupos se diferencian según sexo con el propósito de aproximarnos a una caracterización de los individuos según esta variable, identificando similitudes y discrepancias entre ellos.

Se consideró que para comenzar a comprender la construcción de las significaciones que los jóvenes tienen sobre el trabajo, era importante conocer las experiencias de ellos en su relación con el trabajo, particularmente por tratarse de un grupo que, como se señaló anteriormente, se esperaba que concibiesen al trabajo como un medio para su autonomía y logro de metas, y que poseyesen, por el nivel de estudios alcanzados, un pensamiento crítico y dialéctico que le permitiera articular lo ideal con la realidad que se les impone.

Grupos focales

Los grupos focales se realizaron con el propósito de promover, de manera planeada, una discusión entre jóvenes acerca del tema “trabajo” para conocer sus percepciones en un clima distendido (como refiere Morgan, 1996, al referirse a las características de esta técnica)

Uno de los aspectos más destacados de esta técnica es la utilización de la interacción grupal como medio para obtener información y estimular el surgimiento de acuerdos y confrontaciones de diferentes perspectivas sobre el tema. Permite obtener información que facilita la “comprensión” de actitudes, experiencias, sentimientos, por lo que se le consideró pertinente respecto del objetivo central de esta investigación.

Callejo Gallego (2003) señala que el material que se obtiene para el análisis “es el proceso de reconstrucción discursiva del grupo social ante un fenómeno determinado”. Permite “observar la construcción del significado”.

Recomiendan como mínimo dos grupos focales por cada subgrupo de la población (segmentos o estratos). En este caso, se realizaron 6 Grupos Focales segmentados según sexo: dos mixtos, dos integrados por varones y dos por mujeres. En cada uno de ellos participaron como mínimo 5 jóvenes, haciendo un total de 36 (10 varones, 10 mujeres, 16 entre los dos grupos mixtos)

Para la selección de los miembros de los grupos, se utilizó una red informal de contactos. Se aclaró sobre la confidencialidad y anonimato de los participantes, para favorecer su participación.

Se realizaron en casas particulares propuestas por quienes cumplieron la función de observadores. En todos los casos se cuidó de generar un clima distendido, en un ambiente físico amplio, poco ruidoso y reservado.

Mientras llegaban todos los participantes al grupo focal, se les solicitaba que respondiesen un corto cuestionario, donde se indagaba sobre la cantidad de horas que trabajan y la actividad, la edad en la que comenzaron a trabajar y los motivos de ello, el lugar que le otorgaban a la actividad laboral respecto de otros ámbitos de la vida y la justificación a ello. Asimismo, se incluyeron algunas frases incompletas, seleccionadas de la categoría "Actitudes hacia el trabajo" de la técnica Completamiento de Frases, adaptada por M. Casullo y Cayssials (1996):

Trabajar

Lo que más me atrae de un trabajo es.....

El tipo de trabajo que más me gusta

En cuanto a profesiones, la diferencia entre mujeres y varones

La mayor satisfacción en un trabajo es

El deseo más grande de un profesional es

Una profesión brinda la oportunidad para

Lo que más quiero de un trabajo es

Lo que más me disgusta de un trabajo es

Se agregó una frase enfrentándolos a reflexionar sobre la posibilidad de que nunca tuviesen que trabajar.

Su no tuviera que trabajar nunca en mi vida

Esta técnica de Completamiento de Frases está conformada por un conjunto de estímulos presentados a modo de palabras iniciales o frases inconclu-

sas; se le pide al sujeto que termine las frases para lo cual proyecta sus ideas, valores, creencias, temores, etc., entendiéndose el término proyección en su función expresiva. Laplanche y Pontalis (1971: 318) señalan como una de las acepciones del término proyección, que es un mecanismo por el cual el sujeto “percibe el medio ambiente y le responde en función de sus propios intereses, aptitudes, hábitos, estados afectivos duraderos o momentáneos, esperanzas, deseos, etc.”

Esta técnica se caracteriza por ser de tipo asociativa, de acuerdo con la clasificación que propone Fernández Ballesteros (1992, en Casullo, Cayssials y otros; 1996) al tener el sujeto que manifestar por escrito sus asociaciones frente a los estímulos que se le presentan.

Por último, se incluyeron dos preguntas que exploran el parecer de los jóvenes respecto de los niveles de responsabilidades que tienen según el género en el mantenimiento económico de la familia y el cuidado de los hijos. Se decidió incluir estos disparadores para explorar la vigencia de las tradicionales subjetividades masculinas y femeninas en relación con su desempeño familiar: proveedores materiales del hogar en el caso de los varones, y madre de familia considerando a las mujeres.

Se realizó un análisis cuantitativo y cualitativo de los cuestionarios, y se articuló con la información proveniente de los grupos focales propiamente dichos.¹

De manera particular, se efectuó un análisis de contenido de toda la información que emerge mediante grupos focales y también de la técnica Completamiento de Frases; respecto de ésta, se consideró como unidades de análisis a cada una de las frases incompletas que presenta la técnica, categorizando las respuestas. Luego, se articuló la información proveniente del cuestionario con la de los grupos focales.

Todos los jóvenes de los grupos focales que participaron estaban solteros y sin hijos. La edad promedio: 24 años, sólo 4 de ellos tenían entre 20 y 22 años. La mayoría con estudios universitarios avanzados (24) mientras que una tercera parte del total de los jóvenes estaban graduados (12).

¹ La información proveniente de esta fase de la investigación, dio lugar a una segunda fase (siendo parte de una tesis doctoral) en la que se administró un cuestionario —hasta la fecha— a 250 jóvenes con las mismas características consideradas para la primera fase. A través de ella se confirma la información emergida a través de los grupos focales.

En cuanto a la cantidad de horas que trabajaban, 29 de los jóvenes lo hacían más de 35 horas a la semana.

A continuación se presentan los resultados a los que se ha arribado. A efectos de que sea más clara y dinámica su presentación, se presentarán subtítulos que corresponden a algunas de las categorías de análisis diferenciadas del desarrollo de los grupos focales. A partir de ellas se articulará con información proveniente del análisis del cuestionario y se ilustrará con expresiones de los mismos jóvenes.

ACERCA DEL SER PROFESIONAL

A través del cuestionario, los jóvenes tienen particulares expectativas en relación con el trabajo, por el hecho de ser profesionales. Señalan que el deseo más grande de un profesional es poder dedicarse a su profesión, trabajar de lo que les gusta y desarrollarse en aquello para lo cual estudia. Aspiran a poder lograr lo que se proponen, a veces implicando ello el formarse para ser independientes en su actividad laboral. Una de las jóvenes dijo al respecto: "... crecer en lo profesional, en lo que te gusta, poder aprender, capacitarte para después ser más independiente y tener más entrenamiento para hacer lo que te gusta".

Esas significaciones también surgieron en los grupos de discusión, en los que participaron jóvenes con y sin experiencia laboral; de igual modo todos ellos concibieron a los estudios universitarios como una oportunidad para desarrollarse como personas, sentirse realizados y poder crecer y tener logros incluso materiales.

Asienten, casi de manera generalizada, que el tener una profesión posibilita tener más oportunidades de trabajo; lo perciben como un modo de abrirse más caminos para trabajar. El ingresar al mundo laboral, es percibido por muchos como la posibilidad de comenzar a tener experiencia que les dé un valor agregado a la hora de hacer su curriculum vitae, incorporándolo como antecedente laboral. Como señaló una de las jóvenes: "Preferí un trabajo temporario pero en una empresa de prestigio, que me figure en el cv".

De este modo, el trabajo no se circunscribe a sólo ser un medio para la subsistencia, aunque algunos jóvenes encontraban dificultad para encontrar un trabajo acorde con sus estudios.

Otro aspecto a tener en cuenta, es el diferenciar las expectativas de acuerdo con la edad tenida, postergando el asumir algunas responsabilidades para

cuando fuesen más grandes. Como señaló una de las jóvenes que participó de un grupo focal: "...quizás más adelante vas a necesitar crecer y demás porque vas a querer más plata por tu edad, etc. Yo ahora, mal que bien digo vivo con mis papás y demás. Entonces es diferente, cuando estás más arriba, que capaz querés posicionarte y decir bueno, tengo..., no sé, soy gerente en esta empresa, quizás más adelante podés decir... es un tema de gratificación propia. Pero ahora quizás no me interesa ser gerente, ¡para qué quiero ser gerente a los 24 años!"

Disfrutar del trabajo y "pasarla bien" son expresiones que surgen con frecuencia entre los jóvenes, muchas veces como un modo de diferenciarse de generaciones mayores en las que perciben malestar y conflicto en la compatibilidad familia-trabajo. Acorde con ello es que también surgen valoraciones sobre la posibilidad de trabajar de manera independiente al disponer de estudios universitarios, valorando —y esto se observó de manera generalizada— la libertad horaria. Uno de los participantes expresó lo siguiente: "Importante, el tema de la libertad en los horarios. Si no terminás siendo un prisionero de ese laburo"; al respecto, otra joven señaló: "El trabajo perfecto sería aquel que diga hoy no tengo ganas de ir a trabajar, y no voy, tener libertad de no ir".

También hacen referencia a querer ser exitosos y reconocidos por su trabajo. Destacan la posibilidad de entablar vínculos con distintas personas, ampliando las redes de relaciones interpersonales.

En lo que respecta a las preferencias laborales en relación con los estudios universitarios, y según cuestiones de género, se observó que, así como algunas mujeres señalan el deseo de destacarse por lo que realizan, los varones prefieren tener la posibilidad de introducir cambios, y de realizarse a más de progresar en el trabajo.

Y las particularidades que se detectan conforme el sexo, quedan plasmadas cuando se les interroga sobre las profesiones y la diferencia entre varones y mujeres. A través del cuestionario, si bien muchos jóvenes refieren que no existen diferencias, y algunos aclaran que no deberían existir (pudiéndose detectar que aún perciben dichas diferencias) se destaca que alrededor de la mitad de ellos aducen tener particularidades en las destrezas y habilidades para determinado tipo de tareas, mientras que otros señalan que es dispar el reconocimiento social y las prioridades que se le dan al trabajo según se trate de varones o mujeres.

Los varones consideran que las mujeres suelen ser más aplicadas, responsables, organizadas y hábiles para la negociación; sobre todo reconocen que tienen más destreza para vincularse con los jefes varones. También refieren que los

varones son más prácticos y duros, y que las mujeres tienen otras prioridades, considerando al trabajo entre otros ámbitos de la vida. Una de las mujeres participante, expresó con claridad el lugar que quería darle al trabajo: “Lo que pasa que en el estudio tenía mucha responsabilidad, trabajaba mucho, estaba mucho tiempo ahí adentro, cosa que yo no buscaba eso para mi vida”.

Por otra parte, las mujeres señalan que ésta es una sociedad machista, por lo que los puestos jerárquicos suelen ser ocupados por varones; además, suelen sentirse más menospreciadas. También consideran que ellas son más libres para elegir la profesión, porque los varones suelen estar más presionados por el mandato social de tener que mantener económicamente a la familia. Asimismo, se perciben como menos dedicadas al trabajo respecto de los varones.

Al explorarse los niveles de responsabilidad de los varones en el mantenimiento económico de la familia, las opiniones se encuentran repartidas: la mitad de ellos refiere que el varón tiene mayores responsabilidades que la mujer en ese asunto, mientras que la otra mitad señala que no.

De igual modo, se observaron divergencias en el grupo de las mujeres. Una de ellas, como un modo de cuestionar la vigencia del citado mandato social en lo que respecta al papel familiar según sexo, señaló: “Depende de la edad, yo ahora tengo amigas que el papá no trabaja y la mamá sí. Hay algunos que se casan y el varón gana menos que la mujer y no sienten para nada eso”.

Tanto varones como mujeres hacen referencia a que ambos pueden aportar para el sostén económico de la familia; incluso las mujeres lo perciben como una cuestión igualitaria, que de no ser así sería discriminatorio. De todos modos, algunos mencionan la necesidad de distribuir papeles cuando se tienen hijos, acudiendo a los tradicionales modelos de varón como proveedor material de la familia y la mujer en su papel de reproductor y madre de los hijos.

En lo que respecta a las responsabilidades de las mujeres en el cuidado de los hijos, tienden a ser más los jóvenes que no concuerdan con esa afirmación, evidenciándose muchas expresiones de igualdad entre el varón y la mujer con respecto a los hijos. Cabe señalar que hubo algunas aclaraciones de jóvenes mujeres que destacaron la reflexión acerca de que no todas las mujeres quieren tener hijos. Y otras, pusieron especial acento en su deseo de no delegar el cuidado de los hijos, percibiéndose a sí mismas más capaces para este tema, respecto de los varones; como dijo una de las jóvenes: “Cambió un montón pero la mujer tiene más personalidad para la crianza”.

ACERCA DE LAS PRIMERAS EXPERIENCIAS LABORALES

En referencia a la edad de comienzo de la actividad laboral, en su mayoría lo hicieron entre los 20 y 23 años, observándose que los varones suelen comenzar a trabajar antes que las mujeres.

De acuerdo con el cuestionario aplicado, la mayoría de los jóvenes adujeron motivaciones de comenzar a trabajar para saber de qué se trataba. Este inicio de la experiencia laboral también significaba para muchos una búsqueda de independencia económica, mientras que para gran parte de ellos respondía a una necesidad de ayudar en el hogar. Algunas de estas razones coinciden según género; sin embargo, ciertas diferencias surgieron al detectarse de manera más significativa en el grupo de los varones que en el de las mujeres, al incursionar en la actividad por deseos de independizarse; algunas de ellas adujeron razones de disponer de tiempo libre mientras estudiaban en la universidad.

Durante el desarrollo de los grupos focales, al explorar qué consideraban que había aprendido a través de las primeras experiencias laborales, surgió de un modo significativo, el aprender a vincularse, aceptando papeles y códigos. Entre algunas de las expresiones de los jóvenes: “En la facultad nunca me enseñaron el trato con las personas”; “yo pensé que trabajar eran los números y todo lo que te enseñan, y la verdad que el mayor desafío que tuve fue el trato con las personas”. Esto se confirma al analizar los resultados del cuestionario aplicado; en éste también surge como aprendizaje a partir del trabajo, el responder a las obligaciones día a día y adecuarse al ritmo de trabajo.

SIGNIFICACIONES SOBRE EL TRABAJO

Se pudo observar la importancia del trabajo respecto de otros ámbitos de la vida mediante el cuestionario que 22 de los 36 jóvenes significaron al trabajo como importante, 7 como muy importante y otros 7 como un poco importante; ninguno eligió la opción “nada importante”. Si bien, en líneas generales ubican a la familia como prioritario antes que el trabajo, realizando un análisis más profundo es posible detectar que un grupo de varones valoran en un primer lugar la actividad laboral, mientras que las mujeres lo sitúan en un tercer lugar. Además, cabe señalar que estas significaciones surgen cuando se motiva al entrevistado a comparar la importancia que otorga al trabajo respecto de otros

ámbitos; mientras que si solo se le interroga sobre la importancia que le da al trabajo en la totalidad de su vida, el trabajo tiende a asumir un papel prioritario. Esto hace reflexionar sobre la incidencia que puede ejercer el “esperado socialmente” de que la familia está siempre en un primer lugar. Asimismo, al interrogárseles sobre el lugar que suponen que le darán al trabajo en aproximadamente 5 años, en líneas generales los jóvenes tendieron a aumentarse los niveles de importancia que le otorgan, sobre todo los varones, siendo que las mujeres hacían más referencia a formar una familia, con expectativas de también desempeñar un papel de madres.

Los términos que con más frecuencia asociaron al trabajo son: “responsabilidad”, “compromiso”, “sacrificio”, “socialización” y “contactos”. Se pueden distinguir dos grupos de palabras, aquellas que hacen referencia a los aspectos positivos de la actividad laboral, como los que dignifica al hombre, permite el desarrollo y crecimiento personal, posibilita aprender y que produce satisfacción; y por otra parte términos y expresiones asociando al trabajo con estrés, cansancio, “dolores de cabeza”.

A través de los diálogos en los Grupos Focales, se puede detectar que los jóvenes consideran a un trabajo como ideal a aquel que cumple con las siguientes características: a) trabajar de lo que les gusta —acorde con los estudios— (“que te paguen por un *hobby*”); b) donde hay buen ambiente de trabajo; c) donde es posible aprender; d) con un jefe que propicia un buen vínculo; e) sin horarios y con libertad para no ir.

Y, esas mismas características, son —entre otras— razones por las cuales deciden cambiar de trabajo; a saber: mayor libertad en el manejo de los horarios, mejor remuneración, búsqueda de un crecimiento profesional, y trabajar en algo que les gusta más. Es importante considerar que en los Grupos Focales, también hubo referencias a confusión en aspectos vocacionales, aspirando encontrar trabajos que competen a otras orientaciones —especialidades— dentro de la profesión, que descubrieron como más motivantes para ellos.

Ahora bien, tanto a través de los grupos focales como del cuestionario aplicado, se exploró sobre la posibilidad de no tener que trabajar en la vida. La mayoría de los jóvenes hicieron alusión al aburrimiento. Se observó que los varones tendían a hacer referencia a sentimientos que habían surgido como frecuentes en los estudios sobre el impacto del desempleo en los varones: frustración, inutilidad, insatisfacción, desgano, falta de realización. Mientras que en las mujeres, con mayor frecuencia aludían a que si bien se sentirían que les faltaría algo y que no serían completamente felices, manifestaban como posibilidad

el hacer otra actividad. En aquellos casos de varones que también expresaron el deseo de hacer otra actividad, generalmente estaba focalizada en el deporte y la oportunidad para viajar por el país con una finalidad turística. Algunos referían que trabajarían igual pero presentaban mayor dificultad para proyectarse y utilizar sus recursos disponibles. Esto se corroboró también con imágenes que se les solicitó a los jóvenes que eligiesen para representar la percepción que ellos tenían de sí frente a una situación crítica del mercado laboral.

FACTORES GENERADORES DE SATISFACCIÓN LABORAL

En los grupos focales se observó que la mayoría de los jóvenes significaban como satisfactorias a sus experiencias laborales, a pesar de que generalmente sus primeras experiencias no eran acordes con sus estudios universitarios.

A través del cuestionario aplicado se identificaron como más frecuentes los siguientes factores en tanto promotores de satisfacción laboral: la orientación a resultados, el tener la posibilidad de alcanzar las metas y tener logros, así como poder crecer ya sea dentro de la organización como obteniendo bienes material que aspiraban poder adquirir. Asimismo, el reconocimiento, es otro aspecto valorado por muchos de los jóvenes.

También surgieron la posibilidad de realizar trabajos con autonomía y disponer de cierta libertad de acción, favoreciendo ello que se sientan útiles y favorezcan a su aprendizaje y capacitación. Los vínculos interpersonales nuevamente emergen como factores que favorece a la satisfacción, refiriéndose a los mismos como buen clima de trabajo, además de las condiciones laborales.

En general, refieren que les atrae hacer trabajos desafiantes, que les permita autosuperarse.

Esta información derivada de los cuestionarios se confirma y amplía a través de los relatos de los jóvenes en los grupos focales, identificándose los siguientes factores como significativos para la satisfacción laboral: a) los vínculos, sobre todo con los jefes; b) la posibilidad de que les den un lugar en la organización y les permitan sentirse útiles y aprender; c) que la tarea les guste y tenga relación con los estudios universitarios; d) poder cumplir los objetivos que le establecen y el ser reconocidos por ello; e) que las organizaciones tengan claridad y sistematización en los procesos, que haya pautas establecidas y una definida carrera para el desarrollo profesional dentro de la organización.

Al analizar las particularidades según género, se observa que los varones evalúan que el tipo de trabajo que más les gusta depende de la tarea que realizan, mientras que las mujeres señalan a los vínculos como factor de relevancia para la satisfacción laboral.

Otro aspecto a considerar es que, mediante el cuestionario se detectó que una tercera parte de los encuestados refieren poseer habilidades que exceden las requeridas por el puesto que ocupan, confirmándose resultado de investigaciones a las que se hizo referencia en este artículo.

Al explorar el tipo de trabajo que más les gusta, en el cuestionario se destaca la preferencia por aquellas que están vinculadas con los estudios universitarios, sobre todo, valoran el poder realizar aportes, y de ser posible, introduciendo cambios, además de aquellos trabajos que conlleva a vincularse con otros. Respecto —específicamente— a las tareas que les producen mayor satisfacción: los varones prefieren el resolver problemas, aportando ideas y que les paguen bien por eso. A las mujeres parece motivarles más el brindar un servicio. Sin embargo, esto es solo una aproximación y lejos está de merecer una generalización, necesiéndose para ello de un abordaje cuantitativo que lo evalúe (los jóvenes que participaron de los grupos pertenecían a distintas carreras universitarias, y en lo que respecta a preferencia por las tareas a realizar, al ser acordes a los estudios que cursan, se merecería otro tipo de abordaje para profundizar en su análisis).

FACTORES GENERADORES DE INSATISFACCIÓN LABORAL

Al dar cuenta sobre aquellos aspectos que les disgusta del trabajo, parecen emerger experiencias de su vida laboral. Refieren que les desagrada el trabajo monótono y desmotivante, el cumplir con obligaciones y aceptar formalidades como cumplir un horario. Además, surgen referencias al maltrato y falta de respeto en los ámbitos de trabajo, utilizando muchos de los jóvenes, el término “explotación”.

Los jóvenes dialogaron y asentían sobre el desagrado que les producen las fricciones en los vínculos, los ambientes de trabajo adversos, sobre todo cuando experimentan faltas de respeto y se sienten explotados, con una importante presión en el desarrollo de sus trabajos. También refieren disgusto por sentirse desaprovechados en sus conocimientos, particularmente respecto de lo que aprendieron en la universidad.

Las condiciones laborales y escasas definiciones en las directivas de trabajo también emergen como factores generadores de insatisfacción.

Además, la escasa libertad de acción, incluyendo los horarios, son señalados como aspectos que producen insatisfacción en un ámbito de trabajo.

Mientras que los varones depositan su malestar cuando otros se quedan fuera del horario de trabajo, sintiéndose forzados a quedarse, las mujeres manifiestan su disgusto cuando no se cumple el horario, posicionándose con mayor firmeza en el cumplimiento del contrato laboral; como refirió con claridad y firmeza una de ellas: “yo hacía eso hasta que un día me levanté y dije, ¡no hago más horas extras! De hecho, llegué a un punto... a lo sumo seis y media como muy tarde me fui de la oficina (...) Fue un día que me levanté y dije, yo me voy a las seis”.

Una joven participante de un grupo focal expresó “el trabajo es como ganar la vida perdiéndola”; las mujeres que también estaban participando del grupo asintieron esta expresión, compartiéndola y asociándola con situaciones que experimentaban como estresantes (a las que luego se hará referencia).

Al analizar los factores de insatisfacción según género, se detectó que las mujeres evidencian una mayor sensibilidad sobre cuestiones vinculares; no sólo en lo que se refiere al trato de sus superiores, si no a las relaciones interpersonales que entablan con sus pares mujeres. Estas percepciones de las mujeres adquieren más fuerza cuando los varones, haciendo referencia a sus experiencias laborales, también hacen mención a conflictos entre las mujeres, sobre todo a modo de “conventillo” (término que surgió en distintos grupos focales, asociado al tema de las relaciones laborales de las mujeres).

En los varones, la injusticia, la intolerancia, el sentirse inútiles, el desorden, la inoperancia de otros, así como la imposibilidad de actuar con independencia de criterios, son algunas de las significaciones que señalan como provocadores de disgusto en los ámbitos laborales.

Siendo que el tema del estrés surge como significativo en los grupos focales, se analizó cuáles son los factores psicosociales que los jóvenes identifican como estresores: trabajo rutinario, ritmo laboral, no libertad horaria (sobre todo señalado por las jóvenes mujeres), tiempo de trabajo no productivo, estar saturado y no poder cumplir con los objetivos (sobre todo expresado por varones), responsabilidades que exceden a la edad, (“...meten una presión y me hacen trabajar como si tuviese 30, trabajo 12 horas seguidas por día, sin comer al mediodía nada y ya llega un momento donde digo no sé si vale la pena en este momento hacer esto”), expectativas frustradas respecto de sí mismo (“Pensás

que te llevás puestos a todos y de repente la realidad te frena”), falta y definición de las tareas (“porque si no terminás haciéndote cargo de algo que...”, refiriéndose a los trabajos en equipo). Cabe señalar que surgieron algunos comentarios sobre vivencias de sobre-ocupación por parte de sus padres, que los motivaba a no querer repetir esa historia familiar, significándolo como una “locura”.

ASPECTOS VINCULARES DE LOS JÓVENES EN LOS ÁMBITOS LABORALES

Se detectó que muchos jóvenes consideraban haber aprendido a que en los ámbitos de trabajo, cada uno busca el bien propio, como una orientación individualista donde se busca el provecho personal, el crecimiento en trabajo aunque ello implique un perjuicio a otros. En uno de los grupos focales, mientras dialogaban sobre el tema y asentían unos con otros, uno de los jóvenes dijo: “Hay gente que sí, que hace lo que sea para ascender, y pisar cabezas le da igual”.

Esta percepción parece diferir de aquellos que tuvieron experiencias laborales en empresas familiares, las que son significadas por algunos jóvenes como una realidad diferente a las multinacionales.

En lo que respecta a las características de un Jefe Ideal, lo definen como: a) Un par con quien se pueda trabajar juntos; b) Que da libertad y escucha propuestas; c) Que sabe y conoce el trabajo que realizan conjuntamente – de quien aprender; d) Exigente, que es un líder y toma decisiones; e) Con quien se puede mantener un trato informal pero da órdenes (que ordena la actividad laboral a realizar); f) Atento a cómo están sus colaboradores; g) Simpático y directo en la comunicación; h) Respetuoso y responsable; i) Que ayuda a crecer. Los jóvenes se consideran a sí mismos “colaboradores” de sus jefes, y esperan ser tenidos en cuenta en sus aportes y poder trabajar con autonomía; sobre todo los varones hacen hincapié en su inquietud por poder introducir cambios en los procedimientos de trabajo, por lo que esperan tener libertad de acción y no tener que restringirse a cumplir y hacer de manera operativa solo lo que le digan que hagan. Uno de ellos dijo respecto de un jefe ideal: “Que te deje crear, que te de libertades como para hacer tu trabajo. Que te tire líneas pero no que te diga haceme esto...Un coach más que un jefe”.

Refiriéndose a las experiencias de los jóvenes en su relación con los jefes, se evidenció cierto nivel de exigencia respecto de las competencias laborales que esperan encontrar en sus jefes, aspirando a aprender de ellos; por el con-

trario tienden a ser críticos de esa situación. Una de las jóvenes es clara en su manifestación al respecto: "... a mi lo que me pasa con mi jefe es que mete mano, arruina, es medio feo lo que digo pero... Por ahí es mi visión pero no sé cómo el tipo tiene a cargo ese estudio (...)Para mi próximo trabajo, quiero que mi jefe sea una persona de quien yo pueda aprender realmente. Pude aprender del trabajo pero no de él como profesional."

Se observaron algunas diferencias según género. Los varones manifestaron sentir impotencia al no saber cómo relacionarse con los jefes. En general, tienen expectativas de comunicarse como si se tratase de un par. Surgieron expresiones de haber experimentado dificultad para relacionarse con personas de otras nacionalidades, de distintas culturas; al respecto, hacen mención a sentirse que son tratados como si fuesen "esclavos" (particularmente refiriéndose al trato que les dispensaban norteamericanos con los que tenían que interactuar). También manifestaron dificultad para realizar tareas con las cuales no acuerdan con sus jefes, y que desean decírselo pero no saben cómo. "Mi jefe no es profesional (...) hay cuestiones que ves que dice una locura y no te parece, tenés que decirle por qué no hacés tal cosa, pero él sigue con sus ideas y punto. Y no sé, hay un montón de ilusiones a nivel profesional, de sacar lo mejor tuyo y después nada que ver, se hace así y punto". Muchos perciben como cerrada a la gente con la que trabajan; de todos modos, consideran que los vínculos son estratégicos para conseguir sus objetivos y que hay que aprender al respecto.

A diferencia de los varones, las mujeres sienten no ser reconocidas por su trabajo, por lo que tiende a desvalorizar a esos jefes; asimismo muchas manifiestan haber recibido un mal trato por parte de los jefes, percibiéndose a sí mismas como impotentes al respecto (surgió reiteradamente la expresión "que me traten bien" como expectativa respecto del vínculo con su superior); también, se evidenciaron algunas expresiones agresivas sobre sus jefes: "Vos estás haciendo dos meses sin comer, dándole duro y te dice ineficiente, y es como que la querés matar. Te agarra una impotencia, no podés decirle nada y te ponés a llorar".

PERCEPCIÓN QUE TIENEN LOS JÓVENES RESPECTO DE DIFERENCIAS GENERACIONALES EN LOS ÁMBITOS DE TRABAJO

En líneas generales, en lo que respecta a la gente mayor, consideran que son cerrados en sus ideas, por lo que existe dificultad para negociar con ellos. Uno de

los jóvenes varones señaló al respecto: “La mayor diferencia es lo estructurada que es la gente grande, eso es lo más complicado. Y no quieren cambiar nada”.

Cuestionan la tendencia que tienen a la estabilidad, como una dificultad para el cambio. Surgen expresiones como: “¡Tené cuidado!, y eso traba las cosas y atrasa el trabajo”. Evalúan una dificultad que se les presenta a la gente mayor y que interfiere en la movilidad de ellos en el mercado laboral: la falta de oportunidades para cambiar de trabajo, no quedándoles otra opción que trabajar donde están y permanecer. Una joven dijo al respecto: “Gente de 55 años que no se pueden ir porque no van a encontrar en otro lado. Me angustiaba ver esto, que estaban todo el día como queriendo otro trabajo”.

Muchos de los jóvenes perciben como problema el exceso de horas de trabajo, y en algunas oportunidades refirieron que afecta el bienestar familiar. Una de las jóvenes comenta una situación en el trabajo, como un modo de ejemplificar las consecuencias de las horas extras: “Voy hacia el tipo, estaba ahí, —¡ah, hola cómo estás!— bien, así con cara de póquer, así como si nada le pasase y sabés que por dentro le pasa una locomotora, con todo lo que viene atrás, y de repente, - no, me voy a mi casa, porque viste, me estoy por divorciar de mi mujer. ¡Mirá lo mal que estará el tipo que se lo puso a hablar con nosotros! (...) Dije, ves eso yo no quiero ser. Y el tipo está horas y horas trabajando. Y vos ves que el tipo viene con todos los problemas (...) Vos ves que llega y está así, de un lado para el otro”.

Uno de los jóvenes, de manera muy expresiva respecto del malestar que le producía percibir esta situación en su familia, señaló: “estoy muy enojado con eso, no me gusta eso. Laborar hasta las 10 de la noche en un estudio... es una locura”.

También presentan en la discusión grupal la importancia de reflexionar sobre la actitud que se tienen ante el trabajo y la vida en general, y al respecto, surgía el interés de diferenciarse de ellos. Señalan que son muy pocas las personas grandes que disfrutaban de su trabajo; los ven amargados y quisieran evitar que les suceda lo mismo. Al respecto, uno de los jóvenes manifestó lo siguiente:

“Lo que pasa que llega un momento de la vida que si no sos conciente, si no sos conciente de lo que realmente es la vida, te volvéis una maquineta trabajadora y realmente no vivís. Te das cuenta... ¿viste cómo la gente se va amargando?”

Los jóvenes analizan en el grupo focal que la gente mayor comenzaba a trabajar como sostén del hogar, a diferencia de muchos de ellos que lo hacen como posibilidad de desarrollo y crecimiento profesional. Consideran que ese papel de sostén del hogar interfería en ellos en el arriesgarse a un cambio, a

diferencia de la realidad actual de muchos de los jóvenes que participaron de los grupos, en los que no tienen familia a cargo. “Yo con un hijo no me arriesgaría a estar cambiando”, dijo una de las jóvenes.

Otra característica percibida por los jóvenes es que “La tecnología los dejó atrás. Escriben en el teclado con un dedo”. Sin embargo, sobre todo los jóvenes varones, rescatan de las personas mayores que tienen experiencia para transmitir. Uno de los jóvenes expresó: “Pero tienen experiencia, obviamente voy a pedir siempre un consejo a esa persona”.

Ahora bien, diferenciándose de ellos, los jóvenes se perciben a sí mismos como exigentes a la hora de recibir beneficios y que ante situaciones de insatisfacción por no aprendizaje o crecimiento, buscan un cambio. Como dijo una de las jóvenes: “Tengo trabajo pero siempre busco si hay alguna oferta que me cope”.

Manifiestan que quieren disfrutar de su trabajo, hacer algo que les entusiasme y pasarla bien. Por lo que pueden rotar hasta encontrar un trabajo que les gusta; señalan que no tienen tantas responsabilidades como la gente mayor y que pueden hacer esas elecciones. Muchos jóvenes refieren que trabajan porque les gusta. También consideran que ellos pueden no sólo trabajar en una empresa, consideran que pueden autoemplearse y trabajar por internet.

REFLEXIÓN

El análisis cualitativo realizado sobre los relatos y diálogos de los jóvenes en los grupos focales, triangulando esa información con la proveniente de los cuestionarios aplicados, particularmente en lo que respecta a la técnica Completamiento de Frases, ha resultado un abordaje propicio para reflexionar y comenzar a comprender las significaciones que jóvenes universitarios le dan al trabajo, identificando asimismo factores psicosociales que están interviniendo en la conformación de las mismas.

En primera instancia, es necesario considerar la incidencia que tienen las expectativas y aspiraciones de los jóvenes en relación a la decisión de ellos de adquirir estudios universitarios. Sus expectativas de tener más y mejores oportunidades de empleo se topan con una realidad, que particularmente la experimentan cuando los jóvenes ingresan al mercado laboral.

Acceder al conocimiento de las experiencias de los jóvenes en los ámbitos de trabajo laborales, permite comprender el comportamiento de ellos en dichos

ambientes, así como comenzar a entender las modificaciones que se están produciendo en los contratos psicológicos.

Resulta pertinente considerar como experiencias laborales no sólo a aquellas en las que los jóvenes son protagonistas directos en tanto trabajadores; también se han detectado como significativas aquellas experiencias vivenciadas de un modo indirecto, a través de sus familias o personas del grupo sociocultural de pertenencia, en la relación de éstos con su trabajo. La sobreocupación, las excesivas horas extras, la presión en los ámbitos de trabajo, así como el percibir a la gente mayor como amargada y con problemas familiares por cuestiones laborales, parecen ser factores determinantes en la conformación de las significaciones y la relación de los jóvenes universitarios, varones y mujeres, con el trabajo.

También ha quedado en evidencia la incidencia que tienen valoraciones sociales, que por su alta significatividad en los procesos de educación y socialización, tienden a teñir percepciones que los jóvenes tienen sobre sí mismo. Esto permite comprender la inclinación natural de los entrevistados a considerar a la familia como prioridad en su nivel de importancia respecto de otros ámbitos de la vida. Mientras que luego, efectuando un análisis más pormenorizado de los resultados obtenidos, y en articulación con información proveniente de los grupos focales, emerge que los varones tienden a priorizar el trabajo a la vez que la mayoría de las mujeres parecen percibir a su papel maternal como indelegable e insustituible.

Y si bien son frecuentes las referencias a la necesidad de igualdad que esperan encontrar en las oportunidades laborales, y que asimismo manifiestan que se expresa en la igualitaria responsabilidad que tienen varones y mujeres, en el mantenimiento económico de la familia, se ha detectado que los varones suelen hacer mayor referencia al trabajo por las tareas que realizan y el ingreso económico que le retribuye, mientras que las mujeres hacen una mayor mención al desarrollo profesional, priorizando el ambiente de trabajo y los vínculos.

Estas valoraciones particulares según género intervienen en las expectativas que tienen los jóvenes respecto del trabajo, así como en los comportamientos de los varones y las mujeres respecto del trabajo. Lo dicho queda claramente de manifiesto en la mayor tendencia de las jóvenes mujeres a tratar de hacer cumplir las condiciones laborales, sobre todo las acordadas en cuanto a los horarios de trabajo, a efectos de evitar que éste interfiera en su vida privada.

Considerar al trabajo como una condición natural del ser humano, que lo dignifica y le permite la autorrealización, es una aseveración que parece vacilar.

Tampoco parece pertinente restringir el trabajo a una valoración instrumental, siendo que los jóvenes suelen depositar en él muchas aspiraciones de desarrollo y crecimiento no sólo profesional, sino también personal.

Por último, cabe señalar que por ser jóvenes con estudios universitarios, se introduce un valor diferencial respecto de otros: no sólo por las expectativas de tener mayores oportunidades de trabajo y poder acceder a puestos más calificados, sino también por el desarrollo cognitivo y personal que ello implica. Los estudios universitarios, como se señaló al inicio del artículo, promueve el desarrollo de un pensamiento analítico y crítico, que les permite confrontar sus ideales con la realidad que se les impone, dando lugar a resignificaciones sobre el trabajo respecto de aquellas que habían adquirido a través del proceso de socialización, con la posibilidad de superar explicaciones causales simples y lineales.

Si, como dice Bauman y la investigación confirma, el trabajo ya no asegura alcanzar objetivos que se desean, y la incertidumbre domina el terreno laboral, es entendible que la inmediatez y los proyectos a corto plazo generen mayor confianza y sensación de poder manejar la situación. De acuerdo a ello, sería esperable que se debilite la centralidad que tenía el trabajo en la vida de las personas, así como el compromiso y las expectativas de permanencia en un lugar de trabajo.

Los jóvenes se encuentran ante un mercado laboral en el que tener estudios universitarios no da certeza de acceder a un trabajo que les permita auto-realizarse, como tampoco, a trabajos calificados. Se perciben sobrecalificados para las tareas que realizan, a la vez que es evidente el fuerte malestar de los jóvenes, motivado por encontrarse con un mercado laboral precarizado: largas horas de trabajo, contratos temporales e informales, bajos salarios, sin seguridad social, presión en el ámbito laboral y situaciones que son experimentadas como de explotación. Éstas también inciden en las significaciones sobre el trabajo, evidenciándose en la fuerza que depositan en las expectativas de “pasarla bien”, algunos priorizando las tareas, otros los vínculos, pero siempre bajo la consigna del disfrute.

De este modo, ni el trabajo ni la educación están siendo los medios que antes aseguraban el cumplimiento de los “sueños”. Acorde con ello, los jóvenes se encuentran despojados de un contexto que les contenga —el éxito, así como el fracaso, dependen de sí mismos. Y, de acuerdo con este estado de situación, otros aspectos del trabajo comienzan a ser valorado respecto de épocas anteriores: que las tareas sean desafiantes y divertidas, que el ambiente de trabajo sea

distendido, y por sobre todo, que haya libertad de horarios, posibilidad de actuar con autonomía y de realizar aportes que sean escuchados y considerados.

Es evidente que existen factores psicosociales relacionados con el trabajo que participan en la construcción de las significaciones sobre éste. No sólo aquellos asociados con el proceso de socialización a través del cual se configuran esas significaciones (derivadas de la familia o la escuela), sino que éstas se encuentran también entramadas con la interpretación y análisis crítico que los jóvenes realizan a partir de sus propias experiencias laborales y de aquellas que vivencian de manera indirecta al percibir la relación que algunos trabajadores de generaciones anteriores mantienen con el trabajo.

Con el entusiasmo que caracteriza a los jóvenes de esta edad, se orientan a contruir su futuro y concretar su “sueño”, configurando y consolidando su subjetividad, identificando modelos a seguir y comportamiento a evitar (no repetir).

Es evidente que comprender las significaciones de los jóvenes sobre el trabajo implica entender que se construyen en la relación humana en tanto ésta está inmersa en una trama simbólica en la que intervienen factores socioculturales, económicos y políticos. Participan significaciones de un pasado, transmitidas intergeneracionalmente, resignificadas y/o reformuladas por el encuentro de los jóvenes con un particular contexto y realidad sociolaboral en la que están inmersos, y en la que aspiran a desarrollarse personal y profesionalmente.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguiar, E. (1997), “La desocupación: algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales”, *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. 20, núm. 1, Buenos Aires
- Arnold, J. (1996). “The Psychological Contract: A Concept in Need of Closer Scrutiny?”, *European Journal of Work and Organizational Psychology*, núm. 15, pp. 511-520.
- Bauman, Z. (2002), *Modernidad líquida. Sección de obras de sociología*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina
- Boso, R. y A. Salvia (2006), “Condiciones sociales del malestar subjetivo en un entorno de crisis y desempleo masivo”, *Revista de Psicología UCA*, vol. 2, núm. 3, Buenos Aires.

- Burin, M. (2007), "Trabajo y parejas: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros", en *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM.
- Callejo, Gallego (2003), "Observación, entrevista y grupo de discusión: el silencio de tres prácticas de investigación", *Revista Española de Salud Pública*, vol. 76, núm. 5, pp. 409-422.
- Casullo, M. M., A.N. Cayssials y otros (1996), *Proyecto de vida y decisión vocacional*, Buenos Aires, Paidós.
- Craig, G. (2001), *Desarrollo psicológico*, 8a ed., México, Pearson Educación.
- Dejours (2000), "Psicodinámica del trabajo y vínculo social", *Actualidad Psicológica*, año XXIV, núm. 274, Buenos Aires
- Diario Clarín (2009), <http://edant.clarin.com/diario/2009/02/04/um/m-01851930.htm>-Encuesta Joven 2008.
- Erikson, E. (1980), *Identidad. Juventud y crisis*, Madrid, Taurus Ediciones.
- Filippi, G. y E. Zubietta (2004), "Valores y trabajo: un estudio con estudiantes universitarios", *Anuario de Investigaciones*, Facultad de Psicología/UBA.
- Filippi, G. (2008), *El significado y el valor del trabajo en distintos grupos socio-laborales de Argentina en los albores del siglo XXI*, tesis doctoral dirigida por el Dr. A. Schlemenson, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Doctorado. Disponible en http://www.econ.uba.ar/www/servicios/Biblioteca/bibliotecadigital/bd/tesis_doc/filippi.pdf
- Gallart, M. A. (1995), "Formación, educación y desempleo en la Argentina", en A. Canitrot, *Libro Blanco del Empleo en la Argentina*, Buenos Aires, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social
- Gergen, K. (1996), *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*, Buenos Aires, Paidós.
- Golovanevski, L. (2008), "Transmisión intergeneracional de la pobreza en la Argentina: una aproximación empírica", *Estudios del Trabajo*, núm. 36, julio-diciembre, pp. 85-21, Buenos Aires.
- Hermida J., R. Serra y E. Kastika (1992), *Administración y estrategia*, Buenos Aires, Ediciones Macchi.
- Herriot, W., G. Manning y J. Kidd (1997), "The Content of the Psychological Contract", *British Journal of Management*, núm. 8, pp. 151-162.
- Huertas, J. A. (1997), *Motivación. Querer aprender*, Buenos Aires, Aique.

- Human Resources Management (1994), *European Journal of Work Psychology* (1996).
- Instituto Nacional de Estadística y Censos [INDEC] (2007), información disponible en <http://www.indec.mecon.ar>
- Jahoda, M. (1987), *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*, Madrid, Morata.
- Jiménez Guzmán, M. L. (2007), "Algunas ideas acerca de la construcción social de las masculinidades y las feminidades, el mundo público y el mundo privado", en *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, México, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM.
- Jorrat, J. (2000). *Estratificación social y movilidad: un estudio del área metropolitana de Buenos Aires*, Tucumán, Secretaría de Ciencia y Técnica, Universidad de Tucumán.
- Krau, E. (1987), "The Crystallization of Work Values in Adolescence: A Socio-cultural Approach", *Journal of Vocational Behavior*, núm. 30, pp. 103-123.
- Labadens, A. (2008), *El contrato psicológico en las organizaciones: revisión, análisis y conclusiones sobre conceptualizaciones divergentes*, Buenos Aires, Biblioteca de la Universidad Católica Argentina, tesis de licenciatura dirigida por Roxana Boso.
- Landy, F. Y Conte J. (2005), *Psicología industrial*, México, McGraw-Hill Interamericana.
- Laplanche, J. y J. Pontalis (1971), *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Editorial Labor.
- Margullis, M. (1996), "La juventud es más que una palabra", en A. M. Pérez Rubio (2004), *Los jóvenes y el trabajo. Un estudio sobre representaciones sociales*, Organización de Estados Iberoamericanos, www.oei.es/valores2/monografias/monografia04/index.html
- Marín, A. (1997), *La comunicación en la empresa y en las organizaciones*, Barcelona, Bosch Casa Editorial.
- Marín, L., C. Marrau y S. Lúquez (2005), "La concepción acerca del trabajo en los jóvenes universitarios de la Argentina actual", *Enseñanza e Investigación en Psicología*, enero-junio, año/vol 10, núm. 1, México, Universidad Veracruzana, pp. 103-116, disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/292/29210107.pdf>
- Meda, D (1998), *El trabajo: un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa.

- Morgan, D. (1996), "Focus Group", *Annual Review of Sociology*, núm. 22, pp. 129-152.
- Morin, E. (1992), *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad. La noción de sujeto*, Barcelona, Paidós
- Morin, E. (1994), *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.
- Nuttin, J. (1982), *Teoría de la motivación humana*, Barcelona, Paidós.
- Organización Internacional del Trabajo [OIT] (2011), http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/press-and-media-centre-news/WCMS_150587/lang-es/index.htm, Comunicado de prensa del 20 de enero de 2011 sobre las tendencias mundiales del empleo.
- Pennebaker, J. W. y B. Basanick (1998), "Creación y mantenimiento de las memorias colectivas", en D. Jodelet, D. Páez, D., J. F. Valencia, J. W. Pennebaker y B. Rimé (eds.) (1998), *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Bilbao, Euskal Herriko Unibertsitatea, pp. 31-47.
- Pérez, A. (1997), *El trabajo*, Madrid, Trotta.
- Pérez, P. E. (2007), "El desempleo de los jóvenes en la Argentina. Seis hipótesis en busca de una explicación", *Estudios del Trabajo*, núm. 34, julio-diciembre, pp. 87-116. Buenos Aires
- Prigogine, I. (1998), *El fin de las certidumbres*, Chile, Editorial Andrés Bello.
- Rascovan, S. (comp.) (2010), *Las elecciones vocacionales de los jóvenes escolarizados. Proyectos, expectativas y obstáculos*, Buenos Aires, Noveduc.
- Rice, P. (1997), *Desarrollo humano. Estudio del ciclo vital*, 2a ed., México, Pearson Educación.
- Ruiz Quintanilla, S. A. (1991), "Introduction: The Meaning of Work", *European Work and Organizational Psychologist*, núm. 1, pp. 81-89.
- Salanova, O. y otros (1991), "Significado del trabajo en los jóvenes en la transición e incorporación al mercado laboral", *Revista de Psicología General y Aplicada*, vol. 44, núm. 1, pp. 113-125.
- Salanova, M., F. J. Gracia y J. M. Peiró (1996), "Significado del trabajo y valores laborales", en J. M. Peiró y F. Prieto (dirs.), *Tratado de psicología del trabajo*. Volumen II: Aspectos psicosociales del trabajo, Madrid, Síntesis.
- Schein, E. (1982), *Psicología de la organización*, Prentice-Hall Hispanoamericana.
- Sparrow, P. P. (1996), "Careers and the Psychological Contract: Understanding the European Context", *European Journal of Work and Organizational Psychology*, vol. 5, núm. 4, pp. 479-500.

- Wosy-International Research Group (1989), "Socialización laboral del joven: un estudio transnacional", *Papeles del Psicólogo*, núms. 39 y 40, junio, disponible en <http://papelesdelpsicologo.es/vernumero.asp?id=403>
- Zubieta, E., R. Boso y M. Rodríguez (2010), "Aspectos psicosociales del trabajo", en G. Filippi y E. Zubieta (2010), *Psicología y trabajo. Una relación posible*, Buenos Aires, Eudeba.

Sitios web consultados

- www.oij.org/documentos/doc1202813603.pdf - La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias, Comisión Económica para América Latina y el Caribe y Organización Iberoamericana de Juventud, Santiago de Chile, octubre de 2004, pag. 17-21 (agosto de 2007, 2º edición, versión actualizada del documento publicado en octubre de 2004).
- <http://edant.clarin.com/diario/2009/02/04/um/m-01851930.htm> - Encuesta Joven 2008.
- http://www.cinu.mx/minisitio/UNjuventud/docs/A_60_61.pdf - Informe sobre la Juventud Mundial 2005.
- http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/press-and-media-centre/news/WCMS_150587/lang--es/index.htm - Comunicado de prensa del 20 de enero de 2011, sobre las Tendencias Mundiales del empleo.

Algunas reflexiones y resultados de investigación sobre jóvenes, educación y trabajo en México

MARÍA LUCERO JIMÉNEZ GUZMÁN
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM

INTRODUCCIÓN

Como se ha planteado ampliamente en la introducción de este libro, información reciente sobre la situación de los jóvenes en el mundo brinda un panorama poco alentador. Una alta proporción sobre todo en los países menos desarrollados tiene escasas y precarias condiciones, tanto para acceder y mantenerse en los sistemas educativos, como para tener un trabajo bien remunerado y gratificante, situación general, no solamente aplicable a la situación de los jóvenes en la actualidad.

Además de la problemática que genera la falta de trabajo y su precarización en términos de bienestar social, de calidad de vida, de posibilidades de sobrevivir, también hay que considerar que, dadas las representaciones sociales aún prevalentes, al menos en algunos sectores, estar excluido de las actividades productivas remuneradas convierte a los individuos en dependientes económicos, ya sea de su familia o de la asistencia pública y con ello las personas perdemos no solamente ingresos económicos, sino posición, estatus, reconocimiento y por su-

puesto, esto es muy grave, al perderse autonomía, que es la que posibilita la conducción de la propia vida, que en el caso de los varones constituye aún más que en el de las mujeres, por condición cultural de género, una verdadera tragedia, como hemos podido documentar en investigaciones realizadas recientemente sobre estas temáticas (Jiménez *et al.*, 2007; Burín, Jiménez y Meler, 2007).

Coincido plenamente con Fiorella Mancini (2011: 2-3), autora de otro de los artículos que integran este libro, en el sentido de que mientras que para las generaciones anteriores, las instituciones públicas, las redes sociales y la familia eran ejes fundamentales para determinar el acceso y la movilidad dentro del mercado de trabajo, las cohortes que ingresan al mundo laboral en los últimos años, lo harían a partir de regímenes de riesgo que, entre otras cosas, requieren que los individuos tomen sus propias decisiones en relación con un mercado que ya no admitiría posibilidades para el ingreso basado en las relaciones sociales o familiares. En este nuevo modelo de regulación, el riesgo aparecería como el núcleo duro del funcionamiento social en la medida en que la incertidumbre de los sistemas económicos está lo suficientemente generalizada como para poder anticipar o planear el futuro. Todo ello supondría un cambio en la forma en la que los trabajadores más jóvenes acceden al mundo laboral, a la búsqueda y encuentro de un empleo y hacia las orientaciones al trabajo en general.

Es así que prevalece sin duda la incertidumbre laboral, que conlleva una serie de riesgos, mismos que están relacionados con los procesos de globalización e internacionalización de la economía. Prevalece asimismo la desregulación de los mercados de trabajo, la creciente inestabilidad laboral, la reducción de las prestaciones sociales y el aumento del desempleo, y como lo veremos en los resultados de la investigación que a continuación presentaré, son elementos que generan sentimientos de riesgos y falta de protección social entre los jóvenes.

Un punto de partida para la investigación que hemos llevado a cabo ya durante varios años relativa a los jóvenes, la educación y el trabajo, en México y en Argentina, ha sido la hipótesis de que hay repercusiones importantes, dadas las vicisitudes económicas y sociales que estamos viviendo desde hace algún tiempo, pero de manera más enfática en los últimos años, en relación con el sentido que los jóvenes le otorgan al trabajo.

Una inquietud importante que nos ha guiado es preguntarnos si el trabajo continúa siendo central en la vida de las personas, o al menos en su discurso. Si el trabajo pierde o ha perdido centralidad, cuáles son entonces para los jóvenes elementos centrales.

Nos hemos preguntado qué importancia conceden l@s jóvenes al trabajo y su vínculo con la educación, qué otros aspectos de la vida les son centrales, qué esperan lograr cuando concluyan sus estudios universitarios en términos de trabajo, y algunos otros aspectos de la vida que pretenden desarrollar en el futuro cercano, tales como la construcción de una familia propia, el casarse, el procrear. Entre otros aspectos.

En el estudio realizado con jóvenes universitarios en México, hemos hecho relevante la perspectiva de género, por lo cual nos es prioritario conocer y documentar si hay cambios en las expectativas de la división del trabajo al interior de la familia, derechos y obligaciones y el papel del “proveedor”.

L@S JÓVENES ENTREVISTAD@S. L@S ESTUDIANTES ENTREVISTAD@S
Y ALGUNAS IDEAS SOBRE EL CONTEXTO GENERAL
DE LA EDUCACIÓN EN MÉXICO

Considero importante iniciar este apartado con algunos datos que considero fundamentales, para poder contextualizar la investigación que realizamos en México. Entre estos se destaca que, según el Censo 2010 (INEGI), en México hay 36'210,692 individuos de entre 12 y 29 años y 26.44% de la población total son jóvenes de 15 a 29 años de edad. Además, sabemos que hay 5'393,665 analfabetas de 15 años y más, y 558,823 analfabetas entre 15 y 29 años, según la misma fuente.

Por su parte en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) se han hecho cálculos que establecen que en la actualidad 7'966,352 jóvenes no estudian ni trabajan (Narro, 2011).

Por otro lado, según cifras oficiales, son los jóvenes los que más sufren el desempleo. Entre 2000 y 2009 la tasa de desocupación abierta entre ellos casi se triplicó, al pasar de 3.4 a 10.0 (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), 2010). Además, cerca de 60% de los jóvenes de entre 15 y 24 años tienen empleos precarios, pues los ingresos que reciben no son mayores a dos salarios mínimos.

Vale la pena apuntar algunos datos para comprender de mejor manera cuál es la situación educativa del país. De acuerdo con la información de la Secretaría de Educación Pública (SEP): 71% de los alumnos asiste a escuelas públicas. Hay altos niveles de deserción en la secundaria 6.9% y en media superior del

15.9%. La cobertura del sistema educativo nacional se conforma con 93.1% de la población de 6 a 12 años de edad que asiste a la escuela primaria; 85.6% de los jóvenes de 13 a 15 años que concurre a la secundaria y 51.5% de la población de 16 a 18 años que asiste al nivel medio superior (Valenzuela, 2009). Ya a nivel superior los números se reducen de manera importante, últimos cálculos de la UNAM establecen que sólo 30% de los jóvenes llegan a educación superior, y es a esa población a quien nos dirigimos en esta investigación realizada en 2010.

Debo destacar que los resultados de la investigación que realicé en México se refieren solamente a un sector específico, jóvenes universitarios de la Ciudad de México de universidades públicas y por tanto, no son generalizables a otros sectores de jóvenes mexicanos. Por ello, me pareció pertinente incluir también información derivada de la Encuesta Nacional de la Juventud, realizada en México, a nivel nacional (2005).

Es importante apuntar que los jóvenes mexicanos que tienen oportunidad de estudiar una licenciatura constituye un sector pequeño, privilegiado y aquellos que ingresan a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) aún más, ya que solamente 10% de los alumnos que pretenden ingresar en la UNAM lo logran, ya que no se cuentan con los recursos económicos necesarios para ampliar la matrícula y conservar la calidad educativa. El gobierno no otorga recursos suficientes para contratar a más académicos, a pesar de que cada año concluyen con éxito sus estudios miles de personas, inclusive a nivel de posgrado de muy alta calidad (posgrados considerados de excelencia).

RESULTADOS MÁS IMPORTANTES DE LA ENCUESTA NACIONAL DE LA JUVENTUD DE 2005

Metodología

Esta Encuesta se realizó con base en muestra probabilística nacional, dividieron al país en 5 regiones. Aplicaron un cuestionario de hogar con 163 preguntas cerradas y 43 abiertas. Dijeron que pretendían conocer: opiniones, actitudes y valores de los jóvenes. Muestra de jóvenes entre 12 y 29 años de edad. En vivienda. Zonas metropolitanas; localidades urbanas; semi-urbanas; rurales.

Se encontró, en términos relativos, que la mayor proporción de los jóvenes sólo se dedica a estudiar, esto suma 43.7% del total de la población juve-

nil, la mayor parte la aporta el grupo de jóvenes entre 12 y 14 años de edad. Quienes sólo trabajan asciende a 28.8% y es el grupo con mayor edad (25-29 años); también son los que desempeñan actividades laborales como condición preponderante. En esta ocasión los jóvenes que no estudian ni trabajan suman 22% y se trata fundamentalmente de mujeres entre 20 y 29 años de edad. Quienes se desempeñan en ambas esferas (el estudio y el trabajo) sólo son 5.3% de la población juvenil, y de ellos la proporción más elevada la tienen los hombres entre 20 y 24 años y las mujeres entre 15 y 19 años de edad.

El aumento significativo de la deserción o abandono escolar se da a partir de los 15 años, fenómeno que asciende considerablemente conforme avanza la edad.

Según el grado de escolaridad alcanzado de acuerdo con la edad, tenemos la decantación “tradicional” de los jóvenes. La mayoría de ellos informa haber alcanzado secundaria incompleta, y a partir de este punto la salida de la escuela es evidente. El nivel básico (primaria+secundaria) es completado en mayor medida por mujeres que por hombres. Sin embargo, los siguientes niveles: medio superior y superior, tienen datos sensiblemente más elevados en los hombres, fundamentalmente la preparatoria y la universidad completa.

Se les preguntó también acerca de: ¿Qué prefieren: estudiar o trabajar?

De acuerdo con la edad, entre los 12 y 14 años prefieren estudiar, aunque una buena parte de ellos optaría por no estudiar ni trabajar. Los jóvenes entre 15 y 19 años se encuentran muy divididos en ambas esferas, y muy pocos optarían por desempeñar ambas actividades de forma paralela. El siguiente rango de edad (20-24 años) prefiere trabajar aunque una buena parte también le gustaría estudiar. Los jóvenes entre 25 y 29 años están más inclinados por el trabajo, aunque optarían en mayor número por combinar las actividades, y también una cuarta parte de ellos desearía continuar estudiando o regresar a la escuela (p.10).

Se les interrogó acerca de las razones para estudiar y manifestaron que éstas están ligadas a la posibilidad de contar con un buen trabajo (58.4%), es decir, la educación vista como posibilidad de ascenso y movilidad social; y como segunda opción la obtención de conocimientos (37.6%) seguida de la posibilidad de ganar más dinero (23.7%). A pesar de los problemas laborales existentes, es claro que en el imaginario colectivo, la educación sigue siendo un factor fundamental para obtener ascenso social, movilidad social ascendente, como lo ha sido durante muchas décadas desde el siglo xx.

En cuanto a Apoyo familiar y la Familia la mayoría de los jóvenes cuentan con el apoyo familiar para el sustento de sus estudios, aquéllos que tienen algún

tipo de beca son muy pocos, y su número es superado por quienes se sostienen a sí mismos en sus aspiraciones educativas (pp. 11-12).

Casi dos terceras partes de los jóvenes mexicanos viven con sus padres y cerca de cuatro de cada cinco viven con la madre o con el padre. La familia es una estructura compleja que implica elementos de reproducción, afectivos, económicos, de socialización y de disciplinamiento: se ha puesto al descubierto la “caja negra” familiar, en la cual se registran la violencia y los abusos. La Encuesta Nacional de la Juventud informa que se privilegia el diálogo en la familia (67.8%) pero hay un porcentaje importante de realidades en las que aparece el castigo físico o a otras formas de castigo, como la indiferencia. También hay datos de violencia muy común contra las mujeres.

La familia se mantiene como colchón afectivo y de apoyo que cubre necesidades humanas fundamentales. Constituye un apoyo central en el proceso educativo escolarizado, pues sostiene casi en su totalidad el costo de la educación de los jóvenes. La familia conforma la base de la cobertura afectiva, situación reconocida por los jóvenes, quienes al responder sobre lo que más valoran de la familia, contestaron que el apoyo y la solidaridad (45%), el cariño y el amor (10%), así como otras actividades vinculadas con la cobertura de satisfactores afectivos (Valenzuela, *op.cit.*, pp. 136-137).

En lo relativo a la Satisfacción con los estudios se destaca que del total de jóvenes casi la mitad se siente muy satisfecho con el nivel de estudios que tiene 44.5%; en realidad, aquéllos que manifiestan total insatisfacción son casi 4%; en general están algo o muy satisfechos con sus estudios.

Esta satisfacción se liga a la alta valoración que los jóvenes le imprimen a la educación, lo que se demuestra al haberseles preguntado sobre la escuela, relacionada con las capacidades y aptitudes que produce, podemos constatar que para todas las competencias evaluadas, el peso que en el imaginario juvenil tiene la educación para ayudar en su formación es muy bien estimada.

En relación con su Primer trabajo la encuesta establece que los jóvenes que han tenido alguna experiencia laboral son prácticamente la mitad 49.5%. Al ver la distribución por grupos de edad y sexo, logramos observar que mientras los hombres aumentan en edad, la experiencia de haberse involucrado alguna vez al trabajo la tienen prácticamente todos, a excepción de 8%, en tanto que para las mujeres esta relación es inversamente proporcional, ya que al incrementarse la edad, sobre todo entre los 20 y 24 años, la posibilidad de incorporarse al trabajo se divide homogéneamente. Aunque para el grupo de mujeres de 25 a 29

años aumenta el porcentaje de quienes han tenido alguna experiencia laboral, pero no de manera contundente como los hombres.

La edad en que los jóvenes tuvieron su primer trabajo se concentra en los 17 y 18 años, tanto para mujeres como para hombres; sin embargo, la mitad de ellos y ellas empiezan su vida productiva entre los 13 y 16 años. El trabajo al cual se incorporan es mayoritariamente de tiempo completo (56%) lo cual puede mermar la continuación o reincorporación escolar de los jóvenes. Quienes se incorporaron a empleos de medio tiempo suman 42.4%. El tipo de ocupación que desempeñan o desempeñaron en su primer trabajo está ligado fundamentalmente al área del comercio, en el sector servicios (27.2%).

Los lugares o personas a quienes recurren los jóvenes para conseguir trabajo, dejan de manifiesto que son las redes sociales informales las que posibilitan la inserción inicial al mercado laboral, pues siete de cada diez jóvenes así lo manifiestan, y son en mayor número los hombres quienes acceden a circuitos sociales conocidos para conseguir trabajo (p.13). Veremos cómo los jóvenes que entrevistamos de ambos sexos consideran en general que no vivimos en una sociedad meritocrática y, por tanto, es fundamental contar con relaciones y redes para conseguir un mejor empleo y ascender en la escala laboral.

Los datos muestran que los jóvenes en mayor proporción deciden sobre su propio presente y futuro laboral, levemente las mujeres deciden más que los hombres por iniciativa propia comenzar a trabajar, y al parecer, los hombres se ven envueltos en decisiones familiares que determinan cuándo y cómo salir o entrar del mercado laboral. En general los jóvenes tardaron entre uno y tres meses en conseguir su primer empleo (49.2%). Pero, es fundamental el hecho de que los empleos a los que acceden están precarizados. Según la citada Encuesta carecen de contratos laborales, de prestaciones, son en general de tiempo parcial y no cuentan con estabilidad laboral.

Los jóvenes de ambos sexos entrevistados en la UNAM aseguraron, como se verá más adelante, que en general el trabajo que realizan mientras estudian no es gratificante y más bien lo realizan por estar obligados a hacerlo.

Un elemento fundamental para comprender las condiciones actuales del empleo es el relativo al Contrato laboral, los jóvenes que no cuentan con un contrato en su primer trabajo es 71.8%, a pesar de que 57.8% trabajan diariamente más de ocho horas. Si pensamos en labores ligadas a comercios familiares podría ser congruente, donde los sistemas de seguridad social no están garantizados. En el texto donde se aportan los resultados aparece claramente

una visión oficialista y sumamente tendenciosa que trata de “naturalizar” la grave realidad que prevalece en México.

La realidad, y coincidiendo con los resultados que en esta investigación aportan Rosas y Toledo (2011), es que la mayoría de l@s entrevistad@s por mí en el caso mexicano, “acuerda en que los trabajos a los que pueden acceder actualmente demandan jornadas laborales extensas, las cuales les impiden un buen desempeño en la universidad y el desarrollo de otros ámbitos importantes de la vida, tal como descansar, divertirse o disfrutar de la familia. Mencionan, además, que se trata de trabajos de corta duración; recurrentemente aluden a la existencia extendida de contratos temporarios y los responsabilizan de la falta de continuidad laboral en el tiempo. Finalmente, hay gran consenso en que los empleadores son muy exigentes. En primer lugar, les exigen experiencia, lo cual es difícil de alcanzar a su corta edad. Además, demandan conocimientos informáticos y tecnológicos, “buena presencia”, buena predisposición y adaptabilidad, así como polifuncionalidad y proactividad”.

En los grupos focales realizados en Argentina, al igual que los que yo organicé en México, en los discursos de l@s participantes abundan las quejas acerca de sus condiciones de trabajo actuales, y tanto varones como mujeres coinciden en ellas.

Por lo que toca al número de empleos, más de la cuarta parte de los jóvenes ha tenido más de tres trabajos y es de destacar que más de 36% tanto de hombres como de mujeres han conservado un único trabajo. Esto es interesante verlo en grupos de edad, ya que nos son los grupos de edad más pequeños los que manifiestan poca movilidad social, sino los intermedios, entre 15 y 19 años. Quienes han tenido dos trabajos es 19% y tres empleos apenas 15%. Se les preguntó también si estudiaban cuando comenzaron a trabajar y los datos muestran que los que contestaban que sí fueron 42.4%, y 56% los que ya no estaban en la escuela.

En cuanto a su Trabajo actual o último trabajo los jóvenes que estaban trabajando son tan sólo 34.6%. Se puede constatar que son los hombres los que tienen mayor grado de “empleabilidad”. De las mujeres sólo tres de cada 10 estaban trabajando. Cuatro de cada 10 jóvenes manifestó que su primer trabajo es su trabajo actual y este dato está cargado hacia quienes tienen entre 12 y 19 años.

Los mecanismos para acceder a este empleo son muy parecidos a los de su primer empleo. Redes sociales destacan sobre cualquier otro medio, amigos 31.3% y familiares 16.6%; las recomendaciones suman 15.1% y es de destacar que los periódicos como forma de conseguir trabajo tienen un repunte importante, 17.5%, en comparación con 9.8% relativo al primer empleo.

Un elemento muy importante es el relativo a los Contratos; 58.3% tampoco tiene contrato en su empleo actual, a pesar de que una buena parte de ellos cumple con 40 horas de jornada semanal, 13.9%, e incluso quienes trabajan más, 41.3%. Los que trabajan menos de 40 horas a la semana representan 37.1%. Esta situación tiene sin duda consecuencias sobre las condiciones reales de empleo y prestaciones sociales a las cuales no tiene acceso el joven.

En general los jóvenes ganan menos de tres salarios mínimos al mes y eso es más evidente en el caso de las mujeres. Conforme aumenta la edad parecen subir los salarios. Las mujeres ganan menos que los hombres.

Los jóvenes se desempeñaban en actividades ligadas al sector servicios; en comercio (25.4%), en actividades administrativas (12.2%), de reparación y mantenimiento (8.25) y profesionistas (7.2%) (p.14). Así, 3.3% de los jóvenes manifiesta ser vendedor ambulante o trabajar para alguno.

En relación con la Valoración del trabajo, a una gran mayoría les gusta su trabajo (86.8%), más a los hombres que a las mujeres, pero tienen una amplia preferencia por su labor. En este aspecto sí existen diferencias importantes con los resultados que hemos obtenido tanto en México como en Argentina, utilizando otras técnicas y metodología de carácter cualitativo.

Entre los aspectos más valorados están: adquirir experiencia 22%; el ambiente de trabajo 18.7%; el salario o el sueldo 18.6%, que tienen tiempo para estar con su familia 16.1%, elemento mejor calificado por las mujeres.

En cuanto a lo que menos les gusta: 31% no están a gusto con el ingreso y son ellas las menos satisfechas con esto. 12.7% están incómodos respecto a la imposibilidad de ascenso. El hecho de no poder estar con la familia 12.3% y en este caso son los hombres quienes los reclaman más.

En relación con la aportación que dan a su familia, 8 de cada 10 jóvenes que trabajan aportan dinero a su familia. 60% aporta la mitad o menos; 24% aporta todo y 16% más de la mitad. Y en cuanto al uso del dinero, dicen que para comprar ropa 63.2%; ahorrar 45% y salir a divertirse 37%.

Buscadores de empleo y desempleo

Los datos que analizamos son de hace cuatro años y, seguramente, ya cambiaron; creemos que se ha empeorado, según puede constatarse cotidianamente la realidad imperante en México.

Es muy interesante constatar a qué atribuyen no encontrar empleo. En general creen que están sin empleo por la situación del desempleo, la economía del país. De ahí que 29.3% considera que se debe a factores personales, como la falta de experiencia. Esto lo mencionan más las mujeres. La insuficiente preparación es importante en el imaginario juvenil. Le otorgan mucha importancia a la preparación, a la educación, a los conocimientos, como elementos decisorios en sus trayectorias. Consideran que la educación constituye el factor más importante para conseguir empleo. Vale la pena resaltar que esto no fue así en los grupos focales de UAM y de la FES Acatlán. En lo que sí coinciden es que atribuyen el éxito laboral a los contactos, a las redes que se tienen. Para los entrevistados de nuestra investigación no aparece tal seguridad salvo en los casos de las Ingenierías, lo cual parecería comprensible por la realidad imperante en el mercado laboral.

En cuanto a lo que es prioritario para los jóvenes con respecto al trabajo destacan tres características: Primero, que pague bien, ocho de cada diez; encima de prestaciones y servicios médicos que se van al tercer lugar; el segundo es la estabilidad. Debajo de eso está el ascenso o el desarrollo personal.

Y, ¿Para qué sirve el trabajo? La mayoría, 80.7% afirma que el trabajo sirve para ganar dinero; en segundo lugar sirve para ser independiente, en los grupos de menor edad; La posibilidad de ayudar a la familia 29.9% seguido del aprendizaje 22.2%. Todas estas opciones muy alejadas del ingreso.

La centralidad del trabajo está por lo visto en estos datos en el tema del dinero, más que en una realización personal o un cumplimiento de vocaciones, o una aportación a la sociedad en que se vive.

ALGUNOS COMENTARIOS EN RELACIÓN CON LOS “DESEOS DE LOS UNIVERSITARIOS”

El deseo de éxito económico entre los universitarios no es nada nuevo. Tampoco lo es el hecho de que la educación, particularmente la de nivel superior, sea vista como un elemento que ayuda para hacer realidad tal deseo. Lo nuevo es que los jóvenes universitarios mexicanos den tanta importancia a lo económico, en un marco de desencanto hacia el país y hacia la sociedad en la que viven.

Afirma Castoriadis en su libro *El avance de la insignificancia* (1997), que no puede haber sociedad que no sea algo para sí misma; que no se represente siendo algo. Pues bien, la representación más frecuente que los jóvenes uni-

versitarios tiene hoy de su país es la pobreza. Los resultados de la Encuesta Nacional de la Juventud (ENJ) 2005, así lo comprueban.

Si se parte de la perspectiva de que México es pobre, entonces es lógico que los jóvenes universitarios que están desempleados acaquen su desempleo a “la situación económica del país”. Pocos, muy pocos, son los que atribuyen su situación a falta de preparación y quienes lo aceptan, son sobre todo jóvenes que todavía estudian y que relacionan su condición de desempleo a su falta de experiencia.

Cuando se les preguntó por qué están sin trabajo, tanto los que estudian (37.6%), como los que no estudian (61.5%) atribuyen su falta de empleo a la situación económica del país. Mientras que sólo 1.3% del primer caso a su insuficiente preparación y 0.4% del segundo (Encuesta Nacional de la Juventud 2005, 2006).

En consecuencia, los jóvenes universitarios que sí tienen trabajo suelen considerarse a sí mismos como afortunados y, aunque declaran que no les gusta el trabajo porque les pagan poco, al pedirles que respondieran en una escala del 1 al 10 ¿qué tan satisfecho estás con tu trabajo? El valor de la mediana a las respuestas obtenidas fue de 9. Apenas 11% de los jóvenes universitarios que trabajan otorgaron calificaciones de 7 para abajo.

Se ve con claridad en todos los datos sobre empleo, derivados de las respuestas que dieron los jóvenes en la citada encuesta, que para los jóvenes universitarios mexicanos el trabajo es algo necesario, difícil de obtener. Por tanto, es una necesidad que para ser cubierta implica búsqueda, esfuerzo y hasta sacrificio; tanto, que lo primero que se ha sacrificado es la significación emancipadora y democratizadora de la educación.

La educación superior aparece ante los jóvenes universitarios como estrategia de posicionamiento para el mercado laboral y de esta manera la libertad de decidir qué y en dónde estudiar se ve restringida. Varios jóvenes universitarios respondieron que la elección de los estudios que realizan o realizaron la hicieron ponderando sobre todo la posibilidad de conseguir trabajo y también de ganar dinero. Con todo, a la pregunta: ¿qué tanto consideras que te sirve lo que te enseñan o aprendiste en la escuela para...? El porcentaje correspondiente a “mucho” en la opción de “un buen trabajo” fue de 67%. Y, 59% lo marcó en “ganar dinero”. Pero hay que advertir: al significar la educación como estrategia para posicionarse en el mercado de trabajo, por más que se crea que la pobreza del país y la insuficiencia de empleos son las causas del desempleo personal, el

sentido social que éste adquiere es de insuficiencia, incapacidad y falta de suerte individual; por lo tanto genera autoculpa.

En el caso de México, ya es indudable: el empleo precario y el informal son opciones de ocupación frecuentes para los jóvenes universitarios. Tanto para los que estudian y trabajan como para los universitarios que solamente trabajan, las proporciones de jóvenes que no tienen trabajo son muy significativas. Quienes lo tienen suelen ser contratados temporalmente y, de hecho, puede afirmarse que los contratos de duración indefinida prácticamente se han extinguido.

Ante esta situación algunos emprenden negocios propios, pero en su mayoría fracasan. Sólo a 3.3.% les va bien. Y ante esto ¿que hacen?

La Encuesta Nacional de la Juventud 2005 muestra que la mayoría de los jóvenes, aún habiendo terminado sus carreras se quedan en la casa de los padres. Aún en el grupo 25-29 años.

Sin duda, en México y en el mundo en general nos estamos enfrentando a una cuestión de fondo relativa al desvanecimiento de la posibilidad de que los jóvenes, incluso los universitarios, se emancipen y logren la independencia económica. Nos parece que esta situación tiene consecuencias graves en distintos ámbitos y se debe develar y estudiar en profundidad, en distintos ámbitos y sociedades.

Aunque los jóvenes universitarios estudien o no, el vivir en sus hogares paternos tienen que contribuir y de manera importante al gasto familiar. Pienzan que su situación es mejor que la que vivieron sus padres. Eso es así porque en muchos casos son generación que accede a la educación superior. Pero es de resaltar que la vigencia de la movilidad económica por la vía de la educación superior ahora es relativa. Uno de cada cinco jóvenes universitarios se percibe a sí mismo en situación de empate o de franca pérdida económica respecto a sus padres y esta proporción es prácticamente la misma entre todos los universitarios, excepto para aquéllos que no trabajan ni estudian y que consideran, con mayor frecuencia que todos los demás, que su situación es mejor que la de sus padres.

Muchos piensan que su situación es igual o peor que las de sus progenitores. y esto anuncia el agotamiento de la representación del “yo” universitario como representante de avance social de la familia. Se derrumba la significación imaginaria social de la educación superior y de los universitarios ligados directamente al progreso, y se sintetiza ásperamente el estancamiento y el deterioro de la situación económica que, durante las últimas dos décadas del siglo xx, sufrieron muchos integrantes de la clase media.

Actualmente muchos universitarios jóvenes tienen como perspectiva de futuro el deterioro de sus condiciones de vida. Jóvenes y no jóvenes sabemos que carecemos de una protección institucional, que muchas veces ya no se espera ni se exige por lo cual es fácil comprender por qué los jóvenes entrevistados afirman que imaginan que sus hijos tendrán igual o menos oportunidades que ellos. Anteriormente, los padres tenían seguridad de que a sus hijos les iría mejor y que para ello la educación era el mecanismo más idóneo.

En términos de apoyos y legitimidad de las instituciones las encuestas en México muestran que los jóvenes ya sólo creen en la familia. Desconfían de los otros y también de las instituciones lo cual los pone, junto con otros, en gran fragilidad psicológica y social, que mitigan pensando en la familia como “nosotros”, en quien se puede confiar y creer.

Podemos concluir, coincidiendo con García Canclini (2001) en que nunca fue convincente la frase que sostenía: los jóvenes son el futuro. Ahora muchos están en los carriles centrales de la vida contemporánea. Cada vez más jóvenes son gerentes de industrias, crean empresas innovadoras en áreas estratégicas (informática, servicios digitalizados y entretenimientos audiovisuales). En las nuevas generaciones se concentra el mayor número de consumidores de música, videos y tecnologías avanzadas, los que atienden al público en los negocios más dinámicos, los jefes de bandas de narcotráfico y redes de piratería, quienes nutren las imágenes de la moda, el arte y la publicidad: las iconografías mediáticas. Pero los jóvenes también son protagonistas del presente porque aportan los mayores porcentajes a las estadísticas del desempleo y el empleo informal, a las caravanas de migrantes, a las estadísticas de la muerte violenta como soldados, sicarios o simples víctimas del que son el presente no sólo en el sentido de que no hay que esperar al porvenir para que se realicen, sino porque tienen poco futuro. “El futuro es tan incierto que es mejor vivir al día” fue la frase preferida por más de la mitad de los entrevistados, en la Encuesta Nacional de Juventud realizada en México en 2005. Los cambios en la experiencia de la temporalidad, que se manifiestan en los sentimientos y las conductas de las nuevas generaciones, no sólo volvieron anacrónica la fórmula que remitía a los jóvenes al territorio del futuro. Hacen repensar qué queda de lo que llamábamos modernidad. A partir de la Ilustración y hasta hace pocas décadas, la modernidad se caracterizó como un proceso histórico más o menos evolutivo: de la economía campesina a la industrial, de lo rural a lo urbano. Se imaginaba una expansión incesante de la sociedad, así como la emancipación de las mayorías

mediante el avance del conocimiento científico, la educación generalizada y la democratización de la política que ampliaría la participación social.

Sin duda, este autor tiene razón cuando afirma que si la política es el campo donde se deciden colectivamente los asuntos públicos con vista a construir un futuro mejor, podemos suponer que existe una articulación lógica entre la instalación en un presente sin perspectiva histórica y el desinterés por lo político. Esta conexión es reforzada por los datos sobre las condiciones de vida de las nuevas generaciones: los trabajos que consiguen los jóvenes son cada vez más precarios, en muchas empresas aprenden rápido que la exigencia de “flexibilidad laboral” está ligada no tanto a las políticas de producción y las necesidades sociales, sino a los juegos inestables de la especulación financiera internacional. La situación extrema es la de los centenares de miles de jóvenes que no encuentran empleos durables o adecuados a su calificación y deben optar por la migración. Entre los universitarios muchos lo comprueban al tener que trabajar en actividades distintas de aquellas para las cuales se capacitaron o al decepcionarse al punto de dejar su país. En niveles más bajos, lo vemos en la deserción escolar debida a la urgencia por trabajar desde pequeños y a la extendida percepción de que la educación no garantiza empleo ni estabilidad. En México no contaron con un contrato en su primer empleo 71.8% de los jóvenes, y 95% en los hogares de bajo nivel económico. Sigamos con otros datos de la Encuesta Mexicana de la Juventud. Las dificultades para incorporarse al mercado laboral, la fragilidad de los empleos y la deserción escolar conducen a la desesperanza.

En las prácticas de consumo, encontramos también un panorama donde prevalecen los recursos informales de la vida social. Cuando los jóvenes compran música, ropa y películas acuden a vías ilegales, o al menos no incluidas en la organización “oficial” de la sociedad. Los mercados populares y los puestos de venta pirata proveen los bienes necesarios o deseados en porcentajes más altos que las tiendas formales y los centros comerciales. El avance de la piratería es mundial, pero los países latinoamericanos no ocupan una posición discreta: México es el tercer mercado de películas copiadas ilegalmente (después de China y Rusia), abarcando 90% del material circulante en el país. En música, está entre los 20 países con mayor índice de consumo ilegal: se bajan 615 millones de canciones al año.

La publicidad sigue incitando a ser modernos tanto en el modo de vestirse y de expresar los afectos como en la apropiación de las novedades tec-

nológicas. Pero “modernidad” connota más un repertorio de manifestaciones simbólicas y comunicacionales que estructuras durables de organización social y proyectos colectivos de cambio. Es interesante observar que los registros de comportamientos o interacciones entre jóvenes, entre jóvenes y adultos, y entre hombres y mujeres muestren concepciones más igualitarias (García Canclini, 2010, pp. 3-7)

RESULTADOS DE GRUPOS FOCALES

Algunas ideas acerca de la Técnica de Investigación Grupos Focales

Grupo focal o focalizado es un término acuñado por el sociólogo Robert Merton en 1946, aunque ya se había probado desde 1926 con escolares. Hoy es ya parte del “paquete metodológico” (Williams y Katz, 2001).

El grupo focal se ha definido como una discusión cuidadosamente planeada para obtener percepciones en un área definida de interés en un clima distendido no amenazante. Se trata de un grupo de trabajo que tiene como objetivo debatir opiniones, se trata de “una conversación en grupo con un propósito” (Mayut y Morehouse, 1999, p. 122). Esta técnica constituye una herramienta fecunda particularmente frente a la necesidad de comprender el significado y atribución que las personas otorgan a su propia existencia, mediante una interacción grupal, y porque es un método de exploración centrado en la cultura (Markova, 2003).

Es focal porque focaliza su atención en un tema específico de estudio, compartido (conocido) por los integrantes para investigarlo en profundidad. Es de diálogo porque realiza el trabajo de búsqueda por medio de la interacción entre sus miembros; es decir, es un proceso abierto y emergente, que estimula y emplea la interacción grupal, intenta explorar, poner en contacto o confrontar y reunir diferentes perspectivas, experiencias, vivencias, percepciones, opiniones de los participantes en relación con el foco de la investigación. Esta técnica ofrece información cualitativa, resulta ideal para explorar temas sociales y comunicaciones. Bucea en la comprensión compartida de la vida cotidiana así como en la forma en que el individuo es influido por otros en una situación grupal.

Para su integración se toma en cuenta el número (no debe ser demasiado pequeño ni muy grande) y deben tener características en común. En el caso

de la investigación que realicé comparten la característica de ser estudiantes universitarios. Normalmente se utiliza una guía con base en la cual se va conduciendo el diálogo, las diversas intervenciones.

Una característica específica de esta técnica es que con frecuencia incluye conversaciones incompletas y también interrumpidas. No se puede utilizar la misma metodología para analizar los resultados del grupo focal que la que utilizamos en el caso de una entrevista a profundidad. En el grupo focal la interacción del grupo es fundamental.

*Resultados más relevantes de los grupos focales universitarios mexicanos
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)
y Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco (UAM)
Ambas universidades públicas de la Ciudad de México*

En 2010 llevé a cabo cuatro grupos focales con alumnos de licenciatura. Uno de ellos en el tercer año de estudios de Sociología de la UAM-Xochimilco¹ y tres con estudiantes de la UNAM: un grupo de las carreras de Ciencias Políticas y Administración Pública² que estudia en la Facultad de Estudios Superiores (FES) Acatlán de la UNAM, otro de Ingeniería, del tronco común por lo que participaron alumnos de distintas Ingenierías³ y otro de la carrera de Psicología,⁴ estudiantes de la Facultad de Estudios Superiores (FES) Iztacala, también de la UNAM.⁵

Los grupos contaron con la participación de entre 10 y 14 participantes.

En el caso de la carrera de Sociología son cinco mujeres y cinco hombres y dos de ellos han trabajado o trabajan. Su trabajo se ha concentrado en el sector servicios y un caso es propiamente obrero, de la construcción. Todos los participantes son solteros.

En relación con su percepción respecto del trabajo se destaca que para ellos es “pesado trabajar”. Consideran que será gratificante si al terminar su carrera pudieran dedicarse a la carrera académica, pero son conscientes de que

¹ Agradezco al profesor Marco Gómez el apoyo que me dio para realizar este grupo focal.

² Agradezco al profesor Rodolfo Jiménez el apoyo que me dio para realizar este grupo focal.

³ Agradezco a la Dra. Enriqueta Tuñón el apoyo que me dio para realizar este grupo focal.

⁴ Agradezco a la Dra. Alejandra Salguero, Directora de la carrera de Psicología, el apoyo que me dio para realizar este grupo focal.

⁵ Agradezco al Mtro. Ernesto Takayanagui la transcripción de estos grupos focales.

no hay plazas y será muy difícil ejercer su carrera. Consideran que el trabajo es una obligación, no es gratificante. La mujer que ha tenido que trabajar narró muy negativas experiencias y parte del mal trato se lo atribuye a su “ser mujer” afirmó que se vive hostigamiento y discriminación. Se considera que el trabajo cuando es muy intenso y de horario prolongado “impide vivir”.

La interacción los llevó a plantearse conjuntamente conmigo que guíe la conversación a la idea acerca de si hay esperanza de un futuro mejor, a través de la carrera que están ahora cursando. Opinaron en general que la educación no necesariamente conduce a un buen trabajo. Estar preparados no es lo fundamental. De hecho “estar bonitos” importa para conseguir un buen trabajo.

Piensan que se viven problemas serios en las familias que tienen que trabajar; tanto la madre como el padre, no tienen tiempo de educar a sus hijos.

Es de destacarse que en este grupo, a diferencia de lo que mencionaron en la Encuesta Nacional de la Juventud, 2005, estudiar es más una convicción de mejorar como persona que la esperanza de obtener un mejor trabajo. Estudiar en sí mismo tiene sentido para ellos. Aunque no se vincula con el trabajo futuro. Veremos que estos alumnos son los únicos que vieron así el futuro, quizá porque en efecto existe un mercado laboral muy restringido para los sociólogos en el México de hoy.

Es claro que estos estudiantes tienen mucha claridad en relación con la realidad imperante en México y que el tener un padre migrante hace que los jóvenes hijos de ellos vean como “natural” la migración indocumentada y el no ejercer la carrera que están estudiando.

Coincidieron en que la carrera de Sociología forma espíritus críticos y que por tanto será difícil conseguir trabajo porque dicen:

“No somos funcionales al capitalismo”. “Hacer esta carrera te hace más crítica”. “Los científicos sociales somos más analíticos pero antitéticos para la sociedad”. “Pero quizá cuando el tiempo pase olvidemos nuestra conciencia”.

En relación con su percepción acerca de quién o quiénes les formaron la idea que tiene en relación con el trabajo, se destaca coincidencia en que:

“La concepción del trabajo la conforma la sociedad entera. Trabajas para tener dinero. La sociedad impone eso”. También: “Desde pequeños se ve a los padres trabajar, se trata de ser solventes, de retomar el ciclo”. “En la casa te dicen que si no estudias debes trabajar, la sociedad lo impone”.

Mientras que para otros:

“El trabajo no debe verse como imposición, es parte de la vida”

Llama la atención el hecho de que se comprueba en estos diálogos, cómo el trabajo en términos de identidad del sujeto, está perdiendo su centralidad; aunque se le considere importante, yo diría indispensable, dado que estos alumnos pertenecen a un sector social precarizado, como medio para sobrevivir. También aparece la conformación de valores que se transmiten de generación en generación y que se constituyen en una importante impronta que deriva de la familia de origen.

“El trabajo no es una imposición, es una costumbre, viene desde los abuelos. se nos ha metido, si no estudias tienes que trabajar, no puedes estar sin hacer nada, de que vas a vivir?”.

Se dio un interesante debate entre dos alumnas: una que afirmaba que el trabajo puede ser bueno, no necesariamente es enajenante y otra que la tachó de romántica, diciendo que lo que impera es la competencia, “hasta los maestros se ponen el pie uno a otros”.

Concluyeron que:

“Cada quien habla de acuerdo a como le fue en la feria” y que depende de la historia de vida de cada uno. Cuando vienes de una familia que no necesita que trabajes tus opciones de elegir son mayores y el trabajo puede hasta ser gratificante, “porque no lo necesitas, porque más que necesidad constituye un reto, pero eso no es para toda la vida”

En relación con la pregunta acerca de si hay diferencias en el trabajo en razón del género opinaron que se da de todo, inclusive.

“Puede pasar que por ser mujer se les de un mejor trabajo, aunque también sufren más acoso las mujeres, ellas por quedar bien lo admiten, pero con ello logran por ejemplo mejores horarios, pero sí es acoso”.

Afirmaron que a menudo las mujeres tienen que generar dinero a como de lugar, por ejemplo, cuando son madres solteras. A ellas las explotan y acosan mucho. No pueden dejar el trabajo porque lo necesitan. Existe consenso en el sentido de que las mujeres son más vulnerables. Se estableció un diálogo debate interesante cuando una alumna dijo:

“Depende de quien eres, yo nunca he sido acosada y he mandado a volar los trabajos que no quiero” y cuando un alumno dijo que las feministas sin conocer los temas cuestionan y satanizan por ejemplo a las jóvenes que trabajan el *hostess* y usan poca ropa “las feministas pueden estar en contra, pero para ellas está bien, no se sienten hostigadas, no sienten que les falten al respeto, no están denigradas”.

En estos dos temas el grupo no pudo lograr un consenso.

Pasamos a abordar el tema de cómo ven su futuro, la familia, los hijos y las distintas obligaciones de hombres y mujeres. En este aspecto hubo consenso en la idea de “disfrutar de la vida” varias mujeres dijeron que no pretenden casarse, que mejor vivirán en unión libre y que antes de unirse a alguien quieren disfrutar la vida.

Considero que es relevante el hecho de que al parecer el disfrute no va incluido en la unión y menos aún en la conformación de una familia. También es de destacarse el hecho de que para ellas ni el matrimonio ni tener hijos son hechos incontrovertibles, está en duda que los quieran tener en un futuro.

También resalta que es posible para los alumnos varones imaginar tener un hijo, que si lo desean, sin necesariamente casarse, cosa que se cuestionan, que está en “veremos” en el futuro.

Llamó poderosamente mi atención que los alumnos dijeron estar totalmente de acuerdo en que no están dispuestos a mantener a una mujer o familia, considerando que la pareja debe trabajar y tener obligaciones iguales en la esfera pública y que las mujeres dijeron que de ninguna manera aspiran a que a ellas las mantengan, ellas tampoco mantendrían a nadie.

Solo un varón dijo que en condiciones muy especiales y por tiempo definido y corto él si mantendría a su esposa, pero solamente si ella por ejemplo quiere continuar estudiando algunos años y él tiene solvencia económica.

Un poco en serio, un poco en broma, dijo una alumna que ella sí mantendría a su pareja, cuando ella tenga 50 años y sólo si él tiene 20 años.

Veremos que en todos los grupos focales hay coincidencia en términos de una mayor equidad entre los géneros y en que para las mujeres también ha perdido, al menos en esas edades y discursivamente, la centralidad que ha tenido la maternidad y el ser esposa.

También realizamos un grupo focal en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la UNAM con alumnos de la carrera de Psicología, 14 participantes en total, en su mayoría, 10, son mujeres y cuatro hombres. Los hombres son solteros. De las mujeres tres de ellas son casadas, dos de ellas mayores de 30 años (33 y 50 años); se aclara esto debido a que nuestro concepto de “joven” es menor de 30 años, pero las incluimos ya que pertenecen al grupo de estudiantes de ese grado.

En este grupo encontramos coincidencia en el sentido de que sus oportunidades laborales son muy escasas, pues para los y las psicólogas es muy difícil ser aceptados, a pesar de que tienen muchos campos, ya que en la cultura mexicana no se ve bien al psicólogo. Esto es muy interesante al contrastarlo con la realidad de

Argentina, donde estos especialistas son socialmente muy relevantes. Por ello, nos pareció interesante incluir a estos alumnos en la selección de los grupos focales.

Consideran que en general el trabajo es precario, dada la recesión mundial. Manifiestan mucha preocupación de salir al mundo laboral.

“En la escuela vemos educativa, laboral, teorías, pero México está muy mal. De la teoría a la práctica está muy difícil. Tan sólo acá en clínica como nos tratan los médicos, nos desprecian. Trabajar es enfrentarnos a ese mundo donde nuestra profesión no es reconocida. Además en las empresas piensan en ahorrarse y no ven al psicólogo como necesario”.

Es de señalarse que en esta carrera el alumnado aporta otros elementos que limitarán y dificultarán su ejercicio laboral. Los sociólogos, como hemos documentado, sienten que no encontrarán trabajo porque tienen espíritu crítico; en el caso de l@s futuros psicólog@s, además de estar conscientes de los problemas globales del trabajo y de las condiciones precarias imperantes en México, se suma la representación social prevaleciente de la Psicología, muy negativa, en casi todos los ámbitos sociales del país, con respecto a su importancia, pertinencia y utilidad.

Hay consenso en este grupo en relación con que el trabajo en México está muy mal:

“Trabajo solo por dinero, no por realización. Está muy mal todo. No hay oportunidades. Todo mal pagado, tipo *call center*”. Muy poca gente trabaja por gusto, es más “el día día, para sobrevivir”.

De la carrera de Psicología en particular, saben que:

“No hay trabajo, el que hay está muy mal pagado, quieren gente calificada con experiencia, pero a la vez que tengan grados, que sean jóvenes, de 20 a 25 años. Es imposible”.

Consideran que el trabajo continúa siendo un valor social, que se construye, pero es paradójico, que es muy escaso y sólo permite “vivir al día”.

También piensan que sigue existiendo, pero cada vez menos. Otro punto de vista:

“Es que aunque no ganes mucho hay que ver el trabajo como parte de tu realización, oportunidad para hacer algo, que puedes hacer algo, realizarte. También es búsqueda de identidad, hacer conocer”.

En estos testimonios queda claro que aún subyace una idea del trabajo como realización y construcción de identidad, pero que la realidad se va imponiendo, y entonces, esta representación social se va diluyendo cada vez más.

Hay consenso en este grupo en que, cuando piensan en trabajar lo que les viene a la mente es obligación, algo para sobrellevar lo económico y que, en relación con la educación que están recibiendo, encuentran serias deficiencias. Además de los requerimientos que impone el mercado laboral muestran preocupación por el contenido curricular de su carrera, pues consideran que está muy limitado, en relación con los requerimientos del mercado laboral. Es interesante señalar que de las carreras elegidas para realizar los grupos focales, solamente en esta, Psicología, es donde se manifestó esta preocupación.

Al igual que en el grupo focal de la UAM, en este grupo también se da el consenso de que el trabajo sigue siendo un valor social. Dicen:

“Si trabajas, en qué trabajas, si no quieres trabajar ¿por qué? te van a encasillar siempre, te van a marginar”.

La etapa de la vida, consideran, es muy importante y también las obligaciones que se tienen. No es lo mismo tener que mantener a alguien o no tener esas responsabilidades. En este caso hay mayor margen de elección y más tranquilidad, en el otro caso la presión es enorme y hay que trabajar en lo que sea.

Estos estudiantes, al igual que los de la UAM y como veremos los de los otros grupos focales, consideran que la educación es importante, es una opción liberadora, da conocimiento y construye mejores personas. A pesar de que no se pueda ejercer la carrera y que el mercado laboral en México esté tan difícil.

“La educación me permite significar de manera distinta. No es lo mismo haber estudiado, que no. No es lo mismo vender periódicos que estar en un despacho como psicólogo, aunque ganes poco”.

Aparece claramente la visión de un estatus que es para much@s universitari@s igual de importante que el ingreso. También afirmaron que:

“La educación te libera y da oportunidades. Debes tener muchos grados, por ejemplo ser doctora, te da muchas oportunidades, te abre un campo. En este mundo se necesitan relaciones, hay que buscar relaciones para salir adelante”.

En este testimonio está presente la consciencia de que vivimos en un mundo que no es meritocrático, que es muy desigual, en donde las relaciones son fundamentales para tener oportunidades y tal vez éxito. Como apuntamos en el apartado relativo a la Encuesta Nacional de la Juventud, esta convicción está presente de manera generalizada tanto en los testimonios de México como de Argentina. Pero no tod@s viven estas realidades de la misma manera, hay diversidad, visiones muy optimistas, basadas en una idea acerca de la educación, que resulta esperanzadora:

“Estudiar te abre perspectivas. Empiezas a ver la vida desde otra plataforma. Desarrollas tu inteligencia. Si estás haciendo algo que realmente te interesa es muy bueno. Disfrutas tu carrera y te abre un mundo, no sólo en lo laboral. Es un quehacer que va más allá del estudio. Lo que pase luego ya veré”.

Esta visión está condicionada por una historia de vida particular. L@s alumn@s afirman que disfrutar de la educación y que el trabajo sea gratificante depende de muchos factores:

“Depende de nuestra historia de vida, de la etapa en que estemos, las responsabilidades que tenemos, el dinero con el que cuentas y de ahí las presiones que vives o no. Si estás obligado a buscar trabajo aunque te paguen mal y no te realizas ni nada, todo se ve mal, la educación ya no se disfruta”.

Para una de las alumnas, casada y de mayor edad, es importante cambiar de actitud:

“No asumimos que tenemos la mejor universidad, la número uno, la más reconocida, chavos tenemos que cambiar nuestra mentalidad, de prepararnos mejor”. Contraria a esta perspectiva algunos alumnos afirmaron que no tienen alternativas, que no es tan fácil.

Queda claro que, la visión que se tiene respecto a estos temas tiene, en efecto, muchos condicionantes, de muy diversa índole y no existe consenso.

Para todos los participantes en este grupo focal, el trabajo es un medio, no es un fin en sí mismo. Abordaron el tema de quién ha influido en sus ideas respecto del trabajo y consideraron que hay muchas influencias: la familia, los pares, los compañeros que ya han trabajado, la pareja. En lo que hay consenso es que tiene un mensaje, una representación social que sigue existiendo:

“Hay necesidad de trabajar, hay que producir. Más allá del área en que se trabaje”.

En lo que se refiere a las relaciones entre los géneros y las obligaciones de cada uno de ellos cuando se construye una familia, consideraron que son papeles que se aprenden culturalmente, a lo largo de la vida, lo vamos incorporando. En general, al menos discursivamente, consideran que el trabajo debe compartirse, en todos los ámbitos:

“Casados significa eso, trabajo compartido. Relación. Debe ser parejo”.

Piensan algunos que a pesar de que hay cambios sigue prevaleciendo la desigualdad entre los géneros, en los hechos:

“Aunque la mujer trabaje y aporte, a ella le toca todo lo de la casa, ella misma dice “me ayuda” no como si fuera parejo, la verdad es que seguimos vi-

viendo un sistema patriarcal. Se siguen asumiendo papeles y la mujer también sigue siendo machista al decir me ayuda, debería decir: colaboramos todos”.

Para uno de los alumnos:

“La casa sigue siendo de mujeres. Podemos estudiar, pero sigue habiendo diferencias, incluso hay carreras para mujeres, pero eso no es natural es cultural”.

Es muy interesante apuntar que a pesar de reconocer que sigue prevaleciendo la desigualdad, al menos ya no se consideran diferencias naturales sino que se asume que son construcciones sociales, que pueden ser transformadas.

Hay cierto consenso en que en el mundo actual puede haber todo tipo de acuerdo en las parejas que ellos conocen y que ya existe una nueva mentalidad, hay muchos cambios, considerados como sinónimo de desarrollo.

L@s alumn@s que estudian en FES Acatlán de la UNAM Ciencia Política y Administración Pública que participaron en este grupo focal, tienen entre 20 y 27 años y están cursando un semestre que se ubica a mitad de su carrera. Participaron más varones (10) y 4 mujeres. En estas carreras hay mayoría de varones.

En relación con la pregunta de cómo ven el trabajo, coinciden con los otros grupos focales porque lo ven como competencia, pero hay necesidad de trabajar, no hay tiempo para otras cosas.

RESULTADOS RESUMIDOS MÁS RELEVANTES DE LOS CUESTIONARIOS APLICADOS EN LA UNAM Y UAM XOCHIMILCO⁶

Durante el primer semestre de 2010, llevamos a cabo la aplicación de 238 cuestionarios en 17 carreras universitarias, de las cuales 7 son derivadas de las Ingenierías. Se aplicaron a 118 hombres y 117 mujeres.

Es de llamar la atención que habiendo sido la aplicación de los cuestionarios totalmente al azar, dependiendo de los grupos a los que se tuvo acceso se corrobore que hay carreras que siguen siendo básicamente cursadas por hombres, por ejemplo Ingeniería Eléctrica en la que todos los alumnos a los que se aplicó este instrumento fueron hombres. En Ingeniería Civil y en Computa-

⁶ Agradezco el apoyo recibido por parte de la Maestra Luz Flores en la captura de la información. Agradezco el apoyo del Ing. Raúl Orozco en la construcción de la base de datos y posterior impresión de cuadros. Agradezco al Maestro Fidel Olivera su apoyo en la elaboración de cuadros y procesamiento de la información.

ción aparecen algunas mujeres pero son las menos, mientras que es evidente que en Psicología predominan las mujeres, con 87.5%. Las mujeres también predominan en Biología, Pedagogía, Relaciones Internacionales.

En cuanto a la edad de l@s estudiantes según sexo, podemos destacar que la mayor parte de los hombres tienen entre 19 y 20 años, casi la totalidad, 85%, tienen entre 19 y 24 años. De las mujeres, entre 18 y 23 años llegan a 90%. Una quinta parte de los varones tienen 20 años y una cuarta parte de las mujeres tienen 21 años y aparecieron más mujeres con 18 años. Hay hombres mayores de 31 años y ninguna mujer. Parecería corroborarse la hipótesis de que los varones tardan más tiempo en hacer su carrera universitaria. Y también estudian a edades mayores. Las mujeres a menor edad, o tal vez abandonan sus carreras.

Desglosando esta información, considerando la carrera que cursan, se percibe que l@s alumn@s de Arquitectura, Biología, Ingeniería Eléctrica y Petrolera los varones tienen mayor edad, empiezan después de los 20 años. En el caso de Ciencia Política, Filosofía, Psicología, Sociología, Ingeniería en Computación y Pedagogía empiezan desde los 28 años. Las carreras donde aparecieron alumnos de mayor edad son Biología, Pedagogía, Ciencia Política y Filosofía.

En cuanto al estado civil, 93% de los varones y 94% de las mujeres nunca se ha casado; 5.2 % de los varones y 5.3 de las mujeres viven en unión libre; el 1.7 % de los varones y 0.9 % de las mujeres están separados.

En cuanto a la condición paterna o materna según género 5.2% de los hombres y 2.6% de las mujeres ya tienen hij@s.

También nos resultó importante analizar las razones que manifiestan para haber elegido estas universidades de carácter público y laico. Encontramos que en 40% de los casos, la primera razón que manifestaron fue, por su calidad, 23% por su prestigio y reconocimiento; 16% por su cobertura educativa y plan de estudios; 3.3% por causas económicas (gratuidad en el caso de la UNAM, carácter público, cercanía al hogar o trabajo).

Si desglosamos la información por sexo, notaremos que no hay diferencias significativas. Los varones en un 42% refirieron la calidad y el 38% de las mujeres y en cuanto a prestigio el número es prácticamente igual.

Es de llamar la atención que, ante la pregunta de la segunda razón para elegir la Universidad, destaque con 36% de los hombres y 18% de las mujeres, pusieron como razón la opción de “otras” que incluye la facilidad de ingreso, el gusto propio, recomendaciones de la familia o instalaciones, que como primera

razón de la elección apareció como insignificante y que las causas económicas pasen de 3.3 a 20%. En la tercera razón de elección el rubro “otras” cobra un 23% y las causas económicas con 18, mientras que la calidad y prestigio bajan 7.5 y 6.5 respectivamente.

En relación con la importancia que conceden a los estudios que realizan destacamos que para una gran mayoría son muy importantes y lo son en 77% de los varones y aún más, 83% de las mujeres.

Ingresar y sobre todo egresar con éxito de los estudios universitarios sigue constituyendo, sin duda, un gran logro para la mayoría de las familias mexicanas, más allá de que, como veremos, estén conscientes de que esto ya no garantiza tener un buen trabajo. En el caso de las mujeres constituye sin duda un logro mucho mayor, pues para ellas sigue siendo minoritario en el nivel nacional el alcanzar este difícil objetivo, como hemos analizado en la Encuesta Nacional de la Juventud. Aquí debe incorporarse el análisis de las condiciones desiguales de género.

En cuanto a la escolaridad del padre y la madre poco más de 48% de ambos tienen licenciatura completa, lo cual nos permitiría asegurar que la Universidad Pública puede seguir siendo una instancia que se representa socialmente como fundamental, tanto para lograr movilidad social ascendente y también como algo fundamental para los padres y madres que estudiaron una carrera universitaria. Se destaca también que 12.2% dicen tener posgrado, el bachillerato completo alcanza 88% y muy pocos casos (4) tienen primaria incompleta. También llama la atención de que casi el mismo número de padres y madres registran tener estudios de educación media superior concluidos, siendo un poco más mujeres.

En relación con el número de personas por hogar según nivel de ingreso, más de 10% (11.4) ganan menos de 3,000 pesos; de 3,001 a 6,000 34.3%; ganan de 6,001 a 9,000 pesos 13.4% y de 9,001 a 12,000 pesos 15.9%; aquí se concentra 75% de las familias y corresponde a un ingreso muy bajo y que llega a lo que podríamos considerar sector medio-medio. De 12,000 a 15,000 pesos está 6.5%; de 15,001 a 18,000 2.5% y de 18,001 a 21,000 6%. Más de 20 mil pesos y hasta 100,000 pesos son aproximadamente 8% de la muestra. Al destacar que se comprueba la polarización tan enorme de ingresos en el país, podemos ver que de 39,000 a 100,000 está sólo 2.5%. Claro, tenemos que considerar que nos referimos a alumn@s de escuelas públicas; si hiciéramos el estudio en las universidades privadas ubicadas en las zonas más ricas de la Ciudad de

México, seguramente estos números serían distintos, ya ahí se concentran los estudiantes de más alto ingreso en el país y son notablemente minoritarios.

Los últimos datos aportados públicamente por el Rector de la UNAM, Dr. José Narro Robles indican que “44% de alumnos universitarios provienen de familias con ingreso mensual inferior a cuatro salarios mínimos, 21% vive en hogares que sobreviven con entre cuatro y seis, y 14% tiene un nivel familiar de entre seis y ocho salarios mínimos. 79% de los estudiantes de la UNAM proceden de hogares mercadológicamente calificados como C o D” (Declaraciones del rector de la UNAM, 20 octubre 2010). Con base en lo anterior se puede afirmar que la UNAM, al igual que otras universidades de carácter público constituyen la única posibilidad de que l@s jóvenes, pertenecientes a ese sector social, realicen estudios universitarios.

En cuanto al número de personas que habitan en los hogares de l@s entrevistad@s 30.8% del total tiene 4 personas y 22.4%, 5 personas. Las familias de 3 a 5 miembros se concentran en ingresos bajos, que van de 3,001 a 6,000 pesos.

En cuanto a la condición de actividad de padres y madres es de destacarse que en 86.3% de los casos, los padres trabajan; 79% de las madres lo hacen y 93.7% de los padres trabajan. En el caso mexicano, como en muchos otros países ha sido impresionante el incremento de mujeres que trabajan fuera de sus hogares, en las últimas décadas. Este dato obtenido en nuestra muestra es consistente con esta nueva realidad.

El dato de la tenencia de vivienda los resultados pueden impresionar si no se conoce a fondo la realidad mexicana pues aparece que en 78% de los casos alguien de la familia es propietario del hogar que se comparte, a pesar del muy bajo nivel de ingreso. Aquí hay que considerar que muchas viviendas son de “interés social” con muy pocos metros y comodidades y para éstas se han dado créditos. También en muchos casos la ciudad se ha poblado con gente que viene de provincia, sin trabajo, que invade predios que luego han obtenido los servicios públicos básicos, algunas se han regularizado, muchas otras, no. Se trata de las famosas “Ciudades perdidas”, muy comunes en México. De ahí que podamos explicarnos la paradoja de que 72.7% de hogares que ingresan menos de 3,000 pesos, es decir, menos de 25 dólares, declaren que son propietarios; y 73% de los que ingresan hasta 6,000 pesos declaran ser propietarios. Un caso curioso es que aquéllos que declaran de 18,000 a 21,000 pesos que diríamos son pertenecientes a sector medio, en el casi 37% declaran que alquilan su vivienda y también lo

hacen los que ganan más de 40 mil pesos. Esto puede explicarse porque son familias que pueden y viven en “mejores” colonias, de mayor nivel, pero no pueden comprar porque los créditos otorgados por parte de la banca privada implican el pago de intereses que, a menudo, resultan muy difíciles de pagar por parte de estas familias.

En relación con la actividad a la que se dedican padres y madres destaca que todavía 39% de las madres se declaran amas de casa y hay comerciantes de muy distintos niveles. Muchas de las madres que trabajan fuera del hogar están vinculadas a profesiones relacionadas con la educación y en muy pocos casos ocupan cargos directivos, comprobándose las inequidades de género. Son empleadas en diversas actividades relacionadas con su tradicional “feminidad”: estilistas, costureras, empeladas domésticas, secretarias, modistas, cocineras, asistentes de enfermería, meseras y también las hay jubiladas. Hay profesionistas declaradas como tales de muy diversas carreras (22 casos). En cuanto a los padres varones destacan las profesiones de: empleados, comerciante y cuenta propia, profesionistas, obreros, pocos casos vinculados con educación y unos pocos jubilados.

En cuanto a la condición de actividad de los estudiantes, si trabajan por dinero al menos un día a la semana, los resultados muestran que es así en un poco más de 30% de los casos; no trabajan pero buscan trabajar en 24% y el resto no lo busca. Si se considera el género, es de destacarse que hay 7% más de mujeres que trabajan, mientras que hay un 10% más de hombres que buscan trabajo y dentro de los que o lo buscan, ni quieren trabajar, hay 7% más de mujeres.

Se les preguntó a qué se dedican aquellos que trabajan y se resalta que en 58% de los casos, el trabajo que realizan no tiene nada que ver con lo que están estudiando y en 42% hay cierta afinidad. En el caso de las mujeres, 86% de ellas no es afín y la mayor parte de los trabajos que consiguen, en general, son en el sector servicios del tipo de meseros, oficinistas, ayudantes e diverso tipo, en despachos, como adjuntos, en el comercio.

En cuanto a su percepción de si al terminar su carrera mejorará su situación laboral, 83% de los entrevistados considera que sí, no existiendo una diferencia significativa si se toma en cuenta el género.

En relación con la pregunta acerca de la importancia del trabajo en sus vidas es interesante constatar que es muy importante en 37% de los casos, 36% de hombres y 38% de mujeres; es importante para 47%, 50% hombres y 43% de mujeres; es poco o nada importante para 16% de ellos, 14% de hombres y 18% de las mujeres.

En cuánto a ¿qué otras cosas son importantes además del trabajo? se concentra en tres rubros: familia, escuela y estudios y en tercer lugar la salud, elementos importantes para todos con independencia del género y más adelante aparece la pareja como muy importante.

El cuestionario incluye una serie de preguntas abiertas que deberían completar con lo primero que les viniera a la mente, en estos rubros dijeron que:

Trabajar es necesario, algo importante, indispensable para vivir pero en muy pocos casos aparece como algo que da satisfacción y no encontramos diferencias significativas según género.

Lo que más los atrae del trabajo es lo relacionado con el dinero y en muy pocos casos aparecen factores como “aprender” y el “ambiente laboral” y en este rubro tampoco encontramos diferencias por género.

En cuanto a las diferencias entre hombres y mujeres en las profesiones prácticamente todos los entrevistados afirmaron que no hay diferencias, y si existen, no deberían existir. Esta representación social resulta muy relevante ya que al menos en el discurso ya no está “naturalizada” la diferencia en este aspecto entre los géneros y su papel profesional.

Lo que sí consideran muy importante en un trabajo es que “les guste”.

En relación con las preguntas que formulé específicamente para abordar percepciones respecto a las diferencias entre los géneros y sus papeles en los mundos públicos y privados, se destaca lo siguiente:

Ante la pregunta de si el hombre tiene mayor responsabilidad en mantener a la familia 81% dijo que no y 19% que sí. Habrá que estudiar ese 19% que todavía pertenece a ese sector de la sociedad que cree en estas diferencias. Para 13% de las mujeres, la respuesta es sí, asimismo para 24% de los hombres. Se puede hipotetizar que existe una mayor conciencia de la equidad de género en las mujeres. Pudimos encontrar diferencias importantes si analizamos las respuestas por carrera. Aunque pudimos ver que por ejemplo en Arquitectura son más las mujeres que afirmaron que sí, mientras que en biología las que no; en contraste, los estudiantes varones de Ciencia Política casi la mitad piensa que sí, y 86% de las mujeres de la misma carrera piensa que no. En el extremo, en Filosofía, prácticamente ningún estudiante piensa que sí, y entre las mujeres ninguna.

En lo que se refiere a las razones para sus respuestas en este rubro destaca la idea de la igualdad, de un trabajo en equipo, de la responsabilidad compartida, de igualdad en capacidades. También se refirieron al apoyo mutuo, a la aportación de todos, y reparto también de todo; a la equidad de responsabilidades.

Por su parte, las razones entre las que aportaron para justificar la diferencia se encuentran: priorizar a la familia y la naturalización de las capacidades diferentes en las labores del hogar y de la crianza, en las cuales las mujeres aparecen como “naturalmente” dotadas para hacerlo mejor que los hombres. En cuanto a lo que se les atribuye a ellos para justificar esta diferencia, se presenta que: son cimientos, proveedores, responsables, liderazgo masculino, sexo más protector y que vivimos en una sociedad machista; ley de vida, mayor aportación económica de ellos; mayor responsabilidad; porque así los educaron, entre otras razones.

Es de subrayarse que para la mayoría, ambos son responsables de todos los ámbitos de la vida. Refieren al tradicionalismo y patriarcado como conceptos que utilizan para explicar que prevalece una idea antigua que genera inequidad entre los géneros. Hablan de mujeres más independientes y de una sociedad que busca ya la igualdad. Se habla ya de que los hombres se comprometen en el hogar y no solamente en la esfera pública. Se habla de responsabilidades acordes con las posibilidades de cada quien, y aparece también la conciencia de que ellos, los varones, tienen todavía mayores posibilidades laborales.

En pocos casos las mujeres opinaron que ellos deben mantener a la familia y argumentaron razones interesantes como: “ellos sufren menos”.

Es interesante destacar que son conscientes de que existe presión social hacia los varones para que mantengan a su familia, que es una presión que se da en muchos sentidos y que padecen esta carga social. Se refieren a la existencia de costumbres, difíciles de erradicar.

Por su parte, algunas mujeres, continúan argumentando que los hijos necesitan más de sus madres y por tanto deben estar con ellos, mientras que los hombres deben mantener la casa.

“Los hijos son la obra artística del proyecto familiar”,
alumno de Filosofía.

En cuanto a la pregunta de si existe mayor responsabilidad de las mujeres en la crianza de los hijos, 20% afirmó que sí y 80% que no. En cuanto a géneros, 17% de los hombres y 23% de las mujeres afirmó que sí.

Es relevante que mayor número de mujeres afirme esto, “naturalizando” la crianza y otorgando a las mujeres mayores capacidades para estas labores y a los niños una mayor necesidad de madres que de padres, al menos en la etapa de la crianza.

En cuanto a las causas que justifican o no esta diferencia apuntamos las que más se repitieron:

Sí	No
Innato	Igualdad
Lindas y generosas	Igual responsabilidad
Naturaleza femenina	Aportación equitativa
Los hombres no tienen capacidad de relacionarse	Los hijos son de los dos
En las primeras etapas, luego los dos	Convivencia justa y equilibrada
Cosas que los hombres no saben hacer	Es bueno que los críen ambos
Mujeres mejores en el cuidado	Eso ya es antiguo
Mujer más responsable y consciente	Mismo peso en la familia
Los hijos se refugian en la madre	El hombre es capaz de cuidar
Ella es más comprensiva y accesible	Es necesaria la imagen paterna
Por ella los gesta, se embaraza, los tiene	
Ley de vida	
Mujeres más comprensivas	

ALGUNAS CONCLUSIONES Y PALABRAS FINALES

Diversos autores, preocupados por el tema del trabajo y sus efectos en la vida de las personas, conducen sus análisis a muy diversas perspectivas de esta problemática. Entre ellas, considero destacable la idea de André Gorz (1988), que se refiere al fin de la sociedad salarial o sociedad del trabajo, la extinción de un modo de pertenencia social y de un tipo específico impulsado por el capitalismo industrial. Una expresión de ese fenómeno según este autor, sería el efecto producido por las nuevas relaciones laborales, las que, lejos de generar una identificación de las personas con su empleo, han dado lugar a una mayor desafección por el trabajo, especialmente en algunos sectores sociales. Pero reconoce que el mayor problema reside en que los derechos económicos y políticos, los temas de representación, acción y organización siguen siendo ligados al trabajo-empleo. Es decir, el trabajo sigue siendo la fuente de derechos y, por lo tanto, de ciudadanía en un escenario en que los trabajadores estables son cada día más escasos, por lo que el acceso a esos derechos se pone en riesgo. Para este autor hay que dar una solución política a este fenómeno,

lo que significa definir nuevos derechos, libertades y seguridades colectivas, nuevas normas sociales que desplacen la sociedad de la producción por una sociedad con relaciones de “cooperación, reguladas por la reciprocidad y la mutualidad (...)” Una sociedad en la que cada uno pueda ganar la estima de los demás y demostrar su valor, no por su trabajo profesional ni por el dinero ganado, sino por una multitud de actividades despegadas en el espacio público y públicamente reconocidas y valoradas por otras vías que no sean las monetarias” (Gorz, 1988, pp. 82-83).

Dominique Méda (1988) desarrolla otra perspectiva y dice que el trabajo ha sido sobresignificado en la sociedad moderna lo que ha provocado que nos aferremos a la centralidad del trabajo en nuestra vida como si fuese una ley de la naturaleza, cuando tal idea es un invento de la economía moderna. De ahí la necesidad de desmitificar el trabajo, en el sentido de reducir el peso que la modernidad le ha dado y de buscar otros caminos que puedan llevar a los individuos a la sociabilidad, la utilidad social y la integración, cosas que el trabajo ha podido y puede proporcionar, pero no ya de manera exclusiva (*ibid.*).

Otros autores afirman que el protagonismo del trabajo como referente de la identidad se ha debilitado o ha perdido centralidad. Bauman (2003) plantea que el carácter del trabajo ha cambiado volviéndose “algo excepcional”, algo, más que el resultado de la oportunidad de la planificación. La transitoriedad y precariedad del empleo despojan al trabajador de toda perspectiva firme de futuro, lo cual provoca incertidumbre y es poderosa fuerza de individualización.

Sennett (2000) por su parte, plantea las incertidumbres que provoca la flexibilidad, la valoración del riesgo y la autonomía, el hecho de que las personas trabajen cada vez más en tareas del corto plazo y cambien de empleo con mucha frecuencia, todo lo dificulta la obtención de “un sentido de la identidad personal a partir del trabajo” y el “poder extraer una identidad a partir del trabajo”. La identidad implica un relato de vida, más que una imagen fija de nosotros mismos, una narrativa que se va reconstruyendo y justificando permanentemente a lo largo de la experiencia vital; Sennett se pregunta ¿Cómo se puede crear una sensación de continuidad personal en un mercado de trabajo donde las historias son erráticas y discontinuas, en vez de rutinarias y bien definidas?” (Sennett, *op. cit.*, pp. 83-84).

En el mundo de hoy, cada vez más los individuos deben dar forma a su propia biografía en un entorno que cotidiana y globalmente se vuelve más di-

verso, que cambia permanentemente y donde antiguas tradiciones han perdido certidumbre, univocidad y estabilidad, vínculos y referentes. Incertidumbre y fragmentación resultan, así, elementos clave para dar cuenta del marco en que se despliegan hoy los procesos de individualización, lo que nos permite comprender mejor las actuales modalidades de construcción de las identidades personales y colectivas. Pero esto no quiere decir que haya una fragmentación total de la identidad. Autores como Wagner (1997) plantean que muchas de las interpretaciones de la posmodernidad toman muy poco en cuenta la situación de existencia concreta de las personas. Hay que ver más bien los viejos y nuevos vínculos, certidumbres, afectos y referencias que construyen hoy en día las identidades personales (*idem*, p. 96). Considero que vale la pena insistir en la necesidad de ubicar estas afirmaciones justamente en contextos específicos y no dejar de lado un análisis que considere la existencia de clases sociales, y la inserción de l@s sujet@s a las mismas, ya que de acuerdo a éstas existen muy diversas oportunidades reales de construcción de identidades y de individualización.

Para Castel (1997), por su parte, el trabajo sigue siendo muy importante. El trabajo pierde consistencia en la medida en que la estructura de la sociedad salarial se mantiene, pero se fragiliza el sistema de regulación de garantías mínimas que estaban adscritas al empleo asalariado. Sería un error confundir la pérdida de consistencia del trabajo con pérdida de su importancia; no desaparecen los asalariados, se precarizan sus condiciones y relaciones laborales, el trabajo sigue siendo el fundamento de la ciudadanía y una referencia “no sólo económica sino también psicológica, cultural y simbólicamente dominante” (*ibid.*, p. 84). Esta perspectiva es para mí muy adecuada y pertinente y puede ser punto de partida para el análisis de lo que está sucediendo en contextos concretos, como es el caso mexicano.

En esta investigación, dadas las diversas fuentes de información con que contamos y construimos a lo largo de su desarrollo, pudimos documentar diversas percepciones de la realidad mexicana en relación con los jóvenes, su educación, trabajo y otros elementos fundamentales relativos a su inserción cultural y social, sus expectativas, frustraciones y problemáticas. Pudimos obtener, mediante las distintas técnicas utilizadas, diversas miradas de la realidad y es lógico que así sucediera, pues la encuesta de la juventud es nacional y muy amplia, por lo que aborda a jóvenes de todos los sectores económicos, sociales y culturales, mientras que la investigación directa que yo realicé, la hice con es-

tudiantes universitarios que ocupan un lugar privilegiado en México, dado que son muy pocos los jóvenes que pueden acceder a la educación superior pública en México. A la educación privada, salvo algunos pocos becarios, acceden jóvenes que, en general, cuentan con mayores recursos económicos. En el caso de la UNAM se logra, dadas las restricciones presupuestales, aceptar solamente a 10% de los aspirantes cada año: de 70,000 se admiten 7,000 en números redondos, según se ha dado a conocer desde hace ya varios años a través de medios de comunicación.

Vivimos en una época que se está caracterizando por la exclusión de amplios sectores de la población, por crisis económica reiteradas, por falta de empleos dignos y bien remunerados, por carencia de proyectos de desarrollo científico y tecnológico en los países subdesarrollados, por una mayor explotación del trabajo, no importa si este es manual o intelectual, por un cada vez mayor “ejército de reserva” en términos de gente que busca empleo, que al presionar con mucha demanda de empleo posibilita que los empleadores exijan y presionen más a los trabajadores en activo; por Estados que ya no asumen el compromiso del pleno empleo y de discursos que no se acercan a la realidad que estamos viviendo, en términos de oportunidades educativas y de empleos. Los empleos que existen son temporales, sin prestaciones, mal pagados. En el caso mexicano no se cumple la Ley Federal del Trabajo que prohíbe por ejemplo los *outsourcings* que en realidad, imperan en todos los ámbitos. También en el caso de México crece cada día el empleo “informal” y se considera que no hay desempleo porque para los encuestadores y el Gobierno con tener una hora de empleo ya no se es desempleado, y por supuesto, no importa en que condiciones se realice ese trabajo.

A esta terrible realidad se suma, como ha señalado Melucci (2001) el hecho comprobado de que, la desigual distribución de los recursos materiales y simbólicos que requiere la individualización constituye una de las fuentes de injusticia y conflicto social más importantes de nuestras sociedades, debido a que incluso los sectores excluidos del acceso concreto a este potencial de autorrealización están inmersos en un campo cultural que instala como principal valor la libertad y la realización personal. Así, debemos considerar que los niveles concretos de autonomía y autodeterminación efectivamente alcanzados por las personas no dependen sólo de sus aspiraciones o esfuerzos personales, sino también del género, la edad, la etnia y los sectores socioeconómicos en que están ubicados (p. 94).

En este contexto nos hemos preguntado qué papel tiene el trabajo para los jóvenes y pudimos constatar que si bien no es ya fuente de realización, si es que algún día lo fue, es un hecho que sigue siendo indispensable, aunque sea visto más como un medio, como una obligación, como algo fundamental para acceder a una buena vida.

También es de destacarse el hecho de que para los jóvenes entrevistados, en las distintas fuentes y técnicas, el mundo actual es muy difícil, carecen de oportunidades y seguramente “caerán” en la escala social.

La educación, antes vista como factor casi seguro de movilidad social ascendente, ahora se ve con muchas dudas. No es ya seguro que con estudiar se pueda acceder a un buen empleo. El empleo que tienen que desempeñar en la actualidad no está realmente vinculado, en la mayoría de los casos, al que pretenden desempeñar cuando concluyan sus carreras, por lo cual no se puede considerar como formativo en términos profesionales, y en muchos casos se vive como algo muy desagradable.

También pudimos constatar, como ya he apuntado, que dependiendo de la carrera que se está cursando se ve el futuro laboral. Hay en general conciencia de las problemáticas que se están viviendo, en algunos casos, cuestionamiento a la educación que están recibiendo (Psicología sobre todo) en otros como una educación excelente, adecuada a la realidad laboral (Ingenierías) en otros como dependiendo totalmente de factores externos y de “amiguismo” y “compadrazgo”, elegantemente denominados “redes de relaciones” (Ciencia Política), en otros, asumiendo la educación universitaria como generadora de espíritu crítico, aunque no garantice para nada un buen empleo (Sociología).

Coincido plenamente con las ideas planteadas por Stecher (2005) en el sentido de que el trabajo sigue siendo un elemento organizador de la vida cotidiana y la principal fuente de generación de ingresos personales, al mismo tiempo que ha perdido su centralidad como fuente de sentido en la construcción de identidades.

Los jóvenes asumen que tienen que estar disponibles para sus empresas y sus exigencias, deben “ponerse la camiseta de la empresa”, pero a la vez hay una pérdida de centralidad y los esfuerzos de l@s sujet@s para mantenerse en el mercado laboral, contratados, cada vez son mayores, como lo es su pérdida de derechos.

Para estos autores se está “instrumentalizando el trabajo”, se le ve como vehículo para el consumo. Los trabajadores ya no se organizan y sus demandas adquieren carácter individual, ya no colectivo. Esto es un hecho; además, la so-

ciudad en su conjunto ha asumido la percepción creada por los propios medios de comunicación de que toda organización sindical y sobre todo los sindicatos es nociva para el desarrollo. El consumo es algo fundamental para la sociedad y sus jóvenes no están exentos de ello. Es algo que sí es característico de la juventud y además se refieren a cierto tipo de consumo.

Un factor fundamental es el sentido del trabajo como articulador de vínculos sociales. En la sociedad industrial era crucial; ahora se debilita la pertenencia y la identificación. Ya no es un espacio para articular vínculos. Entonces los individuos se retraen hacia la familia y hay una sobre demanda hacia ella (en México en el hospital atienden las mujeres de la familia). Este proceso es muy paradójico porque por un lado es la familia casi el único asidero, la institución “confiable” que han conservado los jóvenes, según pudimos constatar en la investigación, pero a la vez, la posmodernidad marca el fin de vínculos familiares, se registra cada ve mayor ruptura en los matrimonios, cada vez más hogares con jefatura monoparental y femenina. Todo esto se acompaña de tendencias a la desafiliación y al debilitamiento de vínculos ciudadanos. Ante todo esto, no es de extrañar el sentimiento de vulnerabilidad y de incertidumbre que prevalece en nuestras sociedades y que se muestra nítidamente en el discurso juvenil.

Como ya he apuntado, en la investigación que realicé con l@s universitari@s, una de las temáticas que más me interesaba investigar es la relacionada con los papeles diferenciados por género y cómo perciben esto los jóvenes en la actualidad. Partiendo de la idea de que hasta hace poco se asignaba a los hombres el trabajo remunerado que proveía los ingresos necesarios para la subsistencia familiar y a las mujeres el trabajo no remunerado reproductivo que permitía la disponibilidad de varones en el mercado de trabajo y que, de ahí se derivaba el valor del trabajo en tanto fuente de sentido para la constitución de identidades personales y sociales como para la articulación de vínculos, remitía fundamentalmente al mundo masculino (Stecher, 2005, p. 80), me interesó ver cómo lo perciben ahora l@s jóvenes, si encontraría diferencias importantes por género y si habría importantes diferencias en los grupos focales y en los cuestionarios, que se llenaron en privado y de manera anónima.

Como destaqué en el apartado correspondiente, es de llamar la atención que en todas las carreras y en todos los grupos focales, en general tanto los alumnos como las alumnas externaron que no hay diferencias y si las hay deberemos combatir las. Ellos no están dispuestos a “mantenerlas”, ellas no están

dispuestas a que las “mantengan” y no solamente por la convicción de que un salario es insuficiente para mantener una familia, sino porque consideran que todos deben hacer de todo y que las mujeres que permiten que las mantengan entregan a los hombres una importante fuente de poder que deriva en desigualdades, siempre perjudiciales para las mujeres.

Inclusive, es interesante resaltar que las jóvenes participantes en los grupos focales tienen la seguridad de que trabajarán, pero no de que procrearán y mucho menos de que se unirán, sobre todo en matrimonio.

Seguramente esto hay que matizarlo, dado que son jóvenes de alrededor de 20 años en general y es plausible que cambien su perspectiva dentro de algunos años; no obstante, me parece que es destacable que en este discurso considerado “políticamente correcto” prevalece una idea de equidad y de cuestionamientos a la idea de que la mujer debe ser madre-esposa, que seguramente no encontraríamos en otros grupos sociales o en otros tiempos.

También destaca que en el caso de los cuestionarios, aunque sea minoritario, es mayor el número de alumnos, hombres y mujeres, y en algunos casos más mujeres, que siguen “naturalizando” las relaciones de género y los papeles diferenciados por género.

Finalmente debo destacar que los resultados de la investigación que realicé en México, así como los resultados retomados de otras fuentes de información, permiten corroborar la pertinencia del título de este libro, que hemos construido colectivamente, y concluimos que, sin duda: estamos frente a una juventud precarizada.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguiar, E. (1997), “La desocupación: algunas reflexiones sobre sus repercusiones psicosociales”, *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, vol. 20, núm. 1, Buenos Aires, Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.
- Bauman, Z. (2003), *La modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Boso, R. (2009), “Los jóvenes universitarios y el trabajo, en los centros urbanos argentinos, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, desde una perspectiva intersubjetiva, generacional y de género”, Buenos Aires (archivo de la autora).

- Burín, M., M. L. Jiménez Guzmán e I. Meler (2007), *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género*, Buenos Aires, UCES.
- Castel, R. (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- Castoriadis, C. (1997), *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires, Eudeba.
- Encuesta Nacional de la Juventud 2005. Resultados Preliminares* (2006), Secretaría de Educación Pública, Instituto Mexicano de la Juventud, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, mayo de 2006.
- García Canclini, N. (2010), “Los jóvenes no se ven como el futuro ¿serán el presente?”, <http://www.scribd.com/Insurgencia>.
- Giddens, A. (2001), *En el límite: la vida en el capitalismo global*, Barcelona, Tusquets Editores.
- Goetz, A. (1988), *Metamorfosis del trabajo*, Paris, Gaillé.
- Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática [INEGI] (2010), *Censo General de Población y Vivienda*, Aguascalientes, INEGI.
- Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática [INEGI] (2010), *Desempleo en México en octubre de 2010*, Aguascalientes, INEGI, noviembre.
- Jackson, P. R. y S. Walsh (1987), “Unemployment and the Family”, en D. Fryer y P. Ullah (eds.), *Unemployed People: Social and Psychological Perspectives*, Estados Unidos, Milton Keynes, Open University Press.
- Jahoda, M. (1987), *Empleo y desempleo: un análisis socio-psicológico*, Madrid, Morta.
- Jiménez Guzmán, M. L. et al. (coord.) (2007), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, Cuernavaca, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/UNAM.
- Mancini, F. (s/f), “Normativas de la contingencia: la experiencia del riesgo laboral en procesos de transición a la adultez”, en M. L. Jiménez y R. Boso, *Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa*. En dictamen.
- Markova, I. (s/f), “Les focus gropus”, en S. Moscovici y Buschini (eds.), *Les Méthodes des sciences humaines*, París, Presses Universitaires de France, pp. 241-242.
- Márquez, A. (2008), “Jóvenes mexicanos: su horizonte de posibilidades de participación en educación y trabajo”, en H. Suárez y J. A. Pérez Islas. *Jóvenes universitarios en Latinoamérica hoy*, México, Porrúa.
- Mayut, P. y R. Morehouse (1999), *Investigación cualitativa. Guía práctica y filosófica*, Barcelona, Hurtado.

- Méda, D. (1998), *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa.
- Melucci, A. (2001), *Vivencia y convivencia*, Madrid, Trotta.
- Merton R. K. (1946), "The Focused Interview", *American Journal of Sociology*, núm. 51, pp. 541-557, Nueva York.
- Narro, R. J. (2011), "Al rescate de la juventud", *Campus Milenio*, núm. 407, México, 17 de marzo.
- (2010), "Resumen del discurso pronunciado por el rector de la UNAM, en la Lotería Nacional dentro de las celebraciones '100 años de la UNAM'", *La Jornada*, Sección Sociedad, 18 de agosto de 2010.
- Pieiró, J. M. y F. Prieto (1996), *Tratado de psicología del trabajo*, vols. 1 y 2. Madrid, Síntesis Psicológica.
- Rosas, C. y J. M. Toledo (2011), "Diplomas e inserción laboral. Las representaciones de los universitarios del conurbado bonaerense argentino" (archivo de l@s autores).
- Ruiz Quintanilla, S. A. (1991), Introduction: "The Meaning of Work", *Work and Organizational Psychologist*, núm. 1, pp. 81-89.
- Salvia, A. y R. Boso (2006), "Condiciones sociales del malestar subjetivo en un entorno de crisis y desempleo masivo", *Revista de Psicología*, vol 2, núm. 3, Buenos Aires, UCA.
- Sennett, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Barcelona, Anagrama.
- Stecher, A., L. Godoy y X. Díaz (2005), "Relaciones de producción y relaciones de género en un mundo en transformación", en L. Schvarstein y L. Leopold (comps.), *Trabajo y subjetividad. Entre lo existente y lo necesario*, Buenos Aires, Paidós (Tramas Sociales).
- Suárez Z., M. H. (2005), Jóvenes mexicanos en la "feria del mercado de trabajo", Conveniencias e inconveniencias de tener educación superior, Seminario de Educación Superior, México, UNAM-Porrúa.
- y J. A. Pérez Islas (2008), "La disputa por la representación contemporánea de los universitarios en México. O de cómo y para qué forma la universidad pública a los jóvenes", en M. H. Suárez Z. y J. A. Pérez Islas (coord.), *Jóvenes universitarios en América Latina, hoy*, México, Porrúa.
- Todoaro, R. y S. Yáñez (2004), *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*, Santiago de Chile, LOM.

- Valenzuela, J. M. (2009), *El futuro ya se fue, Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*, México, El Colegio de la Frontera Norte y Juan Pablos Editores.
- Wagner, P. (1997), *Sociología de la modernidad*, Barcelona, Herder.
- Williams, A. y L. Katz (2001), "The Use of Focus Group Methodology in Education: Some Theoretical and Practical Considerations", *International Electronic Journal for Leadership in Learning*, vol. 5, núm. 3, www.ucalgary.ca/ieljj (Consultado el 5 de febrero de 2010).

Narrativas de la contingencia: experiencias de riesgo laboral en procesos de transición a la adultez*

FIGORELLA MANCINI
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

Existen bienes sociales que pueden ser algo más que una mera preferencia. Taylor (2005) sostiene que hay bienes que no se consideran buenos por el hecho de que los deseamos sino más bien por constituir normas para el deseo. En cuanto tal, la evaluación que hagan los individuos de dichas preferencias constituye una dimensión necesaria e irreductible de la experiencia humana. Hasta dónde, mantener un trabajo de por vida, ingresar al mercado en el momento que uno lo desea o necesita, preservar un determinado estilo de vida una vez retirado, aumentar las calificaciones u optimizar las condiciones de la carrera laboral durante su transcurso, constituirían en la actualidad normas valorativas

* La información proveniente de esta fase de la investigación, dio lugar a una segunda fase (siendo parte de una tesis doctoral) en la que se administró un cuestionario —hasta la fecha— a 250 jóvenes con las mismas características consideradas para la primera fase. A través de ella se confirma la información emergida a través de los grupos focales

de los más jóvenes para modular satisfacciones individuales. Según Levinson (1986), ninguna organización de la vida puede ser estable por más de una década porque ningún plan de vida resiste a su potencial insatisfacción. Gran parte de los jóvenes entrevistados en esta investigación tiene, en promedio, más de diez años participando en el mercado de trabajo. Algunos, efectivamente, han sufrido importantes momentos de insatisfacción material y subjetiva a partir de eventos que han bifurcado la dirección de sus trayectorias. Otros, no han experimentado ese malestar directamente porque ni siquiera accedieron a las posibilidades de un plan de acción. Con complejas diferencias de matices, a partir de un análisis de trayectorias laborales podría sugerirse que, en la actualidad, la tensión de Levinson está más o menos presente en una gran variedad de jóvenes: la organización de sus trayectorias en el mundo del trabajo, y en cuanto tal, de buena parte de su vida, se presenta profundamente inestable y discontinua.

Según la tesis de las sociedades de riesgo (Beck, 1998), los cambios ocurridos en los mercados laborales juegan un papel central en el aumento generalizado de los riesgos así como en los procesos de individualización de las sociedades modernas. Mientras que para las generaciones anteriores, las instituciones públicas, las redes sociales y la familia eran ejes fundamentales para determinar el acceso y la movilidad dentro del mercado de trabajo, las cohortes que ingresan al mundo laboral en los últimos años, lo harían a partir de regímenes de riesgo que, entre otras cosas, requieren que los individuos tomen sus propias decisiones en relación con un mercado que ya no admitiría posibilidades para el ingreso basado en las relaciones sociales o familiares (Pedrelli y Cebulla, 2011). En este nuevo modelo de regulación, el riesgo aparecería como el núcleo duro del funcionamiento social en la medida en que la incertidumbre de los sistemas económicos está lo suficientemente generalizada como para poder anticipar o planear el futuro. Todo ello supondría un cambio en la forma en la que los trabajadores más jóvenes acceden al mundo laboral, a la búsqueda y encuentro de un empleo y hacia las orientaciones al trabajo en general.

En este contexto, la hipótesis central de este trabajo es que la incertidumbre laboral y la redistribución de riesgos que conlleva, relacionados con los procesos de globalización e internacionalización de la economía, habilitan y exigen una mayor heterogeneidad en las transiciones hacia la adultez y un aumento en la diversidad de trayectorias laborales juveniles donde la desregulación de los mercados de trabajo, la creciente inestabilidad laboral, la reducción de las

prestaciones sociales y el aumento del desempleo son los elementos que generarían los principales sentimientos de riesgos y falta de protección social entre los más jóvenes.

En ambientes de creciente complejidad y diferenciación social, los eventos que definen las transiciones a la vida adulta suponen procesos complejos que no deberían ser asumidos *a priori* sino sometidos a indagación empírica. Ello implica dar mayor centralidad al análisis de las transiciones a partir de las propias subjetividades con relevancia en las posibles trayectorias que emergen de condiciones, posiciones y decisiones, todas diversas y heterogéneas. De allí que la propuesta de estudio radique en asumir una mirada sociológica del vínculo entre transición a la vida adulta y riesgo laboral que incorpore la posición de los individuos y ampliar, así, la comprensión sobre la experiencia del riesgo laboral entre los ingresantes al mercado de trabajo y el papel que ellos le otorgan a las diferentes instituciones sociales y a los mayores procesos de individualización.

A lo largo de la presentación, se identifican cuatro características centrales, directamente vinculadas con el contexto histórico de incertidumbre social: 1) un aumento progresivo de transiciones laborales al inicio de las trayectorias, incluyendo prolongados períodos de desocupación y condiciones de severa inseguridad; 2) un cambio relativo en el significado del riesgo que se inscribe y reconstruye en las trayectorias como mecanismo naturalizado e inherente, más que un elemento externo a contrarrestar; 3) la desafiliación entre calificación y puesto de trabajo como recurso central para el manejo de los riesgos y, 4) la combinación de condicionamientos estructurales con el aumento de afinidades electivas y selectivas para decidir qué posición ocupar en el mercado de trabajo.

Con el fin de desentramar este vínculo entre procesos de transición a la vida adulta y riesgos laborales, el artículo está dividido en cuatro grandes partes. En la primera se especifican algunas particularidades teórico-metodológicas sobre el diseño de la investigación. En la segunda se describen las principales condiciones de riesgo e inseguridad que se presentan en las trayectorias laborales juveniles. En la tercera se analizan los impactos que ejerce el riesgo laboral sobre la transición a la vida adulta; finalmente, en la cuarta sección se consideran las percepciones de los jóvenes con respecto al riesgo en el mercado de trabajo y sus núcleos de seguridad más inmediatos para ejercer su propia individualidad en los procesos de transición a la adultez.

TRANSICIÓN A LA VIDA ADULTA Y RIESGO LABORAL.
ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS

La técnica de investigación seleccionada para dar cuenta de la experiencia de los riesgos laborales en la transición a la vida adulta es un análisis cualitativo que permite centrar el estudio en biografías individuales de una muestra intencional, seleccionada por criterios teóricos, de jóvenes provenientes de dos ciudades latinoamericanas: Rosario en Argentina y Monterrey en Rosario.¹

Esta selección está basada en que una de las alternativas metodológicas que permite rescatar la complejidad que subyace a las transformaciones sociales relacionadas con el mundo del trabajo es la perspectiva del curso de vida (Heinz y Marshall, 2003; Heinz, 2003). A través de esta herramienta se intenta, principalmente, desentramar los cambios acaecidos en la forma de experimentar el riesgo laboral entendido como un proceso que se va conformando a lo largo de las trayectorias laborales a partir de eventos y transiciones que otorgan o desincentivan sentido a la historia de vida individual de los trabajadores. Esta modalidad de observación implica, por tanto, un entendimiento procesual, dinámico, longitudinal y retrospectivo del riesgo laboral.

Desde la perspectiva del curso de vida, las maneras en que los individuos piensan el mundo social dependen fundamentalmente de lo que pasó en el mundo en el momento de su crecimiento (Mayer, 2004). El supuesto que hay detrás de ello es que las influencias históricas moldean el desarrollo humano de las personas que crecen en un tiempo particular y que comparten una identidad cultural que las diferencia de otras generaciones. Estas experiencias formativas únicas (Alwin y McCammon, 2003) son las que hacen distintiva a cada generación en sus visiones sobre el mundo, en sus orientaciones y en sus identidades. Es por ello que el principal criterio de análisis para la reconstrucción de las trayectorias ha sido la identificación de cohortes como eje de referencia básico que permite distinguir tres momentos claves en la historia de las transformaciones laborales y económicas en América Latina: una primera cohorte de trabajadores que nacen y construyen su sociabilidad primaria en pleno período de sustitución

¹ Se recolectaron 58 entrevistas en profundidad, 29 en cada uno de los contextos de análisis, con base en una guía flexible de tópicos elaborada a partir del marco conceptual del objeto de estudio. La selección de las dos ciudades de la muestra está directamente relacionada con la necesidad de indagar cómo contextos institucionales diferentes pueden modular o filtrar las experiencias de riesgo laboral.

de importaciones, mismo período en el que inician sus trayectorias laborales y cuya consolidación se establece en un momento de crisis económica y cambio en el modelo de acumulación; una segunda cohorte de trabajadores que nacen y construyen su sociabilidad primaria, así como el inicio de sus trayectorias en plena crisis y cuya consolidación se genera en el nuevo modelo de acumulación; y finalmente, una tercera cohorte de trabajadores que nacen, se socializan e inician sus trayectorias laborales en el nuevo modelo y que finalmente “se consolidan” en la “crisis” del mismo. Esta tercera cohorte, conformada por trabajadores de veinte a treinta y cinco años nace y se socializa en el período de la crisis de la deuda, entre finales de la década de los setenta y los noventa, en medio de la liberación económica, las transiciones democráticas y el aumento de la participación de la mujer en el mercado de trabajo. El inicio de su trayectoria laboral ocurre en la década de los noventa, en plena crisis del nuevo modelo de acumulación, caracterizada por el aumento de la precariedad, la informalidad y la desocupación. Estos jóvenes, consolidan sus trayectorias laborales en el período postconsenso de Washington, en la continuidad de la crisis del nuevo modelo, y en un contexto de nuevas reformas económicas y laborales.

Desde una perspectiva sociológica y psicológica, la transición a la vida adulta se puede entender (no necesariamente definir) como un proceso de emancipación individual, mediante el cual las personas adquieren una mayor autonomía y ejercen un mayor control sobre sus vidas, que a su vez, se expresa en las posibilidades de elegir y actuar a partir de criterios definidos por el individuo (Mora Salas y de Oliveira, 2009). Evidentemente, las posibilidades de decidir y optar, especialmente en el mercado de trabajo, no están consignadas a criterios individuales exclusivamente, sino que estarían también, socialmente orientadas a partir de contextos sociales específicos. Es decir, los jóvenes moldean sus vidas en contextos donde la agencia está socialmente constituida (Evans, 2002).

Según los estudios sociodemográficos más tradicionales, la transición a la vida adulta es considerada, o definida, como la ocurrencia de una serie de eventos vitales que implicarían, especialmente, modificaciones sustanciales de papeles en el seno de una diversidad de instituciones sociales. Desde la perspectiva de curso de vida, estos eventos son conocidos como puntos de quiebre en las trayectorias individuales vinculados directamente con las expectativas sociales y la normatividad social acerca de la secuencia y momentos de ocurrencia de estos eventos (Elder, 1985): el fin de la carrera educativa,

la entrada al mercado de trabajo, la salida del hogar de origen, el inicio de la primera unión y el nacimiento del primer hijo. Efectivamente, durante gran parte del siglo pasado y especialmente en los países desarrollados, los cursos de vida se tornaron cada vez más institucionalizados: completar la educación formal, conseguir un empleo de tiempo completo, casarse, formar un hogar independiente y tener el primer hijo (Kohli y Meyer, 1986; Greene, 1990). Sin embargo, y a partir de las transformaciones sociales, culturales y económicas de las últimas décadas, este modelo normativo de transición a la vida adulta ha diluido su aplicación (y efectividad), intentándose incorporar aspectos socio-culturales e históricos que contribuyan a explicar las variabilidades observadas en la práctica, ya sea entre una sociedad y otra o bien al interior de una misma (Corijn, 1996). El incremento de la edad media para finalizar los estudios, así como para el matrimonio o la maternidad, han contribuido a la pérdida de importancia de las instituciones sociales y de la normatividad social para definir la transición a la adultez, proceso que se conoce como la desinstitucionalización del curso de vida (Kohli y Meyer, 1986). En realidad, lo que se estaría observando entre los más jóvenes es una mayor heterogeneidad de las transiciones hacia la adultez, donde habría un forzamiento sistémico (e institucionalizado) a desprenderse de las instituciones clásicas y donde serían las propias instituciones las que obligarían a los ciudadanos, en la actualidad, a desarrollar su propia biografía.

A partir de estas transformaciones, desde una perspectiva más sociológica se fueron incorporando cuestiones como la autonomía individual y auto percepciones que tienen los jóvenes sobre sus propios eventos y en qué medida éstos los definen, o no, como adultos (Arnett, 1997), complementándose el estudio cuantitativo basado en ocurrencia, frecuencia y secuencia de los eventos con el análisis de concepciones y percepciones de los jóvenes sobre el significado de ser adultos y sobre los elementos involucrados en este proceso (Benson y Furstenberg, 2003). A este respecto, Mora Salas y de Oliveira (2009) señalan un conjunto de investigaciones donde se ha encontrado, por ejemplo, que los jóvenes no están tan preocupados por la secuencia normativa de los eventos analizados por la sociodemografía (Arnett, 1997) y, en cambio, privilegian la habilidad de hacerse cargo de uno mismo, la toma de decisiones, la independencia no sólo material sino también emocional de terceros, etc. En cualquier caso, a partir de la creciente complejidad y diferenciación social, los eventos por

los que transitan los más jóvenes suponen transiciones complejas que no deberían ser asumidas *a priori* sino sometidas a indagación empírica.²

Como se verá en los resultados siguientes, los jóvenes son un contingente heterogéneo: las transiciones varían, al menos, en función de la edad, el género y el sector social. En estos términos, el riesgo social aparecería como un elemento presente en la transición a la adultez pero los eventos asociados a éste varían en función del estrato, el sexo o la ubicación organizacional e institucional. Lo mismo sucede con el sentido conferido a estos eventos: una misma experiencia (como el desempleo, por ejemplo) puede mostrar especificidades que adquieren significado diferente según los esquemas institucionales y culturales que la comprenden, las características individuales y la posición en el mercado.

TRAYECTORIAS LABORALES JUVENILES: ENTRE LA INCERTIDUMBRE Y LAS AFINIDADES ELECTIVAS

Ahora bien ¿cómo definir operativamente al riesgo laboral de manera tal que permita evaluar las hipótesis bajo consideración? Evidentemente los criterios pueden ser múltiples y discrecionales: se puede considerar exclusivamente su lado objetivo o subjetivo o ambos; a su vez, desde cada lado se pueden tener en cuenta criterios unidimensionales o multidimensionales; desde la perspectiva subjetiva, a su vez, los criterios los puede establecer el investigador o el propio entrevistado. Sin embargo, una definición operativa de riesgo laboral no debería desvincularse de dos conceptos entrelazados: las nociones de proceso y tiempo. El riesgo laboral es un proceso más que un estado determinado y a su vez, en dicho proceso la temporalidad y duración de los eventos de las trayectorias laborales son centrales. Es decir, no sólo importa, para definir riesgos en el mercado de trabajo, el nivel de ingresos de los trabajadores sino también

² En países como México, el modelo normativo de transición hacia la vida adulta (escuela-trabajo-familia), lo seguirían menos de la mitad de los varones y solamente tres de cada diez mujeres. A su vez, menos de 20% de los jóvenes de 15 a 29 años habrían experimentado estas tres transiciones, mientras que 11% no se ha desplazado por ninguna de ellas. Por su parte, más de 80% de los jóvenes ya ha iniciado su vida laboral y, en general, el ingreso al mercado de trabajo es la primera transición que experimentan los jóvenes mexicanos (Mora Salas y De Oliveira, 2009). Es decir, ni la intensidad ni la secuencia de los eventos correspondería, en realidad, al modelo normativo.

su estabilidad y regularidad; no sólo supone considerar el evento desocupación sino su frecuencia y duración, etcetera.

Una forma factible y práctica de operacionalizar el concepto de riesgo laboral como un proceso que tenga en cuenta la temporalidad de los distintos eventos es mediante la observación de la duración de determinadas condiciones laborales durante la totalidad de la trayectoria de los trabajadores.

En primer lugar, se considera entonces, si el tiempo de ocupación es mayor o menor al tiempo de desocupación a lo largo de toda la trayectoria. Si existe un tiempo de desocupación, a su vez, se considera la frecuencia (cuántas veces ha estado desocupado) y duración (cuánto tiempo ha estado desocupado). En segundo lugar, durante el tiempo de ocupación, se consideran cuántas transiciones ocupacionales ha tenido el trabajador durante su trayectoria y qué duración ha tenido cada una de ellas. En tercer lugar, se tiene en cuenta si el tiempo de formalidad (o prosperidad económica en el caso de los trabajadores no asalariados) es mayor al tiempo de precariedad. Para ello se considera el nivel de ingresos (salario mínimo), la titularidad o no de prestaciones sociales (o aportaciones propias a la seguridad social o al sistema de pensiones en el caso de los trabajadores no asalariados), y la existencia o ausencia de un contrato de trabajo por tiempo indeterminado en los trabajadores asalariados. Finalmente, como también se quiere sopesar la dirección del proceso hacia mayores o menores niveles de riesgo, se considera si la mayoría de los eventos de inestabilidad ocurrieron en la primera o en la segunda mitad de la duración de la trayectoria laboral.

Con estos criterios, se presentan a continuación los resultados del análisis cualitativo sobre los cambios observados en el curso de vida de los trabajadores entrevistados. Hay, al menos, cuatro grupos de biografías laborales que lograrían indicar la metamorfosis que puede experimentar una trayectoria en función de las características principales que asumen las transiciones ocupacionales de los trabajadores y la manera en la que el riesgo se inserta en la vida laboral de cada uno de ellos.

Trayectorias de estabilidad irreversible o lineal

Son trayectorias que no han transitado por ningún evento de inestabilidad laboral. Se las considera irreversibles en la medida en que la probabilidad de que se puedan alterar las condiciones de estabilidad es muy baja. Son aquellas

que mostrarían mayores grados de seguridad laboral en la medida en que sus transiciones y eventos, además de ser “positivos”, están más o menos fijados temporalmente y es poco probable que cambios abruptos puedan modificar su dirección. Si bien este grupo sobresale de las entrevistas en la primera cohorte de análisis, entre asalariados, especialmente en el empleo público, y entre trabajadores de niveles educativos altos, ninguno de estos rasgos es exclusivo de este tipo. Lo sustantivo en este caso es la estabilidad observada en el punto de partida o en los inicios de las trayectorias laborales donde un buen trabajo de entrada, permitiría iniciar, y reforzar más tarde, ciertos niveles de seguridad y estabilidad a lo largo del curso de vida.

Los jóvenes entrevistados que presentan trayectorias de estabilidad irreversible están insertos en empleos públicos, tienen niveles educativos altos pero especialmente con conocimientos especializados, se encuentran inmersos en carreras de ascenso laboral dentro de las empresas y solamente en algún caso son trabajadores independientes con emprendimientos productivos importantes. En términos retrospectivos, los primeros trabajos de estos jóvenes de la muestra inauguran un proceso de estabilidad en la medida en que han sido en grandes empresas, en dependencias públicas con niveles salariales muy altos, con buenas prestaciones sociales y con posibilidades importantes de movilidad interna, cuando todavía no ha transcurrido la mayoría de las transiciones de la vida familiar (matrimonio, paternidad, maternidad). A su vez, los últimos trabajos de estas jóvenes trayectorias son los que han abierto las posibilidades para la formación de familias, la clausura de la convivencia con el hogar de origen y el desempeño del papel de adultos trabajadores que les permite incluso ayudar a parte de su familia extensa. Parecería que en estos casos es la combinación del tipo de inserción laboral (empleo público), el nivel educativo (conocimiento especializado) y la postergación de eventos familiares en la primera entrada al trabajo, los principales condicionantes que definen las posibilidades de trayectorias más seguras a lo largo del curso de vida. Al mismo tiempo, estas características se presentan como moduladoras de seguridad en la medida en que son habilitadas desde el entorno inmediato de estos jóvenes: el empleo público se obtiene a partir de herencias familiares, la educación especializada se garantiza por las posibilidades de estudiar sin necesidad de trabajar y la postergación de eventos familiares así como la capacidad para generar emprendimientos productivos propios están directamente vinculados con el capital simbólico o cultural que adquieren las nuevas generaciones de estratos medios en el mundo más próximo de su socialización.

Trayectorias de estabilidad progresiva

Son trayectorias que pasaron de condiciones de mayor inestabilidad en un primer momento a condiciones de mayor estabilidad en un segundo momento de la vida laboral. Están conformadas por aquella serie de transiciones que han ido mejorando el nivel de seguridad de los trabajadores entrevistados con el paso del tiempo. Este tipo de estabilidad progresiva predomina entre los entrevistados de la segunda cohorte de pertenencia, entre varones, principalmente asalariados, con niveles educativos heterogéneos.

Entre los trabajadores entrevistados de la segunda y la tercera cohorte de análisis, la posibilidad de mejoras en las trayectorias laborales está asociada, por un lado, a la inserción completa, de lleno, en los vaivenes del modelo de producción globalizado. Aquellos exitosos que lograron incrustarse en el juego del riesgo y mantenerse airosos luego de un primer momento de búsqueda, inestabilidad y desubicación con respecto al principio de realidad. Entre estos trabajadores, calificados, se observan casos de asalariados en los sectores financieros y de servicios y trabajadores independientes con emprendimientos productivos relativamente prósperos a partir de proyectos innovadores y relacionados con el sector de la comunicación y la información. Así como entre los entrevistados más viejos las posibilidades de mayor seguridad se fueron construyendo al mismo tiempo que se obtenían diversas herramientas cognitivas y formativas que se iban acumulando a medida que la carrera laboral iba avanzando, los entrevistados más jóvenes, en cambio, tuvieron que recolectar sus recursos sociales y educativos en etapas previas a la obtención de cierta estabilidad.

Las mujeres entrevistadas más jóvenes que tienen trayectorias progresivas son trabajadoras asalariadas o bien que combinan desde hace muchos años ocupaciones asalariadas con trabajo por cuenta propia para poder garantizar cierto bienestar material y que refuerzan mecanismos de seguridad a medida que uno se fue agregando al otro. Estas mujeres tienen menor nivel calificativo que los varones entrevistados de su cohorte, pero tienen empleos más seguros objetivamente en la medida en que, bajo la modalidad de asalariadas, han logrado insertarse en el empleo público. Dicha inserción implica no solamente acceder a empleos permanentes, con prestaciones y servicios sino que también las posiciona como parte una clase media culturalmente definida, con acceso a ciertas satisfacciones de consumo y bienestar, altamente valoradas por las entrevistadas, a partir de las posibilidades que ofrece la “seguridad de no perder el empleo”.

Entre las entrevistadas más jóvenes, las trayectorias de estabilidad progresiva están asociadas con la diferenciación y consecución del resto de las transiciones de su curso de vida. Primero estudiaron, luego se insertaron en el mundo del trabajo con muchas dificultades, especialmente en un primer momento donde la relación entre calificación y puesto de trabajo era más indeterminada, y finalmente, la última trayectoria en desplegarse fue la familiar. Las transiciones de matrimonio y maternidad, entre ellas, ocurren luego de la formación y una vez que la carrera laboral se ha consolidado. Esta diferencia con las mujeres jóvenes de la tipología anterior podría estar relacionada con el inicio de la trayectoria laboral. Entre las mujeres jóvenes con trayectorias de estabilidad irreversible, la entrada al mercado laboral fue más continua y segura y su interferencia en los demás dominios de su vida fue mucho menor. En cambio, entre estas jóvenes, las dificultades experimentadas al inicio de las trayectorias laborales, con eventos de precariedad, desocupación e inestabilidad, tendrían una mayor influencia en las decisiones que toman con respecto a las demás esferas de su vida, especialmente, a través del retraso de ciertos eventos.

Prototípicamente y por diferentes vías, las trayectorias progresivas de estos entrevistados parecerían estar asociadas a mecanismos de cobijos sociales que aún permanecen a partir de la intervención activa del estado como productor de bienes y servicios. Por un lado, el empleo público. No se trata aquí de empleados de cuello blanco (que es lo que prevalece entre los trabajadores de trayectorias de estabilidad irreversible) sino de porteras de escuelas, enfermeras o empleadas municipales que encuentran en estos puestos de trabajo no sólo con ingresos suficientes y seguridades materiales sino también disponibilidad de tiempo para complementar sus ingresos con otro tipo de actividades no asalariadas. En segundo lugar, los restos que han quedado del proceso de industrialización que lograron continuar impulsando algunos pequeños emprendimientos productivos. En tercer lugar, el aumento progresivo de los niveles de escolaridad a medida que las cohortes son más jóvenes, va ampliando un grupo de profesionales independientes en actividades especializadas que logran insertarse en los nichos del mercado.

Trayectorias de estabilidad regresiva o frágil

Son trayectorias que pasaron de condiciones de estabilidad en un primer momento a condiciones de mayor inestabilidad en un segundo momento de la

vida laboral. Este grupo está compuesto por aquellos trabajadores que, habiendo tenido cierta estabilidad durante una parte de su vida laboral, sus condiciones de seguridad se vieron deterioradas a lo largo del tiempo y en la actualidad se encuentran en franca recaída.

Entre los entrevistados más jóvenes, el proceso de las trayectorias hacia mayores niveles de inseguridad es, al menos, ambiguo. Se trata o bien de trabajadores no asalariados, varones y mujeres, que después de haber pasado buena parte de su vida laboral en el empleo, se decidieron por el trabajo independiente con importantes costos de transacción; o bien jóvenes que han transitado por múltiples empleos e inserciones y han optado por situaciones de desocupación o inseguridad privilegiando otras afinidades y capacidades electivas. En estos casos, el punto de quiebre hacia mayores niveles de inseguridad es una posición, en cierta medida, elegida y preferida por jóvenes que no se sentían satisfechos con sus empleos, que decidieron “arriesgarse” por el trabajo independiente y que finalmente han obtenido magros resultados a partir de esa serie de decisiones. Se trata de trabajadores calificados, profesionales y que en la actualidad, sobreviven gracias al apoyo de ayudas familiares y a la postergación de eventos en los demás dominios de la vida, especialmente en términos de matrimonio y maternidad-paternidad. Como bien lo señala un entrevistado de este tipo de trayectorias: “la incertidumbre es la excusa para no tener hijos”.

¿Qué elementos son, entonces, los que han desgarrado a estos trabajadores de la seguridad alguna vez conquistada? Desde un nivel de análisis individual podría decirse que lo que muestran los entrevistados es una pérdida de valoración de las credenciales educativas, un deterioro de las relaciones de proximidad que aseguraban ciertas posibilidades de inclusión y un aumento progresivo de decisiones aspiracionales en detrimento de ciertas seguridades materiales. Sin embargo, desde la perspectiva social, la cuestión es aun más compleja en la medida en que si todos esos factores individuales pueden hacerse cada vez más presentes es precisamente porque pueden enmarcarse en contextos institucionales y económicos cada vez más flexibles que protegen menos y habilitan permanentemente la competencia sin reglas claras. El punto de inflexión de inestabilidad en estos casos es fundamental en la medida en que demuestra que uno de los factores que generaban estabilidad en el pasado es la inclusión en un sistema de certezas sociales, allende elementos individuales, que colectivizaba riesgos y garantizaba un mínimo de seguridad a través del mundo del trabajo. En la medida en que esos cobijos fueron desapareciendo y

ante la ausencia de mecanismos alternativos, lo que acontece son trayectorias frágiles hacia mayores niveles de inseguridad. Si estos trabajadores entrevistados han perdido la prueba planteada por las transformaciones recientes de los procesos productivos es porque, además de estar mal preparados (que no es lo mismo que ausencia de preparación), estuvieron insuficientemente protegidos y acompañados para lograrlo. A una excesiva capacidad de agencia (que, además, dado sus recursos educativos, su autonomía para tomar decisiones y sus menores coerciones familiares, hace menos “elegible” a este tipo de trabajador para acceder a determinados programas sociales) le corresponde una defectuosa capacidad de estructuración donde los resultados de semejante desajuste pueden dar cuenta de una especie de trayectorias laborales anárquicas en las que se observan agencias sobrecargadas y estructuraciones débiles y polarizadas.

Trayectorias de estabilidad reversible

Son aquellas en que los tiempos de inestabilidad laboral son mayores a los tiempos de estabilidad y donde la idea de reversibilidad refiere a la elevada probabilidad de alterar las distintas condiciones de inestabilidad, alternando unas con otras (cuando no hay desocupación, hay precariedad, cuando no hay precariedad, hay mucha movilidad, etc.). Este grupo de trabajadores jóvenes presenta la mayor discontinuidad en la carrera laboral, con transiciones erráticas, con constantes entradas y salidas en el mercado de trabajo así como frecuentes cambios dentro de la actividad laboral en un marco de precariedad generalizada.

Entre estos trabajadores, la desocupación es un evento extenso, de larga duración, repetido, aunque en algunos casos, también intermitente. A su vez, parecería que entre ellos, el desempleo es un evento menos condicionado por factores estructurales, ya que, a diferencia de los desocupados actuales de cohortes anteriores, prevalecen aquí menos razones de mercado. En estos jóvenes entrevistados, la desocupación, a veces, se considera una opción o una selección frente a trabajos de mala calidad u ocupaciones tediosas y rutinarias. El problema que se observa en esos casos es que, cuando ello ocurre, las posibilidades de encontrar un nuevo empleo son más difíciles y aún más, de obtener un trabajo de mejor calidad al que tenían.

Si bien la mayoría de estos entrevistados cuenta con bajas calificaciones, la educación juega un papel muy ambiguo entre los más jóvenes de la muestra

ya que entre ellos se observan importantes niveles de inseguridad tanto entre los profesionales (algunos desocupados actualmente) como entre los menos educados. A su vez, mientras se observan jóvenes profesionales en los diversos tipos de trayectorias, aquellos trabajadores participantes que cuentan con niveles educativos bajos, se ubican exclusivamente en las trayectorias de estabilidad reversible. Es decir, entre la cohorte más joven de la muestra, el condicionamiento de factores estructurales como el nivel educativo, tendría un peso mayor para la determinación de los niveles de riesgo laboral que entre las cohortes más viejas. El rendimiento de las credenciales formativas ejercería una presión mayor sobre los jóvenes que sobre los trabajadores adultos. Además, a los varones jóvenes les costaría más trabajo ubicarse en trayectorias más seguras que a las mujeres entrevistadas, que muestran una mayor dispersión en cada una de las tipologías y ello estaría directamente relacionado con la gran inestabilidad laboral que presentan estos trabajadores en los comienzos de su vida laboral.

Así como los jóvenes entrevistados con trayectorias irreversibles son hijos de clases medias urbanas, educados y con un importante grado de capital social, los jóvenes con trayectorias inseguras muestran un pasado social más heterogéneo. Si bien en algunos casos se trata de hijos de clases populares que reproducen niveles y formas de inseguridad que también han vivido sus padres, en otros se puede apreciar una especie de ruptura intergeneracional con respecto a la seguridad que se vive en el seno de la familia. Se trata, básicamente, de hijos que actualmente viven condiciones de riesgo más severas que las de sus padres en su momento. Sin querer implicar que ello puede ser un nuevo mecanismo de movilidad social descendente, al menos lo que transmiten las narrativas de estos trabajadores es que sus padres “vivían mejor que uno”, que “antes era más fácil”. Para estos jóvenes, lejos de aparecer como una diversidad y multiplicidad de opciones, la individualización del mundo del trabajo implica más y nuevas coerciones, como por ejemplo, la exigencia de cierto nivel educativo para empleos de muy baja calificación (que además opera como una especie de selección social donde, en realidad, se exige cierto nivel formativo para asegurar a la demanda que se pertenece a un grupo social que puede terminar dicho nivel, más que por los saberes propios del mismo). En ese sentido, se observa una diferencia fundamental entre las percepciones de las mujeres-madres de la cohorte intermedia que siguen pregonando por el acceso a la educación de su descendencia y jóvenes-hijos de la tercera cohorte que son parte de sociedades donde estudiar no tiene mucho sentido efectivo. Mientras la cohorte intermedia se educó en

la cultura del saber como un valor social, muchos de los jóvenes entrevistados lo perciben como un gran sacrificio que no tiene contraprestaciones claras y definidas desde la perspectiva material, pero tampoco desde el reconocimiento social. Al menos desde las percepciones sociales, lo que antes fungía como puente o trampolín hacia un estado mayor de bienestar hoy actúa simplemente como amortiguación, como una especie de paracaídas que puede llegar a hacer más suave la caída pero que de ninguna manera la impide. Es el fenómeno que en ciencias de la educación se conoce como “el efecto fila” donde la educación ya no generaría tantas posibilidades de ascender automáticamente en el trabajo pero que, al menos, coloca en primera fila a los buscadores de empleo.

En cualquier caso, estas trayectorias reversibles dan cuenta de trabajadores que no saben hasta cuándo seguirán siéndolo y si podrán construir, a partir de esta posición, un porvenir estabilizado. En ese sentido, es la relación con el trabajo la que parecería que ha cambiado entre las diversas cohortes sin que quede predeterminada una relación específica de los jóvenes con el trabajo. Ocupar o buscar un primer empleo en la actualidad puede volverse una experiencia profundamente frustrante y desgastante: “más que ser joven, el verdadero impedimento aquí es ser un recién llegado al mercado de trabajo” (Castel, 2010).

Estos resultados exhortan a ser, más que cuidadosos, atentamente sensibles a la diversidad de situaciones —y actitudes— de los jóvenes con respecto al trabajo. Lejos de representar transformaciones homogéneas, el vínculo de los jóvenes con el mercado en general y con el riesgo laboral en particular es tremendamente complejo, difuso y, por momentos, contradictorio, que no puede ser evaluado o interpretado desde la generalidad o la indiferenciación. Las narrativas de los jóvenes de esta muestra dan cuenta de la creciente dificultad para seguir anclando en los dispositivos sociales clásicos toda la fuerza de las distinciones. A ello se dedicará, en mayor profundidad, el siguiente apartado.

IMPACTO DEL RIESGO LABORAL EN LA TRANSICIÓN A LA VIDA ADULTA

La primera conclusión a la que se podría aspirar a través de este análisis longitudinal es que se estaría asistiendo a un incremento relativo en los niveles de riesgo laboral de los trabajadores entrevistados, que afectaría a los más jóvenes del mercado de trabajo. Según la reconstrucción de trayectorias laborales pre-

sentadas en el apartado anterior, es que se encuentran entre ellos las mayores condiciones de inseguridad y riesgo de toda la muestra. El trabajo independiente para estos jóvenes no representa una opción efectiva. El trabajo asalariado también es sumamente precario: ninguno cuenta con contrato de trabajo, algunos pocos tienen prestaciones básicas y sus ingresos apenas alcanzan el salario mínimo. Sin embargo, se vislumbra también, si no expectativas de cambio, mayores afinidades electivas para decidir qué tipo de trabajo realizar. Evidentemente, ello estaría directamente vinculado con la etapa del curso de vida por la que están atravesando. Una conclusión apresurada llevaría a decir que el incremento de elecciones laborales combinadas con altos grados de inseguridad es fruto de la inexistencia de trayectorias familiares o responsabilidades con terceros. No obstante, algunos de estos jóvenes son madres o padres, contribuyen al gasto familiar o desempeñan papeles como cuidadores de hermanos u otros miembros del hogar. En realidad, lo que sucedería es que se observa entre estos trabajadores una mayor desincronización entre el tiempo individual y el tiempo familiar donde las transiciones individuales quedan más despegadas de las transiciones familiares y en realidad, ambas quedan más afectadas por el tiempo histórico, por los nuevos patrones culturales y por las experiencias previas de los individuos. Los trabajadores más jóvenes entrevistados realizan otro tipo de ajustes para enfrentar al riesgo, guiados por nuevos valores pero también por nuevos constreñimientos institucionales. En ese sentido, los costos del “nuevo régimen” serían más altos para los jóvenes entrevistados que para las generaciones anteriores de la muestra: no logran insertarse “de lleno” en el nuevo modelo y a su vez cuentan con protecciones residuales insuficientes no solamente para planificar el porvenir sino para la sobrevivencia cotidiana.

Un elemento llamativo que se observa entre los varones más jóvenes es que si bien la desocupación es extensa, más extensa que en la cohorte anterior, también es más intermitente y a la vez parecería menos condicionada por factores estructurales, ya que prevalecen menos razones de mercado (a diferencia de las dos cohortes anteriores cuando tenían la misma edad). Entre estos jóvenes, la desocupación, a veces, se considera una opción o una selección frente a trabajos de mala calidad u ocupaciones tediosas y rutinarias. El problema que se observa en esos casos es que, cuando ello ocurre, las posibilidades de encontrar un nuevo empleo son cada vez más difíciles.

El segundo punto por rescatar es que la mayor heterogeneidad no sólo se observa a través de la etapa del curso de vida, de los niveles educativos de

los trabajadores o del género, sino también del tipo de inserción laboral en el mercado. Ni las trayectorias mayoritariamente asalariadas son irreversibles ni las trayectorias en las que predomina el trabajo independiente son las más regresivas o reversibles. Ambos pueden caer en el desempleo o en la desocupación. Entre los entrevistados más jóvenes, los trabajadores asalariados son los que mostrarían mayores niveles de incertidumbre en su trabajo. Son entrevistados que no cuentan con capital económico, tienen un capital social profundamente endogámico, y mientras tanto, la distinción por niveles educativos arroja resultados heterogéneos. La mayoría de estos jóvenes ha obtenido su último trabajo a partir de medios de comunicación generalizados como el periódico o internet. Más que la importancia del trabajo asalariado o no asalariado *per se* en el condicionamiento de procesos de riesgo laboral, su influencia adquiere una mayor capacidad explicativa cuando se la comprende en función de la totalidad de la trayectoria. Parecería que la distinción está dada, básicamente, por la calidad de la inserción anterior a un evento de inestabilidad laboral: una calidad que no solamente está relacionada con el puesto de trabajo sino con los vínculos sociales e institucionales que se pueden organizar a su alrededor, sea en el mundo asalariado o no. La generación de recursos sociales, económicos o individuales para enfrentar eventos de inestabilidad es un proceso de larga duración para el que se necesita tiempo pero sobre todo que supone la posibilidad-capacidad de estar incluido en sistemas de certezas que habiliten la prevención de posibles daños. Este tipo de resultados es indicativo de la importancia de la mirada longitudinal y dinámica para observar los procesos de riesgo laboral en la medida en que la diversidad de los comportamientos de estas trayectorias está dando cuenta también de la complejidad (social y temporal) que suponen los procesos de inclusión social. La debilidad de la distinción en el tipo de inserción para condicionar procesos de riesgo reforzaría la importancia de imbricar las dimensiones sociales y temporales que supone este problema en los mercados laborales. Las trayectorias de los entrevistados, en definitiva, estarían mostrando una debilidad generalizada de las estructuras de oportunidades locales para que los trabajadores puedan generar recursos que les permitan asumir y enfrentar los problemas de inseguridad. Aquellos trabajadores que encontraron refugios institucionales relacionados con el pasado o bien que se insertaron en las actividades más productivas del nuevo modelo son los que lograron obtener trayectos más seguros. Los jóvenes, claro está, son los que presentan las mayores desventajas temporales frente a una estructura que mutó antes de que pudieran advertirlo.

El tercer elemento global por considerar a partir de estos resultados es el papel que ejerce la educación en cada una de las trayectorias de análisis. La educación juega un papel muy difuso entre los más jóvenes: si bien es cierto que hay profesionales en una y cada una de las trayectorias, aquellos trabajadores que cuentan con niveles educativos bajos, se ubican exclusivamente en las trayectorias reversibles, observación que permitiría acercarse más a la tesis sobre el condicionamiento de factores estructurales para la determinación de los niveles de inseguridad laboral. Es decir, no todos los trabajadores calificados tienen trayectorias irreversibles, pero, a su vez, todos los trabajadores menos calificados se encuentran entre los casos de mayor reversibilidad.

Por otra parte, un temprano abandono de la escolaridad afectaría más a los jóvenes que a los trabajadores de las cohortes más viejas de la muestra. La interrupción de la escolaridad es una transición que tiene diversas repercusiones para la estructuración del curso de vida subsiguiente de estos trabajadores a medida que éstos son más jóvenes. Más allá del peso valorativo que adquiere la educación en la generación de seguridad, en términos prácticos, su impacto acumulativo en el curso de vida es variable. Solamente los jóvenes profesionales de la muestra logran acceder a trayectorias irreversibles, aunque en ningún caso las credenciales educativas son garantía de seguridad para ellos. Hay un segundo vínculo entre educación y riesgo que también es diferenciado por la cohorte de pertenencia. Entre muchos de los entrevistados de la primera cohorte se observa la construcción de una formación y la acumulación de un capital cognitivo especializado y relacionado con diversos oficios en simultáneo con el desarrollo de la carrera laboral. La selección de la “profesión” se ejecuta, en esos casos, a partir del puesto de trabajo y se va mejorando con el tiempo. Entre los más jóvenes entrevistados, en cambio, se vislumbra una desafiliación mucho más notoria entre empleo y calificación. No solamente porque la educación no garantiza *per se* un determinado nivel de seguridad laboral sino porque además hay una mayor separación entre calificación y puesto de trabajo, donde la carrera laboral se puede realizar con relativa independencia de la empresa a la que se pertenece, que además es una pertenencia mucho más difusa y vaga. En los casos más extremos, a veces el aprendizaje obtenido a partir de la corta trayectoria laboral recoge experiencias más negativas que positivas y, especialmente, de gran desconfianza al mundo laboral inmediato. Las duraciones tan cortas de los más jóvenes resultan así insuficientes para aprender oficios, para capacitarse a través del puesto de trabajo o incluso para establecer lazos sociales más duraderos o estables.

Una cuarta vía de análisis que pueden arrojar estas observaciones es la dificultad para establecer un vínculo unívoco entre las trayectorias laborales más inseguras y el impacto de otras transiciones familiares. Lo que dejan ver estas entrevistas es una mayor indeterminación entre trayectorias laborales y familiares a medida que las cohortes son más jóvenes. Entre los trabajadores entrevistados de la primera cohorte se observaría un proceso más acabado de individualización del curso de vida en la medida en que se encuentran en una etapa en la que prácticamente no tienen dependientes económicos y ya han transcurrido la gran mayoría de las transiciones familiares. Entre las cohortes más jóvenes, la situación es un poco más compleja. En algunos casos, mientras la inestabilidad del trabajo se combina con formaciones de hogares, nuevos episodios de maternidad o paternidad o la presión para colaborar económicamente en los hogares de origen, entre otros jóvenes, varones y mujeres, la presencia de altos grados de inseguridad persiste en ausencia de la aparición de nuevas responsabilidades familiares: varones o mujeres que viven solos, no reciben ayuda de sus familiares pero tampoco están compulsados a otorgarla, o que han retrasado o postergado otro tipo de decisiones de vida. En ese sentido, habría otros elementos entre estos jóvenes, además de la edad, para marcar el tiempo y secuencia de la intersección de eventos laborales y familiares. Lo que sucede en realidad es que el curso de vida donde se inscriben estos recorridos presenta una irregularidad en la que es complejo reconocer el peso de los factores individuales y contextuales. En la medida en que cada trabajador ejerce diversos mecanismos para “pasar” de una transición a otra, ello tiene efectos diferentes sobre las trayectorias y forman parte de un proceso interactivo, donde ningún factor parecería predominar por encima de otro a partir de criterios individuales o estructurales. Hay, por ejemplo, efectos de selección en los que la capacidad de agencia predomina sobre los demás avatares de la existencia y ello se observa entre los jóvenes que prefieren y optan por la desocupación ante un trabajo precario. Hay efectos de transición en que lo que sobresale son los constreñimientos contextuales como en el caso de aquellos trabajadores sin calificación que aceptan “cualquier” trabajo porque “sabes que detrás de uno, vienen veinte más”. Hay también efectos de situación en los que la historia biográfica es el principal condicionante de las decisiones adoptadas, como los que se observan en mujeres que realizan actividades inseguras e insalubres porque son jefas de hogares monoparentales cuyo ingreso es el único del hogar y donde las posibilidades de una mayor seguridad quedan subsumidas por las exigencias familiares.

Finalmente, a diferencia de lo que sostienen ciertas teorías, las expectativas de una vida segura no necesariamente son las que determinan el marco temporal de la acción para los trabajadores. Lo que muestran muchos de los trabajadores entrevistados es que en plena situación de inseguridad se toman decisiones, que se pueden ejercer acciones en medio de la incertidumbre y se pueden valorar alternativas que aumenten o disminuyan la inseguridad en función de otros atributos generadores de bienestar en los sujetos. Esta especie de indeterminación entre seguridad y acción también estaría condicionada por la cohorte de pertenencia en la medida en que son los trabajadores más jóvenes de la muestra los que tienen más capacidad de resiliencia para desvincular el dominio de los riesgos del dominio del actuar, porque, básicamente, tienen más tiempo para la recuperación y porque los costos de las sanciones morales son también menores.

Los trabajadores que conforman cada una de estas tipologías no presentan, internamente, un perfil uniforme, por el contrario, la heterogeneidad es su rasgo característico en términos de pertenencia social, nivel educativo, tipo de inserción, género o etapa del curso de vida. La dificultad para establecer correspondencias específicas entre los tipos de trayectorias y factores contextuales e individuales está directamente relacionada con el aumento en los grados de individualización del curso de vida aunado a la mayor flexibilidad y variabilidad de sus transiciones donde la reproducción de un modelo normativo de seguridad laboral —al estilo escuela-trabajo-retiro— deviene mucho más indeterminado. Cada una de las trayectorias analizadas opera, metodológicamente, como un contrafáctico de las demás, donde solamente a partir de la intersección que se observa entre tiempos sociales, biográficos e históricos en cada uno de los casos se puede dilucidar los elementos que entran en juego en el despliegue y dirección de cada una de ellas.

El reconocimiento de la complejidad para establecer pesos específicos de los distintos factores en el condicionamiento de los niveles de riesgo laboral implica introducir heterogeneidad interindividual en el análisis de las trayectorias y permite, además, romper con determinismos como el de la sobresocialización por un lado y de explicaciones meramente racionalistas por el otro. Los cambios en las trayectorias laborales de estos trabajadores pueden ser contingentes en función de su historia previa, biográfica y social, y también de sus expectativas futuras. La interacción entre estos efectos puede por lo tanto acentuar características de seguridad dentro de la trayectoria o bien cambiar su dirección. Son, en definitiva, las combinaciones específicas entre orden de

los eventos, tiempo e historia, las que condicionan trayectorias individuales y senderos sociales diferentes en el proceso de la inseguridad laboral. En torno a los múltiples factores adscriptos, sociales e institucionales que pueden influir y condicionar procesos de inseguridad, no obstante, habría que rescatar un último elemento que podría fungir como síntesis en materia de políticas públicas enfocadas al problema del riesgo: según la reconstrucción realizada de las diversas trayectorias laborales, garantizar una buena entrada al mercado de trabajo (una entrada decente al mercado de trabajo) reduciría ampliamente las posibilidades de inseguridad en el trabajo del futuro.

RESPUESTAS Y NÚCLEOS DE SEGURIDAD EN EL PROCESO DE TRANSICIÓN A LA ADULTEZ

Hay, básicamente, tres grandes rasgos que, vinculados entre sí, singularizan las respuestas y los núcleos de seguridad que establecen los jóvenes en el proceso de transición hacia la vida adulta. El primero de ellos es la idea de la experiencia trabajo como instrumento inmediato. El segundo es el particular sentido que le otorgan a la toma de decisiones con respecto al empleo y el tercero es el impacto diferenciado que tiene sobre ellos el proceso de individualización “extrema”.

Para cierto grupo de jóvenes, el trabajo, aunque genera preocupaciones, miedos y angustias, o precisamente por ello, no es un principio de regulación o de categorización de uno mismo. Es algo que simplemente se hace, que puede llegar a ser grato aunque no necesita serlo, o también puede ser entretenido igual que tedioso. En general dura poco (un promedio de meses, sin llegar nunca al año) y en cuanto tal no constituye un destino o una expectativa por asumir. Tampoco deja huella, impronta o legado. Eso se evidencia en las entrevistas al momento de la reconstrucción de las trayectorias.

La narración de los jóvenes entrevistados es profundamente difusa y laxa, difícil de asir desde el discurso o la interacción comunicativa. No solamente muchos de ellos padecen serias condiciones de inseguridad en la mayoría de sus transiciones ocupacionales sino que han vivido hasta el momento una enorme cantidad de eventos y movi­lidades en el mercado de trabajo. A diferencia de la primera cohorte que evidencia una memoria exhaustiva para recordar fechas, órdenes y concatenaciones temporales, la multiplicidad de eventos y transiciones dificulta las posibilidades de un relato ordenado, coherente, en el que un evento

sigue a otro. Aquí las transiciones se superponen, se observan permanentes regresiones a eventos que se recuerdan solamente después de haberlos enlazados con otros, y en medio de ello, además, en estas narrativas ya no es tan evidente que la seguridad laboral aparezca como meta objetivo, como motivación u orientación directa de sus acciones. Las posibilidades de una trayectoria segura aparecen relatadas, en cambio, como una herramienta para poder alcanzar otros objetivos supra laborales. La narrativa de estos trabajadores es mucho más desordenada y desorganizada no solamente porque hay una diversidad mayor de eventos ocupacionales y transiciones, sino también porque los fines de las propias trayectorias laborales exceden el ámbito meramente laboral, y donde los eventos asociados al trabajo son mucho más contingentes que en las cohortes anteriores.

A los jóvenes les cuesta más esfuerzo que a los adultos reconstruir el relato de sus trabajos, a pesar de que fueron en un tiempo más cercano: “ya no me acuerdo a dónde me fui”, “es que tuve muchos, muy cortitos todos”. Esa dificultad está relacionada con que el trabajo es algo que simplemente se realiza y que no necesariamente lleva a otra parte. No se es aprendiz de un trabajo, que es como comenzaron su historia laboral la mayoría de los trabajadores de las cohortes más viejas. No se tiene la sensación de empezar alguna trayectoria o de que el primer trabajo es un punto de partida. El movimiento de la vida se traduce en otros ámbitos, en otras realidades. Por lo tanto, para analizar la situación de estos jóvenes es imposible disociar el trabajo del resto de los espacios de socialización. En un horizonte donde el trabajo es instrumento puro, lo importante es entonces expresar otras posibilidades, especialmente las que constituyen fines y objetivos.

La significación del tiempo entre los entrevistados de esta cohorte es más acotada, finita, contenida. En este período y para estos jóvenes, las ocupaciones ya no se extienden a lo largo de la totalidad de la duración de la trayectoria. Los entrevistados combinan complejamente narrativas de opciones, posibilidades y nuevas coerciones. Seguramente ninguno de ellos tendrá un trabajo de por vida. La diferencia es que la mayoría tampoco lo prefiere.

Entre algunos jóvenes parecería observarse un desencanto generalizado con las condiciones de existencia de las generaciones anteriores y por tanto, la necesidad aunada de un desapego hacia las viejas formas, y fórmulas, de ser en sociedad. Las generaciones anteriores son las que vivieron dictaduras, crisis económicas, desempleo masivo y el “vivir para trabajar”. En cuanto el núcleo duro de dicha existencia lo consignaba el trabajo, el empleo asalariado y la per-

manencia laboral, el primer y más acabado modo para romper o fracturar esa imagen colectiva de lo social es través de la transformación del vínculo con el trabajo mismo. En general, estos jóvenes tienen una relación mucho más lábil con el trabajo y construyen sus expectativas a partir de otras configuraciones de la existencia. Quieren viajar, participan en organizaciones sociales, realizan actividades culturales, tienen rutinas de sociabilidad muy marcadas, la mayoría no ha tenido hijos aún, y, en general, tienen un modo de vida más desapegado al consumo. A su vez, mantienen, sin embargo, una estrecha relación con la concepción de ciudadanía y la importancia de los derechos sociales. No importa qué trabajo se esté realizando, no importa qué tanto me guste, pero me tienen que pagar lo que es justo, otorgarme las prestaciones indicadas en la ley y, especialmente, estar “en blanco”. Es decir, la seguridad laboral sigue siendo un factor aspiracional y de exigencia, aunque individualizada. Lo nuevo entre estos jóvenes no es que naturalizan la inseguridad sino que la reconocen, la asumen y se acomodan a las posibilidades que restan, admitiendo que la satisfacción con el trabajo no es el único ni el camino más importante para los logros personales. La organización del tiempo como un continuo homogéneo en el que la vida resultaba más protegida y estable, existe como referencia de un pasado más seguro pero también como narración de algo que impedía el control del tiempo propio y de otras formas de innovación y ruptura.

Entre otros, en cambio, la instrumentalidad del trabajo, más que una necesidad de desapego a formas desencantadas anteriores se experimenta como una respuesta a la falta de coordinación social que se vive en el mundo del trabajo. Más que por ruptura, en estos casos lo que se observa es una continuidad de historias entrelazadas donde los desafíos de pasar de un trabajo a otro, de un episodio de inseguridad a otro, generan un hábito familiar. Las trayectorias laborales de las generaciones anteriores que rodean a estos jóvenes han sido igual de precarias o inestables. Para su entorno inmediato, el trabajo es también simplemente un modo de sobrevivencia. Sus padres han tenido tanta movilidad como ellos a lo largo de su historia laboral e, incluso, en muchos casos, carecen de la referencia de lo que hacían cuando ellos eran niños. Lo que se observa entre estos jóvenes es una especie de transferencia generacional del significado del trabajo en la vida de sus familias. No hay grandes historias de desocupación pero sus padres tampoco cotizan en el sistema de pensiones y no se observa una valoración tan alta hacia las prestaciones sociales: “No importa que no tenga seguro, al cabo que uno ni lo ocupa” señala un joven desocupado

de 26 años que tiene dos hijos. Son jóvenes que no solamente no conocen el alivio de las certezas sociales sino que su ambiente de socialización inmediato tampoco. En algún sentido, son hijos de la informalidad. Entre los sectores más bajos, la instrumentalidad del trabajo en los jóvenes se observa más distanciada de la elección o la selección por rupturas y más cercana a la determinación social. Ello podría indicar que si bien se asiste a transformaciones culturales y simbólicas en el mundo laboral, al menos pueden ir más allá de las configuraciones particulares de los mercados de trabajo; dichas transformaciones son, sin embargo, moldeadas por el sector social de pertenencia en función de los contextos institucionales.

En general, lo que no se observa entre estos jóvenes es una exaltación de esa libertad que asumen ante el trabajo. Se toman decisiones, se renuncia a empleos, se buscan mejores oportunidades, se decide trabajar para vivir y no al revés, se valora tanto el ambiente laboral como el salario, pero todo ello ocurre como si en realidad no se tuviera escapatoria: “no me gustó y me fui”, “no me pareció y lo dejé”, “no me gustó cómo me habló y no volví más”. Si el trabajo genera insatisfacción, está la obligación más que la posibilidad de asumirlo, donde las decisiones de estos jóvenes, que las toman y en gran forma, se viven como autoimposiciones. Tomar decisiones es también un acto que se impone a partir de las sanciones que provoca la individualización. Los jóvenes entrevistados se encuentran ante una creciente presión hacia la individualidad —porque se quieren diferenciar del exceso de coerciones colectivas en algunos casos o por la ausencia de esos marcos de referencia en otros—. Se los presiona para que tomen decisiones en el mercado pero éstas quedan representadas simbólicamente mediante el consumo y el ocio: “trabajo para comprarme cosas”, “quiero trabajar pero también quiero tiempo libre”. Para estos jóvenes, la disyuntiva entre el mundo de la vida y los imperativos sistémicos ya no se resuelve exclusivamente por medio del trabajo y en cambio se ajusta a través de una mayor dependencia de otros capitales, sean culturales, sociales o simbólicos.

En cualquier caso, el sentido instrumental del trabajo sirve para viabilizar una secuencia normativa del curso de vida o, por el contrario, permite esquivar una determinada ordenación normativa cuyas consecuencias para la propia vida se estiman indeseables. Es por ello que se observa también un predominio de las preferencias electivas por encima de las condiciones de seguridad, que no es posible distinguirlo en las cohortes anteriores. A pesar del clima generalizado de inseguridad en el que viven muchos jóvenes, especialmente los profesio-

nales, logran combinar afinidades electivas con riesgo laboral. La seguridad ya no es condición para garantizar el bienestar personal porque la definición de bienestar es más amplia en la actualidad, más compleja, o al menos, sobrepasa, cualitativamente, los límites económicos o de condiciones objetivas. Lo que ilustran, principalmente, los casos de la tercera cohorte es que la seguridad laboral ya no aparece tan claramente en el relato como meta o finalidad de la trayectoria. Las experiencias laborales de los más jóvenes tienen varios puntos en común con su cohorte antecesora (rotaciones permanentes en el mercado, variabilidad en las prestaciones y en los salarios, transiciones múltiples entre la ocupación y la desocupación, etc.) con la impronta de configurar, más que alteraciones abruptas, continuidades disruptivas en las trayectorias laborales.

El proceso de transición a la vida adulta experimenta profundas condiciones de inseguridad en el mercado de trabajo, como experiencia y como negación de expectativas. Sin embargo, las formas subjetivas de asumir esta incertidumbre y lidiar con ella están profundamente marcadas por el género de estos jóvenes.

Yo no me visualizo. Esa es la respuesta que da una entrevistada de 26 años a la pregunta sobre la percepción de su futuro. Esa negación de expectativas asociadas a la incertidumbre del trabajo es mucho más marcada entre las mujeres entrevistadas al momento de evaluar recursos, estrategias y mecanismos de distribución de los riesgos laborales. Las mujeres movilizan más recursos que sus pares varones (no necesariamente económicos), pero obtienen menores resultados, especialmente, porque sus costos de transacción son más altos. A diferencia de la mayoría de los varones de esta cohorte, esta joven entrevistada no pudo elegir o esperar hasta encontrar un trabajo acorde con su profesión (diseñadora gráfica):

Duré mucho tiempo sin trabajo la verdad, tenía 22 años y luego a los 23, conseguí un trabajo que ya estaba bien desesperada, y fui a muchas entrevistas, te pedían experiencia o te pedían, me decían que no porque no había estudiado aquí. Hasta que entré al banco. Sí, porque no es una parte de mi trabajo, no es lo que yo quiero hacer pues, pero me cansé de buscar y lo que es mi carrera no hay mucho campo, y si lo hay es mal pagado, aquí tienes muchas prestaciones que en muchos lugares no te dan. Pero yo siento, que digo, por algo estudié y siempre estudié bastante, no siento que sea remunerado, o la experiencia, que a lo mejor trabajé por períodos, pero también hice prácticas y servicio por mucho tiempo, y agarré más experien-

cia, pero no pude. Y al final había muchos roces por eso con mi papá. Nunca he sido de no hacer nada en la casa, siempre trato de hacer algo en la casa, pero mi papá como que, ya trabaja, no porque no pudiera mantenerme si no porque le molestaba que estuviera sin hacer nada, sí, al final había roces por eso.

¿Y cómo lo resolviste?

“No lo resolví, él me metió a trabajar al banco.

En muchos jóvenes hay una renuncia explícita a la calificación y a la combinación trabajo-carrera como mecanismo central de enfrentamiento a la inseguridad. Sin embargo, en casos como los de esta entrevistada, esa renuncia es impuesta por mandato paterno y por el papel de hija mujer en la familia de origen.

Por otra parte, entre los jóvenes más calificados existe la percepción de que la educación ya no es un recurso necesario para obtener un buen empleo. A la vez, entre los menos educados, se observa una creencia generalizada de la necesidad de estudiar y contar con una profesión como medio fundamental para conseguir un trabajo estable. Pareciera que “lo bueno, lo positivo, lo que se debe hacer bien” para lograr cierta seguridad, está en el otro, en el que es distinto o contrario, en quien hizo las cosas diferentes a uno: “Tengo amigos que no estudiaron y ganan mucho más que yo, y si estás en lo que estudiaste ganas poquito. No sé por qué no está bien nivelado, y la mayoría, todos mis amigos tenemos mal sueldo”.

Aparece en estos relatos también uno de las configuraciones centrales asociadas a la inseguridad laboral: el binomio responsabilidad-culpa, o bien, la llamada individualización y privatización de los riesgos. Efectivamente, es en las cohortes más jóvenes donde aparece con mayor claridad la relación entre inseguridad e individualización en la distribución de los riesgos, donde las referencias institucionales están ausentes de las interpelaciones sociales y donde el concepto de derechos adquiere presencia más como relato histórico que como mecanismo de exigibilidad, donde la inseguridad se narra desde la autonomía pero también desde la desafiliación. Sin embargo, también se observa un componente de reflexividad importante que acompaña a la mayor cantidad de selecciones y afinidades electivas que tiene esta cohorte con respecto al trabajo.

A las condiciones y percepciones de inseguridad de estos jóvenes, se debe agregar otro factor, ausente en las cohortes anteriores, que es la construcción de un ambiente generalizado pero próximo del significado de la inseguridad. A diferencia de los trabajadores mayores que realizan balances más generales

sobre la situación del empleo, estos jóvenes concretizan el ambiente laboral a partir de sus experiencias próximas y cercanas en el mercado de trabajo, cargado de desocupación, inestabilidad, y especialmente, incertidumbre con respecto al futuro, donde la mayoría de sus pares se encuentra en una situación igual o peor a la de ellos. El fantasma de la desocupación y la crisis los rodea como experiencia próxima y como ambiente generalizado.

Por lo tanto, mayores condiciones de inseguridad, percepciones generalizadas de inseguridad y ambiente próximo de inseguridad, son elementos que se combinan para imposibilitar la construcción de un horizonte de expectativas, ni siquiera acotado: las proyecciones entonces, quedan en suspenso. Aquí las expectativas son extremadamente difusas, más cercanas a una invención inmediata de la propia narración que a un proyecto individual. Los jóvenes ven frente a ellos un horizonte de precariedad duradera donde es complejo vislumbrar algo parecido a una carrera laboral. Sin embargo, tampoco queda claro, a partir estas narrativas de la contingencia, que sea eso lo que prefieren y eligen muchos de los que ingresan al mundo laboral en los inicios del siglo XXI.

REFLEXIONES FINALES

Los jóvenes son un contingente heterogéneo: las transiciones varían, al menos, en función de la edad, el género y el sector social. El riesgo social aparecería como un elemento presente en la transición a la adultez pero los eventos asociados a éste varían en función del estrato, el sexo o la ubicación organizacional e institucional. Lo mismo sucede con el sentido conferido a estos eventos: una misma experiencia (como el desempleo) puede mostrar especificidades que adquieren significado diferente según los esquemas institucionales y culturales que la comprenden, las características individuales y la posición en el mercado.

Las referencias al estado, a lo político, a lo social, a la meta individual, se encuentran más ausentes a medida que las cohortes son más jóvenes. Mientras entre los más viejos, la vinculación entre estado y riesgo es directa en cuanto el primero es fuente y distribuidor de lo segundo, en la cohorte intermedia, el estado aparece desde la confrontación, desde el reconocimiento de su ausencia y por lo tanto, la necesidad de su reemplazo vía, especialmente, la mercantilización de la seguridad, y finalmente, en la tercera cohorte, ni siquiera aparece éste como agente válido de interlocución, ni presente, ni ausente. No forma parte de

su universo de representaciones sociales. Lo mismo sucede desde la perspectiva de los derechos laborales y sociales. “No éramos ciudadanos normales”, relataba un trabajador de la primera cohorte cuando perdió su trabajo en la fábrica; “si no tienes trabajo asalariado no existes para el sistema”, agregaba un trabajador de la segunda cohorte inserto en una empresa multinacional; “prefiero hacer lo que me gusta, al cabo el seguro ni lo ocupas”, señala un desocupado de la tercera cohorte. La percepción de incumplimiento de derechos así como de su exigibilidad va perdiendo capacidad explicativa para dar cuenta del debilitamiento de la ciudadanía laboral. Hay un cambio que va más allá de lo que acontece en el mercado laboral, que está más acá de los contextos institucionales, también. A medida que las cohortes son más jóvenes se vislumbra una relación más instrumental con el trabajo, más relativa, sin llegar a construir de manera totalizada una absoluta y única experiencia subjetiva.

La referencia histórica también pierde capacidad negociadora con el riesgo. Mientras el peso del pasado sigue siendo importante entre los trabajadores de la cohorte intermedia, en la medida en que se han socializado con principios de seguridad y solidaridad social, entre los más jóvenes, esas referencias también se están erosionando. No se puede construir hacia adelante porque tampoco hay un pasado común, sólido, que permita la configuración de expectativas, aunque sea por oposición. Los padres de la cohorte más joven, consolidaron sus trayectorias en medio de crisis económicas. Los hijos no conocieron, como hijos, el significado de la estabilidad laboral o la idea del trabajo de por vida. Muchos de ellos, ni siquiera conocen o tienen claridad sobre la trayectoria laboral de sus padres.

La tercera cohorte de análisis es, en definitiva, una segunda generación con inserción inestable. De esta manera, para este grupo de trabajadores, la inestabilidad se naturaliza a medida que la imagen del trabajo como situación estable va desdibujándose de la experiencia transmitida por sus padres y otros adultos de su entorno.

En tercer lugar, mientras en la cohorte más vieja y en la intermedia, la seguridad se persigue exclusivamente a través del trabajo, en la cohorte más joven, la búsqueda de seguridad se establece por muchas y variadas vías, entre las cuales, el trabajo es una más, que está ahí, que es fundamental, pero no es la única. Se pierde así la determinación unidimensional del trabajo sobre la seguridad. Hay entonces, más decisión, más selectividad, pero también más inseguridad.

Finalmente, quizás el denominador común más importante con respecto a las percepciones de inseguridad laboral entre estos trabajadores, es el desen-

canto generalizado hacia un sistema que dejó de protegerlos (primera cohorte), que no alcanzó a protegerlos (segunda cohorte) y que finalmente, se extinguió antes de poder advertir su desaparición (tercera cohorte).

BIBLIOGRAFÍA

- Alwin, D. y R. McCammon (2003), "Generations, Cohorts, and Social Change", Chapter 2, en J. Mortimer y M. Shanahan (eds.), *Handbook of the Life Course*, Texas, Springer.
- Arnett, J. (1997), "Young People's Conceptions of the Transition to Adulthood", *Youth and Society*, vol. 29, núm 1, septiembre.
- Beck, U. (1998), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Benson, J. y F. Fursterberg (2003), "Subjective Perceptions of Adulthood among Urban Youth: Are Demographic Transitions Still Relevant?", *The Network on Transitions to Adulthood*, Research working paper núm. 3.
- Castel, R. (2010), *El nuevo ascenso de las incertidumbres*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Corijn, M. (1996), *Transition into Adulthood in Flanders: Results from the Fertility and Family Survey 1991-1992*, Bruselas, NIDI/CBGS Publications, núm. 32.
- Coubés, M. L. y R. Zenteno (2005), "Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo", en M. L. Coubés, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*. Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.
- Duane y McCammon, R. (2003), "Generations, Cohorts, and Social Change", Chapter 2, en J. Mortimer y M. Shanahn (eds.), *Handbook of Life Course*, Texas, Springer.
- Echarri, C. y J. Pérez Amador (2007), "En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1, El Colegio de México, enero- abril.
- Elder, G. (1985), *Life Course Dynamics: Trajectories and Transitions, 1968-1980*, Ithaca, Cornell University.
- Evans, K. (2002), "Taking Control of their Lives? The Youth, Citizenship and Social Change Project", *European Educational Research Journal*, vol. 1, núm. 3.

- Giorguli Saucedo, S. (2005), "Deserción escolar, trabajo adolescente y trabajo materno en México", en M. Mier y Terán y C. Rabell (coords.), *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico*, México. IIS/UNAM-Flacso-Miguel Ángel Porrúa.
- Greene, A. L. (1990), "Great Expectations: Constructions of the Life Course during Adolescence", *Journal of Youth and Adolescence*, vol. 19, núm. 4.
- Heinz, W. (2003), "From Work Trajectories to Negotiated Careers", en J. Mortimer y M. Shanahan (eds.), *Handbook of the Life Course*, Nueva York, Kluwer Academic Plenum Publishers.
- Heinz, W. y V. Marshall (eds.) (2003), *Social Dynamics of the Life Course. Transitions, Institutions and Interrelations*, Nueva York, Aldine de Gruyter.
- Horbath, J. (2004), "Primer empleo de los jóvenes en México", *Papeles de Población*, núm. 42, octubre- diciembre, UAEM.
- Kohli, M. y J. Meyer (1986), "Social Structure and Social Construction of Life Stages", *Human Development*, vol. 29.
- Levinson, D. (1986), "A Conception of Adult Development", *American Psychologist* vol. 41, núm. 1.
- Mayer, K. (2004), "Whose Lives? How History, Societies and Institutions Define and Shape Life Courses", *Research in Human Development*, vol. 1, núm. 3, Lawrence Erlbaum Associates.
- Mier y Terán, M. (2004), "Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de la península de Yucatán", *Población y salud en Mesoamérica*, vol 2, núm. 1, julio-diciembre.
- Mora Salas, M. y O. de Oliveira (2009), "Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades", *Estudios Sociológicos*, vol. xxvii. núm. 79, enero- abril, El Colegio de México.
- Oliveira, O. de y M. Mora Salas (2008), "Transición a la vida adulta: la importancia de la condición de clase, del género y de la edad", en A. M. Tepichín (coord.), *Género, pobreza y desarrollo*, México, El Colegio de México, En prensa.
- Pedrelli, L. y A. Cebulla (2011), "Perceptions of Labour Market Risks: Shifts and Continuities Across Generations", *Current Sociology*, vol 59, núm. 1, enero, Sage Publications, ISA, AIS.
- Taylor, Ch. (2005), *La libertad de los modernos*, Barcelona, Paidós.
- Tuirán, R. (1999), "Dominios institucionales y trayectorias de vida en México", en B. Figueroa Campos (coord.), *México diverso y desigual. Enfoques sociodemográficos* México, CEDDU-El Colegio de México-Somede.

Diplomas e inserción laboral

Las representaciones de los universitarios del conurbado bonaerense argentino

CAROLINA ROSAS

Universidad Nacional La Matanza Argentina y CONYCEP

JAVIER MARTÍN TOLEDO

Universidad Nacional La Matanza Argentina

INTRODUCCIÓN

El trabajo es central en la sociedad industrial. Es, según plantea Dominique Méda (1998), un hecho social total que atraviesa todas las dimensiones humanas. Es una capacidad propia del hombre, creadora de riqueza y fuente de integración y de realización personal. Tal como señala Enrique de la Garza Toledo (2001), el trabajo es reconocido como un campo estructurador de las relaciones económicas, las relaciones sociales y las subjetividades. El protagonista central de la sociedad industrial es el trabajador asalariado, y es mediante el trabajo que el individuo contribuye a la sociedad y obtiene por sus esfuerzos un retorno que le permite integración social y subsistencia.

Estos conceptos han entrado en debate en la última parte del siglo xx y principios del xxi ya que el trabajo ha diversificado sus formas de expresión. Así, los conceptos de trabajador y empleado han perdido fuerza para orientar sobre intereses, estilos de vida, actitudes, identidades y percepciones de las personas (Méda, 1998). Algunos especialistas también sostienen que el trabajo está perdiendo centralidad, no pudiendo garantizar la integración ni la movilidad social características de la sociedad industrial (Köhler y Artiles, 2007). En pocas palabras, si bien el trabajo sigue constituyendo un aspecto central en torno al cual gira buena parte de la vida moderna, estaríamos asistiendo a un proceso de reconceptualización del mismo, cuyos alcances y límites no conocemos aún en su totalidad (Ibáñez Schuda, 2005).

Una aproximación a sus transformaciones puede obtenerse a partir del análisis de las representaciones que las generaciones jóvenes han construido en torno al trabajo. Precisamente, conocer las representaciones de diversos grupos de jóvenes argentinos constituye la motivación principal de nuestra investigación.

En Argentina, durante la mayor parte del siglo xx, el tránsito por el sistema educativo, la inserción en un trabajo estable y la movilidad social ascendente, conformaron los trayectos comunes seguidos por gran parte de los jóvenes (Tuñón y Salvia, 2008). Sin embargo, las trayectorias de inclusión laboral experimentaron un gran deterioro a partir del régimen macroeconómico de los años noventa y las reformas estructurales encaradas a lo largo de esa década. Esas transformaciones significaron la caída de las remuneraciones reales y la pérdida de un conjunto importante de prestaciones sociales. Progresivamente, el mercado de trabajo se caracterizó por la precarización en las condiciones laborales y la flexibilización (Nochteff, 1999; Basualdo, 2003).

Luego del año 2003, la estructura económica argentina generó un aumento en la creación de empleo. Esto implicó una importante caída de la tasa de desocupación; aunque debe tenerse en cuenta que una proporción considerable de dicha caída fue resultado de la incorporación de mano de obra con un costo inferior al promedio (asalariados no registrados), lo cual fue posible gracias a la preservación de la estructura normativa heredada de los años noventa (Schorr y Ortiz, 2008). Entre los distintos sectores de la población argentina, los jóvenes han sido más tardíamente beneficiados (y de forma limitada) por las mejoras relativas en el mercado de trabajo que se dieron en los últimos años.

Precisamente, el informe denominado “Trabajo Decente y Juventud en Argentina”, producido por la Organización Internacional del Trabajo en 2007,

menciona que 62% de los trabajadores de 18 a 24 años lo hace en forma precarizada. También señala que la tasa de desempleo juvenil es 2,5 veces más alta que la del total de la población y 3,6 veces mayor que la correspondiente a los adultos de 25 a 59 años.

Otra dinámica que ha cobrado relevancia en las últimas décadas entre los jóvenes argentinos es la prolongación de su escolarización (Miranda, 2008). El mayor acceso al sistema educativo también da cuenta de un notable aumento de la participación de jóvenes mujeres, lo que significó una mejora en la calificación de las mismas. Sin embargo, el aumento en la participación de jóvenes de ambos sexos en el sistema educativo fue paralelo a un proceso de deterioro en la calidad de la educación, el cual fue segmentado y operó transformaciones diferenciales entre los distintos estratos de la sociedad, dando lugar a escolarizaciones de calidades y accesos diferenciales (Miranda, 2008).

El deterioro evidenciado en la escuela media impacta, a su vez, en la Universidad. En lo que respecta a esta última “se produce un verdadero conflicto entre la capacidad de las universidades, en un contexto de recursos escasos y el deseo de las personas de acceder a una educación, en la cual hay signos evidentes de devaluación de las credenciales que proveen” (Testa y Sánchez, 2003: 5).

Pasando ahora a la categoría “juventud”, cabe referir que ha habido también cambios recientes en las formas de comprenderla. A partir de los años noventa se cuestionó la noción de moratoria social, de manera que actualmente se entiende que “la juventud no sólo representa un período de tránsito o moratoria en la vida de los sujetos, sino que es una etapa en sí misma de gran importancia en el desarrollo biográfico posterior” (Miranda, 2006: 11). Los cuestionamientos a la noción de moratoria se dieron en el contexto de la mencionada crisis de las dos instituciones tradicionales de transmisión de la cultura adulta hegemónica (la educación y el empleo), quedando sólo los grupos familiares como sostén de ese tiempo. Para Ana Miranda (2006), esto provocó una nueva forma de recorrer la juventud, en la cual se combina una fuerte autonomía individual (en aspectos emocionales, sexuales y sociales) con un retraso en la emancipación económica, y en donde la presencia de grupos familiares y adultos significativos adquiere un lugar central.

Sin embargo, todos los jóvenes no tienen la misma oportunidad de seguir estudiando, ni de acceder a la misma calidad educativa, ni tienen la misma necesidad de disponer de ingresos monetarios, ni presentan similares urgencias de emancipación. Como afirma Agustín Salvia (2008), hay distintos tipos de

jóvenes generados en función de las condiciones económicas, educativas, laborales y relacionales que los signan. Por lo tanto, hay distintos panoramas de relacionamiento entre ellos y los ámbitos del trabajo y la educación formal.

En el marco de lo brevemente expuesto, nos propusimos analizar las representaciones de los jóvenes acerca del trabajo y de los estudios, así como las prácticas vinculadas a estas esferas de la vida. Las representaciones sociales son comprendidas, tal como apunta Denise Jodelet (1986), como sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, así como dar un sentido a lo inesperado; son categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y los individuos con quienes tenemos algo que ver. Las representaciones sociales constituyen formas de conocimiento social que permiten interpretar la realidad cotidiana; son un conocimiento práctico que forja las evidencias de nuestra realidad consensual. Cabe señalar que en nuestro estudio brindamos especial atención a las “representaciones hegemónicas”, es decir, aquellas que cuentan con un alto grado de consenso (Moscovici, 1988) en los jóvenes analizados.

Se incluye en el estudio tanto a varones como a mujeres porque las construcciones de la masculinidad y la feminidad —el género— contribuyen a configurar distintas representaciones acerca del trabajo y los estudios. Especialmente, esperamos avanzar en el conocimiento de las expectativas que l@s jóvenes tienen acerca de la división sexual del trabajo en su futuro. Este aspecto es relevante dado que, hasta ahora, la incorporación de la mujer al mercado laboral no ha implicado una disminución de sus obligaciones en el mundo doméstico-familiar, lo cual la expone a extenuantes jornadas laborales que suman el trabajo doméstico con el extradoméstico (Wainerman, 2003).

También el capital cultural es uno de los atributos que distingue a los individuos y grupos. Tenemos especial interés en conocer las maneras en que la adquisición de diferentes tipos de capitales culturales da lugar a distintas representaciones y prácticas en los temas que nos interesan. De tal manera que consideramos oportuno seleccionar diferentes poblaciones de jóvenes que aspiren a adquirir, o hayan adquirido, distintas credenciales educativas como herramientas de acceso al mercado de trabajo. Por tal razón, las unidades de análisis consideradas son:

1. Jóvenes estudiantes universitarios avanzados de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Matanza (UNLAM), situada en el conurbado bonaerense argentino. Investigación a cargo de Javier M. Toledo y Carolina Rosas.

2. Jóvenes del conurbado bonaerense que están culminando sus cursos de certificación de competencias laborales en el Programa “Jóvenes con más y mejor trabajo” del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de Argentina. Investigación a cargo de Pablo Granovsky.

3. Jóvenes migrantes irregulares destinados en el Área Metropolitana de Buenos Aires, provenientes de países limítrofes y del Perú. Investigación a cargo de Carolina Rosas.

Los tres grupos de jóvenes seleccionados comparten la condición de habitar, estudiar y/o trabajar en el conurbado bonaerense.

En este artículo presentaremos resultados derivados del primer grupo de jóvenes, es decir, de estudiantes universitarios avanzados de Ciencias Sociales de la UNLAM. Cabe señalar que, en Argentina, se han realizado estudios enfocados en los universitarios/graduados y su inserción laboral. Graciela Riquelme, junto con Natalia Herger, María Inés Pacenza y Emilce Cammarata analizaron la transición de la educación al trabajo de los estudiantes avanzados de tres universidades argentinas: Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de Mar del Plata y la Universidad Nacional de Misiones. Marta Panaia (2008) dirigió a varios colaboradores en una investigación en la cual analizó la inserción de graduados de la carrera de Ingeniería. Desde diversas perspectivas, Aníbal Jozami y Eduardo Sánchez Martínez (2001), Julio Testa (1997), Julio Testa y Pablo Sánchez (2003), así como Víctor Gómez y Emilio Tenti Fanfani (1989) y Emilio Tenti Fanfani (1996) también hicieron aportes a este campo. Los anteriores son algunos de los análisis realizados en Argentina sobre la cuestión que nos interesa; sin embargo, poco se ha indagado acerca de los jóvenes que estudian en las nuevas universidades nacionales del conurbado bonaerense. Como se mostrará oportunamente estas universidades y sus estudiantes tienen particularidades, y deben ser comprendidos en su especificidad.

La estrategia metodológica que implementamos es de tipo cualitativa. Dado que nos interesa acceder a las representaciones sociales, la técnica utilizada es el grupo focal. Esta técnica opera en el terreno del consenso, es decir, allí las individualidades tratan de acoplarse entre sí al sentido social, permitiendo la reconstrucción de tal sentido; así, prevalecen la opinión grupal, la norma, la costumbre y el orden social.

Se realizó un trabajo de campo extenso, ya que entre 2010 y 2011 se efectuaron 18 grupos focales (la gran mayoría fueron mixtos) en la UNLAM. Se rea-

lizaron al menos dos grupos focales en cada una de las siguientes carreras de grado (licenciaturas): Comunicación Social, Relaciones Laborales, Relaciones Públicas, Ciencia Política, Trabajo Social y Educación Física.

Además, se aplicó un breve cuestionario a cada uno de los 110 participantes (26 varones y 84 mujeres) de los grupos focales, lo cual nos permitió extraer información sociodemográfica. La mayor proporción de mujeres participantes se explica porque la sobrerrepresentación femenina es una constante en todas las universidades del conurbado, y eso es más marcado en las carreras orientadas a las Ciencias Sociales.

Los alumnos que participaron en los grupos focales se encontraban en la segunda mitad de alguna de las carreras mencionadas, pero ninguno superaba los 29 años de edad. Cabe especificar que 85% de los participantes de ambos sexos tenía 26 años o menos. No se exigieron otros requisitos para participar de los grupos focales, de manera que la condición de ocupación, la situación conyugal o la tenencia de hijos, entre otras, no fueron variables excluyentes.

Esta investigación es apoyada por la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la UNLAM en su Programación Científica CYTMA SOC 019/2010.

A continuación se describen las principales características de las universidades del conurbado bonaerense y de sus estudiantes. Luego el artículo sigue con el análisis de distintos aspectos de las representaciones acerca del trabajo de l@s jóvenes, tal como los cambios en la cultura del trabajo, las motivaciones para el trabajo y para los estudios universitarios. Finalmente, se abordan las representaciones ligadas al futuro laboral y al desarrollo de su profesión. Por un lado, se analizan las expectativas de inserción laboral luego de la obtención del diploma universitario. Por otro, se exponen las expectativas acerca de la división sexual del trabajo, es decir, cómo esperan conciliar la profesión con la vida familiar.

LAS UNIVERSIDADES DEL CONURBADO BONAERENSE

Según los datos disponibles del último Censo Nacional del año 2010, el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) tiene alrededor de 13 millones de habitantes y está compuesta por la Ciudad de Buenos Aires (casi 3 millones de habitantes) y por su conurbado (10 millones). Por conurbado bonaerense denominamos al conjunto integrado por los 24 Partidos del Gran Buenos Aires.

El conurbado se encuentra unido a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y juntos conforman el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). En términos generales, la Ciudad ofrece mejores condiciones de vida y laborales que el conurbado (Rosas y otros, 2008). Este último se caracteriza por tener gran dependencia de los servicios y de la oferta de trabajo que ofrece la Ciudad de Buenos Aires.

Lamentablemente, al momento de este estudio no están disponibles los datos desagregados por edad del Censo 2010. Pero contamos con las estimaciones realizadas por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) para 2010. Según dichas estimaciones poco más de 8% de la población argentina tiene entre 20 y 24 años, y casi 8% tiene entre 25 y 29 años de edad. Por su parte, el conurbado bonaerense presentaría porcentajes de jóvenes similares a los antes señalados para el total del país

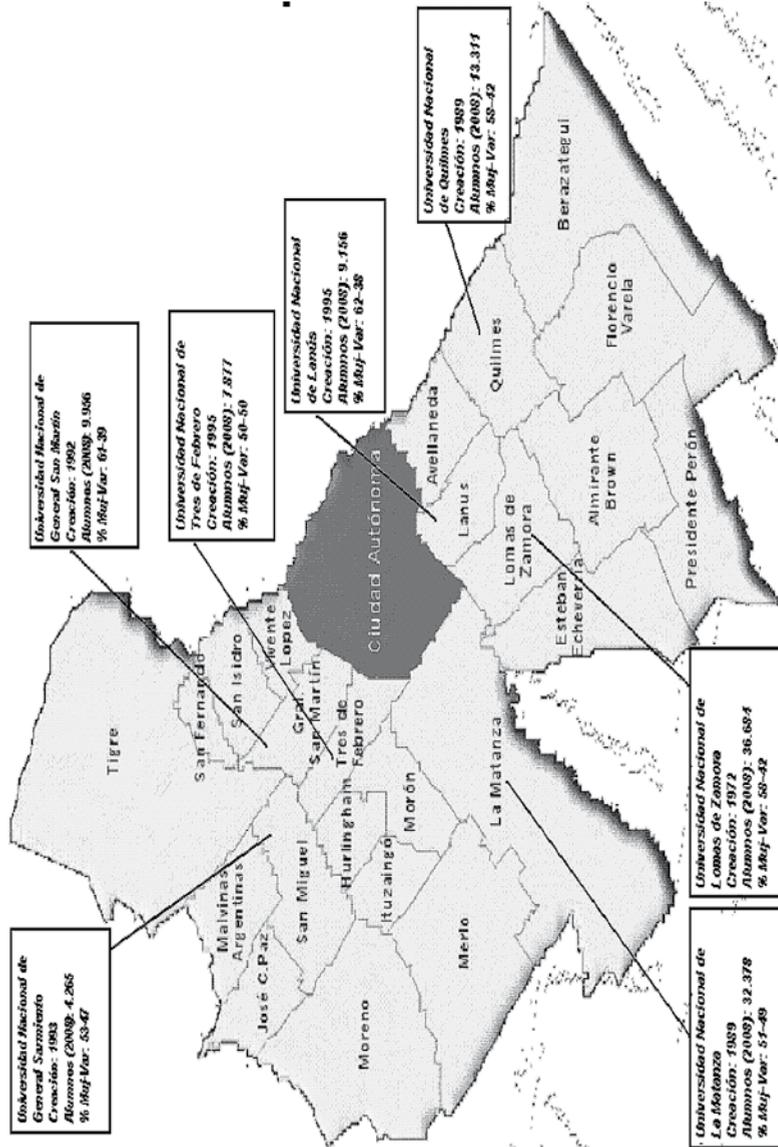
Los jóvenes que viven en el conurbado bonaerense tienen dos grandes y prestigiosas Universidades Nacionales relativamente cercanas a las que pueden acudir: la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Universidad Nacional de La Plata. La UBA fue creada en el año 1821. En 2008 tenía 301,000 estudiantes y creció a una tasa de 3,1% anual en los últimos 10 años. La Universidad de La Plata fue creada en 1905, y tenía casi 92.000 estudiantes en 2008; había crecido a una tasa de 1% anual en ese mismo tiempo.

Décadas atrás se comenzó a notar que esas dos Universidades Nacionales no eran suficientes para albergar a una creciente matrícula. Había también fuertes intereses de los gobiernos para descentralizar a la población universitaria. Como consecuencia, con el regreso de la democracia (entre 1989 y 1995) se crearon seis universidades nacionales en el conurbado bonaerense (figura 1). Es decir, se crearon casi a razón de una por año.

De las seis universidades creadas en los años noventa, la Universidad Nacional de La Matanza es la más poblada (con casi 32.500 alumnos en 2008) y con mayor área de influencia entre los distritos municipales del conurbado bonaerense. Baste agregar que el Municipio de La Matanza es el más poblado del conurbado bonaerense.

Cabe destacar que estas universidades dan lugar a jóvenes que tendrían muchas dificultades para trasladarse y sostener una carrera en las Universidades centrales. Así, es posible afirmar que sin ellas Argentina tendría hoy menos estudiantes universitarios y profesionales.

Figura 1
Universidades nacionales en el conurbado bonaerense argentino:
año de creación, matrícula y proporción por sexo (2008)



Nota: la figura representa al Área Metropolitana de Buenos Aires: en blanco se presentan los distritos municipales del conurbado bonaerense y en gris la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Fuente: Anuario Universitario 2008. Ministerio de Educación de Argentina.

EL PRESENTE: SER “ESTUDIANTES-TRABAJADORES”

La información individual consignada en los cuestionarios por quienes participaron en los grupos focales brinda un marco necesario para comprender los hallazgos que presentaremos más adelante. Por tal motivo, a continuación haremos una breve descripción sociodemográfica de la muestra cualitativa.

Como ya se mencionó, participaron 26 varones y 84 mujeres estudiantes universitarios de Ciencias Sociales de la UNLAM. Los mismos tienen una edad mediana de 23 años, y no hay diferencias entre los sexos en la composición etaria.

La gran mayoría reside en el Municipio de La Matanza, mientras que el resto lo hace en municipios cercanos. Esto es coherente con la visión con la que fue creada esta Universidad y su intención de dar lugar a los jóvenes de la zona.

Cuatro de cada cinco estudiantes son solteros/as y no se han emancipado de la familia de origen. En comparación con lo que sucede con otros jóvenes de la misma edad residentes en el AMBA, puede decirse que estos estudiantes están atrasados en lo que refiere a la emancipación del hogar de origen. Claro está que la prolongación de la trayectoria escolar a través de la Universidad es un elemento importante que contribuye a explicar el mencionado retraso. En consonancia con lo anterior, casi la totalidad no ha ejercido todavía la paternidad o la maternidad.

Una manera de aproximarse al capital cultural de las familias de origen de estos jóvenes, es conociendo la escolaridad de sus madres y padres. Se encuentra que casi la mitad de los padres y alrededor de un tercio de las madres tienen niveles bajos de escolaridad (entre primaria incompleta y secundaria incompleta). Algo menos de un tercio de las madres y padres de l@s participantes alcanzó a completar la secundaria. Finalmente, sólo cuatro participantes tienen un padre/madre universitario, y sólo otros cuatro declararon que sus dos progenitores tienen estudios superiores. Puede decirse, entonces, que muchos de estos jóvenes provienen de hogares con bajo capital cultural institucionalizado y que la mayoría será el primer profesional de su familia, si es que logra obtener el título universitario.

Ese relativamente bajo capital cultural institucionalizado de muchos padres y madres esconde, seguramente, cierta transmisión doméstica de capital cultural, aunque sea en la forma de expectativas familiares puestas en la educación como una estrategia de reproducción individual y familiar (Tenti Fanfani, 1996).

En lo que respecta a la ocupación de los progenitores, resalta que una tercera parte de las madres son amas de casa. De las que están ocupadas, algo

menos de la mitad están empleadas en comercio, mientras que una proporción algo menor es trabajadora por cuenta propia. Por otro lado, casi todos los padres están ocupados. La mitad se desempeña en condición de empleados, mientras que la otra mitad se reparte entre patrones y trabajadores por cuenta propia.

La mitad de los hogares que habitan estos jóvenes tiene un ingreso *per cápita* familiar menor a 400 dólares mensuales. Además, la gran mayoría no debe pagar alquiler, porque habita viviendas cuyo propietario es alguien del hogar.

Casi todos (más de cuatro quintos) l@s jóvenes se encuentran ocupados. Este es un aspecto por el cual resulta interesante analizar a los universitarios argentinos y su relación con el trabajo; dado que constituyen “una realidad peculiar respecto a la de otros países, pues el alternar y/o asociar estudio y trabajo es un hecho generalizado en la vida de los estudiantes de Argentina” (Riquelme y Herger, 2009: 2). Según las especialistas, esta particular situación de muchos estudiantes universitarios argentinos “modifica los patrones esperados de rendimiento en los procesos de aprendizaje; la tan valorada exclusividad en la dedicación a los estudios parece lejana a la realidad de la mayoría de los estudiantes, lo cual no constituye una realidad positiva” (Riquelme y Herger, 2009: 9).

La mitad de l@s jóvenes aporta económicamente para los gastos de manutención de sus hogares. No se observan diferencias según sexo, pero sí entre carreras: se encontró mayor proporción de aportantes entre las estudiantes de Trabajo Social. De hecho, son estas jóvenes las que provienen, en promedio, de hogares con menor capital cultural y económico. Una buena parte de los participantes (tres quintos) tuvo su primer trabajo remunerado entre los 17 y los 18 años. Al respecto, no hay casi diferencias por sexo o según carreras.

En su último trabajo, la mitad tiene una antigüedad laboral mayor a los 20 meses. A la semana, la mitad de l@s jóvenes trabaja más de 30 horas. Aquí encontramos una pequeña diferencia entre varones y mujeres, ya que son estas últimas las que trabajan jornadas más extensas.

La mitad de los participantes ocupados tiene ingresos mensuales menores a los 425 dólares y sólo tres superan los 875 dólares. Las mujeres tienen ingresos un tanto superiores a los varones. En cuanto a las diferencias por carrera, las jóvenes de Trabajo Social son las que mencionan menores ingresos.

A dos tercios de los participantes se le efectúan aportes jubilatorios. Al respecto, las mujeres se encuentran en mejor situación que los varones. Así, buena parte de l@s participantes se inserta actualmente en empleos de relativa estabilidad y protección.

La mitad declara trabajar en alguna ocupación afín a su carrera. Sin embargo, con base en la información que recabamos en los grupos focales podemos afirmar que algun@s estudiantes tienen una idea demasiado amplia de qué significa trabajar en algo acorde con su carrera. Es decir, tenemos elementos para sugerir que menos de la mitad tiene trabajos afines a la carrera que estudia. Esta proporción es bastante menor a la registrada en la UBA (Riquelme y Herger, 2009) donde sólo un tercio de sus estudiantes labora en algo que no es afín a la carrera que está estudiando.

Los discursos de los jóvenes acerca de su inserción laboral actual

En el apartado anterior describimos las características ocupacionales que cada participante indicó en su cuestionario individual antes de comenzar cada grupo focal. Pasemos a continuación a analizar las expresiones que surgieron en los grupos.

Los trabajos a los que acceden en este momento de sus vidas son calificados como mal remunerados. L@s jóvenes señalan que los salarios son bajos y eso no les permite construir proyectos, tal como conseguir un crédito bancario para adquirir una vivienda. También señalan que esos trabajos están escasamente regularizados; y ejemplifican lo anterior al decir que infrecuentemente se les efectúan aportes jubilatorios ni tienen derecho a sindicalizarse.

La mayoría acuerda en que los trabajos a los que pueden acceder actualmente demandan jornadas laborales extensas, las cuales les impiden un buen desempeño en la universidad y el desarrollo de otros ámbitos importantes de la vida, tal como descansar, divertirse o disfrutar de la familia. Mencionan, además, que se trata de trabajos de corta duración; recurrentemente aluden a la existencia extendida de contratos temporarios y los responsabilizan de la falta de continuidad laboral en el tiempo. Finalmente, hay gran consenso en que los empleadores son muy exigentes. En primer lugar, les exigen experiencia, lo cual es difícil de alcanzar a su corta edad. Además, exigen conocimientos informáticos y tecnológicos, “buena presencia”, buena predisposición y adaptabilidad, así como polifuncionalidad y proactividad.

En otras palabras, en los grupos focales abundan las quejas acerca de sus condiciones de trabajo actuales, y tanto varones como mujeres coinciden en ellas.

La mayoría de los trabajos para jóvenes son malos, en *call center*, Mc Donalds. Estás preso todo el día ahí dentro. Eso genera mucha bronca porque no te permite desarrollarte, no progresás ahí dentro.

Hoy se consigue mucho trabajo inestable, mal pagado, en empresas grandes. Se aprovechan de que sos estudiante. Si estudiás Relaciones Laborales ellos saben que querés trabajar en el departamento de Recursos Humanos y se aprovechan. Uno acepta porque es lo tuyo, pero son malos trabajos. Se aprovechan de que vivamos con nuestros padres. Saben que no nos vamos a morir de hambre con sus sueldos miserables. Las empresas tienen la facilidad de usar la figura de “pasante”

La experiencia exigida por los jefes suele ser buscada por los jóvenes aceptando ser contratados bajo la figura de pasantías. La mayoría de ellos indica que se trata de una contratación temporaria que se remunera por debajo del salario regularmente pagado por esa tarea. No tienen beneficios sociales ni derechos laborales. De esta manera, los empleadores favorecen la ganancia de la experiencia en sus empresas, pero lo cierto es que en la mayoría de los casos analizados, a muy bajo costo emplean trabajadores calificados.

Por su parte, los jóvenes contratados bajo este formato tienen sentimientos encontrados: por un lado agradecen la experiencia ganada, pero también se saben explotados. Estas condiciones de trabajo generan sentimientos de indignación, bronca, frustración y dañan la salud.

Desde que estoy en la venta telefónica, hablo cinco horas al día sin parar. Antes de este trabajo nunca tuve problemas de garganta, ahora tengo amigdalitis cada tres meses.

A pesar de que son descritos como malos trabajos, muchos manifiestan miedo de perderlos. Para tratar de asegurar la continuidad laboral la mayoría siente que debe ser versátil y formarse constantemente. Es de resaltar el tiempo y el dinero que dedican para hacer cursos por fuera de la universidad con el fin de estar actualizados en diversos aspectos, especialmente en las nuevas tecnologías y software.

Muchos asocian la continuidad laboral con la suerte. La palabra “suerte” aparece muy frecuentemente, como si encontrar un buen trabajo no dependiera de las características del mercado, del Estado, del sistema en general, ni siquiera de las capacidades de cada uno. Les parece azaroso encontrar un buen trabajo.

El azar sólo pierde importancia ante los contactos o cuando se tiene algún conocido que te haga entrar o cuando sos amigo de, o el recomendado de. Estos actores “intermediarios” son aludidos como recursos necesarios para encontrar un buen trabajo en esta etapa de su vida. Es decir, estos jóvenes aluden a otro tipo de capital, el social, relacionado con las relaciones, compromisos y reconocimientos recíprocos que también son utilizados para obtener un trabajo, más allá del capital cultural adquirido (Tenti Fanafani, 1996).

Pocos se adhieren a los discursos que sostienen que no conseguir trabajo es un problema de actitud personal. Y pocos son también los que no emiten quejas sobre sus condiciones laborales actuales. Entre estos últimos se encuentran quienes han naturalizado relativamente las lógicas de polifuncionalidad y proactividad, y quienes tienen puestos de trabajo de su agrado y, claro está, son bien remunerados.

Ser polifuncional y proactiva es una forma de adaptarse a los cambios. Todos los trabajos tienen una presión y un objetivo a cumplir. Soy muy curiosa a la hora de trabajar y hago muchas cosas, muchas actividades. Hay que tener una actitud positiva para adaptarse a distintas actividades. Para mí, adaptarse es una actitud positiva.

Ser proactivo implica capacidad para anticiparse a una acción o actividad, y para realizar más actividades sin necesidad de que eso sea solicitado por el empleador. Por otro lado, la polifuncionalidad remite a la idea de tener la capacidad de rotar en los puestos o papeles de trabajo. Por supuesto, estas “cualidades”, y su naturalización, son perfectamente funcionales a los intereses de los empleadores.

Muy escasos son los discursos en los cuales se observa una naturalización de la “inestabilidad laboral”. Al respecto, una estudiante manifestó: “no puede ser que la inestabilidad no te permita proyectar; porque si salís de un trabajo luego podrás ocupar el lugar de otra persona en otro trabajo”. En ese discurso se observa que la pérdida de un empleo no es vista como un impedimento para progresar y planear el futuro porque, seguramente, habrá alguien más que también pierda el suyo, lo cual genera una rotación asegurada. Puede sintetizarse esta idea diciendo que “para la inestabilidad laboral propia no hay nada mejor que la inestabilidad laboral ajena”. Así, esta joven expresa una visión muy poco generalizada, que legitima y desproblematiza la lógica de inestabilidad laboral.

Todo lo anterior contribuye a crear ambientes competitivos entre los compañeros de trabajo.

Uno está con el riesgo de que lo echen en cualquier momento y el empleador sabe que si el trabajador consigue algo mejor se va. El ambiente es muy competitivo. En algunos lugares no tenés un compañero, tenés un competidor. Sobre todo en los centros de ventas telefónicas

En lo que respecta a las condiciones de trabajo actuales, no se observan casi diferencias en las representaciones de los estudiantes de las distintas carreras universitarias. Aunque, cabe destacar, los estudiantes de Comunicación Social son los más inconformes. En el otro extremo se ubican los de Ciencia Política, mientras que las restantes carreras se ubican en rangos de intermedios de inconformismo.

Los estudiantes de Comunicación Social ilustran la versión más descarnada de la inseguridad laboral y una gran sensación de desafiliación del mercado de trabajo. Para ellos suele ser más complicado encontrar trabajos o pasantías relacionadas con su carrera, ya que las empresas invierten poco en sus áreas de comunicación y les es difícil obtener trabajos de su agrado en el ámbito público. Por eso, para adquirir la “experiencia” que solicitan los empleadores estos estudiantes deben, más que otros, realizar trabajos *ad honorem* (armado de páginas web, diseño de estrategias de comunicación empresarial, etc.) o comprar espacios con sus propios recursos en medios de comunicación para publicar sus notas periodísticas, por ejemplo.

Por otra parte, hay consenso entre las jóvenes mujeres y sus pares varones en que, en el presente, no hay casi diferencias entre los tipos y condiciones de trabajo que consiguen unas y otros. Y agregan que esto es así porque independientemente del sexo todos acceden a trabajos de rangos intermedios o medio-bajo.

Sin embargo, algunas estudiantes acotan que ellas acceden a puestos algo peores, mientras que los varones tardan más en conseguir empleo, pero consiguen trabajos de mejor calidad. A esto lo explican diciendo que la mujer es más sumisa y acepta peores condiciones de empleo, por lo cual consigue emplearse más rápidamente.

Por otra parte, en los discursos de estos jóvenes aparecen conocidos y antiguos estereotipos de género relacionados con el mundo laboral: las mujeres crean ambientes de trabajo más complicados y competitivos, las mujeres tienen

más capacidad de hacer varias tareas al mismo tiempo, etc. Y tanto los varones como las mujeres alegan que son ciertos.

Ellas son más detallistas y ordenadas, por eso los jefes las prefieren como secretarias o empleadas administrativas.

Las mujeres crean ambientes de trabajo más “complicados”, porque son más “complicadas”, son más competitivas y se fijan en aspectos en los cuales los varones no atienden: compiten por la ropa, por el peinado, por el maquillaje.

En síntesis, las representaciones de l@s jóvenes acerca de los trabajos que comúnmente consiguen mientras son estudiantes universitarios podrían ser calificadas de negativas o pesimistas.

Sin embargo, durante la realización de los grupos focales y, posteriormente, en el análisis en el que contrastamos las respuestas individuales (consignadas en los cuestionarios) con las respuestas grupales, hemos percibido cierta “falta de correspondencia” entre las representaciones sociales y la situación ocupacional concreta de cada uno. Cabe recordar, por ejemplo, que dos tercios cuentan con aportes jubilatorios, pero en los grupos focales hay consenso en que en este momento de sus vidas obtienen generalmente trabajos informales.

La mencionada “falta de correspondencia” es, en sentido estricto, esperable. La información que emerge en el grupo constituye el “sentido común” acerca del tema estudiado. Y las categorías que las personas usan comúnmente para clasificar las circunstancias y los fenómenos no se actualizan rápidamente de acuerdo con los cambios coyunturales económicos. Por eso encontramos que muchas de las interpretaciones acerca de los trabajos a los que acceden los “estudiantes universitarios-trabajadores” se corresponden parcialmente con su situación laboral concreta. Esas interpretaciones están todavía impregnadas por el imaginario creado por las políticas aplicadas en los años noventa, que afectaron tan negativamente las condiciones de empleo. Además, sus cortas trayectorias ocupacionales pueden explicar también su acentuado pesimismo, ya que las dificultades asociadas a las primeras inserciones laborales (casi siempre fallidas) están muy cerca en su memoria y en el tiempo. Es decir, el leve y limitado mejoramiento que el mercado de trabajo ha registrado en los últimos años se deja observar en términos individuales, pero es menos visible en las representaciones sociales.

Los cambios en la cultura del trabajo desde el prisma de los jóvenes

Una de las consignas exploradas en los grupos focales procuró captar las percepciones de los jóvenes acerca de los contrastes entre sus propias condiciones laborales actuales y las de las generaciones anteriores. Esa consigna tan amplia tuvo como fin acceder a las representaciones acerca “de sí mismos” que emergen más profundamente cuando se incorpora un “otro” (generaciones anteriores) de referencia. Estas funciones identificatorias de las representaciones contribuyen a situar a los individuos y grupos en el campo social.

Los jóvenes coinciden en señalar importantes contrastes entre la situación laboral de las generaciones anteriores y la que ellos experimentan en la actualidad. Recurrentemente indican que sus padres vivieron tiempos de estabilidad laboral y que mediante el trabajo efectivamente progresaban en el terreno económico, lo cual incentivaba su esfuerzo y su compromiso en el trabajo.

En cambio, creen que los jóvenes de ahora, a diferencia de los jóvenes de antes, tienen poco chance de progresar porque su situación laboral es más inestable, ya que tienen más posibilidades de ser despedidos. Por eso, muchos de ellos se proponen metas económicas cortas y puntuales, destinadas a satisfacer gustos personales.

Antes se sabía que trabajando se progresaba. Ahora tengo un hermano menor que no trabaja porque nada lo incentiva. Y así tiene trabajos cortos para comprar cosas puntuales. Cuando se lo compra renuncia. No hay estabilidad porque no se sienten bien en los trabajos. Lo que pagan es malísimo.

Mis padres veían la satisfacción en el progreso económico. La mejora en el trabajo iba acompañada de más sueldo y más posibilidades. En mi caso, no.

Se señala, además, que las generaciones anteriores eran más sumisas, y que se conformaban con el trabajo que obtenían. En cambio, estos jóvenes se describen menos sumisos y más demandantes. Ellos creen que esta actitud frente al trabajo y al empleador también contribuye a explicar la mayor rotación laboral que tendrían respecto de las generaciones anteriores.

Antes eran más sumisos y por eso permanecían. Ahora yo protesto cuando algo no me gusta o directamente me voy. Mi papá me enseñó que siempre me haga respetar, pero también me critica que sea tan demandante o liberal con los trabajos.

Antes se conformaban más. Entraban a una fábrica siendo jóvenes y se quedaban ahí. Hoy en día vas a un trabajo y si no te gusta te vas a otro. O te echan. Por eso no estás tan atada a una empresa. Hoy las circunstancias te llevan a ya no pensar en eso porque en cualquier momento te pueden echar y hay mucha competencia.

La relación laboral característica del Estado de Bienestar creaba una relación identitaria entre el sujeto trabajador y la empresa en la que trabajaba (Castel, 1997), especialmente porque eran empleos que duraban décadas. Hoy esa relación identitaria parece haberse debilitado. Los jóvenes alegan no identificarse con un trabajo porque, como ya mencionamos, no están conformes con las condiciones laborales y porque saben que pueden ser fácilmente despedidos.

Antes vivían para el trabajo desde chiquitos. Tenían otra ideología. Mi papá trabajó en el ferrocarril 42 años. Se pone de pie cuando habla del ferrocarril. Ahora mi primo también trabaja en el ferrocarril pero no se siente identificado. Hoy no nos identificamos con el trabajo que hacemos.

La identificación laboral que atribuyen a sus padres es entendida como una mezcla de compromiso y orgullo asociados con el trabajo desarrollado. Sin embargo, esa identidad pocas veces es interpretada por l@s jóvenes en términos positivos. Más bien, son fuertemente críticos con la forma en que las generaciones anteriores se relacionaban con el trabajo porque, según sus opiniones, pensaban en trabajar antes que en disfrutar de la vida, y pasaban muchos años realizando un mismo trabajo.

“Antes había una cultura del trabajo y se agachaba la cabeza. Te definía como persona” ... “El tiempo fuera del trabajo no era importante, no se lo planteaban” ... “Antes se decía el trabajo es salud y orgullo, era lo más importante. No se vivía”.

Hoy, si estoy muchos años en un mismo trabajo, siento que me estancó. Está mal visto quedarse mucho tiempo en un mismo trabajo. Se interpreta como que uno no tiene capacidad de riesgo o que no quiere progresar.

Como se ha podido observar, en los discursos hay cierta tensión o contradicción asociada con la idea de “estabilidad laboral”. Por un lado, los jóvenes

se quejan de la inestabilidad laboral y de la alta rotación que caracteriza sus empleos. Pero, por otro lado, la mayoría advierte que le sería tedioso tener que trabajar muchos años en un mismo puesto de trabajo.

Otro aspecto que los jóvenes contrastan con las generaciones anteriores, es la temporalidad de la adultez. Perciben que, a sus mayores, los objetivos del afianzamiento de una familia y la construcción de un hogar los identificaban más rápidamente. Por tal razón no se preguntaban si querían o no trabajar, en qué trabajar, o cuándo comenzar a hacerlo. Los jóvenes asocian esa “falta de reflexión” con un ingreso a la adultez a edades más tempranas que los “obligaba” al trabajo.

Además, espontánea y recurrentemente señalan que antes las responsabilidades económicas familiares recaían principalmente sobre los varones y las mujeres eran las responsables de las actividades domésticas. Sin titubeos los jóvenes indican que eso ha cambiado, y que en la actualidad los papeles son más difusos. Por un lado, el cambio es adjudicado a los procesos de creciente autonomía que fueron ganando las mujeres a través de los años, lo cual les permitió un mayor protagonismo dentro del mercado de trabajo y mayores posibilidades de desarrollo profesional. Por otro, también señalan que las transformaciones se debieron a que los ingresos monetarios de los varones comenzaron a no ser suficientes para la manutención del hogar y que ello impulsó la salida de las mujeres al mercado de trabajo. Si bien, tanto varones como mujeres acuerdan con ambas explicaciones, es de destacar que son ellas quienes más comulgan con la primera, mientras que la segunda está más apoyada por varones.

También señalan que hoy se exige una más alta formación educativa para ingresar a los mercados laborales, en tanto que las generaciones anteriores no necesitaban adquirir tantos títulos para obtener un trabajo.

Ahora estudiás para poder trabajar. Antes no se necesitaba estudiar tanto. Ahora tenés que tener una base universitaria hasta para ser empleada administrativa.

Menos profusos son los señalamientos que dan cuenta de las evidentes transformaciones positivas que tienen a estos jóvenes como protagonistas, y que las generaciones anteriores han gozado en menor medida, tal como el acceso a mayores niveles de escolaridad, a empleos en áreas no relacionadas con el trabajo manual y a posibilidades de crecimiento y de cambio profesional.

Para finalizar este apartado, revisaremos nuevamente algunas tensiones y contradicciones visibles en los discursos de los jóvenes, vinculadas al entre-

cruzamiento de ciertos valores del pasado con las nuevas mentalidades. Una de las tensiones más evidentes está relacionada con la “estabilidad laboral”. Dicho término fue de uso muy extendido para describir las características de contratación de los trabajadores durante el Estado de Bienestar. La estabilidad laboral implicaba en la Argentina una relación laboral que básicamente se caracterizaba por la efectividad en la contratación, los aportes jubilatorios, los beneficios sociales y el derecho a sindicalizarse.

Sin embargo, los jóvenes que participaron en los grupos focales no parecen estar aludiendo a estas características cuando expresan que desean alcanzar estabilidad laboral. La estabilidad a la que ellos apuntan en sus discursos involucra dos aspectos que, vistos rápidamente, podrían pensarse contradictorios. Por un lado, anhelan tener continuidad en el mercado de trabajo ya que le tienen temor a la desocupación. Pero, por otro lado, quieren escapar a la rutina, por cuanto desean que dicha continuidad laboral incluya la posibilidad de cambiar y crecer laboralmente. De acuerdo con lo anterior, consideramos que en esta etapa de su vida, los jóvenes anhelan “seguridad laboral” antes que “estabilidad laboral”.

Debe resaltarse que los jóvenes que en sus discursos son críticos de la cultura laboral de las generaciones anteriores, reconocen que en el futuro, cuando formen sus propias familias, seguramente templarán esta mirada tan flexible y dinámica acerca del trabajo ideal que tienen en la actualidad.

TRABAJAR... ¿POR QUÉ? ¿PARA QUÉ?

Con independencia de la situación laboral concreta que tienen actualmente, hemos observado que el trabajo ocupa un lugar primordial en los discursos de los jóvenes mujeres y varones estudiantes universitarios que participaron en los grupos focales.

Emergieron distintas formas de explicar la relevancia del trabajo. Por un lado, se apunta al carácter obligatorio que tiene el trabajo en sus vidas. La representación social afirma contundentemente que el trabajo es algo esencial en la vida, porque es lo que permite vivirla. Los jóvenes entienden que así están hechas las reglas del juego en el orden mundial actual y que deben trabajar para pagar su techo, su comida y sus gustos.

Las respuestas acerca de los significados del trabajo podrían agruparse en distintos tipos, tal como otras especialistas ya lo han hecho (Kornblit, 1996;

Pérez Rubio, 2004). Muchas respuestas revelan un fuerte carácter instrumental asociado al trabajo, ya que éste es visto como un medio o una forma natural de acceder a bienes materiales y a la independencia económica.

También abundan las opiniones asociadas a la realización personal, es decir, al trabajo entendido como medio de crecimiento y maduración: el trabajo es algo que sirve para crecer y madurar... es progreso y desarrollo de capacidades... es lo que te hace sentir bien.

Muy escasas son las respuestas asociadas a la obligación moral (trabajar para ser alguien) y a la utilidad social (trabajar para servir al bien social). Estas últimas no son casi mencionadas por los jóvenes, a excepción de aquellos cuyas profesiones se ocupan precisamente de ayudar a los demás (Trabajo Social). En estos casos, la utilidad social del trabajo está condicionada a la especificidad del puesto que esperan alcanzar.

Todos estos tipos de respuestas están relacionados entre sí, pero las que más se destacan y generan discusión son las de tipo instrumental y las asociadas con una obligación impuesta por el sistema, ampliamente relacionadas entre sí. Cabe señalar que en las respuestas individuales consignadas en los cuestionarios se encuentra algo muy similar. Para tres de cada cinco participantes (tanto varones como mujeres), “trabajar es...” una forma o un medio para lograr el acceso a bienes materiales, progreso e independencia económica. La otra respuesta recurrentemente señalada es que “trabajar es...” una obligación en el marco de la sociedad actual.

Sin embargo, y como ya mencionamos anteriormente, los jóvenes desnaturalizan lo que Bauman (1999) llama “la ética del trabajo”. Es decir, cuestionan el sometimiento a un “deber ser” que han visto en sus padres y abuelos, signado por una cultura laboral que los llevó, en sus propias palabras, a “vivir para trabajar”. La ética que se visibiliza en los discursos de estos jóvenes pretende quitarle centralidad al trabajo como el principal objetivo de la vida y colocarlo en un lugar instrumental para el logro de otros objetivos, tales como el ocio, la calidad de vida o el disfrute en familia.

Para finalizar este apartado, cabe señalar que en los grupos focales casi ningún participante admitió deseos de no trabajar. Y la mayor parte de las respuestas individuales contenidas en los cuestionarios son coherentes con esa visión grupal, ya que algo más de la mitad de los participantes dio respuestas que delatan incomodidad ante la situación hipotética de vivir la vida sin necesidad de trabajar. Al respecto, argumentan que no se sentirían bien, no estarían có-

modos y que se aburrirían. Sin embargo, cuatro de cada diez dieron respuestas que revelan satisfacción ante la posibilidad de no tener que trabajar; en especial los varones dan cuenta de que disfrutarían haciendo otras actividades. Es decir, en las representaciones consignadas en los grupos focales pudo observarse un mayor consenso acerca de la importancia del trabajo que en la información manifestada individualmente, porque todavía prima un deber ser con relación al trabajo que inhibe el reconocimiento público de deseos de vivir sin trabajar.

Mujeres y varones frente a la satisfacción en el trabajo

En este apartado presentaremos información que no proviene de los grupos focales, con el interés de dar cuenta de cierta diversidad entre las miradas de los varones y de las mujeres acerca de sus expectativas laborales. Más precisamente, utilizaremos información derivada de las frases incompletas diseñadas por Casullo y otros (1996) que cada joven completó individualmente en su cuestionario.

Los varones mencionan que “lo que más les atrae de un trabajo es...” el aprendizaje, la superación en el desempeño y el reconocimiento. Entre ellos, ese tipo de respuestas adquieren mayor relevancia que las asociadas al progreso económico. En cambio, las mujeres se sienten más atraídas por el buen clima laboral, la sociabilidad y el compañerismo en el lugar de trabajo. Entre las jóvenes, estas respuestas alcanzan un peso similar en las asociadas al progreso económico.

La mitad de los varones opina que “la mayor satisfacción en un trabajo...” es obtener un óptimo rendimiento y que ello sea reconocido y valorado (ser exitosos). También las mujeres señalan en primer lugar al éxito, aunque en una proporción menor a los varones. Ellas muestran mayor diversificación en los motivos de satisfacción, y agregan la buena remuneración, el buen ambiente de trabajo y el poder dedicarse a su profesión.

En la mayoría de los participantes se encuentra que “lo que más quieren de un trabajo...” es ganar dinero haciendo algo que me guste. Aunque son nuevamente las mujeres las que más quieren ambientes de trabajo amenos y cómodos.

Cuando se indagó acerca de “lo que más les disgusta de un trabajo...”, las mujeres vuelven a poner el acento en las condiciones laborales, al señalar que les

disgustan los malos ambientes, el agobio, el maltrato y la explotación. Mientras que los varones se disgustan en mayor medida con la rutina, las jornadas extensas de trabajo, el cumplir reglas y horarios. Ellos se disgustan también con la posibilidad de no poder crecer en su trabajo.

En lo anterior se observa que consistentemente se repiten ciertas respuestas ante preguntas similares. Por eso, y con base en la propuesta realizada por Ana Lía Kornblit (1996) a partir de diversos autores (Herzberg, 1966; Maslow, 1979; Romagnoli, 1984; entre otros) a continuación exponemos algunos supuestos.

Los autores señalados han distinguido dos tipos de factores: los extrínsecos, que caracterizan al mercado laboral; y los intrínsecos al trabajo mismo. Por un lado, entre los primeros sobresale el salario, la seguridad en el empleo, el ambiente laboral y el trato. Los factores extrínsecos favorables, si bien son cruciales en la vida de las personas, no las motivan; sólo pueden reducir o eliminar un sentimiento de insatisfacción. Por eso, lo máximo que pueden producir es no-insatisfacción.

Por otro lado, los factores intrínsecos al trabajo mismo son, por ejemplo, la naturaleza del trabajo, las posibilidades de asumir responsabilidades o de ser promovido. Estos factores son los que realmente motivan a los individuos y posibilitan el cumplimiento de las necesidades más altas de la jerarquía. Por eso, cuando los factores intrínsecos son favorables originan satisfacción.

Si bien la propuesta anterior acerca de los dos grandes grupos de factores asociados a la satisfacción en el trabajo ha sido complejizada por otros autores, es suficiente de acuerdo con la información que hemos recabado.

En nuestra investigación observamos que tanto varones como mujeres señalan unos y otros factores. De hecho, la respuesta más socorrida está compuesta por una combinación de ambos tipos de factores: ganar un buen salario más hacer un trabajo que me guste.

Pero también es posible observar, especialmente en las respuestas que ocupan los segundos o terceros lugares, que varones y mujeres no siempre valoran los mismos aspectos laborales. Así, puede decirse que es más común que los varones valoren la búsqueda de satisfacción mediante la competitividad y la búsqueda de éxito. Mientras que entre las mujeres es más frecuente la valoración positiva del buen trato y el buen ambiente laboral. Es decir, más mujeres que varones se estarían conformando con la no-insatisfacción antes que buscando satisfacción.

Lamentablemente el tipo de información que hemos recogido nos impide realizar recortes más finos y establecer distinciones. Pero, tal como lo ha mostrado Mabel Burin en diversos estudios, seguramente habrá distintos “tipos de mujeres y de varones” al interior de los estudiantes que participaron en nuestro estudio. Esta autora, por ejemplo, propone una categorización de las mujeres en tradicionales, transicionales e innovadoras, utilizando como referencia los estereotipos de género esperables para varones y mujeres. En lo que concierne a nuestro estudio, y pensando en futuras indagaciones, sería interesante establecer qué características (tradicionales, transicionales e innovadoras) se encuentran entre las estudiantes universitarias de la UNLaM, así como tratar de comprender por qué algunas eligen factores de satisfacción en el trabajo similares a los escogidos por sus pares varones, mientras que otras ponderan los factores de no-insatisfacción mostrando, así, una menor motivación y menores expectativas laborales.

LAS MOTIVACIONES PARA IR A LA UNIVERSIDAD

Antes de abordar las representaciones acerca de los estudios universitarios captadas en los grupos focales, presentaremos información emanada del cuestionario individual aplicado a cada participante; en especial, revisaremos las respuestas dadas a las frases incompletas diseñadas por Casullo y otros (1996).

Antes de la carrera actual, un cuarto de los participantes intentó realizar otros estudios terciarios o universitarios. Este aspecto está asociado con la poca antigüedad de la UNLaM y con la progresiva apertura de nuevas carreras en los últimos años. Muchos jóvenes de la zona abandonaron sus estudios en otros establecimientos o cambiaron de carrera al enterarse de la apertura de la carrera de su preferencia en la UNLaM, un espacio cercano al de su residencia. Por eso, las proporciones de estudiantes que tienen experiencia previa incompleta —terciaria o universitaria— es mayor en las carreras más nuevas: Ciencia Política y Relaciones Públicas.

La gran mayoría (más de cuatro quintos) eligió estudiar en la UNLaM por la cercanía respecto de su domicilio, mientras que algo más de la mitad agrega que también la escogió por su calidad. Otros agregan que la eligieron porque se trata de una Universidad pública/gratuita y por su excelente infraestructura.

Aunque la mayoría de las carreras a las que pertenecen los participantes tiene un título intermedio (tecnicatura o profesorado), casi todos afirman que les interesa completar la carrera, es decir, adquirir el grado de Licenciatura. Tal como refieren los especialistas, estas ofertas educativas de tipo intermedio fueron diseñadas “en un intento de abarcar públicos o demandas no tradicionalmente inscriptas dentro del ámbito universitario” (Testa y Sánchez, 2003: 9) pero no han sido suficientemente evaluadas en cuanto al impacto y posibilidades de inserción laboral que brindan a quienes optan por ellas.

Por otra parte, la importancia otorgada a los estudios se indagó en los cuestionarios mediante las categorías “muy importantes”, “importantes”, “poco importantes” y “nada importantes”. Dos tercios opina que los estudios son “muy importantes”, mientras que el resto opina que son “importantes”. Al respecto, no hay diferencias entre varones y mujeres.

La mitad de l@s participantes considera que “el principal deseo de un profesional...” es poder ejercer y desarrollar la profesión elegida. Otros van más allá y creen que el mayor deseo es tener reconocimiento y éxito en la labor profesional.

La gran mayoría manifiesta que “la profesión brinda la oportunidad para...” mejorar en términos materiales. Eso es visible en quienes dicen que la profesión posibilita conseguir un buen trabajo e insertarse rápido en él; tener mejor calidad de vida; multiplicar oportunidades; y ganar más dinero. Son las mujeres quienes se muestran más inclinadas hacia ese tipo de respuestas.

En los grupos focales también se advirtió que los jóvenes otorgan gran importancia a los estudios universitarios. Marcan que estos últimos constituyen la actividad más importante en el momento de la vida que transitan actualmente.

Observamos dos grandes líneas en las representaciones que los jóvenes tienen acerca de los estudios universitarios. Por un lado, los estudios son definidos como un ámbito de crecimiento y realización personal por excelencia. Estudiar los hace mejores personas, y les amplía su mirada acerca del mundo. En otras palabras, esperan ser transformados por los estudios; es esa transformación la que predomina en los objetivos que se plantean los jóvenes al ingresar a sus respectivas carreras universitarias.

Por otro lado, se observa una segunda percepción sobre los estudios universitarios, de tipo instrumental. Los estudios universitarios son representados como el medio que les permitirá adquirir capacidades para tener una mejor y más preparada inserción en el mercado de trabajo. Reconocen, sin embargo,

que con la calificación no alcanza, sino que será el diploma aquello que certifique (compruebe) las capacidades obtenidas. Precisamente, otros estudios han señalado que con “el título escolar, las competencias de su portador adquieren un valor convencional, constante y garantizado judicialmente. Por una especie de “alquimia social”, esta forma del capital cultural adquiere una especie de autonomía con respecto a su portador y con respecto a los saberes efectivamente incorporados (Tenti Fanafani, 1996: 39).

En síntesis, la formación universitaria se constituye en las representaciones como una credencial educativa que definirá el tipo y la forma de inserción del graduado en el mercado de trabajo (véase Testa y Sánchez, 2003). Al igual que en cuanto al trabajo, prima una concepción instrumental de los estudios, ya que son comprendidos como el recurso que les posibilitará alcanzar mejores condiciones de trabajo y un mayor disfrute del mismo y de la vida en general.

Por eso quiero ser profesional. Porque los profesionales pueden tener más flexibilidades y posibilidades de estar con la familia y disfrutar de otras cosas.

También debe agregarse que el carácter instrumental de los estudios universitarios se observó cuando, reiteradamente, varios participantes manifestaron espontáneamente su interés en que la Universidad impulse más materias dirigidas a orientarlos en su inserción laboral y a vincularlos directamente a las prácticas que se desarrollan en sus respectivos ámbitos profesionales.

EL TRABAJO LUEGO DEL DIPLOMA

Uno de los aspectos que más interesa a esta investigación es conocer las expectativas que los jóvenes tienen acerca de su futuro profesional. Al respecto, dos de cada tres participantes señalan que “el trabajo que más les gustaría realizar...” es aquel relacionado con la profesión que estudian. Esta es la pregunta del cuestionario que concentra mayor cantidad de respuestas en una categoría, lo cual era esperable, ya que estos varones y mujeres jóvenes estudian para poder trabajar en aquella profesión que eligieron, tal y como ya mencionamos anteriormente.

En ambos sexos se encuentra que casi dos tercios piensa que “trabajar les permitirá...” cumplir expectativas económicas. El tercio restante de varones

dice que trabajar les permitirá realizarse y cumplir metas proyectadas, mientras que un tercio de las mujeres cree que mediante el trabajo crecerá como persona y adquirirá conocimientos.

Como ya se ha dicho, los estudios universitarios representan para estos jóvenes la posibilidad de ilusionarse con un mejor futuro laboral. Esa representación social se presenta también en la información registrada individualmente en los cuestionarios, ya que casi todos creen que mejorará su situación laboral cuando terminen la carrera universitaria. En pocas palabras, tanto en las respuestas grupales como en las individuales se observa que los estudios universitarios son concebidos como un elemento que posibilitará una movilidad social ascendente.

Cuando se indaga qué características tendrían sus futuros trabajos como profesionales, se encuentran dos grandes ideales. Por un lado, encontramos a quienes quieren trabajar en relación de dependencia (en puestos gerenciales) porque creen que así podrán diferenciar el tiempo del trabajo del tiempo para otras cuestiones (ocio, familia, descanso) y porque creen que ser dueño de su propia empresa conlleva demasiadas responsabilidades que no están dispuestos a asumir. Por otro lado, quienes desean desempeñarse de forma independiente o ser dueños de sus empresas, dicen quererlo para tener flexibilidad, y decidir cuándo y cómo trabajar. Es decir, en ambos discursos encontramos elementos similares que indican una búsqueda arraigada, signada por el deseo de que el trabajo no invada o impida el disfrute de otros aspectos de la vida.

Aún así, las expectativas hacia el futuro son diferentes según la carrera porque cada una tiene mercados de trabajo con características específicas.

Las estudiantes de Trabajo Social son las más optimistas, ya sea porque su carrera se puede conjugar con varias otras disciplinas (de la salud, de la educación, de la justicia, etc.) y así adecuarla a los intereses de cada profesional, o porque hay espacios para ellas en los organismos públicos. El Estado les representa un ámbito que otorga mayor seguridad laboral, aun cuando en general no es un espacio de inserción muy atractivo para los jóvenes. Algo muy similar sucede con los estudiantes de Educación Física.

En Trabajo Social te podés insertar en el campo laboral que se te ocurra. Tenés para elegir. Podés unir tu carrera con otras disciplinas. Si te interesa salud, trabajás en un hospital; si te gusta lo penal, en un juzgado o cárcel; con los adultos

mayores trabajás en un geriátrico; si te gusta la educación trabajas en un escuela. Está muy ligado a los organismos del Estado.

En el otro extremo se ubican los jóvenes de Comunicación Social quienes se muestran acentuadamente pesimistas, ya que si bien creen que en el futuro podrán trabajar en algo relacionado con la carrera, dudan que ello les permita mantenerse económicamente.

Yo creo que es muy difícil que cuando me reciba me pueda mantener con mi carrera. Es como un *hobby*. Uno puede tener un proyecto, pero no para mantenerse. Yo creo que eso no pasa en nuestra carrera.

Yo no tengo el título aunque terminé de cursar. Este año terminé la tesis. Pero yo no necesité mostrar un título para conseguir un trabajo. Lo que sí hice fue generar cosas desde la Comunicación. Buscar recursos para meterme yo de manera independiente en el tema. Y después, de ahí vas consiguiendo contactos y alguien te invita a trabajar en una oficina. ... Tenés que armar un proyecto personal y salir y ofrecer un demo si es lo que te gusta. También tiene que ver la suerte.

Entre los estudiantes de Comunicación Social es donde más aparece nombrada la palabra “suerte”, y la necesidad de especializarse, de adquirir extrauniversitariamente conocimientos específicos asociados con las nuevas tecnologías informáticas y de autogestionarse a través de los contactos y relaciones personales. Ellos entienden que el capital cultural institucionalizado no es suficiente, y que el capital social puede ser tan o más importante para lograr una buena inserción laboral.

Ahora bien, al pensar en el futuro laboral los jóvenes marcan más diferencias, algunas relacionadas con el sexo del profesional. Tanto varones como mujeres señalan que en los puestos profesionales de mayor rango se prefiere a los varones porque ahí la presencia masculina genera “más respeto” que la femenina. Las mujeres manifiestan sentirse menos seguras de alcanzar ese tipo de cargos. Esos sentimientos reflejan la introyección de lo que Mabel Burin ha denominado “techo de cristal”, según lo cual la mayoría de las mujeres pueden avanzar hasta un determinado nivel jerárquico, pero luego se estancan sus posibilidades de crecimiento laboral.

LA PROFESIÓN Y LA FAMILIA:
EXPECTATIVAS ACERCA DE LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO

Los estudios sobre trabajo y familia han tenido gran importancia en la región latinoamericana, lo cual es evidente en las distintas vertientes analíticas abocadas a estudiar las diversas actividades que llevan a cabo los miembros de una familia para hacer posible su reproducción cotidiana y generacional (Torrado, 2006; Jelín, 2004; Wainerman, 2003).

A partir de la crisis de los años noventa se profundizó la salida de la mujer al mercado de trabajo, en parte porque se vieron afectadas muchas ocupaciones en las que se empleaban principalmente varones. Precisamente, otro de los legados de esos años es el incipiente resquebrajamiento del modelo de organización familiar en el cual había un jefe varón proveedor exclusivo, cuyo salario alcanzaba a cubrir los gastos de manutención de la familia.

Ahora bien, al analizar las respuestas individuales de los jóvenes acerca del ejercicio del mandato de proveedor, encontramos que algo más de la mitad de los varones opina que el hombre tiene mayor responsabilidad que la mujer en el mantenimiento de la familia. Es decir, para muchos varones todavía es importante el mandato de género según el cual ellos son los principales encargados de las cuestiones económicas de sus hogares. En cambio, las mujeres han avanzado más en el reconocimiento de sí mismas como aportantes económicas de sus hogares, ya que mayoritariamente opinan que los varones y ellas son igualmente responsables.

Entre quienes indicaron que el hombre tiene mayor responsabilidad en mantener a la familia, encontramos justificaciones explicadas en la tradicional división sexual del trabajo: las mujeres tienen más responsabilidad en el cuidado de los hijos, de manera que el varón es quien tiene más responsabilidad en el mantenimiento económico.

Por otro lado, la mayoría de quienes respondieron que el hombre no tiene mayor responsabilidad que la mujer en el mantenimiento de la familia, no dieron mayores justificaciones, sino que simplemente adujeron que “ambos tienen la misma responsabilidad”. Es posible que la ausencia de argumentaciones esté indicando que la igualdad de responsabilidades económicas entre varones y mujeres se va naturalizando progresivamente. Entre los pocos que dieron argumentaciones, sobresalen quienes indican que hay igual responsabilidad porque no hay diferencias en las capacidades de varones y mujeres para hacer tareas, o

porque en la actualidad el sueldo de uno solo no alcanza. Este último argumento fue más referido por los varones.

Pasemos ahora a analizar la información de los grupos focales. Todos los participantes admiten tener deseos de formar una familia. Pero en la mayoría aparece una contradicción: por un lado, opinan que ambos miembros de la pareja deberían tener las mismas obligaciones y oportunidades en el ámbito familiar y laboral. Pero, por otro, admiten que cuando lleguen los hijos (y si no contaran con redes femeninas para su cuidado, tales las abuelas o tías), seguramente será la esposa quien resigne su trabajo y su profesión de forma temporal. Cabe resaltar que esta contradicción es compartida por varones y mujeres.

Las jóvenes sienten que, en tanto mujeres, ellas son las que deben “poner en la balanza” y decidir priorizar la maternidad o la carrera, así como escoger el momento en el cual priorizar cada una. En cambio, esos dilemas no son visualizados por los varones: ellos no se plantean la necesidad de decidir, ya que se dedicarán a trabajar para sostener a su esposa e hijos pequeños. Ante la pregunta de si alguno resignaría temporalmente su carrera profesional para cuidar de los hijos y alentar la carrera de la esposa, la gran mayoría de los varones contestó negativamente porque consideran que los hijos pequeños necesitan de la madre más que del padre.

Tampoco las mujeres imaginan un futuro donde ellas trabajen fuera del hogar y el esposo quedara en la casa cuidando a los hijos. Contundentemente mencionan que eso les desagradaría. Además, también les incomoda la idea de ser ama de casa, aunque sea temporalmente. Las jóvenes señalan que se ha transformado la mirada social al respecto, y que si bien antes no era mal visto ser ama de casa, en la actualidad suele tildárselas de “haraganas” por quedarse en el hogar y no tener un empleo.

A pesar de las tensiones y contradicciones enumeradas, puede decirse que estas jóvenes han marcado interesantes diferencias con sus madres; en primer lugar, están realizando una carrera universitaria, mientras que la gran mayoría de sus madres no lo hizo; y en segundo lugar, ninguna planea explícitamente resignar su carrera profesional de forma permanente ante la maternidad.

No sabemos qué ocurrirá en la práctica cuando efectivamente formen sus familias, pero ahora se observa que en las representaciones se ha redefinido el lugar de la mujer en lo que concierne al trabajo remunerado, pero no se ha modificado demasiado el del varón en el cuidado de los hijos y en las tareas del ho-

gar. Esto da cuenta de una “revolución estancada” (Wainerman, 2003), porque la doble jornada (doméstica y extradoméstica) que muchas mujeres conjugan no es acompañada por un aumento equivalente de la presencia de los varones en el ámbito de las tareas del hogar o el cuidado de los hijos.

Claro está, que la dificultad que visualizan l@s jóvenes para conciliar el trabajo profesional con el familiar también se explica por la escasa oferta de guarderías en el sector público y en los lugares de trabajo en el sector privado. También se reducirían las dificultades si los convenios de trabajo avanzaran en el reconocimiento de los derechos de las trabajadoras-madres. Al respecto, es interesante hacer notar que aunque las nuevas formas del mercado de trabajo generan nuevas mentalidades que naturalizan y ven como positiva la proactividad, la polifuncionalidad y la competencia generalmente asociadas al ámbito privado, las jóvenes menos crispadas y preocupadas por las formas en que conciliarán el trabajo con la familia son las que esperan insertarse en el sector público.

Al trabajar para el Estado se trabaja menos horas que en una empresa y podés pedir más licencia. Y eso hace que se pueda conciliar mejor con el armado y el desarrollo de una familia.

Más específicamente, las estudiantes de Trabajo Social ven un futuro con seguridad laboral y con mejor disponibilidad horaria para compatibilizar con la formación y desarrollo de una familia, dado que los estatutos de los trabajadores estatales son más avanzados en la defensa de los derechos laborales que los del sector privado.

CONCLUSIONES

En las páginas anteriores se presentaron resultados provenientes de una investigación interesada en analizar las representaciones sociales de las nuevas generaciones acerca del trabajo y de los estudios, así como las prácticas vinculadas a esas esferas de la vida. En esta oportunidad se escogió a los jóvenes estudiantes universitarios avanzados de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Matanza (UNLAM), situada en el conurbado bonaerense argentino.

Est@s jóvenes muestran reticencia ante la posibilidad de fijarse durante varios años en un mismo puesto de trabajo y expresan una gran necesidad de cambio y renovación, propia de la etapa de la vida que transitan. También esperan insertarse en trabajos creativos que le aseguren disfrute de las actividades laborales que desarrollen. En otras palabras, idealmente esperan obtener seguridad laboral sin que eso signifique afincamiento en el puesto de trabajo; desean continuidad ocupacional al mismo tiempo que tener posibilidades de crecimiento y de cambio cuando la función que cumplen deja de agradales o de beneficiarlos.

Los estudios universitarios son comprendidos como el recurso que les posibilitará alcanzar mejores condiciones de trabajo y un mayor disfrute del trabajo y de la vida en general. En estos jóvenes está presente una arraigada representación social que asocia la escolaridad superior con la movilidad social ascendente. Por eso, casi todos creen que luego de obtener su diploma universitario tendrán una mejor situación laboral. Sin embargo, en el futuro pretenden que el trabajo no sea el principal objetivo de su vida, sino otorgarle un valor instrumental para el logro de otros objetivos, como el ocio, la calidad de vida o el disfrute en familia.

Por el lugar preponderante que las construcciones de género le confieren a la mujer en la esfera familiar (como madres, cónyuges, hijas de familia), su ingreso a la actividad económica ha tenido grandes repercusiones en la vida familiar en los últimos años. Por ello las familias, y sus miembros, enfrentan grandes transformaciones. Eso es evidente en los discursos analizados. En los mismos se dejan ver algunos avances en cuanto a la autonomía de las mujeres y a su reconocimiento como sujetos de responsabilidad y capacidad en el ámbito profesional y laboral, pero también aparecen tensiones y contradicciones que dan continuidad a los tradicionales papeles de género, los que aparecen más reforzados en los discursos de los varones.

Para terminar, baste decir que las páginas anteriores han atestiguado el enorme esfuerzo de estos varones y mujeres jóvenes que asisten a la UNLAM para conseguir el ansiado diploma de grado y procurar asegurarse un trabajo prometedo. Sin embargo, en la actualidad “las nuevas demandas exigen continuar la permanencia en el sistema educativo, para lograr acceder a las acreditaciones de las maestrías y doctorados” (Testa y Sánchez, 2003: 6). Parece ser, entonces, que habrá más esfuerzos por realizar.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Basualdo, E. (2003), "Las reformas estructurales y el Plan de Convertibilidad durante la década de los noventa. El auge y la crisis de la valorización financiera", *Realidad Económica*, núm. 200, Buenos Aires.
- Bauman, Z. (1999), *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Barcelona, Gedisa.
- Bourdieu, P. (2001), *Las estructuras sociales de la economía*, Buenos Aires, Manantial.
- (1985), "Describir y prescribir: las condiciones de posibilidad y los límites de la eficacia política", en *¿Qué significa hablar?*, Madrid, Ediciones AKAL.
- (1996), *La Distinción*, Madrid, Taurus.
- Bonfiglio J. y otros (2008), "Educación y trabajo. Un estudio sobre las oportunidades de inclusión de los jóvenes tras cuatro años de recuperación económica", en Salvia (comp.), *Jóvenes promesas: trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Burin, M. (1996), *Género, psicoanálisis y subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- Burin, M. e I. Meler (1998), *Género y Familia*, Buenos Aires, Paidós.
- Castel, R. (1997), *Las metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- Casullo, M. M. y otros (1996), *Proyecto de vida y decisión vocacional*, Buenos Aires, Paidós.
- De la Garza Toledo, E. (2007), "La evolución reciente de los significados del trabajo en los enfoques contemporáneos", *Revista de Trabajo*, año 3, núm. 4, en *Pensar el Trabajo*, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, Buenos Aires, República Argentina.
- Garza de la, E. y J. C. Neffa (2001), *El futuro del trabajo. El trabajo del futuro*, Buenos Aires, Clacso.
- Gómez Campo, V. y E. Tenti Fanfani (1989), *Universidad y profesiones. Crisis y alternativas*, Buenos Aires, Mino y Dávila.
- Ibáñez Schuda (2005), *El trabajo visto por los jóvenes chilenos. Un análisis de las representaciones sociales de los jóvenes urbanos populares*, Montevideo, Cinterfor-OIT.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos [Indec] (2011), "Censo 2010. Resultados definitivos", en <http://www.indec.gov.ar/>

- (2010), “Proyecciones provinciales de población por sexo y grupos de edad. 2001-2015”, en <http://www.indec.gov.ar/>
- Jacinto, C. (2008), “Políticas públicas y perspectivas subjetivas en torno a la transición laboral de los jóvenes”, en Novick y Pérez Sosto (coords.), *El Estado y la reconfiguración de la protección social*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Jelin, E. (2004), *Pan y afectos. La transformación de las familias*, Colección Popular, núm. 554, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Jodelet, D. (1986), *La representación social: fenómenos, conceptos y teoría*, en Moscovici, S., *Psicología social II*, Barcelona, Paidós.
- Jozami, A. y E. Sánchez Martínez (2001), *Estudiantes y profesionales en la Argentina. Una mirada desde la Encuesta Permanente de Hogares*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Köhler, H. y M. Artilles (2007), *Manual de la Sociología del Trabajo y de las Relaciones Laborales*, Madrid, Delta Publicaciones.
- Kornblit, A. (1996), *Culturas juveniles. La salud y el trabajo desde la perspectiva de los jóvenes*, Buenos Aires, CBC Colección Sociedad, Universidad de Buenos Aires.
- Méda, D. (1998), *El trabajo: un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa.
- Miranda, A. (2006), *Desigualdad educativa e inserción laboral segmentada de los jóvenes en la Argentina contemporánea*, tesis de doctorado, Flacso-Argentina.
- Miranda, A. y Corica (2008), “Las transformaciones en el mercado de trabajo en la Argentina de los últimos 10 años: desigualdad y precariedad entre los jóvenes”, trabajo presentado en el *III Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población*, ALAP, Córdoba, Argentina, 24 - 26 de septiembre.
- Miranda, A. y otros (2008), “La situación social de los jóvenes. Postergación y autonomía”, en Salvia (comp.), *Jóvenes promesas: trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Miranda, A. y A. Salvia (1998), “La exclusión de los jóvenes en la década del 90. Factores, alcances y perspectivas”, *Papeles de Población*, núm. 16, México, CIEA/UAEMEX.
- Moscovici, S. (1988), “Notes Towards a Description of Social Representations”, *European Journal of Social Psychology*, núm. 18, pp. 211-250.
- Nochteff, H. (1999), “La política económica en la Argentina de los noventa. Una mirada de conjunto”, *Época*, año 1, núm. 1, Buenos Aires.

- Novick, M. y G. Pérez Sosto (2008), *El Estado y la reconfiguración de la protección social*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Organización Internacional del Trabajo (2007) “Trabajo decente y juventud en Argentina”, Lima, OIT.
- Panaia, M. (2009), *Inserción de jóvenes en el mercado de trabajo*, Buenos Aires, Editorial La Colmena.
- Peón César, E. y J. C. Pugliese (2009), “Universidad de masas, reforma y evaluación: el caso Argentino con referencias al contexto latinoamericano”, *Gestión Universitaria*, vol. 1, núm. 2, Buenos Aires.
- Pérez Rubio, A. M. (2004), “Los jóvenes y el trabajo. Un estudio sobre representaciones sociales”, *Monografías Virtuales*, núm. 4, Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI).
- Pérez Sosto, G. y M. Romero (2008), “La cuestión social de los jóvenes”, en Novick, M. y G. Pérez Sosto (coords.), *El Estado y la reconfiguración de la protección social*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Riquelme, G. C. (2003), *Educación superior, demandas sociales y productivas y mercado de trabajo*, Buenos Aires, Ed. Miño y Dávila Editores (Colección Ideas en Debates).
- Riquelme, G. C. y L. Fernández Berdaguer (1990), “La inserción de jóvenes universitarios en el mundo del trabajo. La relación estudio y trabajo y las expectativas sobre la vida profesional”, *Cuadernos de Investigación*, núm. 2, Instituto de Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Riquelme, G. y N. Herger (2009), “La transición de la educación al trabajo de los estudiantes avanzados de tres universidades argentinas”, en *III Congreso Nacional y I Encuentro Latinoamericano de Estudios Comparados en Educación*, Buenos Aires.
- Rosas, C., L. Cerezo, M. Cipponeri y L. Gurioli (2008), “Migrantes, Madres y Jefas de Hogar: Algunos matices detrás de los promedios. Ciudad de Buenos Aires y Conurbano Bonaerense, 2001”, *Revista Población de Buenos Aires*, núm. 7, DGEYC-CABA.
- Rosas, C. (2010), *Implicaciones mutuas entre el género y la migración. Mujeres y varones peruanos arribados a Buenos Aires entre 1990 y 2003*, Buenos Aires, Eudeba.

- (2009), “Jóvenes migrantes. Sueños y desilusiones entre Perú y Argentina”, en Arzate Salgado y Trejo Sánchez (coords.), *Jóvenes y desigualdades sociales*, México, Porrúa y Universidad Autónoma del Estado de México.
- Rubin, G. (1986), “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”, *Nueva Antropología*, vol. VIII, núm. 30, México.
- Salvia, A. (2008), *Jóvenes promesas: trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Senén Gonzalez, C. y P. Schettini (2009), *Trabajo y relaciones laborales en Argentina: Sector formal e informal*, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Matanza-Prometeo Libros.
- Schorr, M. y R. Ortiz (2008), “Continuidades y rupturas en las políticas aplicadas por los gobiernos de izquierda en América Latina. Aportes para la discusión”, *Revista Nueva Sociedad*, Buenos Aires.
- Tenti Fanfani, E. (1996), “Títulos escolares y puestos de trabajo: elementos de teoría y análisis comparado”, *Revista de Educación de Adultos*, México, CREFAL.
- Testa, J. (1997), *Aportes para el análisis de los procesos de movilidad ocupacional y profesional de los graduados universitarios recientes*, Buenos Aires, Seminario CEIL/CONICET.
- Testa, J. y P. Sánchez (2003), “El enfoque de las trayectorias educativas y laborales como una mirada complementaria en el tratamiento de la problemática universitaria”, ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Educación Superior en el siglo XXI, Universidad Nacional De San Luis, Argentina, 18-20 de septiembre.
- Torrado, S. (2006), *Familia y diferenciación social, Cuestiones de método*, Buenos Aires, Ed. Eudeba.
- (2004), *La herencia del ajuste. Cambios en la sociedad y la familia*, Buenos Aires, Capital Intelectual (Colección Claves para Todos).
- Tuñón, I. y A. Salvia (2008), “Los jóvenes pobres como objeto de políticas públicas”, en Salvia (comp.), *Jóvenes promesas: trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Wainerman, C. (2003), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica-UNICEF.

Brecha de ingresos y posición laboral de los jóvenes en la Argentina postconvertibilidad

ANA MIRANDA

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)-CONICET

JULIO ZELARAYAN

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso)-UNLM

INTRODUCCIÓN

Los años noventa fueron el escenario de fuertes transformaciones de carácter estructural en nuestro país. El proceso de reformas abarcó distintas áreas sociales y económicas, y tuvo amplias implicancias en el mercado laboral, entre las que se destacaron una significativa expansión de la desocupación, un fuerte incremento de la precariedad laboral, la vulnerabilización del sector del trabajo y un intenso aumento de la pobreza.

Durante esos años la situación laboral de los jóvenes sufrió un fuerte deterioro. Ya desde los ochenta, la juventud venía experimentando mayores desventajas frente al empleo, que se evidenciaban en tasas de desocupación más elevadas que las correspondientes al conjunto de la población. Pero a partir de los años noventa las condiciones fueron más adversas, incrementándose aún

más la escasez de oportunidades de empleo y la expansión de relaciones laborales precarizadas, sostenidas ahora por un marco normativo que flexibilizaba la contratación laboral y habilitaba un conjunto de figuras de “promoción” del empleo destinadas especialmente a este sector etario.

Las consecuencias del proceso de reformas y flexibilización laboral no afectaron a todos los jóvenes por igual. Mientras los grupos de menores recursos económicos y capital educativo quedaron marginados de las oportunidades de empleo, integrando el grupo de “exclusión”, los jóvenes de mayores ingresos y mayores niveles educativos fueron en algunos casos favorecidos por los procesos de “modernización” sobre todo en las empresas del “núcleo” en el sector servicios. De esta forma, se fue configurando un universo polarizado de oportunidades y accesos, en el cual los jóvenes —y adultos— de distintos niveles educativos obtenían empleos e ingresos ampliamente desiguales.

El modelo de los años noventa fue caducando hasta concluir en una de las peores crisis sociales y económicas de la historia Argentina. En ese período los efectos del modelo de polarización fueron aún más intensos. Pero, a partir de 2003 la situación comenzó a revertirse en un marco donde la estrategia social y económica fue modificada en varios de sus puntos nodales. Entre las principales modificaciones es importante destacar: la devaluación del tipo de cambio con sus impactos en la generación de empleo, la expansión de programas de ingresos, la revitalización de las instituciones laborales —convenios colectivos, consejo del salario—, la eliminación de las figuras “promovidas” de contratación, entre otras medidas que generaron un mejor nivel de vida en el conjunto de la población.

En este contexto de crecimiento económico y modificación de la estrategia económica, los estudios locales sobre inserción laboral juvenil fueron señalando nuevas problemáticas, vinculadas ya no tanto a la desocupación sino específicamente a la precariedad y la alta rotación de las ocupaciones juveniles. Partiendo de estos debates y con el objetivo de avanzar en un diagnóstico de coyuntura que sea útil en el análisis estructural, en el texto se procederá al análisis de la situación laboral de los jóvenes de distintos niveles educativos en relación a los indicadores de empleo, ingresos y calidad de las ocupaciones. Con esa finalidad se trabajará con datos producidos por el Instituto Nacional de Estadísticas Censos a través de encuestas de hogares que se realizan en el total de los aglomerados urbanos de nuestro país.

Por último, es importante advertir que el presente documento forma parte del análisis de base que se está realizando para el desarrollo de un proyecto

que tiene el objetivo de comparar la inserción laboral de los jóvenes en distintos contextos económicos. Dicho proyecto, se está desplegando en la actualidad bajo el título de “La inserción ocupacional de los egresados de la escuela media: 10 años después”, con sede en Flacso, Argentina y financiamiento de la Agencia Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas.

LA EDUCACIÓN SECUNDARIA ES OBLIGATORIA

Los textos más difundidos del campo de la “sociología de la juventud” son consistentes en señalar una expansión del período que los jóvenes destinan a su formación escolar. En este sentido, en la historia social del siglo veinte se hace evidente la mayor participación educativa, consolidada en el mundo occidental a partir de mediados de siglo en la educación secundaria. Obras clásicas dan cuenta de este fenómeno, ya sea desde la emergencia de las hoy tan conocidas “culturas juveniles”, como sus efectos en los movimientos participativos de los años sesenta (Hobsbawn, 1990; Balardini, 2000; Coleman, 2008).

En Argentina, la difusión de la educación secundaria fue sostenida a partir de los años cincuenta. La literatura educativa ha señalado que durante una primera etapa su expansión benefició sobre todo a sectores de la denominada “clase media” (Gallart, 1984). Asimismo, también argumentó que, la continuidad del crecimiento de su cobertura en los años ochenta —en un contexto general de escasez de recursos fiscales que le dieran sostén— dio lugar al fenómeno que se denominó como “masificación” de la educación secundaria. Y que esta masificación, sin embargo, continuó sin alcanzar a los grupos de menores ingresos y capital educativo familiar, los cuales permanecían excluidos de la educación secundaria (Braslavsky y Filmus, 1987).

Llegados a este punto, es necesario advertir que la idiosincrasia local lleva a denominar como “secundaria” a los niveles escolares postprimarios, pero que los sistemas educativos occidentales responden con distintos tipos de estructuras a la organización de este nivel de enseñanza. Una primera distinción general, está vinculada a lo que se conoce como “secundaria básica” y “secundaria superior”. Esta división se encuentra muchas veces asociada con la especialización de los contenidos en el período superior. Así, durante el primer ciclo, los contenidos educativos son comunes y generales, y en los últimos años van adquiriendo una especialización supeditada a la formación vocacional – técnica

o a la rama académica. En algunos casos, los tres o cuatro últimos años de la secundaria superior son denominados “preparatoria”, como una forma de nombrar a una formación preuniversitaria y propedéutica de los estudios de nivel superior. A modo de ilustración, en el anexo se detallan los distintos modos de organización del nivel educativo en América Latina.

En el caso argentino, la educación secundaria desde sus orígenes se organizó en distintas ofertas que adquirieron el nombre de “modalidad”, las cuales impartían conocimientos principalmente con base en las estructuras: bachiller, comercial, técnica, técnica-agraria, y artística. Hasta entrados los años noventa la regulación del sistema no incluía al nivel completo y las distintas modalidades contenían sus propias lógicas de funcionamiento y expansión en relación con las distintas coyunturas sociales y económicas (Gallart, 1984; Filmus, Kaplan, Miranda y Moragues, 2001; Cappellacci y Miranda, 2007).

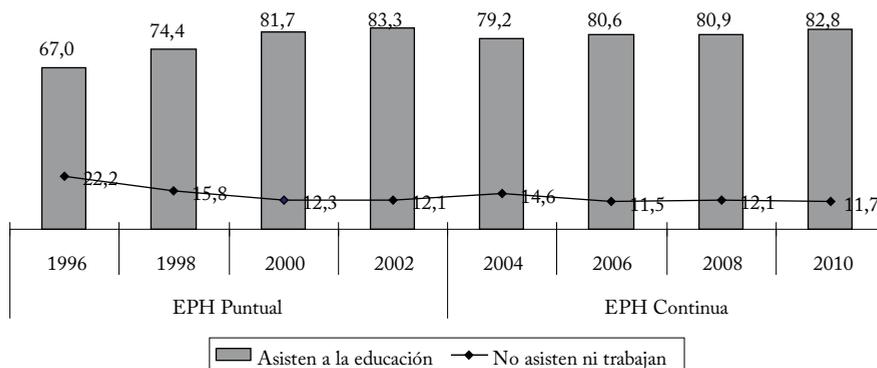
En este contexto, la sanción de la Ley Federal de Educación (núm. 24.195/93) marcó un hito en la organización, pero también en la transformación de este nivel educativo. En primer lugar, se procedió a su división en dos ciclos: el primero asociado a la lógica de la educación primaria, las cuales en su conjunto pasaron a constituir la educación general básica (EGB); el segundo se convirtió en un ciclo de especialización con distintas orientaciones denominado polimodal. La EGB completaba un ciclo de obligatoriedad escolar de 10 años, que comenzaba a partir de los 5 y concluía en términos teóricos a los 14 años de edad. El polimodal estaba conformado por tres años, abarcando la edad teórica de 15 a 17 años cumplidos.

Varias ideas dieron origen a la reforma educativa de los noventa. Entre aquellas más destacadas se encontraba la convicción de que en el pasaje entre niveles (primaria-secundaria) se producía una brecha que provocaba el abandono escolar (Braslavsky y Filmus, 1987). La eliminación de este pasaje entre niveles, sumada a una fuerte política de generación de nuevas plazas escolares en la EGB implicó que sobre mediados de los años noventa se produjera un fuerte incremento de la participación educativa de los jóvenes en edad teórica de asistir a la educación secundaria (gráfico 1).

La incorporación educativa de aquellos años representó un proceso paradójico, ya que se dio en el contexto de una pérdida neta de oportunidades de empleo entre los jóvenes, muchos de los cuales comenzaron a habitar terrenos de “exclusión”. Siendo, la respuesta educativa la única acción del Estado en la atención de los grupos más vulnerables. En esta dirección, en el gráfico 1 se

Gráfico 1

Porcentaje de los jóvenes entre 15 y 18 años de edad que asisten al sistema educativo, y que no asisten ni trabajan* - Argentina - Total de los Aglomerados Urbanos



Fuente: elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 Relevamiento Puntual Onda Octubre. De 2004-2010 Relevamiento Continuo correspondiente al tercer trimestre.

* La información contempla sólo a los jóvenes de 18 años que no completaron la educación secundaria.

presenta la evolución de la variable que mide la participación educativa y el indicador que combina los fenómenos de abandono escolar, la inactividad y la desocupación, el cual era de uso muy habitual durante los años noventa y se denominaba “exclusión juvenil” (Miranda y Salvia, 1999).

El seguimiento de la evolución comparada entre los indicadores permite observar varias tendencias. En primer lugar, la importancia de la incorporación educativa sobre finales de los noventa en la atención de los procesos de vulnerabilidad y su continuidad durante la crisis 2002. En segundo lugar, la vigencia —aún en nuestros días— de un núcleo duro de inactividad que representa aproximadamente a 12% de los jóvenes de este grupo de edad.

En lo referente a las efectivas oportunidades de empleo, en el cuadro 1 se puede advertir que el porcentaje de jóvenes ocupados entre 15 y 18 años es muy bajo ya desde los últimos años de la década del noventa. La tendencia responde a distintos antecedentes, donde se combinan aspectos subjetivos asociados a preferencia de las familias por la mayor participación de los jóvenes en la educación, con otros factores objetivos asociados a una modificación de los criterios de contratación empresarial, que comenzaron a privilegiar la mayoría de edad y la tenencia de certificados educativos de nivel secundario en las búsquedas laborales (Filmus y Miranda, 1999). De esta forma, las ocupaciones

Cuadro 1
Tasas de actividad, empleo y desocupación – Jóvenes entre 15 y 18 años de edad*
Argentina - Total de los aglomerados urbanos

	EPH Puntual				EPH Continua			
	1996	1998	2000	2002	2004	2006	2008	2010
TA	24.8	19.9	15.4	11.8	15.7	16.1	13.9	9.8
TE	13.9	13.0	10.0	6.9	10.6	11.9	11.2	8.0
TD	44.1	34.6	35.2	41.7	32.5	25.8	19.5	18.6

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 Relevamiento Puntual Onda Octubre. De 2004-2010 Relevamiento Continuo correspondiente al tercer trimestre.

* La información contempla sólo a los jóvenes de 18 años que no completaron la educación secundaria.

disponibles para los jóvenes menores de 18 años quedaron asociadas al sector del empleo en el sector informal y a actividades que muchas veces son nombradas dentro de las “peores formas” de trabajo infantil, como es la recolección informal de residuos y la mendicidad.

Con todo y más allá de las propensiones generales, en los datos se hacen también evidentes los distintos contextos socioeconómicos y las estrategias de política social. Por ejemplo, durante la crisis de 2002 el porcentaje de ocupados descendió ampliamente en un marco de retracción general del sector informal urbano, al tiempo que se produjo un importante aumento de la asistencia escolar (gráfico 1). En efecto, en investigaciones anteriores se ha dado cuenta de que —de forma contraria a las predicciones generales de la “teoría del capital humano”— el menor movimiento económico generó un fenómeno donde la educación se convirtió en un “refugio” frente a la escasez de alternativas de inserción social y laboral (Miranda, 2007). Registrándose amplios niveles de asistencia escolar, los cuales aún no han podido ser renovados.

Asimismo, sobre el final del período y en el contexto de la aplicación de un marco novedoso de política social, se produjo una fuerte disminución del nivel de actividad, de ocupación y de desocupación en este grupo de edad, en conjunto con un aumento de la asistencia escolar. Las nuevas tendencias se dieron como resultado de la combinación de la sanción de la Ley de Educación Nacional que estipula la obligatoriedad de la secundaria a partir del año 2006, la aplicación de controles sobre el trabajo infantil y la implementación de la Asignación Universal por Hijo (D. N° 1602) sobre finales de 2009. Estos hechos, de características

inéditas en nuestro país, dieron lugar a un marco de derechos que aún se encuentra en proceso de evolución, pero que crea un nuevo entorno desde donde pensar acciones de promoción, retención educativa, y políticas de juventud.

LA INSERCIÓN LABORAL JUVENIL

Junto con la edad teórica de finalización de la educación secundaria se presenta entre los jóvenes la disyuntiva de la inserción laboral y la continuidad educativa en estudios de nivel superior. Hasta ese momento del ciclo vital, la opinión general es favorable a la permanencia y culminación de la secundaria, que es ahora obligatoria por ley, pero que hace ya varios años es apreciada como necesaria entre los jóvenes y sus familias, en un proceso que se ha nombrado como de “obligatoriedad subjetiva” (Jacinto, 2006).

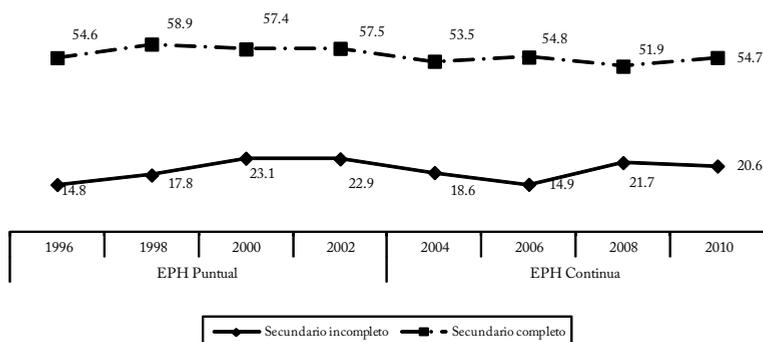
Los estudios de nivel superior ocupan un lugar central en las estrategias de los jóvenes. Al respecto, ha quedado ampliamente documentado que la Argentina es uno de los países que en el contexto latinoamericano presenta las mayores tasas brutas de matriculación en el nivel terciario de enseñanza (CEPAL, 2010). Lo cual tiene un amplio impacto entre las nuevas generaciones, ya que como puede apreciarse en el gráfico 2, la asistencia educativa en este grupo de edad es sostenida en todo el período en análisis, independientemente del ciclo económico. Registrándose también una mayor participación escolar como tendencia “contra cíclica” frente al declive económico que vivió nuestro país entre los años 1998 y 2002, sobre todo en aquellos jóvenes que no completaron la educación secundaria.

La forma de encarar la disyuntiva sobre la continuidad educativa y la inserción laboral, no obstante, se encuentra —ya esta edad— muy asociada al hecho de haber obtenido el diploma de la educación secundaria. Las tasas diferenciales de participación en el sistema educativo entre quienes completaron o no completaron ese nivel son elocuentes y van configurando un esquema de oportunidades y opciones de carácter desigual entre los jóvenes (gráfico 2).

La desigualdad de oportunidades está relacionada con distintos aspectos de la inserción educativa, laboral y social. En primera instancia, obviamente, se encuentra la posibilidad o imposibilidad en el acceso a estudios superiores, ya sea de nivel terciario (carreras técnicas/docentes) o de tipo universitario. Esta problemática se convierte en una dificultad que muchas veces se plantea

Gráfico 2

Porcentaje de los jóvenes entre 19 y 24 años de edad que asisten al sistema educativo, según nivel educativo alcanzado - Argentina - Total de los Aglomerados Urbanos



Fuente: elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 Relevamiento Puntual Onda Octubre. De 2004-2010 Relevamiento Continuo correspondiente al tercer trimestre.

algunos años después de la primera inserción laboral, signando los recorridos de numeros@s trabajador@s de nuestro país, en términos objetivos (oportunidades de empleo, etc.) y subjetivos (reconocimiento social y autoestima).

En segundo lugar, se hallan las efectivas condiciones de inserción laboral, las cuales tienen un carácter diferencial en relación con la participación laboral, el empleo, la desocupación y la calidad de las ocupaciones. En lo referido a la participación laboral, la situación es ciertamente contradictoria. Por ejemplo, quienes no alcanzaron a completar la educación secundaria participan del mercado de trabajo de un modo más permanente, hecho que se comprueba sobre todo en los hombres. Mientras que entre las mujeres, en cambio, hay fuertes tendencias a la inactividad absoluta (ver anexo). Los niveles de empleo, por otra parte, se han mantenido estables en todo el período en análisis, con la clara excepción de los años de crisis. Razón por la cual, sobre el final del período, la menor presencia de la desocupación entre quienes no terminaron la secundaria, parece estar asociada a una menor actividad laboral (los años 2008/2010 presentan las tasas de actividad más bajas de la serie, combinada con una mayor participación educativa; ver gráfico 2).

Entre quienes obtuvieron el diploma de la educación secundaria, la continuidad educativa y la participación laboral son hechos que se van combinando de distintas maneras. Hace ya unos años, se ha venido analizando la mayor

diversidad en los recorridos de inserción ocupacional, de forma paralela a la menor presencia de empleos con estabilidad y protección entre los egresados de la educación secundaria. Al respecto, se ha señalado que la mayor propensión a la continuidad educativa lleva a que muchas veces se aplaze la inserción laboral hacia edades más avanzadas, produciéndose la efectiva integración a la actividad productiva sobre los últimos años de los estudios de nivel superior (Filmus, Miranda y Otero, 2004).

Las menores oportunidades de empleo para graduados secundarios recientes —sobre todo aquellos que no cuentan con una formación técnica— aunado con aspectos subjetivos asociados a nuevas formas de habitar la juventud, parecen causar el alargamiento de la inserción laboral. Sobre este proceso, las investigaciones señalan que el recorrido de inserción que dejó de ser un camino directo y homogéneo, para convertirse en un “proceso” de marchas y contramarchas donde se hace evidente una amplia heterogeneidad de situaciones (Jacinto, 2010).

Con todo, en los datos se destacan dos fenómenos que muestran claramente la importancia de adquirir el diploma de la educación secundaria en nuestro país. El primero, está relacionado con los vínculos laborales que dicho certificado habilita. Aún en nuestros días y a pesar del fuerte crecimiento económico de los últimos años, los jóvenes que no completaron la educación secundaria acceden principalmente a puestos de trabajo precarios, muchas veces vinculados con el sector informal de la economía. La persistencia de este fenómeno en las distintas coyunturas económicas lleva a pensar que se trata de una característica estructural de inserción entre los trabajadores de bajo nivel educativo, que tiene amplias repercusiones en el nivel salarial (como se verá en los próximos apartados).

Un segundo fenómeno está vinculado con una modificación en el escenario de inserción con posterioridad a la crisis de 2002. Justamente, durante el período de crisis de principios de 2000 se estaba desarrollando el primer proyecto que este equipo de investigación realizaba acerca de la inserción laboral de los egresados de la escuela media. Por aquellos años, un dato que llamaba alarmantemente la atención estaba relacionado con que la tasa de desocupación de los egresados era de mayor envergadura, correspondiente a quienes no habían completado la secundaria (cuadro 2 - año 2002). Ya se van perdiendo los recuerdos de aquel particular momento, pero no está de más recordar que la creación de puestos de trabajo era inexistente, por lo cual la cohorte que se

insertaba masivamente luego de concluir la secundaria tenía muy poco chance de acceder a una ocupación.

Posteriormente, y a partir del año 2004, la situación comenzó a modificarse, produciéndose una mayor creación de empleo aunque en ocupaciones más inestables y rotativas. En efecto, como se ha señalado en la introducción, los años posteriores a la crisis tuvieron como factor predominante la alta rotación laboral y la precariedad en las ocupaciones de los jóvenes. Frente a los últimos datos, se puede señalar que la tasa de empleo se ha mantenido relativamente estable, y que se ha combinado con una baja de la actividad y una menor presencia de la precariedad, lo cual reditúa una tasa de desocupación de menor intensidad entre los egresados de la educación secundaria.

Cuadro 2

Tasas de actividad, empleo, desocupación y precariedad – Jóvenes entre 19 y 24 años de edad según máximo nivel educativo alcanzado - Argentina -
Total de los Aglomerados Urbanos

	EPH puntual				EPH continua			
	1996	1998	2000	2002	2004	2006	2008	2010
secundario incompleto								
TA	69,4	67,3	64,0	64,7	67,5	69,5	62,8	62,0
TE	50,0	51,2	46,0	44,7	49,0	51,6	50,3	49,1
TD	28,0	23,8	28,2	30,9	27,4	25,8	19,8	20,8
asalariado precario	65,0	66,2	69,7	83,1	81,6	74,3	67,5	72,6
secundario completo								
TA	60,8	56,8	58,3	56,0	62,7	61,7	58,1	56,2
TE	43,2	46,7	44,2	37,5	45,9	47,9	48,6	46,1
TD	29,0	17,8	24,1	33,0	26,8	22,4	16,4	17,9
asalariado precario	44,1	51,1	50,6	56,5	60,7	55,2	44,3	43,0

Fuente: elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 Relevamiento Puntual Onda Octubre. De 2004-2010 Relevamiento Continuo correspondiente al tercer trimestre.

En resumen, el saldo final del período parece confirmar una tendencia estructural hacia la amplia precariedad en la inserción laboral de los jóvenes que no lograron alcanzar el diploma de la educación secundaria. Así como también, una continuidad en las efectivas oportunidades de conseguir un empleo entre

los que completaron dicho nivel educativo, ya que la tasa de empleo es relativamente similar en los distintos años que aparecen en los cuadros (a excepción de los ciclos de crisis). Por lo cual, la hipótesis que señala la postergación y el alargamiento de la etapa de inserción laboral en dirección a una mayor formación educativa, continúa vigente en nuestros días.

JÓVENES ADULTOS

Hace unos años atrás era impensado nombrar a personas mayores de 25 años como jóvenes. En nuestros días, la condición juvenil se ha extendido y en algunos países del mundo occidental alcanza hasta los 35 años de edad. Varios factores, nuevamente, impulsan esta extensión que por estas latitudes es —sin duda— más efectiva entre los jóvenes que habitan hogares de mayores ingresos económicos.

La prolongación de la esperanza de vida, combinada con oportunidades de continuar en niveles educativos superiores y con menor chance de alcanzar un puesto de trabajo con ingresos acordes a la manutención propia, van configurando estas nuevas formas de habitar la juventud. Las cuales están relacionadas con el disfrute del tiempo libre, los consumos culturales y la experimentación, es decir con un “tiempo liberado” diferencial al que era socialmente permitido en otras generaciones (Abad, 2002).

Los nuevos estilos de vida se han extendido de forma consistente sobre todo en los países de mayor desarrollo económico y alcance de la seguridad social, pero que también aparecen como fenómenos emergentes en los países latinoamericanos. En este último caso, se dan de forma paralela a otros modos de organización del ciclo vital donde se produce una especie de aceleración y mezcla entre las actividades propias a la condición juvenil (según la estandarización de las sociedades del norte). Por ejemplo, por estos lados se puede observar la conjunción entre maternidad/paternidad temprana, la continuidad educativa y el consumo de bienes propios a la cultura juvenil: recitales, salidas nocturnas, etc. Entre otras formas de habitar la juventud que en los textos europeos adquieren la denominación de trayectorias atípicas o también “fallidas” (Biggart *et al.*, 2002).

En cualquier caso, y más allá de las especificidades propias a cada grupo social, a partir de los 25 años es claro que la relación con el sistema educativo es más distante en nuestro país. Mirándolo como un gradiente, se puede apuntar

que durante la etapa de la educación secundaria la experiencia escolar forma parte de la actividad central de los jóvenes, organizando su vida social y afectiva. En la etapa consecutiva, los estudios continúan siendo importantes, pero además se agregan los ambientes laborales y las nuevas experiencias vinculadas ahora a la mayoría de edad y a las posibilidades de movimiento que esta situación habilita. Por último, a partir de los 25 años y como se hace evidente en el cuadro 3, el vínculo con el mercado de trabajo es intenso, permaneciendo en actividad prácticamente 8 de cada 10 jóvenes de este grupo de edad. De forma análoga al comportamiento de los mayores de 30 años, consideramos en esta ocasión como “población adulta”.

Entre los trabajadores de este grupo de edad es notoria la menor elasticidad de la participación laboral respecto del ciclo económico, independientemente del capital educativo que detenten. Las tasas de actividad se mantuvieron prácticamente constantes en todo el período en análisis, presentando una lógica incremental según nivel educativo alcanzado. En efecto, el pasaje a la inactividad que se comprueba —sobre todo— en las mujeres de bajo nivel educativo en el período de primera juventud continúa como tendencia, al tiempo que se estabiliza la participación laboral en los trabajadores de mayor nivel educativo, entre los cuales las diferencias de género son menores. En este último caso, es interesante realizar una pequeña comparación entre el grupo de 25-29 años y el grupo de 30 a 64 años de edad, donde se registra una tasa de actividad levemente menor probablemente adecuado a la entrada de las mujeres de alto nivel educativo al ciclo reproductivo.

El acceso a puestos de trabajo es también incremental en dirección al nivel educativo, alcanzando una tendencia que en la población adulta se especifica aún más (cuadro 4). Entre los jóvenes menores de 29 años la situación no está aun completamente estabilizada, y los saltos entre niveles educativos primario y secundario se hacen evidentes sobre todo en referencia a la calidad de las ocupaciones. En ambos casos, no obstante, el diploma de la educación superior sigue constituyendo un salto importante, en términos de acceso efectivo al empleo y de protección contra la precariedad ya ingresando en edades adultas. En este marco, y de modo de dar continuidad al análisis, en el próximo apartado nos detendremos en una indagación sobre el saldo de los diplomas educativos respecto de los ingresos laborales, intentando dilucidar si se ha producido una modificación de tendencia durante los últimos años de crecimiento económico en el esquema de postconvertibilidad.

Cuadro 3

Tasas de actividad, empleo, desocupación y precariedad – Jóvenes entre 25 y 29 años de edad según máximo nivel educativo alcanzado*. Argentina - Total de los Aglomerados Urbanos

	EPH puntual				EPH continua			
	1996	1998	2000	2002	2004	2006	2008	2010
nivel educativo bajo								
TA	72,7	71,9	74,0	71,9	77,9	72,1	74,1	72,5
T3	59,1	61,0	60,8	59,3	66,4	64,1	65,0	65,6
TD	18,7	15,2	17,9	17,5	14,8	11,1	12,3	9,5
asalariados precarios	49,6	54,1	54,5	72,6	63,4	59,5	55,3	52,8
nivel educativo medio								
TA	75,0	75,8	77,8	77,0	79,7	79,5	77,8	77,9
TE	64,0	68,7	65,9	61,8	68,1	71,6	70,8	70,7
TD	14,8	9,3	15,3	19,7	14,5	9,9	9,0	9,2
asalariados precarios	28,9	33,1	39,5	40,6	36,2	34,1	33,3	32,3
nivel educativo alto								
TA	91,2	94,8	93,2	94,4	91,6	93,0	93,7	89,5
TE	83,3	89,2	88,0	80,9	85,4	84,3	88,0	86,9
TD	8,6	5,9	5,6	14,4	6,8	9,4	6,1	2,9
asalariados precarios	32,8	32,5	30,9	25,6	31,9	32,0	26,5	30,0

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 relevamiento puntual onda octubre. De 2004-2010 relevamiento continuo correspondiente al tercer trimestre.

*Nivel educativo bajo: hasta secundario incompleto/ Nivel educativo medio: hasta superior incompleto/ Nivel educativo alto: superior completo.

BRECHA DE INGRESOS

Una de las temáticas que mayor atención y debate sostuvo durante los años noventa está relacionada con el incremento en la desigualdad social. Los diagnósticos elaborados —principalmente sobre finales del decenio— señalaban que la aplicación de las medidas económicas del denominado “modelo aperturista” había generado una fuerte polarización en la estructura social, implicando

Cuadro 4

Tasas de actividad, empleo, desocupación y precariedad – Jóvenes entre 30 y 64 años de edad según máximo nivel educativo alcanzado*. Argentina - Total de los Aglomerados Urbanos

	EPH puntual				EPH continua			
	1996	1998	2000	2002	2004	2006	2008	2010
nivel educativo bajo								
TA	65,1	66,4	67,5	70,1	73,4	72,1	70,1	70,1
TE	54,8	58,7	58,1	58,2	65,7	66,6	65,9	66,0
TD	15,7	11,6	13,9	17	10,5	7,6	5,9	5,8
asalariados precarios	41,4	43,2	45,9	53,6	54,6	50,9	45,3	45,5
nivel educativo medio								
TA	72,4	73,8	75,1	74,0	78,3	79,6	77,4	79,0
TE	64,8	68	68	65,3	71,4	74,1	74,0	75,0
TD	10,4	7,9	9,5	11,8	8,8	6,9	4,5	5,0
asalariados precarios	22,6	23	24,6	27,4	29,8	26,1	23,9	25,4
nivel educativo alto								
TA	88,6	89,8	88,5	90,7	89,9	89,1	88,5	89,4
TE	83,4	86,4	84,2	84,2	86,2	87,1	85,7	87,3
TD	5,9	3,8	4,8	7,2	4,2	2,3	3,2	2,3
asalariados precarios	15,5	18	17,1	14,8	18,3	18,2	14	13,3

Fuente: elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 relevamiento puntual onda octubre. De 2004-2010 relevamiento continuo correspondiente al tercer trimestre.

*Nivel educativo bajo: hasta secundario incompleto/ Nivel educativo medio: hasta superior incompleto/ Nivel educativo alto: superior completo.

el empobrecimiento de amplios sectores sociales (Frenkel y Mauricio, 2002). Estos procesos se hicieron también evidentes en el espacio urbano (proceso de segregación territorial) y en la mayor concentración y segmentación social, implicando una forma transformación en las formas de vida de la población.

Durante aquellos años se produjeron amplias mutaciones. La apertura económica y la estabilización que propició el plan de convertibilidad generaron un escenario favorable a la expansión del consumo, sobre todo durante los primeros años de crecimiento económico. El mayor problema, podría decirse, es

que se trató principalmente de un consumo de bienes importados con base en un tipo de cambio “no competitivo”, el cual terminó de sentenciar el destino de la producción manufacturera nacional (Basualdo, 2000).

De esta forma, la apertura económica, las privatizaciones y el cambio tecnológico que se produjo en aquellos años tuvieron un amplio impacto al interior del mercado laboral, produciéndose un importante aumento de la desocupación y de la precariedad laboral. En este contexto, el equipo de investigación que elaboró el presente texto, participó de manera activa, aportando evidencia respecto de la dispersión en las oportunidades de empleo e ingresos de los trabajadores de diferentes niveles educativos.

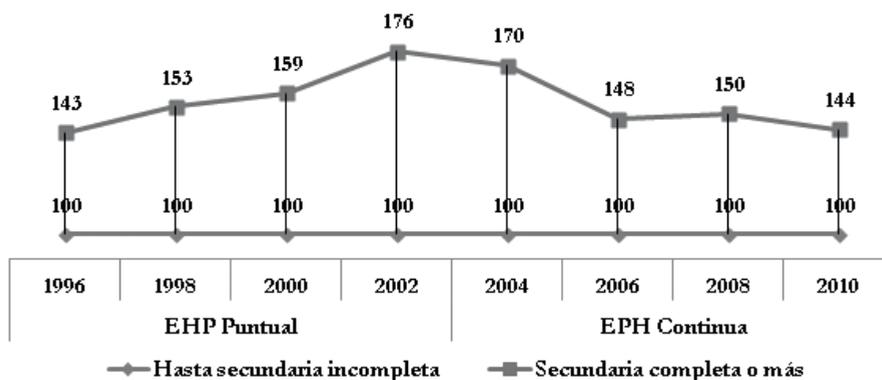
La diferenciación de oportunidades fue analizada desde distintos aspectos del mercado laboral. Referente al empleo, el seguimiento de datos desagregados hizo evidente que —quizás por primera vez en nuestro país— la desocupación afectaba principalmente a los grupos de menores niveles educativos (Filmus y Miranda, 1999). Respecto de los ingresos laborales, se observó que los procesos de apertura económica beneficiaron a los trabajadores de mayor nivel educativo (sobre todo aquellos que accedían a los sectores que se modernizaban), ampliándose significativamente la brecha de ingresos entre los ocupados de las distintas categorías educativas (Frenkel y Gonzalez Rozada, 1999). En un marco donde, los empresarios intermedios que habían caracterizado aquel “cuentapropismo prospero” de mediados de siglo, dejaban de tener lugar en el esquema productivo. Así las cosas, se sostuvo que “los que ganaron” fueron trabajadores menores de 40 años con diploma de la educación superior, quedando los jóvenes de bajo nivel educativo, y los mayores de 45 años en el “núcleo duro” de la desocupación.

La desigualdad de oportunidades de empleo e ingresos fue haciéndose más intensa en las distintas crisis por las que atravesó el modelo de convertibilidad (1995 y 1998), y alcanzó su punto máximo durante la crisis de los años 2001-2002. ¿Qué pasó después de esos años? ¿Cuál fue el resultado de la modificación de la estrategia económica en el período postconvertibilidad entre los jóvenes? Son algunos de los interrogantes que se plantearon durante la escritura del presente documento, y sobre los cuales no se ha encontrado consenso entre los textos consultados.

En este sentido, es necesario advertir que el tema de los ingresos por nivel educativo entre los jóvenes no es sencillo. Existe una dificultad relacionada con la culminación de la educación universitaria, la cual muchas veces se produce en

Gráfico 3

Ingreso de la ocupación principal, jóvenes entre 25 y 29 años según nivel educativo alcanzado - Argentina - Total de los Aglomerados Urbanos



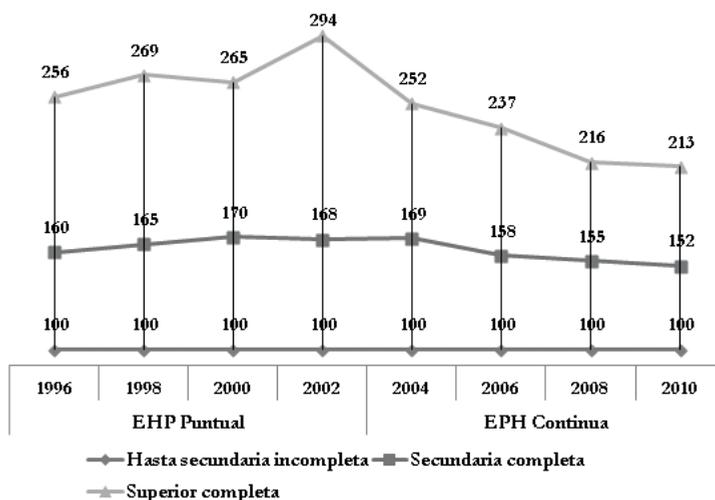
Fuente: elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 Relevamiento Puntual Onda Octubre. De 2004-2010 Relevamiento Continuo correspondiente al tercer trimestre.

nuestro país en el transcurso de los 25 a 29 años de edad. Razón por la cual, el primer procesamiento se realizó en referencia al diploma de la educación secundaria, cuya edad teórica de culminación corresponde con los 18 años de edad.

Los resultados se presentan en el gráfico 3, donde se puede observar una curva que mide la distancia entre los ingresos de los jóvenes entre 25 y 29 años de edad, según hayan completado los estudios secundarios. Aquí se dejan ver algunos de los fenómenos comentados con anterioridad, vinculados a la ampliación de la brecha durante finales de los noventa y durante principios de 2000. También puede observarse el mantenimiento de cierta “diferencia” estructural constante entre los años 2006-2010. En efecto, de manera concomitante a lo observado en las tasas de empleo y desocupación, las oportunidades de ingreso de los jóvenes con secundario incompleto mantienen aún su distancia con quienes concluyeron ese nivel educativo.

La distancia de ingresos que marca el acceso a la educación secundaria se mantiene entre los trabajadores adultos. Como puede observarse en el gráfico 4, esa brecha se ha morigerado levemente, pero continúa siendo proporcional en relación con los últimos años de la década del noventa. Sin embargo, al observar el gráfico que corresponde a la población adulta —donde el proceso educativo

Gráfico 4
 Ingreso de la ocupación principal, jóvenes entre 30 y 64 años según nivel educativo alcanzado* - Argentina - Total de los Aglomerados Urbanos



Fuente: elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 Relevamiento Puntual Onda Octubre. De 2004–2010 Relevamiento Continuo correspondiente al tercer trimestre.

ha quedado completo— se puede observar que en el período postconvertibilidad se ha producido una fuerte modificación en la distancia de quienes cuentan con diploma del nivel superior, respecto de quienes de los otros niveles educativos, están en dirección a una menor brecha en los ingresos laborales.

Al respecto, los factores de mayor incidencia parecen estar relacionados con la revitalización del consejo del salario (incremento del salario mínimo, vital y móvil), el funcionamiento de los convenios colectivos de trabajo, en conjunto con nuevas condiciones de funcionamiento del sector cuentapropista vinculado al comercio, los servicios y la producción de pequeña escala, los cuales, en su conjunto, parecen haber morigerado la fuerte brecha de ingresos que existía sobre fines de los años noventa y principios de 2000 entre los trabajadores de nivel educativo bajo, medio y superior. La cual se ha retrotraído a niveles bastante inferiores a los que se podían medir durante la última fase de crecimiento de la convertibilidad. De forma tal que, los datos hacen evidente una estructura de menor polarización entre los trabajadores de distintos niveles educativos, sostenida en un mayor incremento proporcional de los ingresos la-

borales de los segmentos de menor calificación educativa, quienes habían sido más castigados durante la vigencia del modelo aperturista.

COMENTARIOS FINALES

Hacia finales de los años noventa existía un fuerte consenso entre los analistas del trabajo de perspectiva crítica respecto de las consecuencias de la aplicación de las reformas estructurales en el mercado laboral. Los diagnósticos señalaban una fuerte expansión de la desocupación, de la precariedad laboral, la menor extensión del cuentapropismo “prospero” o sector de producción nacional intermedio (Palomino y Schvarzer, 1996), la desaparición de numerosas industrias y la mayor vigencia del sector servicios (mayor terciarización de la estructura ocupacional). Factores que en su conjunto, se argumentó, fueron claves en la consolidación del incremento de la pobreza y la desigualdad social que se expandió durante aquellos años.

Las transformaciones estructurales tuvieron una fuerte incidencia en las oportunidades de empleo y en las condiciones de vida de los jóvenes. Justamente, aquel sector nacional intermedio constituía la principal demanda de mano de obra de menor calificación, razón por la cual aquellos jóvenes que se integraban a la actividad laboral sin haber concluido la educación secundaria empezaron a quedar sin destino, en un contexto donde se privilegió la selección de trabajadores de mayor nivel educativo.

Los nuevos establecimientos que se proveían de mano de obra juvenil impusieron como requisito el diploma de la educación secundaria. *Shoppings*, supermercados y otros comercios que comenzaron a reemplazar a los pequeños establecimientos barriales dirigieron la demanda en dirección a ese requisito escolar. De esta forma, los jóvenes que abandonaban la educación secundaria ingresaron en un territorio de vulnerabilidad social o exclusión juvenil, de tal extensión que se llegó a plantear la existencia de una “generación perdida” (Salvia, 2000).

Por otra parte, los procesos de privatización y la modernización de algunos sectores productivos en el marco de la apreciación cambiaria producto de la Ley de Convertibilidad, propiciaron que los trabajadores de mayores niveles educativos obtuvieran una mayor distancia de ingresos, configurando una fuerte modificación de la estructura social. En este contexto, las empresas del “núcleo” comenzaron a diferenciar ampliamente las remuneraciones en las

distintas categorías laborales, en un marco de actividad sindical defensiva e incremento de la prerrogativa empresarial.

¿Qué pasó después de esos años? ¿Qué modificaciones trajo aparejada el cambio de la estrategia económica del período postconvertibilidad? ¿Tienen los jóvenes de hoy mejores condiciones de vida? ¿Qué fue de aquella generación perdida? Fueron algunas de las preguntas que se presentaron al iniciar el diagnóstico de base que refleja el presente texto. Al respecto, la evidencia relevada parece confirmar que algunas de las tendencias del modelo aperturista se han modificado en dirección a generar mejores niveles de vida en la población. La menor vigencia de la desocupación y de la precariedad observada en los cuadros confirman esa mejoría. Así como también, la menor polarización de ingresos, y la implantación de un nuevo esquema de políticas sociales que otorgó un novedoso marco de derechos (obligatoriedad de la educación secundaria- asignación universal) completan un esquema de mayor protección social.

De este modo y en términos generales, las condiciones de vida de los jóvenes han mejorado, sobre todo en el largo plazo. A pesar de ello, los rasgos estructurales de la precariedad de las primeras inserciones laborales continúan aún vigentes, y la suerte de aquéllos que no logran culminar la educación secundaria permanece atada a una realidad inestable y de bajos ingresos.

Con base en la evidencia recabada y en respuesta a los interrogantes planteados, las conclusiones nos alejan de sostener la vigencia de “generaciones perdidas”, de “ni-nis” y otras figuras que no hacen más que estigmatizar a aquellos jóvenes que les ha tocado nacer en grupos donde los recursos económicos son de supervivencia. Y afirmar que cuando las condiciones estructurales se modifican, se van también afirmando nuevos horizontes tendientes a un mayor bienestar general. Planteando nuevos desafíos vinculados ahora con la generación de mejores condiciones sociales y laborales para que hombres y mujeres jóvenes puedan transitar su juventud como un espacio de formación, experimentación y conocimiento personal.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Abad, M. (2002), “Las políticas de juventud desde la perspectiva de la relación entre la convivencia, ciudadanía y nueva condición juvenil”, *Ultima Década*, núm. 16, Viña del Mar.

- Balardini, S. (2000), "Prólogo. La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo", Buenos Aires, Clacso.
- Basualdo, E. (2000), *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa*, Buenos Aires, Flacso-Universidad Nacional de Quilmes.
- Biggart, A. et al. (2002), "'Trayectorias fallidas', entre estandarización y flexibilidad en Gran Bretaña, Italia y Alemania Occidental", *Revista de Estudios de Juventud, Jóvenes y Transiciones a la Vida Adulta en Europa*, núm. 56, pp. 11-29.
- Braslavsky, C. y D. Filmus (1987), "Último año de colegio secundario y discriminación educativa", Buenos Aires, Documentos e Informes de Investigación, núm. 50, Flacso, Argentina.
- Cappellacci, I. y A. Miranda (2007), *La obligatoriedad de la educación secundaria en Argentina: deudas pendientes y nuevos desafíos*, DINIECE, Buenos Aires, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL] (2010), *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, CEPAL.
- Coleman, J. (2008), "La sociedad adolescente. Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos", en G. M. y J. A. Pérez Islas, México, UNAM-Porrúa.
- Damil, Frenkel y Mauricio (2002), *Argentina: una década de convertibilidad*, Santiago de Chile, OIT.
- Filmus, D., A. Miranda y A. Otero (2004), "La construcción de trayectorias laborales entre los egresados de la escuela secundaria", en C. Jacinto, *¿Educar para que trabajo?: discutiendo rumbos en América Latina*, Buenos Aires, La Crujía Ediciones-redEtis.
- , C. Kaplan, A. Miranda y M. Moragues (2001), *Cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente, la escuela media en épocas de globalización*, Buenos Aires, Editorial Santillana.
- y A. Miranda (1999), "Más educación, menos trabajo = más desigualdad", en D. Filmus, *Los noventa*, Buenos Aires, Eudeba-Flacso.
- Frenkel, R. y M. González Rozada (1999), *Liberalización del balance de pagos. Efectos sobre el crecimiento, el empleo y los ingresos en Argentina*, Buenos Aires, CEDES.

- Gallart, M. A. (1984), “La evolución de la educación secundaria 1916-1970: El crecimiento cuantitativo de la matrícula y su impacto en la fuerza de trabajo (segunda parte)”, *Revista CLAS*, xxxiii, núm. 331, pp. 4-20.
- Hobsbawn, E. (1990), *La historia del siglo xx*, Buenos Aires, Alianza Editorial.
- Jacinto, C. (2010), *Introducción. La construcción social de las trayectorias laborales de jóvenes*, Buenos Aires, Teseo IDES.
- (2006), *La escuela media: reflexiones sobre la agenda de inclusión con calidad*, Buenos Aires, Fundación Santillana.
- Miranda, A. (2007), *La nueva condición joven: educación, desigualdad y empleo*, Buenos Aires, Fundación Octubre.
- Miranda, A. y A. Salvia (1999), “Norte de Nada: los jóvenes y la exclusión en la década del ‘90”, *Realidad Económica*, núm. 165.
- Palomino, H. y Schvarzer (1996), “Del pleno empleo al colpaso”, *Revista Encrucijadas*, núm. 4.
- Salvia, A. (2000), “Una generación perdida: los jóvenes excluidos en los noventa”, *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 1, mayo.

ANEXO

Cuadro 1

Duración de los ciclos educativos obligatorios de la educación secundaria
en 19 países de América Latina

país	Educación Secundaria					
	años de duración del ciclo		edades de ingreso		años escuela obligatoria	
	secundaria básica	secundaria superior o preparatoria	secundaria básica	secundaria superior o preparatoria	secundaria	secundaria superior o preparatoria
Argentina	3	3	12	15	3	3
Bolivia	2	4	12	14	2	0
Brasil	4	3	11	15	4	0
Chile	2	4	12	14	2	4
Colombia	4	2	12	14	4	0
Costa Rica	3	2	12	15	3	1
Cuba	3	3	12	15	3	0
Ecuador	3	3	12	15	3	0
El Salvador	3	3	13	16	3	0
Guatemala	3	2	13	16	3	0
Honduras	3	3	13	16	0	0
México	3	3	12	15	3	0
Nicaragua	3	2	13	16	0	0
Panamá	3	3	12	15	3	0
Paraguay	3	3	12	15	3	0
Perú	3	2	12	15	3	2
Rep. Dominicana	2	4	12	14	2	0
Uruguay	3	3	12	15	3	0
Venezuela (Rep. Bol. de)	3	2	12	15	3	1

Fuente: elaboración propia con base en datos de CEPAL: Panorama social de América Latina, 2007.

Cuadro 2
Tasas de actividad, empleo, desocupación y precariedad – Jóvenes entre 19 y 24 años de edad según máximo nivel educativo alcanzado – Argentina – Total de los Aglomerados Urbanos

	1996	1998	2000	2002	2004	2006	2008	2010	
Varón									
hasta secundario incompleto	tasa de actividad	86,3	85,0	79,8	79,7	83,2	84,2	78,3	79,9
	tasa de empleo	65,8	66,4	60,0	56,1	63,4	65,7	65,4	64,9
secundario completo o más	tasa de desocupación	23,7	21,9	24,8	29,6	23,9	21,9	16,4	18,7
	precariedad laboral	61,2	63,0	67,9	77,6	79,3	70,4	64,4	68,7
hasta secundario incompleto o más	tasa de actividad	65,9	62,5	64,8	59,5	67,1	68,6	66,4	65,2
	tasa de empleo	48,4	52,6	50,5	41,7	50,5	56,5	57,2	54,8
	tasa de desocupación	26,6	15,9	22,0	29,9	24,8	17,6	13,9	15,9
	precariedad laboral	42,9	50,0	47,8	53,1	56,8	52,0	38,0	35,9
Mujer									
hasta secundario incompleto	tasa de actividad	49,5	45,5	43,9	46,3	48,2	50,3	43,3	39,5
	tasa de empleo	31,3	32,7	28,0	30,7	31,4	33,0	31,4	29,2
secundario completo o más	tasa de desocupación	36,7	28,2	36,1	33,7	34,8	34,3	27,5	26,1
	precariedad laboral	74,3	74,1	74,4	94,0	86,9	84,3	75,2	82,8
	tasa de actividad	56,7	52,3	53,8	53,4	58,5	55,9	50,8	49,0
	tasa de empleo	39,0	42,1	39,9	34,4	41,6	40,7	41,0	39,2
	tasa de desocupación	31,2	19,5	25,9	35,5	28,9	27,3	19,2	20,1
	precariedad laboral	45,2	52,1	53,0	59,4	65,1	58,9	51,7	50,6

Fuente: elaboración propia con base en datos de la EPH-INDEC. De 1996 – 2002 Relevamiento Puntual Onda Octubre. De 2004-2010 Relevamiento Continuo correspondiente al tercer trimestre.

Jóvenes, trabajo y género. Itinerarios laborales, laberintos de cristal y construcción de subjetividades

MABEL BURIN

Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)

INTRODUCCIÓN

En este artículo nos proponemos describir y analizar algunos fenómenos significativos, interesantes para el estudio sobre los jóvenes y el trabajo. Entrecruzaremos hipótesis psicoanalíticas con teorías de género para comprender la construcción de las subjetividades generalizadas y sus procesos de inserción laboral.

En primer lugar, se presentan los antecedentes de investigaciones anteriores que relacionan las problemáticas de la inserción laboral con la construcción de las subjetividades femeninas y masculinas.

En segundo lugar, se describen algunos aspectos subjetivos específicos, los así llamados mecanismos de defensa. Se analiza cómo inciden algunos de ellos en la obstaculización de las trayectorias laborales de la gente joven. Se destacan tres mecanismos en particular: la omnipotencia, la negación y la idealización.

En tercer lugar, se sugiere un análisis de la construcción de la identidad de género, femenina y masculina, a partir de la Teoría de las Identificaciones, dentro del marco de las hipótesis psicoanalíticas. Se expone esta teoría en sus formas más tradicionales y su reconstrucción crítica sobre la identidad de género masculina a partir de experiencias vitales de crisis laboral en varones de sectores medios urbanos de Buenos Aires, Argentina.

En cuarto lugar, se toma el clásico concepto de Resiliencia, aplicado a sujetos que responden fortaleciéndose ante situaciones críticas, proponiendo una ampliación de este concepto individualista hacia una perspectiva comunitaria. Se lo relaciona con el análisis del sexismo hostil y del sexismo benevolente como aspectos de las actitudes patriarcales que vulneran las posibilidades de desarrollo laboral de las mujeres. Junto con las variadas formas de discriminación sexista, se incluye un debate acerca de la “ceguera de género” y su tensión con el supuesto de una progresiva “desgenerización” de las trayectorias laborales en la gente joven. El concepto de “techo de cristal” y de “laberintos de cristal” son desarrollados para ilustrar aspectos de estas problemáticas.

Finalmente, se destaca la importancia de la figura de una Mentora, en particular para las mujeres jóvenes. Se proponen conceptos claves acerca de la distinción entre tener influencia y adquirir poder para el género femenino, y su incidencia en la elección y sostén de las carreras laborales femeninas.

GÉNERO, TRABAJO, SUBJETIVIDAD: UN MODO DE INVESTIGAR

Para el estudio de la juventud y el trabajo hemos tomado como antecedentes algunas investigaciones realizadas en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) de Buenos Aires desde la perspectiva de los estudios de género y su articulación con la construcción de las subjetividades femeninas y masculinas. Una de esas investigaciones, llamada Género, trabajo y familia, fue dedicada a estudiar parejas heterosexuales de sectores medios urbanos de Buenos Aires y el conurbano, de edades comprendidas entre los 30 y los 45 años. Otra de nuestras investigaciones se llamó Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género, y se enfocó en las condiciones de endeblez laboral de varones de sectores medios urbanos de edades comprendidas entre 45 y 60 años.

Hasta ahora hemos trabajado con los criterios de la investigación cualitativa, realizando entrevistas en profundidad, semidirigidas, con 20 sujetos en cada investigación, con garantías de confidencialidad sobre los datos brindados por nuestros entrevistados. En una de nuestras investigaciones hemos agregado, además, el test llamado “Persona bajo la lluvia”, que consiste en una prueba gráfica donde se le pide al sujeto entrevistado que dibuje una persona bajo la lluvia, con la consigna de que luego le pusiera un nombre, edad, y relatara una pequeña historia relativa al personaje dibujado. La selección de este test se basó en su prolongada historia de aplicación a aspirantes a puestos de trabajo, y su objetivo es explorar los recursos del sujeto ante situaciones adversas. Ambos instrumentos, o sea, la aplicación de la entrevista en profundidad y el test de Persona bajo la lluvia, nos permitieron articular los criterios utilizados habitualmente en las ciencias sociales y humanas para los estudios de caso, con los utilizados por el método clínico del cual tenemos amplia experiencia por nuestra formación como psicólogas psicoanalistas.

Hemos encontrado como recurso interesante la utilización del método clínico psicológico aplicado a las entrevistas en profundidad y al análisis del test gráfico, el cual nos resultó eficaz para poner el acento en la escucha de los relatos que hacen los entrevistados. Se trata de un dispositivo de escucha distinto, basada en el criterio clínico denominado “atención flotante”, con el cual no sólo guiamos al entrevistado siguiendo la pauta de entrevista diseñada previamente, sino que también prestamos atención a todo hecho que altere de modo inesperado la trama pretendidamente coherente del relato. Ejemplo de esto son los datos omitidos, sugeridos pero no explicitados, el evitar temas específicos, y los *lapsus* y confusiones que se producen en el relato. También se procura comprender la peculiaridad de las cadenas asociativas creadas por los entrevistados, una variante de la así llamada “asociación libre” por las cuales los sujetos relacionan los datos que interrogamos con otros aspectos de sus vidas que aparentemente no estaban dentro de nuestra búsqueda, pero que luego se revelan significativos a la hora de evaluar el material obtenido. Asimismo, prestamos atención no sólo a los relatos manifiestos, sino también a sus contenidos latentes, expresados bajo la forma de comunicación no-verbal, por ejemplo, datos gestuales, posturales, de timbres de la voz, etc. La pauta de preguntas que tenemos para explorar suele verse enriquecida por la singular creatividad de cada sujeto para relacionar los temas, volver sobre ellos, de modo que cada estudio de caso es tomado como una apertura para explorar tendencias

subjetivas que luego procuramos tipificar según las tendencias predominantes. Procuramos hacer un análisis de los recursos subjetivos que tienen los sujetos como modos de afrontar y procesar sus conflictos, mediante una tipología en la cual agrupamos rasgos de los entrevistados. Sin pretender que la tipología sea exhaustiva, hemos podido agrupar rasgos subjetivos diferenciados en mujeres y en varones caracterizados como Tradicionales, Transicionales e Innovadores. Hemos utilizado estas características en variados estudios sobre Género y Subjetividad, incluyéndola también en el estudio de parejas. En todos los casos destacamos que no existen tipos puros, sin embargo se han encontrado “casos típicos” representativos de cada una de estas caracterizaciones. En una breve síntesis, los sujetos Tradicionales representan lo que se llaman “masculinidades hegemónicas” y “femineidades convencionales propias de la modernidad”. Los sujetos Transicionales presentan características mixtas, en que coexisten algunos rasgos de los más tradicionales y otros de los más innovadores. Los caracterizados como Innovadores tienden a organizar su subjetividad con un criterio de desgenerización, o sea de alejamiento de la polaridad genérica femenino/masculino propios de la Modernidad en Occidente.

Lo que se procura describir es cómo la articulación entre nuestra experiencia en el método clínico psicológico y el método de estudios de caso utilizado en la sociología, la antropología, el trabajo social, etc., nos brinda un entramado complejo de conocimientos que estamos tratando de sistematizar, alejándonos de las interpretaciones lineales, causalistas, que utilizan interpretaciones simplistas de relaciones causa-efecto. En este sentido, nos inscribimos en la corriente de los paradigmas de la complejidad. Esta posición nos lleva a valorizar los aspectos de la experiencia que no corroboran las expectativas de quienes investigamos, intentando un enfoque abierto para comprender los conflictos que se plantean entre nuestras hipótesis y los observables no confirmados. Desde la perspectiva de los Estudios del Género y su articulación con la construcción de las subjetividades, a menudo nos encontramos con que nuestras expectativas sobre los cambios de los sujetos estudiados no son tan frecuentes ni consistentes como lo desearían nuestras expectativas. Se considera que cuando estudiamos procesos de cambios sociales acelerados, como las recientes transformaciones en las relaciones entre los géneros, así como en los modos de inserción laboral, se debe luchar contra un optimismo voluntarista que nos haría afirmar que los cambios en las relaciones entre los géneros ya es un hecho logrado. Se prefiere sostener un moderado optimismo entre los

anhelos de haber logrado ya una paridad, y la tensión que se produce con un insistente deseo de establecer relaciones de poder entre los géneros.

ALGUNOS MECANISMOS DE DEFENSA:
LA OMNIPOTENCIA, LA NEGACIÓN, LA IDEALIZACIÓN

Los mecanismos de defensa son recursos psicológicos destinados a reducir los efectos de situaciones estresantes o difíciles de afrontar. No siempre las personas tienen conciencia sobre la utilización de sus mecanismos de defensa y sus estilos defensivos predominantes. El objetivo de la utilización de mecanismos de defensa es evitar la angustia, arrojando fuera de la conciencia algún aspecto de la realidad que se perciba como amenazante para la integridad del sujeto.

Denominamos mecanismos de defensa a los recursos que utiliza el Yo de un sujeto para procesar las exigencias que le demandan tanto la realidad externa en la que vive —por ej., su lugar de residencia, su inserción socioeconómica, su edad, sus condiciones de salud— como la realidad interna que le requieren sus emociones, sus deseos y fantasías, sus habilidades y limitaciones personales, y las marcas que han dejado en su subjetividad su historia familiar y social. Ambas realidades, objetivas y subjetivas, se entrelazan configurando un entramado que requiere de diversos procesamientos por parte de cada sujeto. Ante situaciones adversas, algunos mecanismos de defensa se refuerzan, en tanto que otros se debilitan. A esto debería agregarse el factor etéreo: la adolescencia y la primera juventud son períodos de gran labilidad emocional y social, así como de cambios subjetivos que se acompañan de cambios en las expectativas del entorno familiar y social respecto de los sujetos, y estos son factores que inciden profundamente en la configuración de los mecanismos de defensa que utilizará cada sujeto, de un modo singular. Destacaremos tres mecanismos de defensa que podemos hallar con más frecuencia: la omnipotencia, la negación y la idealización.

Uno de los más habituales en este grupo etéreo es el de la omnipotencia, consistente en el sentimiento de que el sujeto será absolutamente capaz y contará con todas las habilidades necesarias para superar las condiciones difíciles de su realidad, tanto externa como interna. Este es un recurso mediante el cual un sujeto percibe y actúa ante situaciones conflictivas como si dispusiera de capacidades especiales para enfrentarlas, considerándose a sí mismo superior y distinto de las demás personas. Este mecanismo de omnipotencia surge como

reacción al sentimiento de impotencia para lograr cambiar su realidad, y se expresa en frases como “a mí no me va a suceder lo que le sucedió a X, con su carrera laboral”, o bien, algo muy escuchado entre las chicas jóvenes: “a mí no me va a pasar eso del “techo de cristal”, porque sólo de mí depende, y sé que lo voy a superar”. Cuando escuchamos estas suposiciones entendemos que está interviniendo otro mecanismo de defensa que es la *negación*. Ésta consiste en tratar los elementos de la realidad que resultan desagradables o provocan angustia como si éstos no existieran. Mediante la negación se rechaza a veces en forma consciente y otras inconscientemente aspectos dolorosos o inaprensibles de la realidad externa o de las propias experiencias subjetivas, ignorando las frustraciones o amenazas que implicaría para el sujeto el reconocimiento de esas realidades, sean éstas objetivas o subjetivas.

En los casos que estamos estudiando, se niega que existe una realidad opresiva en el campo laboral, una realidad que se multiplica y agiganta cuando las mujeres se ven exigidas a armonizar su vida laboral con su vida familiar, especialmente cuando tienen niños pequeños. A esta dificultad se le suma que, para los varones, la negación consiste en que el armado de la vida familiar en lo que se refiere a la crianza de los niños pequeños compete casi en exclusividad a las mujeres, con la frase que se enuncia “ese es un problema de ellas, yo me tengo que concentrar en mi carrera laboral”. El mecanismo de negación se afirma aquí sobre una realidad social y cultural, que atribuye a las mujeres ser las principales responsables del escenario doméstico y del cuidado de los niños pequeños. Sin embargo, en nuestras investigaciones, al explorar en profundidad el sentimiento más íntimo de los varones estudiados respecto a sus vínculos con sus hijos pequeños, muchos de ellos manifestaron que sí deseaban tener vínculos con más cercanía con sus niños, dedicarse más horas a su cuidado, desplegar más activamente los así llamados “vínculos de apego” con sus hijos. Estos hombres han debido recurrir al mecanismo de defensa de la negación para poder apartarse de sus hijos pequeños, delegar la cercanía y el desarrollo de un máximo contacto emocional con ellos a sus esposas, y utilizar diversas formas de racionalización para soportar esta frustración a sus necesidades de apego. Estos fueron requerimientos impuestos por la internalización de los estereotipos de género tradicionales que los llevan al logro de desarrollos laborales y económicos en desmedro del desarrollo de los vínculos de intimidad familiar. Actualmente se describen las “nuevas paternidades” como intentos de superar esa injusta distribución de bienes —materiales y subjetivos— entre los géneros.

Otro mecanismo de defensa a tener en cuenta en este grupo etáreo es el de la idealización: este es un recurso en el cual se toma la parte por el todo, y esa parte se la agranda y embellece de tal modo que el resto pasa desapercibido.

Es un mecanismo que consiste en considerar la realidad más bella y mejor de lo que realmente es, tanto la realidad externa como la realidad interna, atribuyendo cualidades exageradamente positivas a los hechos, las personas, o a sí mismo.

Esto se da, por ejemplo, en aquellas muchachas que idealizan su entorno familiar, especialmente a sus madres y hermanas, y dan por supuesto que contarán con su apoyo para formar una familia y criar a sus niños. Con esta idealización pueden estar desestimando la realidad restante, por ejemplo, que su madre o sus hermanas u otras familiares pueden no estar disponibles para semejante compromiso, por diversos motivos que pueden presentarse a veces repentinamente, tales las enfermedades, migraciones, u otros obstáculos como la falta de disposición subjetiva de las abuelas actuales para cuidar de sus nietos, como sucedía con las abuelas tradicionales.

En este sentido conviene recordar las últimas investigaciones realizadas por algunas autoras españolas, entre ellas, Constanza Tobío (2007) o María Ángeles Durán (2011), esta última, considerando que las abuelas actuales somos la última generación de mujeres dispuestas a apoyar a nuestras hijas en la crianza de sus niños a cambio de que ellas puedan desarrollar sus carreras laborales. Este espíritu de sacrificio y de postergación de las propias necesidades en nombre de las necesidades de los otros, ya no está presente en las nuevas generaciones de mujeres, especialmente entre aquellas que han tenido oportunidades educativas de nivel superior y han desarrollado carreras laborales en las cuales quieren permanecer hasta un período que va más allá del momento de la abuelidad. Este tipo de trabajo de las abuelas, considerado como una extensión natural del trabajo maternal y doméstico, ha dejado de tener vigencia y legitimidad entre un amplio grupo de mujeres mayores, a pesar de que persiste en la subjetividad de sus hijas jóvenes la representación anterior de sus madres como cuidadoras, y no vacilan en catalogarlas como “egoístas” cuando las abuelas desean preservar aquellos deseos que trascienden la esfera familiar y doméstica, por ejemplo, porque han desarrollado intereses artísticos, intelectuales, y otros, que las alejan del cuidado de sus nietos pequeños. Cuando las muchachas jóvenes se afirman en el mecanismo de la idealización respecto de los apoyos familiares para criar a sus niños, la decepción ulterior suele ser también agigantada, y se ven sumergidas

en conflictos emocionales que comprometen a menudo su salud física y su vida laboral. Sin embargo, todavía persiste el espíritu de solidaridad entre mujeres, cuando se trata del cuidado de los niños, especialmente en las comunidades pequeñas donde suele haber un firme espíritu de solidaridad entre sus miembros.

Hasta ahora he descrito los mecanismos de defensa de la negación, la idealización y la omnipotencia como un conjunto de recursos que provee a la/el sujeto de un exagerado optimismo respecto de su futuro laboral y familiar, en tanto que la ausencia absoluta de estos recursos defensivos ante realidades difíciles deja al Yo de cada sujeto inerte, indefenso ante las exigencias de la realidad, tanto objetiva como subjetiva. Uno de los resultados de esta indefensión yoica consiste en quedar sumergido en un tipo de pesimismo que le resulte paralizante, incapaz de toda acción sobre su realidad. Un balance equilibrado en la utilización de estos mecanismos de defensa les permitiría mantener un moderado optimismo respecto de su futuro, y, desde la perspectiva de los Estudios de Género, el suficiente espíritu de lucha como para procurar transformar sus condiciones de vida, tanto en la esfera laboral como en la esfera familiar.

UNA TEORÍA DE LAS IDENTIFICACIONES: REVISIÓN CRÍTICA

Otro aspecto de la construcción de las subjetividades articuladas con las teorías de género podría enfocarse desde la teoría de las Identificaciones tempranas en la construcción de la identidad.

La teoría de las Identificaciones tempranas es una hipótesis psicoanalítica que supone que las personas construyen su subjetividad en la base de asemejarse a alguna figura significativa de su entorno desde su temprana infancia. Las observaciones más tradicionales atribuyen a niñas y niños en sus primeros años de vida un acercamiento identificatorio más marcado hacia su madre —en especial cuando nuestros ordenamientos culturales hacen que la madre sea la principal figura de cuidados tempranos hacia sus hijos—. En la construcción de la subjetividad masculina, se supone que el niño hará un difícil proceso de desidentificación de su madre en tanto figura femenina, para pasar a identificarse con su padre o bien con otros hombres de su entorno familiar, cultural y social (Nancy Chodorow, 1984, 2003; Bleichmar, 1985, 1997).

A partir de los años ochenta y más aún en los noventa, la condición masculina pasa a ser problemática, en un período de incertidumbres y angustias; se

ha puesto en crisis un eje que había sido constitutivo de la subjetividad masculina a partir de la Modernidad: el ejercicio del papel de género como proveedor económico, en el contexto de la familia nuclear, y la configuración de una identidad de género masculino en el despliegue eficaz de ese papel. La crisis del papel masculino como proveedor económico se vincula con el nivel crítico de los modos de empleo y trabajo tradicionales y con las profundas transformaciones en la familia nuclear.

El concepto de identidad laboral está en debate. La revolución tecnológica y la globalización tienen efecto sobre la subjetividad de los trabajadores. Perdieron vigencia muchas ocupaciones tradicionales que otorgaban identidad favoreciendo el sentimiento de sí, el reconocimiento social, posiciones de prestigio y acceso a recursos económicos. Esto incide en la construcción de subjetividades femeninas y masculinas diferenciadas, con relación a la inserción laboral. En tanto las mujeres afirman rasgos identitarios sobre la base de la expresividad emocional, ellos adquieren identidades basadas en los aspectos instrumentales de su inserción laboral: las mujeres desarrollan estilos comunicacionales y rasgos de personalidad que procuran dar y suscitar respuestas gratificantes y complacientes; los varones desarrollan estilos y rasgos no orientados básicamente hacia las respuestas emocionales inmediatas de los otros: más que solicitar respuestas positivas, desarrollan capacidad para tolerar la hostilidad u oposición que sus conductas asertivas provoquen en los otros.

Cuando hemos hallado mujeres con habilidad en los rasgos instrumentales, también se preocupaban por cultivar los rasgos expresivos emocionales. La situación inversa no siempre se encontraba entre los hombres: si desarrollaban habilidades instrumentales en su carrera laboral, dejaban de lado los rasgos emotivos. Esta polarización genérica de las modalidades de inserción laboral femeninas y masculinas entró en crisis en los nuevos contextos laborales. Las investigaciones más recientes, por ejemplo, “La especificidad de los liderazgos. Distintas organizaciones, distintos tipos de liderazgo” (Lidia Heller, 2004) o *Mujeres y economía* (Cristina Carrasco, 1999) indican que las mujeres se han “adaptado” a las condiciones de trabajo diseñadas en un universo típicamente masculino —en cuanto a los horarios de trabajo, los estilos comunicacionales, etcétera—, con el consiguiente costo subjetivo como el padecimiento del “techo de cristal” —como superficie superior invisible en la carrera laboral de las mujeres, difícil de traspasar; y como barrera que impide a las mujeres ascender hasta los puestos más altos en las organizaciones laborales— (Burin, 1998).

En un período tan sensible, entra a su vez en crisis la construcción de la subjetividad —esto es, el reconocimiento de sí mismo como sujeto— mediante las preguntas “¿quién soy siendo mujer?” y “¿quién soy siendo varón?”. Las respuestas clásicas habían sido: “ser mujer es ser madre”, “ser hombre es ser proveedor económico”; pero hoy las referencias identificatorias se ven conmovidas, cuestionadas.

En este marco, hemos hallado una tendencia alternativa: varones que pudieron recurrir a sus identificaciones con la madre —o sea, identificaciones que en algún sentido cruzan géneros— las han encontrado de utilidad para proveerse de recursos subjetivos más flexibles ante situaciones laborales conflictivas.

Desde una perspectiva tradicional, los varones incorporan la llamada “identidad de género masculina” por medio de la identificación con figuras masculinas cercanas, preferentemente el padre. El supuesto es que el modelo paterno incide en la habilitación del sujeto para pasar del mundo de la intimidad familiar al mundo público. Para ciertos desarrollos teóricos psicológicos, un vínculo de apego prolongado con la figura materna operaría, en los varones, como factor de riesgo para su masculinidad social y subjetiva: consideran que, en tal caso, el niño construiría el núcleo de su identidad sobre el modelo femenino materno; si bien esto se produce habitualmente en los vínculos tempranos con la madre, su prolongación más allá del segundo año de vida haría peligrar la identificación del niño con los rasgos considerados masculinos. La intervención del padre, o una figura similar que separe al niño de su madre, resultaría imprescindible, según estas consideraciones, para evitar que se produzcan semejantes efectos en el proceso de masculinización. Estas hipótesis suponen el vínculo con una mujer, la madre, que no desarrollaría otros deseos más allá de su adhesividad libidinal a su hijo: el padre intervendría como figura salvadora de la masculinidad del hijo ante semejante amenaza de un vínculo fusional.

En la investigación “Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género”, realizada en la UCES (2004-2007), hemos observado varones que —contrariamente a lo que supondrían aquellas hipótesis clásicas— obtuvieron habilitación para desempeñarse en sus carreras laborales a partir de los vínculos identificatorios con sus madres. Estos hombres son hijos de madres que tuvieron oportunidades educativas y laborales, mujeres que se desarrollaron, tanto en la esfera familiar y doméstica, como en la esfera laboral extradoméstica remunerada.

Los padres de esos entrevistados les habían ofrecido modelos de papel que sólo se desarrollaban en la esfera extrafamiliar; algunos de ellos se desempeñaban con marcada rigidez en su actividad laboral; otros habían sido padres inconsistentes y frágiles, tanto en lo laboral como en lo familiar. Podríamos incluso considerar que —en el marco de la tendencia contemporánea a la disolución de la polaridad entre los géneros— algunos de estos varones se habrían identificado con los aspectos “masculinos” de sus madres y desidentificado de los aspectos “femeninos” de sus padres. Estas contorsiones teóricas sugieren que, en la actualidad, tal vez sea más adecuado no asociar las cualidades de eficacia, iniciativa y emprendimiento con la masculinidad, ni relacionar la femineidad con la dependencia económica y emocional y la posición social de pasividad.

Estos sujetos denotaban una firme identificación con el modelo materno de flexibilidad y creatividad, en el modo de encarar situaciones críticas y conflictivas ante la crisis socioeconómica de 2001-2002 en Buenos Aires, Argentina. Sus estilos de masculinización combinaban rasgos masculinos convencionales —espíritu de iniciativa, asertividad, motivación para los logros económicos— con actitudes consideradas típicamente femeninas, como la capacidad de empatía, la consideración por las emociones y necesidades de los otros, en particular de los niños y personas en condiciones más vulnerables, así como una disposición para cuidar los vínculos afectivos. Estos últimos rasgos los habían incorporado por identificación con sus madres, debido a la intimidad y permanencia en el vínculo materno-filial. Su sistema de identificaciones, en buena medida, se había “desgenerizado”.

Estos entrevistados se refieren a sus madres como personas que desplegaban multiplicidad de disposiciones subjetivas, tanto en la intimidad familiar como en el ámbito laboral. Algunos de ellos manifestaron que el modelo de mujer ofrecido por sus madres los había inspirado a buscar como esposas a compañeras con rasgos de personalidad similares, como garantía de que contarían con el apoyo necesario para enfrentar situaciones difíciles.

También expresaron que la ampliación de su subjetividad masculina mediante la incorporación de rasgos maternos les había permitido ser mejores padres de sus hijos. Plantearon dudas sobre si la incorporación de los rasgos de masculinidad tradicional de sus padres —por ejemplo, la distancia afectiva y la indiferencia a los sucesos de la intimidad familiar— les hubiera aportado valores positivos para el ejercicio de su propia paternidad. Más aún, algunos entrevistados hicieron reflexiones críticas y dolorosas sobre aspectos de la conducta

de sus padres, lamentando los rasgos de violencia, las actitudes de desamparo afectivo y de incompreensión en la vida familiar. Con insistencia denunciaron estos rasgos de los padres como perjudiciales para su autoestima y para lo que uno de ellos llamó “desarrollar una hombría de bien”.

El relato de estas experiencias pone de manifiesto que, en tanto los modelos paterno y materno se caractericen por una estricta división sexual del trabajo —ellas en el ámbito doméstico, gestionando la vida emocional familiar, y ellos en el ámbito extradoméstico, centrados en la condición de proveedores económicos— sus efectos serán perjudiciales para la adquisición de una subjetividad masculina innovadora a la hora de enfrentar condiciones laborales críticas o cambiantes. Por el contrario, una flexibilización de los modelos parentales de feminidad y masculinidad aporta recursos que enriquecen la subjetividad masculina, facilitando una diversidad de experiencias que se transmiten a las siguientes generaciones.

Las identificaciones “desgenerizadas” permiten a los varones, por ejemplo, incorporar la capacidad tradicional de las mujeres para realizar diversas tareas de modo simultáneo, en un panorama contemporáneo que suele combinar el subempleo con el multiempleo. También les ayudan a moderar el imperativo del éxito económico, característico del modelo moderno de masculinización, y compensar la disminución de los logros accesibles con una mejoría de la calidad de vida, al habilitar un espacio significativo para los vínculos de intimidad.

RESILIENCIA

Este es un concepto controversial para tener en cuenta ante un mundo laboral difícil para los jóvenes. Parte de una observación obvia, y es que no todas las personas reaccionan de la misma manera ni registran impactos de la misma magnitud ante acontecimientos de gran exigencia, o incluso ante los que tienen carácter de trauma.

Si se toma la perspectiva de la “ingeniería humana”, gracias a la resiliencia se aprende de la adversidad, se supone que un sujeto se reconstruye después de un quiebre, catástrofe o frustración intensa, haciéndose más fuerte. Esta perspectiva indicaría que los resilientes serían capaces de soportar mejor —sin que les queden marcas— el embate de condiciones adversas. Pero ¿qué sujeto podría concebirse inmune a lo que le suceda, especialmente cuando son condi-

ciones repetitivas que pueden terminar siendo traumáticas? ¿Qué concepto de sujeto implica esta postura? Es inevitable evocar la concepción del “más fuerte” en una lucha descarnada por la supervivencia, concepto básico del darwinismo social propio de los regímenes totalitarios, que, en consonancia con modelos neoliberales, promueven la sobrevida de los más aptos como mecanismo de realización personal. Preferimos una perspectiva más progresista, y nos referimos entonces a las condiciones de vida de los sujetos, considerando a las personas como parte de un colectivo, no como cada uno luchando contra el otro que es su enemigo, sino como un colectivo que ha de luchar conjuntamente contra condiciones de vida injustas. Desde este enfoque, la resiliencia tiene otro matiz: apunta a la creatividad de la gente para cambiar sus condiciones de vida. Este es un aporte que se sostiene en varios países latinoamericanos, el de la resiliencia comunitaria (Elbio Suárez, 2004), en el cual nos apartamos de los criterios biomédicos o los de la ingeniería humana, y nos insertamos dentro del territorio de las ciencias sociales y humanas, aportando nuestras problemáticas y nuestros instrumentos conceptuales, por ej., el de las condiciones de vida de varones y de mujeres cuando operamos desde la perspectiva del género. Pasamos entonces al análisis de las condiciones colectivas de grupos humanos para enfrentar las adversidades y buscar en conjunto el logro de su bienestar, partiendo de la base de que las claves explicativas del sufrimiento no residen sólo en las características individuales de cada sujeto, sino en las condiciones sociales, en las relaciones grupales, y en los aspectos culturales y valores de cada sociedad. Es una perspectiva que considera no sólo la construcción de subjetividades individuales, sino también la de los mecanismos sociales de construcción de subjetividades como parte de un colectivo social.

Desde la perspectiva de la resiliencia comunitaria, algunos factores indispensables reconocidos en la resiliencia individual, como el sentido del humor o la creatividad, pueden ser analizados desde una nuevo enfoque: ubicarlos junto al pensamiento crítico, como elementos imprescindibles dentro de una subjetividad comprometida. El pensamiento crítico será uno de los mejores recursos para encarar posibilidades y recursos de desarrollo en condiciones desfavorables de vida en un mundo laboral cada vez más hostil, complejo e inequitativo.

A estas dificultades, se agregan las condiciones largamente estudiadas sobre los así llamados sexismo hostil y sexismo benevolente (Moya, 2004). Este autor señala que el sexismo consiste en expresar una actitud discriminatoria de las personas con base en su sexo, femenino o masculino. Hay conductas o ac-

titudes sexistas francas, manifiestas, llamadas sexismo hostil, que consisten en expresar prejuicios discriminatorios y excluyentes basados en la supuesta inferioridad o diferencia de las mujeres como grupo social. Estas creencias sexistas influyen en los juicios, evaluaciones y conductas, que determinan la exclusión de las mujeres de determinados espacios sociales o de oportunidades laborales, educativas, etc. Por ejemplo, esta forma de sexismo llevó a que las mujeres fueran consideradas como incapaces de ejercer el voto y ser ciudadanas de pleno derecho, la prohibición o exclusión de determinados lugares de estudio como las universidades, la imposibilidad legal de ejercer la patria potestad sobre sus hijos, etc. Aunque las justificaciones para tales actitudes a veces se puedan expresar como teniendo una base biológica y esencialista, el resultado es la producción de estereotipos de género femeninos tradicionales que mantengan las posiciones sociales del género masculino y conserven un *statu-quo* social, económico y subjetivo para las mujeres.

Entre las formas novedosas de sexismo hostil el mencionado autor describe el así llamado neosexismo, que también configura una actitud negativa hacia las mujeres, por ejemplo, oponiéndose a las medidas de acción positiva, destinadas a favorecer la incorporación de las mujeres al mundo laboral. Uno de sus rasgos se expresa en el temor de algunos grupos de varones de que el avance social, político, económico y subjetivo de las mujeres, constituya una amenaza hacia sus intereses colectivos, por ej., que la incorporación de las mujeres a carreras laborales no tradicionales supondrían para ellos mayores dificultades para encontrar trabajo, menores posibilidades de promoción y ascenso, y salarios más bajos.

El sexismo benevolente en un conjunto de actitudes interrelacionadas hacia las mujeres consideradas, de modo estereotipado, como destinadas al ejercicio de ciertos papeles tradicionales. Su matiz benévolo consiste en que tiene un tono afectivo positivo, y tiende a procurar conductas habitualmente consideradas como de protección y de ayuda en los contextos laborales. Por ejemplo, las creencias de que hay ejercicios profesionales que son más aptos para las mujeres que para los varones porque ellas son más débiles, más frágiles, más sensibles, y que por ello habría que protegerlas de condiciones laborales que las pongan en riesgo. Del mismo modo, ocurre esto cuando se considera que determinada carrera laboral es más aceptable para una mujer porque le permite conciliar su vida familiar con su vida laboral. Según M. Moya, el sexismo benevolente es afín con las necesidades de dependencia afectiva de los varones, que los lleva

a suponer que las mujeres son un recurso valioso que hay que proteger y conservar en los vínculos de intimidad. Esta forma de sexismo es más difícil de detectar que las del sexismo hostil, y también más difícil de aceptar por parte de quienes expresan actitudes sexistas benevolentes.

En tanto las formas del sexismo hostil parecen expresarse más habitualmente en el ámbito público, las del sexismo benevolente se despliegan preferentemente en la consideración de los vínculos afectivos, de intimidad, y de las vidas privadas.

Ambas modalidades de sexismo son modos de poner en juego las relaciones de poder entre los géneros, con un claro ejercicio de exclusión de las mujeres de determinados espacios en el ámbito público, en el cual el género masculino pretendería conservar el control de las instituciones económicas, legales, políticas, y otras, confinando a las mujeres a un tipo de ejercicio de poder tradicional: el poder de los afectos, en la esfera emocional e íntima de las vidas privadas.

Es necesario advertir el efecto que produce en la construcción de las subjetividades femeninas el sexismo benevolente: se crea en las mujeres una ilusión promisorias de que el ejercicio de poder de los hombres será utilizado en beneficio de las mujeres. Así, las propias mujeres pueden ser las que promuevan esta forma de sexismo, estimulando a los varones a que ocupen posiciones de poder y de autoridad en desmedro del logro de sus propias necesidades e intereses en tanto género femenino. Las visiones románticas de las relaciones entre los géneros, desde una perspectiva tradicional, contribuyen a crear este espejismo proteccionista.

Ambas actitudes, las del sexismo hostil y las del sexismo benevolente, configuran un cuadro complejo que permite analizar no sólo las relaciones de poder entre los géneros en relación con las oportunidades laborales, sino también los modos a menudo sutiles del mantenimiento de las inequidades entre los géneros.

Otros factores a debatir consisten en las cuestiones relativas a la “ceguera de género”, que consiste en ignorar los papeles, las responsabilidades y las capacidades sociales de las personas de acuerdo con su género. Por ejemplo, las políticas “ciegas al género” se basan en información derivada de las actividades de los hombres y asumen que todos los afectados por ellas tienen las mismas necesidades e intereses que los hombres.

Cuando se opera con ceguera de género hallamos una imposibilidad de identificar o reconocer las diferencias entre varones y mujeres con base en el género, allí donde estas diferencias sean significativas. Algunos espacios donde

la ceguera de género se han expresado de modo más notable se produce en todos los niveles de educación, en las esferas laborales, en la medicina, en la legislación, etc. y son a menudo perpetuados por la convención de la utilización de un lenguaje pretendidamente neutral al género. Por ej., se asevera que lingüísticamente el “gerente” o “administrador” son neutrales, mientras que la persona física que estudia o trabaja en administración de empresas posee una identificación de género propia (Boada, 2011). Quienes analizan esta perspectiva señalan que este uso de un lenguaje y conceptos aparentemente neutrales, puede ocultar la importancia del género de una persona en su proceso y desarrollo educativo y laboral; y en el punto de vista medioambiental y estructural, impide la consecución del equilibrio y la equidad en el momento del diseño de instrumentos de aprendizaje y entrenamiento laboral; más aún cuando este implica elementos de tipo experiencial.

El investigador A. Boada señala en sus estudios que diversos autores manifiestan su ceguera de género como una supresión de la conciencia activa de las diferencias de género derivada de un compromiso intelectual con las generalizaciones abstractas, sin cuerpo, y enfocadas en el razonamiento. Para los autores citados por este investigador, la autorrealización es la necesidad máxima, pero a pesar de los estudios de las personas autorrealizadas incluidas las mujeres, las definiciones de autorrealización reflejan experiencias estereotipadas y rasgos masculinos (Linsatead, 2010, citado por Boada *op. cit.*). Por lo tanto, la autorrealización de sí se convierte en una expresión del Yo masculino que niega la relación, más que la propia expresión femenina que habitualmente se define en relación con los demás, en una definición masculina que privilegia la jerarquía en lugar de las redes (Cullen, 1997; Wilson, 1996, citados en Boada *op. cit.*). Este investigador destaca a algunos autores que llegaron a la conclusión de que las mujeres con una alta posición dominante tenían rasgos más masculinos (acordes con el estereotipo asignado en ese momento a los varones) y tenían más en común con los hombres de una alta posición dominante similar, que con las mujeres bajo dominación. Cabe analizar que en este caso no se trataría de un estudio con ceguera de género, sino con un modo particular de explorar las diferencias entre los géneros, de explicarlas y de tipificarlas.

La ceguera de género que había sido clásica en todas las disciplinas que analizaban la posición de las mujeres está cediendo en la actualidad, dado que el argumento de no tener en cuenta las especificidades genéricas comienza a desmoronarse bajo el espíritu reflexivo y de denuncia de las teorías y prácticas

contemporáneas fomentado por el feminismo y el postfeminismo, así como la concepción postmoderna de género.

Un debate interesante que se produce actualmente se refiere a la tensión entre las denuncias de ceguera de género y los discursos respecto de una progresiva “desgenerización” de la gente joven, en particular de quienes son estudiantes o graduados universitarios de medios urbanos y de sectores medios. El supuesto del argumento de la “desgenerización” se basa en la idea de que la gente joven actual ya no padecería de la clásica polarización femenino/masculino, ni padecería el efecto correspondiente a esos estereotipamientos como, por ejemplo, las relaciones de poder entre los géneros. Si bien es cierto que se ha producido una verdadera “desgenerización” en el acceso de las mujeres a las carreras universitarias tipificadas como clásicamente masculinas, sin embargo, el desarrollo laboral de las mujeres egresadas de dichas carreras todavía no es igualitario con el de los varones. Si bien los discursos que se enuncian son políticamente correctos, en las prácticas, tales condiciones de igualdad no se producen. Todavía persisten actitudes prejuiciosas en relación con el desempeño de las mujeres en áreas que hasta ahora estaban reservadas para los hombres, y sigue siendo minoritaria la cantidad de mujeres que ocupan tales puestos de trabajo, al menos en algunos países latinoamericanos como lo señalan investigaciones recientes en carreras de ingeniería (Rodríguez Navia, 2009). Aunque los discursos que se enuncian son políticamente correctos, en cuanto a la igualdad de oportunidades de acceso a la educación de varones y de mujeres, así como de las oportunidades laborales, en las prácticas esta igualdad no se sostiene (Burin, 2004). En las trayectorias laborales de las mujeres que se desempeñan en puestos tradicionalmente masculinos todavía observamos que ellas deben demostrar rasgos a menudo de excepcionalidad cuando quieren sostenerse en esos lugares de trabajo, o bien que deben mimetizarse con los modelos masculinos que se han mostrado hasta ahora eficaces en el desempeño de esos trabajos. Existen intensos debates acerca de si los modos de inserción laboral femenina llevarían una marca distinta, propia de las mujeres, y si, en caso de que eso sucediera, esto enriquecería los contextos laborales donde ellas participen.

El interrogante que planteamos es si existe la “desgenerización” en el nivel de las carreras laborales, o si se trata de una ceguera de género. Este mismo interrogante puede ofrecerse al análisis de las vidas privadas de varones y mujeres: ¿estamos asistiendo a una verdadera degenerización de los papeles de

género clásicos en las vidas familiares y en los vínculos de intimidad, o se están reciclando antiguos estereotipos de género bajo nuevos formatos? La autora Sandra Harding (1996) al estudiar el problema de la “desgenerización” desde el punto de vista de las mujeres en las carreras científicas, ha planteado que quienes proponen la igualdad, recomiendan una serie de estrategias de acción dirigidas a la afirmación de la mujer y prácticas de socialización modificadas para las niñas, con el fin de aumentar la representación femenina en la ciencia. Pero, con frecuencia, estas críticas no llegan a descubrir que la división del trabajo según el género, en la sociedad más amplia, y el simbolismo de género del que participa la ciencia son en la misma medida responsables de la escasa presencia de mujeres en el campo de la ciencia y del hecho de que las niñas no suelen estar dispuestas a desarrollar las destrezas y conductas que se consideran necesarias para alcanzar el éxito en la ciencia. Según S. Harding, mientras no se considere que el “trabajo emocional” y el “trabajo intelectual y manual” de la casa y del cuidado de los hijos constituyen actividades humanas deseables para todos los hombres, el “trabajo intelectual y manual” de la ciencia y de la vida pública no parecerán actividades potencialmente deseables para todas las mujeres. Es más, las recomendaciones derivadas de la teoría de la igualdad piden que a las mujeres que cambien aspectos importantes de su identidad de género por la versión masculina, sin que prescriban un proceso similar de “desgenerización” para los hombres

Se hace evidente que es necesario analizar también no sólo la construcción de las subjetividades, femeninas y masculinas, sino también la reconstrucción de tales subjetividades desde perspectivas que articulen esta tarea con los proyectos sociales que denuncien las cegueras de género y hagan más sostenibles los proyectos de “desgenerización” (Barrancos, 2010).

Llegado este punto, podemos retomar un antiguo concepto, el del techo de cristal en la carrera laboral de las mujeres. Un modelo convencional de analizar las trayectorias laborales de las mujeres ha tomado como base el diseño de carreras laborales desarrollado por los hombres, al estilo de una escalera donde se iba ascendiendo a través de distintos escalones hasta llegar a una cima. Este modelo, considerado típicamente masculino porque toma varones con inserciones laborales en empresas, instituciones (hospitalarias, judiciales, universitarias, etc.) y otros lugares de trabajo, resultó no ser apta para analizar los recorridos realizados por todas las mujeres en esas mismas organizaciones laborales. Cuando se lo analizó desde esta perspectiva tomando el clásico mo-

delo masculino, el resultado fue el hallazgo del techo de cristal en la carrera laboral de las mujeres. Este techo fue descrito por investigadoras anglosajonas a mediados de los años ochenta del siglo xx, al preguntarse por qué las mujeres estábamos tan subrepresentadas en los puestos jerárquicos más elevados de todas las organizaciones laborales (Holloway, 1993; Davison y Cooper, 1992; Morrison, 1992; Carr-Ruffino, 1991; Lynn Martin, 1991). Ha pasado ya una generación entera de mujeres con amplias inserciones en muy diversos lugares de trabajo, y, aunque los avances han sido considerables, sin embargo la pregunta persiste (Sarrió, Ramos y Candela, 2004; Burin, 2004, 2007a, 2007b, 2008). Esto indicaría que deberíamos ampliar los interrogantes con que analizamos las trayectorias laborales de las mujeres, formular mejores preguntas, y procurar un repertorio más amplio de respuestas y de hipótesis explicativas de este fenómeno. Hay muchas mujeres que a la hora de su inserción laboral se han subjetivado en un estilo que podríamos suponer identificadas con el modelo masculino de trabajo (con un repertorio de deseos signados por la actitud de empuje, de iniciativa, de afán de progreso, de proyectos económicos ambiciosos, etc.) —rasgos todos que hasta ahora habían caracterizado a las subjetividades masculinas convencionales—. También debemos destacar que hay un amplio grupo de mujeres que se han incorporado al mercado de trabajo desde una perspectiva clásicamente femenina, bajo la premisa de que sus trayectorias laborales habrían de estar supeditadas a sus proyectos de pareja, de maternidad, que su percepción de sí mismas en tanto mujeres destacaba en primer lugar la vida familiar y en segundo lugar la vida laboral, que sus ingresos económicos habrían de ser secundarios a aquellos que percibieran sus compañeros, etc. En medio de estas caracterizaciones, podemos destacar un grupo de mujeres que, a diferencia de los dos grupos anteriores, hemos denominado como sujetos transicionales en cuanto a su posicionamiento en el género para insertarse laboralmente. Son mujeres que conservan algunos rasgos de las más tradicionales con otros rasgos que corresponderían a la tipificación de aquellas identificadas con el modelo masculino, llamadas innovadoras en cuanto al desarrollo de su vida laboral. Entre este último grupo, las innovadoras, estarían ubicadas aquellas que se ha descrito como “las que llegan” (Heller, 1996), en particular aquellas que ocupan posiciones de liderazgo o puestos que implican poder y autoridad en organizaciones laborales a predominio masculino. Entre las mujeres caracterizadas como Tradicionales o como Transicionales, en cambio, es donde más habitualmente encontramos las que padecen el efecto del techo de cristal en sus carreras laborales.

Si bien hemos insistido en explicar la existencia del techo de cristal con una doble inscripción, objetiva y subjetiva a la vez, y se han desarrollado numerosas investigaciones y propuestas de transformación de las condiciones laborales para que este techo no se construya, en la actualidad podemos considerar que debemos ampliar la perspectiva de análisis del desarrollo de la vida laboral de las mujeres introduciendo nuevos modos de análisis.

El conflicto que se está presentando en la actualidad es que existe una masa de mujeres jóvenes que han tenido oportunidades educativas de nivel superior y experiencia laboral en trabajos que les implican una significativa satisfacción subjetiva. Pero el desarrollo de estos bienes subjetivos y materiales entra en contradicción con la crianza de los niños y con el despliegue de los vínculos de intimidad. Se les presenta entonces una opción de hierro entre desplegar sus habilidades laborales que les ofrecen altos niveles de satisfacción, o sus necesidades de sostener vínculos familiares con el mismo grado de significación subjetiva. Las inequidades de género son evidentes: en tanto esta condición no se les plantea a los hombres, pues ellos habitualmente conservan a su familia mientras avanzan en sus carreras laborales, para las mujeres constituye un conflicto excluyente entre la familia y su carrera laboral.

Nuestra caracterización de la opción de hierro debido al techo de cristal en la carrera laboral de las mujeres y a los esfuerzos notables que han debido realizar las mujeres para superarlo, entra en tensión con el concepto que proviene de los medios conservadores que afirman el principio de la libre elección. Según este criterio, las mujeres serían libres de elegir el estilo de vida que desean llevar, incluyendo su vida laboral y familiar, y que son estas elecciones las que hacen que sus carreras laborales no enfrenten los obstáculos antes presentados. El argumento es que ellas se han sustraído al enfrentamiento de esas dificultades porque “han elegido”, por ejemplo, la vida familiar como eje predominante alrededor del cual obtienen sus fuentes de satisfacción personal, en tanto que sus carreras laborales serían secundarias a la carrera maternal y conyugal, señaladas como principales. Cuando se analizan estos argumentos en profundidad, hallamos que muchas mujeres que los sostienen encubren con ellos el temor que les implica desempeñarse activamente en el ámbito público, en tanto perciben al ámbito doméstico como reasegurador y tranquilizante. Esto fue descrito como miedo al éxito en el ámbito público, característico del género femenino, ampliamente analizado por varias autoras desde la perspectiva del género en la construcción de la subjetividad femenina (Coria, 1992;

Horner, 1974). Los estudios describen situaciones en las cuales las niñas pequeñas pueden imaginarse a sí mismas siendo adultas como personas con amplias perspectivas futuras, y hasta pueden ser percibidas por quienes las rodean como dignas de estímulos para desarrollar aptitudes competitivas, dominio de habilidades y logros en áreas educativas y vocacionales. Sin embargo, al llegar a la adolescencia habitualmente sus padres y educadores comienzan a percibir las más en conformidad con las imágenes tradicionales de la feminidad, especialmente de lograr formar una pareja y tener hijos. Hacia fines de la adolescencia las chicas se enfrentan con la paradoja de que la imagen femenina no incluye el despliegue de inteligencia, competencia y dominio de habilidades, ni es compatible con altos niveles de aspiraciones intelectuales, artísticas o laborales. Si la muchacha persiste en manifestar estos intereses, probablemente sea percibida como poco femenina, y hasta quizá tenga que elegir entre esas aspiraciones, y la tarea de formar un hogar y una familia. Eso las lleva a que toda idea seria que contemple aspiraciones de logros exitosos en su carrera como aspecto fundamental de su proyecto de vida, le genere conductas de evitación y de ansiedad. La amenaza consiste en dos obstáculos principales: primero, si sus logros exitosos son considerados por su contexto familiar y social como no femeninos, entonces los hombres no la encontrarán deseable; segundo, las aspiraciones elevadas requieren preparaciones difíciles y esfuerzos sostenidos, que pueden requerir alejamiento de los vínculos afectivos íntimos de cercanía y dependencia. Es habitual que las chicas que en la escuela primaria habían expresado este tipo de intereses, con elevadas ambiciones respecto de su futuro laboral, después de la adolescencia se repliegan, y sus aspiraciones se centren en tener habilidades de contacto social, atractivo físico y deseabilidad para los muchachos. El resultado es que, por lo general, orientan sus estudios y su carrera hacia lo que les requiere menores “habilidades extrafuncionales”, como es planificar una carrera, orientar sus metas en sentidos definidos, mantener una actitud sostenida hacia la independencia económica y variados grados de autonomía afectiva y social, etc. Así, cuando se les plantea el problema de conciliar el trabajo y la familia, lo resuelven de dos modos clásicos: intentando mantener el equilibrio y la armonía entre ambos, procurando ser una mujer que todo lo puede, la clásica “mujer maravilla”, o bien hacer una dicotomía entre ambas eligiendo una de ellas como área de desarrollo —el trabajo o la familia— y postergando para más adelante el despliegue del área que quedó relegada.

Hemos intentado nuevos criterios de análisis de las carreras laborales de las mujeres, teniendo en cuenta los anteriores que han conducido a los hallazgos del techo de cristal, y del supuesto de la libre elección en tensión con las opciones de hierro que enfrentan las mujeres. Con este fin, hemos ampliado la escucha de variados grupos de mujeres, de distintos grupos etéreos y con diversas formaciones educativas y recorridos laborales, aplicando el dispositivo de la escucha direccionada, esto es, un tipo de escucha enmarcada en el contexto de las hipótesis construidas a partir de las teorías de género acerca de la construcción de las subjetividades femeninas, y de su incidencia en el desarrollo laboral de las mujeres. Este registro nos conduce a desarrollar un concepto alternativo, que es el de laberintos de cristal, que ilustra la experiencia que las mujeres reiteran en sus relatos acerca de cómo han organizado sus trayectorias laborales. El concepto de laberintos de cristal es una noción más bien descriptiva, que muestra los itinerarios que realizan el grupo de mujeres jóvenes que tienen una triple carga de trabajo: la del trabajo productivo, la del trabajo reproductivo —especialmente con la maternidad— y la del trabajo de cuidados, si es que hay personas a quienes deben cuidar, como familiares enfermos, discapacitados, dependientes, etc. Habría aún una cuarta carga, la del trabajo comunitario, cuando se ven involucradas en actividades extraescolares de sus hijos, o de establecer lazos con la comunidad barrial, parroquial, educativa, de participación política, etc. Esta descripción fue utilizada en el Informe Regional sobre Desarrollo Humano del Instituto de Desarrollo Humano (Costa Rica, 2010) y citado por Michelle Bachelet (Bachelet, 2010), para comentar las dificultades con que se encuentran las mujeres en su lucha por la igualdad. Varios estudios anteriores describen también esta problemática, en particular los de la psicóloga norteamericana Alicia Eagly, de la Northwestern University (2007).

En nuestra propuesta de escucha, direccionada a los nuevos malestares de las mujeres, hemos hallado que perciben sus itinerarios laborales al estilo de un laberinto de cristal, donde la figuración del laberinto aparece como un espacio con varios puntos de entrada y de salida —a diferencia de los laberintos clásicos descritos por diversas mitologías— en tanto que la imagen de cristal se debe a que perciben sus paredes como transparentes: a través de las paredes del laberinto pueden ver otras mujeres que, como ellas, circulan por el laberinto buscando variados caminos para seguir avanzando. Este sería uno de los rasgos diferenciales del techo de cristal, que presupone una escala laboral unidireccional, con una cima por alcanzar, como punto exitoso de llegada. El laberinto de

cristal, por su parte, pone el acento en las trayectorias que se van haciendo, y las marchas y contramarchas en esas trayectorias, más que una búsqueda sostenida de un punto definitivo de llegada.

En estas marchas y contramarchas, con sus avances y retrocesos, que las mujeres describen en sus itinerarios laborales bajo la forma de laberintos de cristal, hemos encontrado dos tipos de desarrollos afectivos: por una parte, el sentimiento de confusión, expresados como la persistencia de estados confusionales marcados por la idea de la perplejidad, e interrogantes al estilo de “¿cómo me fui perdiendo en todos los caminos que emprendí?”. La clave de esta experiencia es la ambigüedad, conjuntamente con los estados confusionales, una ambigüedad que implica indefiniciones y dudas, acompañada de un doloroso registro de parálisis en sus capacidades de iniciativa y de toma de decisiones. Por otra parte, destacan también estados depresivos, con sus clásicos componentes de autorreproches, inutilidad, autoculpabilización, sentimiento de haber perdido una valiosa guía laboral, teñido de tristeza y desesperanza, con sus implicaciones que consisten en una detención en su desarrollo laboral.

El sentimiento de ambigüedad hacia sus carreras laborales ya ha sido desarrollado por C. Borderías (1996) al describir los conflictos en la identidad femenina en relación con la inserción laboral. Esta autora destaca la categoría de análisis de la ambigüedad en la experiencia femenina debida a la doble presencia —esto es, el desempeño simultáneo en el ámbito privado de la esfera familiar y en el ámbito público del trabajo— recogida a partir de entrevistas biográficas con mujeres de distintas generaciones e inserciones familiares y profesionales. Esto es puesto de relieve desde la perspectiva de género inscrito en el debate que realiza esta autora sobre la crisis de los modelos tradicionales de empleo y la reorganización del trabajo. En tanto la noción de ambigüedad es utilizada por C. Borderías en un nivel descriptivo, hemos encontrado que algunos de sus componentes emocionales implican una complejidad que es necesario investigar más en profundidad. El hallazgo consiste en que el conflicto que se plantea es identitario, un conflicto en cuanto a la identidad de género, y respondería a la pregunta por el ser: “¿quién soy como mujer en este desarrollo laboral?”. Esto es así debido a que las mujeres suelen insertarse en carreras laborales con una fuerte impronta de la cultura masculinizada, en la cual ellas expresan serias dificultades para reconocerse en tanto mujeres, por ejemplo, en su vestimenta habitual, en sus estilos comunicacionales, en los horarios de trabajo requerido por la mayoría

de los empleos marcados por la cultura organizacional masculina, etc. En estos contextos, un resultado frecuente a la experiencia de ambigüedad es que se produzca el conflicto de ambivalencia, o sea, que las mujeres se sientan atraídas por esos lugares de trabajo pero a la vez rechacen los modos en que se produce el desarrollo de las carreras laborales en esas condiciones. En el conflicto de ambivalencia la pregunta no es por el ser, sino por el hacer: “¿cómo hago para sostener un trabajo que me atrae y me provoca rechazo al mismo tiempo?”. La experiencia de querer y rechazar al mismo tiempo un mismo puesto de trabajo, implica una coexistencia de emociones contradictorias que pueden dar lugar a estallidos conflictivos emocionales de carácter doloroso para la persona que los padece, y que a menudo se expresan como trastornos psicosomáticos de variada índole.

Debemos estar alertas ante la presencia simultánea o sucesiva de estos desarrollos emocionales en las mujeres que desarrollan sus carreras laborales al estilo de sentirse inmersas en laberintos de cristal, y ofrecerles recursos que las habiliten para enfrentar estos conflictos.

LA FIGURA DE LA MENTORA

Cuando encontramos mujeres que están padeciendo por los fenómenos del techo de cristal y de los laberintos de cristal en sus trayectorias laborales, es importante construir la figura de una mentora para encarar los conflictos resultantes de tales fenómenos. Esta figura de la mentora tiene una significación singular en la vida laboral de las mujeres. Ocurre que habitualmente las mujeres que se insertan en carreras laborales se han desarrollado en contextos familiares donde había una mujer como figura de referencia operando como modelo de papel, dentro del ámbito doméstico. Cuando las mujeres salen al ámbito público, es probable que puedan contar con una figura mentora en el ámbito laboral o de los estudios, por ejemplo, una jefa o una profesora, que les muestran un camino en el mundo del trabajo, pero difícilmente podrán guiarla y asesorarla con otros aspectos de su vida, como es en la intimidad familiar. Esto hace que el hallazgo de una figura mentora para las muchachas jóvenes sea difícil y contradictorio, porque es probable que ellas deseen articular su vida laboral con su vida familiar. El hallazgo y aceptación de una mentora es objetivo y subjetivo a la vez: no sólo se trata de encontrar una

mujer que esté en condiciones objetivas de operar en calidad de modelo de desempeño en la vida laboral, sino que también será necesaria que las muchachas puedan investir libidinalmente a esa mentora mediante la aceptación de sus criterios y el enfrentamiento de los conflictos de ambivalencia que ésta le representa, destacando el valor y la eficacia subjetiva con que opere esa figura en su trayectoria laboral. El problema que suele presentarse es que el vínculo con la figura de la mentora se da principalmente en el ámbito laboral, en un contexto extrafamiliar, donde no se enseña a desarrollar aptitudes muy personales en el campo de la afectividad ni en los vínculos de intimidad. Esto implica limitaciones en el vínculo con una mentora, y no una falta de modelos femeninos para desarrollar una carrera laboral, porque la mentora suele ofrecerse como modelo de desempeño en el ámbito laboral pero no en la vida privada. Para los varones, la cuestión de hacer coincidir un modelo para la vida privada con la vida en el ámbito público parecería no consistir en un problema, porque todavía suelen delegar en las esposas la construcción y el sostén de los vínculos de intimidad y de las relaciones familiares. En cambio las mujeres siguen sosteniendo la doble inscripción, en la vida privada del hogar y en la vida pública del trabajo. Esto les implica un doble funcionamiento subjetivo, pues las reglas que rigen en la vida pública no son las mismas que se despliegan en las vidas de la intimidad de la pareja y de la familia, que deben quedar disociadas cuando las mujeres se incorporan a los lugares de trabajo ante condiciones tradicionalmente construidos con parámetros masculinos. Un efecto de esta contradicción es que podrán hallar una mentora en la vida laboral, pero en sus vidas privadas quedan muy ligadas a sus madres o figuras maternas sustitutas, o bien a los requerimientos de sus parejas. Ambas figuras, materna y de pareja, pueden sostener posiciones subjetivas tradicionales en cuanto al lugar y papel de las mujeres en la vida familiar, y expresarlas como críticas, comentarios culpógenos, y otras manifestaciones que pueden resquebrajar el esfuerzo subjetivo de las mujeres. Hasta el presente, el género masculino ha tenido una orientación laboral aceptando tener figuras mentoras en sus trabajos, que los habilite sólo para el mundo laboral, pero para el género femenino esto no es suficiente, porque ellas a menudo no pueden y no quieren delegar sus vidas familiares ni postergarlas indefinidamente. Los efectos de esta condición de doble funcionamiento subjetivo, implican para las mujeres tensiones y conflictos difíciles de resolver. Aunque en la actualidad cada vez más hallamos varones que comparten estas inquietudes con el

género femenino, y también encontramos mujeres que sólo desean desplegar una vida laboral sin implicarse en los conflictos de la vida familiar, todavía el grupo mayoritario se encuentra entre las mujeres que se ven requeridas a resolver estas situaciones conflictivas.

Estamos proponiendo la figura de la mentora para las mujeres como alguien que opera para la subjetividad femenina en la adquisición de una identidad laboral, pero también como mediatizadoras entre el mundo del trabajo y el mundo de los vínculos afectivos y de intimidad. Este concepto es similar al que propuso un psicoanalista inglés, D. Winnicott (1985) cuando describió el valor de los objetos transicionales para el desarrollo en la temprana infancia. Un rasgo distinto de los objetos transicionales es que son subjetivos y objetivos a la vez: en tanto son objetivos, están ubicados en objetos o personas que existen en la realidad, mientras que su aspecto subjetivo es que estos objetos investidos libidinalmente, contienen aspectos del propio sujeto proyectados en ellos. En este caso, el concepto de una mentora se refiere a una figura que contiene en parte proyecciones de la propia sujeto, aspectos de su propia subjetividad, reales o imaginarios, experimentados anteriormente con otras personas —por ejemplo, con una figura materna, paterna, o fraterna— que han operado como figuras tempranas de identificación, a veces de modo conflictivo. Junto con estas proyecciones, también se le atribuye ser la representante del mundo público del trabajo, de la realidad que requiere sus saberes, habilidades, experiencias. Esta doble representación de las mentoras, subjetiva y objetiva a la vez, tiene un efecto a veces conflictivo sobre el vínculo con la mentora, al tiempo que fundante en la identidad laboral de las mujeres, en el sentido de sostenerla para enfrentar sus conflictos de modo creativo. Debemos estar atentas en que estas relaciones, a menudo difíciles, no den como resultado el abandono o renunciamiento para establecer proyectos firmes y sostenidos en el ámbito laboral, o bien, al desaliento en mejorar las trayectorias laborales. La figura de la mentora operará en estos casos para contener y sostener los proyectos e inquietudes de las muchachas, mostrándole caminos posibles para no declinar en sus esfuerzos.

Muchas mujeres de nuestra generación, que ya hemos transitado por esos conflictos y hemos encontrado modos variados de resolución, podríamos constituirnos en un colectivo solidario a disposición de las nuevas generaciones, para encarar las demandas laborales actuales con este espíritu de justicia y de equidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachelet, M. (2010), "Laberintos de cristal", *Diario El País*, 22 de julio de 2010, <http://www.otromundoesposible.net/noticias/laberintos-de-cristal-michelle-bachelet-informe-de-desarrollo-humano-sobre-desigualdad-para-america-latina-y-el-caribe>
- Barrancos, D. (2010), presentación realizada en el Symposium *Políticas de inclusión y equidad en Ciencia y Tecnología*, Buenos Aires, Red Argentina de Género, Ciencias y Tecnología (RAGCYT), 9 de septiembre.
- Boada Ortiz, A. (2011), *Informe de avance*, Programa Postdoctoral en Estudios de Género, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES), Buenos Aires, mayo.
- Borderías, C. (1996), "Identidad femenina y recomposición del trabajo", en A. Rodríguez, B. Goñi y G. Maguregi (comps.), *El futuro del trabajo*, Bilbao, Editorial Bakeaz.
- Burin, M. (2010a), "Jóvenes varones y mujeres. Itinerarios laborales y construcción de subjetividades", presentación realizada en el Seminario Internacional "Jóvenes y Trabajo", Cuernavaca, CRIM/UNAM.
- (2010b), "Jóvenes varones y mujeres. Itinerarios laborales, laberintos de cristal y la construcción de subjetividades", presentación realizada en el Seminario Internacional "Los Jóvenes, el Trabajo y la Educación", Buenos Aires, Universidad Católica Argentina (UCA).
- (2010c), Presentación realizada en el Panel "Familia y Desvalimiento", Jornada "El desvalimiento en la clínica", realizada en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Buenos Aires, 10 de abril.
- (2008), "Las fronteras de cristal en la carrera laboral de las mujeres. Género, subjetividad y globalización", *Anuario de Psicología. Dossier Mujeres, ciclos vitales y bienestar* (coord. Anna Freixas Farré), vol. 39, núm. 1, España, Horsori Editorial-Facultad de Psicología/Universidad de Barcelona.
- (2007a), "Trabajo y parejas: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros", en M. L. Jiménez Guzmán y O. Tena (comps.), *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, México, CRIM/UNAM.
- (2007b), "El techo de cristal en la carrera laboral de las mujeres. Acerca del deseo de poder en las mujeres", en M. Alizade y B. Seelig

- (comps.), *El techo de cristal. Perspectivas psicoanalíticas sobre las mujeres y el poder*, Buenos Aires, Lumen.
- (2004), *Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos*, núm. 5, vol. “Género, trabajo y familia” (comp.), Buenos Aires, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).
- e I. Meler (1998), *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Buenos Aires, Paidós.
- Carrasco, C. (1999) (ed.), *Mujeres y economía*, Barcelona, Icaria Antrazyt.
- Carr-Rufino, N. (1991), “US Women: Breaking through the Glass Ceiling”, *Women in Management Review & Abstracts*, vol. 6, núm. 5, M.C.B. University Press.
- Chodorow, N. (2003), *El poder de los sentimientos*, Buenos Aires, Paidós.
- (1984), *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa.
- Coria, C. (1992), *Los laberintos del éxito. Ilusiones, pasiones y fantasmas femeninos*, Buenos Aires, Paidós.
- Cullen, D. (1997), *Maslow, Monkeys and Motivation Theory*, Organization. University of Alberta, vol. 4, núm. 3. Citado por A. Boada Ortiz (2011), *op. cit.*
- Davison, M. y C. Cooper (1992), *Shattering the Glass Ceiling*, Londres, Paul Chapman Publishing.
- Dio Bleichmar, E. (1997), *La sexualidad femenina. De la niña a la mujer*, Buenos Aires, Paidós.
- (1985), *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, ADOTRAF.
- Durán, María Ángeles (2011), “El pelo gris debe ponerse de moda”, www.que.es/ultimas-noticias/sociedad/201101080121-maria-angeles-duran-heras-pelo-ideal.html
- Eagly, A. y L. Carli (2007), *Through the Labyrinth. The Truth About How Women Become Leaders*, Boston, Harvard Business School Press.
- Harding, S. (1996), *Ciencia y feminismo*, Madrid, Ediciones Morata.
- Heller, L. (2004), “La especificidad de los liderazgos. Distintas organizaciones, distintos estilos de liderazgo”, *Revista Subjetividad y Procesos Cognitivos*, núm. 5: Género, Trabajo y Familia, Buenos Aires, Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).
- (1996), *Por que llegan las que llegan*, Buenos Aires, Feminaria.
- Informe Regional sobre el Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe* (2010), “Actuar sobre el futuro: romper la transmisión intergeneracional

- de la desigualdad”, PNUD, Costa Rica, en <http://hdr.undp.org/es/informes/regional/destacado/RHDR-2010-RBLAC.pdf>
- Horner, M. (1974), “Toward an Understanding of Achievement-Related Conflicts in Women”, en J. Stacey, S. Gereaud y Daniels (comps.), *And Jill Came Tumbling After: Sexism in American Education*, Nueva York, Dell.
- Holloway, M. (1993), “A Lab of her Own”, *Scientific American*, noviembre.
- Linstead, S. (2010), “Comment: Gender Blindness or Gender Suppression? A Comment on Fiona Wilson’s Research Note”, *Organization Studies*, FindArticles.com, http://findarticles.com/p/articles/mi_m4339/is_1_21/ai_63510125 (Consultado el 27 de septiembre de 2010), citado por A. Boada Ortiz (2011), *op. cit.*
- Lynn, M. (1991), *A Report on the Glass Ceiling Initiative*, Washington, US Department of Labor.
- Morrison, A. (1992), “New Solution to the Same Old Glass Ceiling”, *Women in Management Review*, vol. 7, núm. 4. U.S.A. University Press.
- Moya, M. (2004), “Actitudes sexistas y nuevas formas de sexismo”, en E. Barberá e I. Martínez Benlloch (coords.), *Psicología y género*, Madrid, Pearson-Prentice Hall.
- Rodríguez Navia, A. (2009), “‘Aquí hay que hacerse respetar’. Mujeres entre tuercas y metales”, en *Perspectivas de la educación en América Latina*, Lima, Flacso- Ministerio de Cultura.
- Sarrío, M., A. Ramos y C. Candela (2004), *Género, trabajo y poder*, en E. Barbera e I. Martínez Benlloch (coords.), *Psicología y género*, Madrid, Pearson Prentice Hall.
- Suárez Ojeda, E. (2004), “Una concepción latinoamericana: la resiliencia comunitaria”, en M. Alchourron de Paladín y E. Suárez Ojeda, *Resiliencia. Descubriendo las propias fortalezas*, Buenos Aires, Paidós.
- Tobío Soler, C. (2007), “Monoparentalidad y solidaridad entre mujeres en España: el papel de las abuelas cuando las hijas trabajan”, en M. A. Carbonero Gamundí y S. Levin (comps.), *Entre familia y trabajo. Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones.
- Wilson, Fiona M. (1996), “Research Note: Organization Theory: Blind and Deaf to Gender?”, *Organization Studies*, citado por A. Boada Ortiz (2011), *op. cit.*
- Winicott, Donald (1985), *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa.

Juventudes y proyectos de carrera laboral: significados personales del trabajo y la familia

IRENE MELER

Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES)

INTRODUCCIÓN

Género y subjetividad

Los estudios cualitativos interesados en explorar la subjetividad, ofrecen la posibilidad de indagar de forma pormenorizada acerca de las representaciones, valores, deseos, temores y conflictos de los sujetos entrevistados. A la vez, hoy sabemos que no es posible abordar un estudio sobre cuestiones sociales y subjetivas sin poner en juego las representaciones, conocimientos y valoraciones que quien investiga ha acumulado a lo largo de su vida y de su formación académica. De hecho, los objetos de estudio son construidos en el curso de la indagación y podemos compartir con Calello y Neuhaus (1999) la idea de que el objeto es en sí mismo una amalgama entre el referente empírico y las teorías con las que es abordado.

Los hallazgos obtenidos en las pequeñas muestras que caracterizan a este tipo de estudio, permiten ampliar nuestro “capital abductivo”, una expresión utilizada por Homero Saltalamaccia (2005) para referirse al acervo de conocimientos previos de que dispone cada investigador y que le permite construir sus objetos de investigación y plantear hipótesis.

En el caso de las investigadoras que nos desempeñamos en el Área de Estudios de Género y Subjetividad de UCES, este capital o patrimonio cognitivo deriva en buena medida de nuestra experiencia clínica como psicoanalistas. Los estudios acotados a pocos casos que se analizan en profundidad, reafirman o cuestionan, según el caso, ese conjunto de saberes previos del que disponemos. Si bien los hallazgos obtenidos a través de los estudios de casos no pueden ser generalizados, en ocasiones encontramos coincidencias entre lo que advertimos en los sujetos estudiados y las tendencias relevadas en estudios sociales más abarcadores; de ese modo, aportamos a la indagación que se desarrolla en ese campo.

Respecto de la relación que existe entre los estudios sociales y las indagaciones sobre la subjetividad, contamos con un concepto creado por una psicoanalista norteamericana, Nancy Chodorow (2003), quien ha llegado al campo del psicoanálisis desde las ciencias sociales y, en especial, desde los estudios de género. Las investigaciones cualitativas se proponen comprender la experiencia en términos del significado que los sujetos involucrados construyen sobre los sucesos o procesos estudiados. Para Chodorow, el significado es una construcción personal y a la vez, cultural. Esta autora considera al psicoanálisis como una ciencia social, en el sentido de que la cultura es parcialmente constitutiva de la significación psíquica, sin que esto implique una reducción sociologista de la subjetividad. Considera que los procesos psicodinámicos que describe el psicoanálisis son irreducibles al ámbito social y cultural. Expresa que:

(...) hay buenas razones para considerar al psicoanálisis como una de las ciencias sociales, una de esas ciencias en que las personas estudian a las personas, a menudo aplicando metodologías que implican una interacción entre el investigador y la persona estudiada” (Chodorow, 2003: 18).

De modo que es a partir de la captación de esos significados personales, que podemos obtener un acceso específico a procesos sociales y culturales que otros estudios abordan desde una perspectiva cuantitativa o de un enfoque etnográfico no informado por el psicoanálisis.

Juventudes y trabajo

Cuando se estudia el tema de los jóvenes y el trabajo desde un enfoque de género, vemos que ese campo de estudio ha logrado un desarrollo considerable, en tanto las nuevas generaciones constituyen el futuro del colectivo social. Actualmente, ese sector social enfrenta serias dificultades para insertarse en un mercado que se ha contraído, merced a la hegemonía de las políticas liberales en el contexto de la Tercera Revolución Tecnológica y de la globalización (Castoriadis, 1996). El fenómeno reciente de la ocupación de espacios públicos en Madrid por parte de sectores juveniles que se auto denominan como “indignados”, expresa el malestar cultural de una generación que experimenta en los hechos que quienes los han antecedido no prepararon un espacio social donde ellos pudieran insertarse. Dicha situación, derivada del modo de producción y del universo cultural del capitalismo tardío, es fuente de preocupación y por ese motivo ha sido construida como objeto de diversos estudios. Dentro de ese campo, no todas las investigaciones articulan la variable de la edad con el género, y las que indagan en ese cruce de perspectivas desde el ángulo de la subjetividad, son aún más escasas.

En términos generales, el ámbito laboral ha sido por tradición explorado desde la perspectiva de las ciencias sociales. Pareciera haberse planteado un partearguas, donde el trabajo fue investigado desde una perspectiva sociológica o económica, y la familia se constituyó en el objeto privilegiado de las indagaciones psicológicas. Sin embargo, el ámbito laboral es una poderosa instancia de construcción subjetiva, y las relaciones familiares no consisten sólo en vínculos de intimidad, sino que es posible estudiarlas indagando las relaciones de poder que atraviesan el escenario familiar (Meler, 2009), las estrategias inconscientes que afectan las elecciones de pareja (Bourdieu, 1991), o la estratificación social que es posible detectar al interior de una unidad que se presumió como homogénea (Engels, 1884). Es decir, que ambos ámbitos, el privado y el público, son pasibles de ser estudiados por distintas disciplinas y desde perspectivas diversas. En el campo psicológico, cuando se realizan estudios sobre el trabajo, estos suelen orientarse hacia fines pragmáticos destinados a favorecer la inserción de los sujetos en los ámbitos empresariales u optimizar su rendimiento laboral, pero ese no es el enfoque que nos interesa desarrollar. Es necesario hacer explícito que nuestro abordaje se aleja del eficientismo adaptador, e incorpora una perspectiva crítica acerca de los actuales requerimientos del mercado laboral, siendo

nuestro propósito último aportar a la búsqueda de un mayor bienestar colectivo, más allá del logro de objetivos económicos empresariales o personales.

Jóvenes, género y trabajo

El Programa de Estudios de Género y Subjetividad de UCES se interesa por las relaciones entre varones y mujeres, entendidas como vínculos que son, a la vez, sociales y subjetivos.

Un estudio que toma como unidad de análisis los relatos de entrevistados jóvenes, donde exponen sus sentimientos y conflictos, permite explorar las tendencias contemporáneas referidas a la manera en que se construye el género subjetivo, o sea las representaciones “generizadas” del sí mismo, que inciden en el desempeño de los diversos papeles sociales en el ámbito familiar y en la esfera pública. Nos interesa captar el modo en que persisten enclaves identitarios tradicionales y cómo asoman a la vez, tendencias innovadoras que están destinadas a extenderse, o al menos a adquirir legitimidad en el conjunto social.

Algunos ejemplos extraídos de las entrevistas ya realizadas pueden contribuir a esclarecer esta cuestión. En términos generales, los jóvenes que he entrevistado hasta el momento, han coincidido en considerar que existe una paridad de derechos y obligaciones entre los géneros, ya que ambos comparten los estudios, el trabajo remunerado, las tareas domésticas y la crianza de los hijos.

D: Los roles...no es como antes que el hombre era el que tenía que traer la plata a la casa y la mujer quedarse en la casa, no existe más. Los roles me parece que están casi compartidos en todo. Yo me imagino criando conjuntamente a mi hijo con mi pareja. Me encantaría en un futuro si los dos, ponle, trabajamos y si J..., no me molestaría en absoluto, si está en el objetivo de ella hacer un desarrollo profesional o estudiar algo, la acompañaría cien por ciento en lo que haga”.

Sin embargo, encontré entre las mujeres jóvenes una leve preferencia por mantener algunas formas propias del antiguo reparto de papeles entre los géneros. Las imágenes femeninas se asocian con la cocina, y la elaboración de alimentos es homologada con una expresión de amor.

I: ¿Qué piensas de los roles, acerca de si hay cosas que debe hacer la mujer, otras que debe hacer el varón, ¿cómo lo ves?

G: Sí, me lo he cuestionado un poco, yo te voy a decir algo un poco conservador, también, me parece interesante que el hombre respalde a la mujer con el trabajo, la fuerza que tiene el hombre para contenerla a la mujer y la mujer enseñe al hombre lo que es el amor, me parece que la mujer puede mucho más enseñarle al hombre a amar, y la mujer, sí, dueña de la casa que le prepara la comida...

La esfera emocional se tiende a considerar como feminizada, y como un aporte que las mujeres pueden realizar al proceso de formación subjetiva de sus compañeros varones.

También se observa una preferencia por adecuadas condiciones de trabajo, a expensas de la remuneración, lo que indica que estas jóvenes no se perciben como proveedoras principales o exclusivas del sostén del hogar, sino como contribuyendo con un aporte complementario.

J: Prefiero un buen ambiente de trabajo porque por más dinero que haya en el medio, si no hay un buen ambiente de trabajo en el día a día es imposible y la parte económica pasa al último plano. Pero también está relacionado, si a una le gusta lo que hace y está en un buen lugar, también quiere estar tranquila económicamente (risueña). Entre lo económico y el buen clima, prefiero el buen clima. Por más plata que haya si hay pésimo clima, exigencias, presiones, de lo económico te olvidas.

Por su parte, algunos entrevistados masculinos expresaron su deseo de poder desempeñarse como sostenes económicos del hogar, aunque sus compañeras pudieran generar recursos de forma independiente. El concepto subyacente consistió en considerar que los ingresos del varón son básicos y obligados, mientras que los ingresos femeninos son opcionales y electivos.

I: ¿Te percibes en el futuro como alguien que sería el principal sostén económico del hogar, o aportarías mitad y mitad?

D: Me encantaría ser el principal sostén económico

I: Es una meta esa, ¿porqué?

D: Silencio... me gustaría, me gustaría...ser el principal sostén y que el resto de mi familia disfrute de eso.

I: ¿Piensas que el varón tiene que hacer eso?

D: (risueño) No sé si tiene...a mí me gustaría que mi familia disfrute de lo que yo haga.

I: ¿Por eso decías antes que si J quiere hacer algo la apoyarías?

D: Sí, no tengo ningún problema, si ella quiere hacer algo, cien por cien. No es que digo “Quédate en casa y yo salgo a trabajar”, no, pero si me das a elegir preferiría llegar a ser el sostén de mi familia y que el resto disfrute de lo que puedo llegar a ganar.

I: ¿Es decir que si J hace algo, sea porque ella quiere, no porque no te alcanza lo que ganas?

D: Exacto. Sí.

En esas representaciones y valores advierto una transformación paulatina de las relaciones de género, lo cual que no excluye la persistencia de actitudes tradicionales.

Los estudios existentes sobre el trabajo informan acerca de un sesgo muy extendido en este campo y que consiste en tomar como sujeto modélico al trabajador varón, blanco, que está en su adultez joven y que cuenta con el sostén de un hogar, ya sea el de su familia de origen, o el hogar conyugal, donde el trabajo invisible de las mujeres asegura la reproducción de su fuerza de trabajo (Hirata y Kergoat, 1997).

Las mujeres se han incorporado al mercado laboral de modo creciente a partir de la última postguerra en Occidente. Sin embargo, la doble jornada laboral ha favorecido su concentración en el área de servicios y continúa la segmentación horizontal del mercado en ocupaciones asociadas con los papeles tradicionales femeninos desempeñados en la unidad doméstica. La segregación vertical del mercado evidencia la dificultad aún vigente para que una masa crítica de mujeres llegue a los puestos de decisión.

Los estudios de las mujeres o *Women's Studies* han puesto en visibilidad la experiencia femenina, y este enfoque tuvo una importancia estratégica en los años setenta, para revertir el difundido androcentrismo de los estudios sociales y subjetivos. Sin embargo, coincido con Robert Connell (1987) en considerar que, en la actualidad, en el campo interdisciplinario de Estudios de Género, el objeto de estudio se refiere a las relaciones de género, ya que la feminidad y la masculinidad integran un mismo sistema, el sistema sexo-género (Rubin, 1975) o sistema de géneros (Chodorow, 2003) y por lo tanto evolucionan de modo sinérgico (Benjamin, 1997). Por ese motivo consideramos necesario entrevistar

a mujeres y a varones, ya que la transformación en las actuales relaciones de género se dirimirá en el marco de las relaciones amorosas, familiares y laborales que se establezcan entre ambos.

En el caso de los entrevistados jóvenes, debido al período vital en que se encuentran, aún no han atravesado por la crisis que implica la parentalidad en las relaciones de género. Conocemos por estudios y experiencias previas, que la ilusión de igualdad que caracteriza la experiencia de los jóvenes universitarios, se pone en entredicho cuando nacen los hijos. Por ese motivo hemos introducido interrogantes que, de algún modo, se anticipan a la experiencia vital de los entrevistados, pero que tienen el mérito de favorecer que anticipen situaciones que es posible deban atravesar más adelante. Exploramos sus proyectos respecto del cuidado de los hijos y del modo en que piensan cooperar para conciliar trabajo y familia.

Si bien en el aspecto declarativo hasta el momento han coincidido en compartir la crianza, puede observarse que los varones elaboran sus proyectos de desarrollo laboral sin tomar este factor en cuenta, mientras que las mujeres, aunque tienden a desmentir su impacto futuro, se adjudican todavía la responsabilidad principal por el cuidado de sus posibles hijos.

I: ¿Piensas que formar una familia puede influir en algún sentido en tu carrera laboral?

Damián: No.

I: Digo el día que tengas hijos...

D: No, no lo veo como un factor que me pueda dificultar.

I: ¿Piensas que tu proyecto de trabajo es compatible con las obligaciones familiares que podrías tener en un futuro?

Greta: Sí, justo cuando estaba terminando mi carrera, estando en pareja, pensando a futuro, digo "¡Qué bueno! Mi profesión me lo permite. Porque de por sí yo hasta ahora trabajé días de semana, no es que me requiere mucho más que eso, son horarios que uno como madre, el día de mañana puede ir como... adecuándolo a su vida, porque hoy en día uno tiene la computadora y bueno, puede estar trabajando desde su casa. Uno también tiene que ser responsable de ese chico que está criando y no trabajar todo el tiempo, lo encuentro también muy interesante desde ese punto.

También surgen temores a que la excesiva dedicación al trabajo dañe eventualmente la constitución de una familia. El autoempleo aparece entonces como una alternativa para sustraerse de condiciones de explotación que afecten la vida privada.

J: Lo veo en varios lugares, me conecto con gente, me gusta mucho hablar, escuchar al otro, intercambiar ideas, no sé y tengo muchos casos en los que es así, es complicado. En todos los lugares que conozco, mujeres que estén al mando de algo, importante, son pocas, y las que son, están divorciadas, o no tienen hijos, para mí no es compatible. Ahora, si yo decido, de pronto ser independiente, tener un estudio a menor escala en donde me plante trabajar menos horas y lo puedo flexibilizar, pero en una empresa son los casos más difíciles que yo encuentro.

GÉNERO Y PSICOANÁLISIS

Los estudios sobre la subjetividad se nutren en nuestro caso de las teorías psicoanalíticas, que constituyen un cuerpo de conocimientos cuya riqueza para la indagación es reconocida por numerosos expertos. Sin embargo, hemos dedicado esfuerzos para revertir el androcentrismo teórico y el sexismo que impregna de modo inevitable, los desarrollos freudianos elaborados en la primera mitad del siglo pasado. Las dificultades para efectuar esa necesaria actualización han dejado marcas en la obra de muchos destacados psicoanalistas contemporáneos, y por ese motivo esta empresa mantiene su vigencia hoy día.

Un estudio psicoanalítico que hemos publicado anteriormente (Plut, 2007) ofrece una revisión pormenorizada de las representaciones existentes en el discurso freudiano acerca del trabajo. El autor considera que:

(...) pensar la actividad laboral desde el punto de vista psicoanalítico supone considerar: el valor del trabajo en la economía psíquica, la importancia de la actividad transformadora de la naturaleza y su función en las relaciones intersubjetivas. Con ello tenemos tres dimensiones interrelacionadas: el sujeto, su actividad y sus vínculos, p. 231.

Y agrega que:

En síntesis, para Freud la actividad laboral:

1. Permite procesar ciertas exigencias pulsionales: hostilidad fraterna, libido homosexual, libido narcisista, pulsión de apoderamiento o dominio.
2. Constituye un escenario en que pueden desplegarse sentimientos de injusticia, celos, envidia, furia (por acatar una realidad contrapuesta al principio de placer).

3. Cuestiona los vínculos adhesivos (que se acompañan de una falta de inversión de atención dirigida hacia el mundo).
4. Permite desarrollar los sentimientos de pertenencia, los proyectos ambiciosos y las capacidades creativas.
5. Es una forma de afirmarse en los vínculos exogámicos, buscar reconocimiento social y lograr una autonomía orgullosa respecto de la autoridad de los progenitores: p. 232.

Encuentro de interés este planteo general, y en especial el último punto, ya que se aplica especialmente a los trabajadores jóvenes, que logran sentar las bases de su autonomía con respecto del hogar de origen a través de su trabajo remunerado. Al mismo tiempo, considero necesario reconsiderarlo desde un enfoque de género, para captar los matices diferenciales de este modelo según se trate de varones o de mujeres. Esta revisión es tanto más necesaria si recordamos que el androcentrismo ha caracterizado al discurso freudiano en su conjunto. Por ejemplo, en lo que se refiere a la pulsión de apoderamiento o de dominio, resulta fácil percibir que su destino en las mujeres, de acuerdo con la subjetivación genérica aún vigente, es la inhibición. El deseo de dominar es contradictorio con las imágenes femeninas apreciadas en la cultura hegemónica; lo que en un varón aporta a su atractivo viril, resulta contradictorio con la seducción femenina que, por el contrario, se asocia con la suavidad, la docilidad, la admiración hacia el varón, la modestia, etcétera.

En cuanto a los vínculos adhesivos, o sea el tercer punto planteado por el autor, es conocido el modo en que muchas mujeres de edades maduras o medianas incorporan a su identidad social los logros de sus compañeros, considerados de modo implícito como parte de la sociedad conyugal. En algunos casos ellas han realizado aportes significativos para que él se consagrara, tales como, en el caso del trabajo intelectual, aportarle bibliografía, resumir trabajos, escribir parte de lo que su compañero publica, etcétera. Resulta de interés explorar en qué medida las jóvenes tienen en claro los efectos de esta estrategia tradicional para sus carreras laborales, sobre todo en un período donde la monogamia está en crisis.

En lo que se refiere al cuarto punto que plantea el autor, he encontrado en un estudio realizado sobre el Super-yo (Meler, 2004) que el Super-yo femenino se caracteriza, como tendencia, por una limitación de la ambición, y esto implica que los sujetos se proponen metas comparativamente más modestas.

Esta tendencia se comprende si se considera que la participación en el ámbito público en sí misma, constituye un ascenso para las mujeres, si se compara con la experiencia de generaciones anteriores.

Respecto de la creatividad, este es un concepto que se vincula con otro más estrictamente psicoanalítico; la sublimación. En la primera mitad del siglo xx, Helène Deustch (1925), una destacada discípula de Freud, consideró que la maternidad constituía la sublimación femenina por excelencia, es decir que las mujeres vehiculizaban a través de la crianza sus dotes creativas. Si bien hemos protagonizado un notorio cambio social, que torna obsoleta esta caracterización, resulta necesario explorar en qué medida existe entre las jóvenes una inercia que reproduce esta actitud ancestral, que no es sólo subjetiva, sino que resulta favorecida por la ausencia de arreglos instituidos adecuados para conciliar trabajo y familia.

Mediante las entrevistas ya realizadas, advierto que las representaciones que los jóvenes entrevistados tienen acerca de las actitudes de varones y de mujeres ante el trabajo, aluden, para los varones, a su carácter instrumental y enfocado en el logro personal. En cambio, las mujeres son caracterizadas y también se consideran a sí mismas, como perfeccionistas y comprometidas con el logro correcto de las metas propuestas, más allá de su conveniencia inmediata personal.

I: ¿Te parece que mujeres y varones trabajan de modos distintos?

J: Los hombres son más prácticos, dan menos vueltas, en el sentido de que no son tan detallistas, eh, no se enroscan en cosas mínimas, siempre están en... tiene otra visión. Y las mujeres somos más complicadas para trabajar.

I: ¿En qué sentido?

J: Eh... y yo, o sea, algunas como que pierden tiempo en cosas que no le deberían dar esa importancia, eh, son más complicadas en las relaciones, en cómo se dicen las cosas, en un montón de cosas, como un poco más estructuradas. A los hombres no les importa cómo haces el trabajo, sino que llegues a hacer lo que te piden. En cambio la mujer ve todo, cómo lo hiciste, si está de acuerdo. Por más que hayas llegado al mismo resultado, si no lo hiciste de la forma en que hay que hacerlo, eh... se complica

I: ¿Cómo que serían más perfeccionistas?

J: Sí, más detallistas.

Esto se puede comprender si se vincula con lo antes expuesto acerca del carácter obligado que tiene el imperativo de provisión económica para los varones.

Las mujeres pueden privilegiar el logro de su equipo de trabajo o de la empresa, porque no dependen tanto de los beneficios concretos que obtengan de su trabajo.

D: Las mujeres van más al detalle que un hombre. Trabajando, en todo sentido, son más puntillosas que un hombre. Y lo que veo también es que es más fácil que una mujer se ponga la camiseta de una empresa que un hombre.

I: ¿Y porqué será eso?

D: No lo sé.

I: ¿Será que el hombre está pensando en términos más personales?

D: Puede ser, ¡puede ser!

I: ¿Haciendo más la suya, por decir así? ¿En ese sentido lo decís?

D: Sí, en ese sentido. La mujer, a ver, trabajando, si yo tuviera una empresa y tengo que cubrir un puesto que necesito a una persona que trabaje en serio, pongo a una mujer. Porque la mujer es una persona que va más al detalle, que cumple sus objetivos, el hombre es como... no llegué, bueno, llegaré mañana.

I: Sí ¿como que no estaría tan preocupado por lo que le pasa a la empresa sino por lo que le pase a él?

D: Exacto”.

También contribuye a este desenlace la historia social, al favorecer que las recién llegadas al mercado laboral consideren que trabajar es en sí mismo un logro, mientras que sus compañeros compiten duramente entre sí por el éxito económico.

ALGUNAS CUESTIONES DE INTERÉS PARA LOS ESTUDIOS CUALITATIVOS SOBRE JUVENTUD, GÉNERO Y SUBJETIVIDAD

El sector social a estudiar

Nuestra investigación no estudia a los jóvenes que pertenecen a los sectores desfavorecidos, quienes son considerados por diversos estudios sociales como la población de mayor vulnerabilidad, debido a la evidente necesidad de indagar sobre su situación con el propósito de disminuir las inequidades sociales. Pese a esto, hemos elegido entrevistar a jóvenes universitarios, que generalmente provienen de sectores medios, porque se trata de los sujetos que más se ajustan a lo que se considera

estrictamente como sector juvenil. Si entendemos esta categoría en un sentido social y subjetivo que trascienda la ubicación etaria, los sujetos jóvenes de sectores populares no pueden considerarse como tales desde la perspectiva de la subjetividad, en tanto no gozan de la moratoria psicosocial que caracteriza a la juventud moderna y deben asumir papeles sociales adultos apenas salen de su infancia.

Diferencias y semejanzas subjetivas entre mujeres y varones

En la actualidad se recurre al concepto de juventudes, en lugar de referirse a la juventud como una categoría para el análisis, y esto tiene como objetivo hacer visible la diversidad al interior del sector juvenil, en función del género, el sector social, la etnia y la orientación sexual de cada sujeto. Pero así como existe una marcada diversidad intragénero, también se advierten de forma creciente las semejanzas existentes entre mujeres y varones. Más allá de la divisoria de aguas, planteada por el género, nos proponemos estar atentas a las semejanzas entre los sujetos cuyo género asignado sea femenino o masculino, de acuerdo con el estilo de personalidad que presenten. La relevancia en las diferencias constituye un sesgo en las investigaciones, derivado de los estudios comparativos acerca de las diferencias por sexo en aptitudes y habilidades (Macoby y Jacklin, 1974). Otro sesgo de sentido contrario, consiste en una acentuación de las semejanzas, tendiente a oponerse a la sobre sexualización de las diferencias observables entre los sujetos (Oakley, 1972; Rubin, 1975).

Contamos con categorías ya existentes en el campo del psicoanálisis, que resultan de utilidad para evitar una asociación biologista entre sexo y género. Los estudios psicoanalíticos nos informan acerca de la existencia de un carácter masculino en mujeres y como contrapartida, un carácter femenino en varones. Estas denominaciones aluden a la presencia de rasgos caracterológicos que cruzan géneros, o sea donde los sujetos presentan, más allá de la orientación de su deseo, que suele ser heterosexual, una configuración caracterológica que los asemeja a las representaciones colectivas sobre el otro género (Jones, 1967). He estudiado el modo en que se articulan ambos estilos personales para constituir un tipo de pareja que denominé como “contracultural”, debido a que en ella los papeles tradicionales para los géneros se encuentran invertidos (Meler, 1994).

El despliegue de estas modalidades de carácter resulta favorecido en el contexto contemporáneo, que se caracteriza por una cierta tendencia a tipificar

de modo menos marcado las conductas esperables en función del género. He utilizado para dar cuenta de esta tendencia un concepto presentado por John Du Moulin (1991) para el campo educativo, donde este autor creó la denominación de “desgenerización” para aplicarla a la tendencia actual a que en muchas carreras universitarias la matrícula sea mixta en proporciones semejantes. Considero útil extenderlo a situaciones sociales e intersubjetivas, donde la polaridad moderna entre los géneros vaya disminuyendo de modo notorio. Este estilo subjetivo “desgenerizado” es comparable con la categoría creada por Sandra Bem (1981) en el *Sex Role Inventory*, donde clasifica a algunos sujetos que obtienen baja puntuación tanto en los índices de masculinidad como en los de feminidad como “indiferenciados”. Así como en ocasiones esta polaridad no se esfuma sino que se invierte, en las relaciones innovadoras que he podido observar en estudios anteriores, algunos sujetos presentan modalidades mixtas, donde la masculinidad y la feminidad se combinan de modo tal, que resulta obsoleto continuar con estas denominaciones para aludir a los rasgos de carácter.

Un estudio que indague en la subjetividad debe aportar como valor distintivo respecto de los estudios sociales, una exploración caracterológica acerca de rasgos tales como la creatividad, la tenacidad y la persistencia, la tolerancia a los riesgos y las exigencias, la capacidad de enfrentar situaciones adversas inesperadas y la capacidad de liderazgo. Contamos con el test de “Persona bajo la lluvia” para evaluar situaciones de desamparo. Se requiere buscar o crear tests situacionales que permitan explorar de modo comparativo entre varones y mujeres jóvenes, la creatividad y el liderazgo, prestando atención tanto a las similitudes como a las tendencias diferenciales según el género.

Un hallazgo ya obtenido se relaciona con la diferente prioridad que asignan mujeres y varones a la remuneración económica *versus* el buen ambiente laboral. Las mujeres priorizan de modo decidido las condiciones de trabajo, en tanto valoran su calidad de vida cotidiana. Los varones, que aún se sienten emplazados por la persistencia del imperativo de proveer, ubican en primer término la recompensa económica por sus esfuerzos. Este hallazgo coincide con lo observado en el estudio anteriormente citado, donde pude advertir que las mujeres que tuvieron que desempeñarse como jefas de hogar priorizaron el ingreso por sobre las condiciones laborales, aceptando situaciones de extrema exigencia. Pero en cuanto formaron nuevamente una pareja, optaron por ubicarse en la retaguardia, eligiendo ocupaciones estables y menos exigidas, aún a costa de aceptar un ingreso menor. Esta elección se vincula con factores

subjetivos y objetivos. Por una parte, las ocupaciones más flexibles o de jornada reducida, permiten hacer frente a la doble jornada laboral o doble turno (Hochschild, 2003) constituido por las tareas no remuneradas de atención del hogar y la crianza de los niños, a las que se suman los trabajos para el mercado. Por otra parte, la sobrecarga que suelen afrontar las madres trabajadoras que no cuentan con un compañero, suele ser tan agotadora que deteriora la calidad y cantidad de los cuidados que pueden prodigar a sus hijos. Esta situación de carencia obligada genera en las mujeres profundos sentimientos de dolor psíquico y culpabilidad, por lo que en cuanto pueden, buscan revertirla, aún cuando para lograrlo deban aceptar arreglos conyugales que en otros aspectos les resultan desventajosos.

Trabajo y familia

Como vimos, el sentido psíquico del trabajo en la juventud se relaciona con el hecho de que constituye un camino hacia la asunción del papel social adulto. En las mujeres, la conyugalidad y la maternidad conservan parte de su carácter de ritos de pasaje hacia el estatuto de la adultez, pero eso ocurre sobre todo en sectores populares. Entre las jóvenes educadas, la energía psíquica destinada a su capacitación, potenciada por el imperativo, aún eficaz para el género femenino, de adaptarse a las expectativas vigentes en los ámbitos institucionales donde se insertan las trabajadoras, que genera un cumplimiento más puntual de la normativa, favorece que se plantee un dilema ético doloroso cuando afrontan la crisis de la maternidad. El imperativo del logro cuenta a las mujeres entre sus nuevas adeptas. A la vez, la vigencia del ideal maternal, que valoriza la auto postergación altruista en favor de los niños, entra en conflicto con la tendencia anteriormente expuesta hacia el cumplimiento de las expectativas instituidas, generando un antagonismo al interior del sistema de ideales propuestos para el Yo (Dio Bleichmar, 1985). Esta conflictiva no ocurre sólo en los niveles imaginario y simbólico, sino que se ancla en prácticas sociales generadas en un contexto donde el trabajo remunerado era sobre todo masculino. A esto se agregan falencias institucionales: no se han creado los recursos adecuados para que el ejercicio de la maternidad abandone su estatuto de clandestinidad entre las mujeres trabajadoras. Esta problemática social no resuelta, se traduce en conflictos experimentados como intrapsíquicos y en sentimientos de culpabilidad.

Una alternativa que he podido relevar, consiste en la preferencia por las actividades realizadas de modo independiente, o sea el auto empleo. La pertenencia a una compañía o empresa es considerada como difícilmente compatible con la maternidad y la dedicación a la familia, mientras que la actividad autónoma, aunque no es menos exigente, permite un manejo flexible del tiempo.

El punto de vista enfocado en la feminidad no debe inducir al error de suponer que la condición juvenil de los varones educados está libre de conflictos. Ellos enfrentan una mayor presión para obtener resultados económicos tangibles como producto de su labor, y los amenaza la subalternización al interior del colectivo masculino, que como se sabe, es de por sí, jerárquico (Connell, 1995). Esto implica soportar fuertes tensiones competitivas y riesgos de padecer ansiedad y depresión.

La amenaza de padecer estados depresivos es entonces diferente entre mujeres y varones. Ellos se pueden deprimir si experimentan dificultades que los ubican en una situación de desventaja al interior del colectivo masculino, que es su grupo de pertenencia y a la vez, su grupo de referencia (Meler, 2007).

Las jóvenes universitarias no soportan generalmente presiones tan poderosas relacionadas con el rendimiento económico. Pero enfrentan el conflicto intrasistémico antes planteado, al interior de su sistema de ideales propuestos para el yo donde coexisten de modo inarmónico la maternidad y el trabajo (Dio Bleichmar, 1985). Es posible suponer que las representaciones femeninas con respecto del trabajo todavía se relacionen de modo más estrecho con la posibilidad de realizar sus capacidades y desplegar su vocación (Boso, 2010), o sea con aspectos subjetivos ligados a la calidad de vida, y no sólo con el logro. Esto deriva de la tradición referida a que su aporte económico será complementario del aporte masculino. Como he podido indagar, estas representaciones persisten, ya que las jóvenes no se imaginan desempeñándose como proveedoras del hogar de forma totalmente paritaria con sus compañeros.

Otro aspecto relacionado con lo anterior, que importa explorar, es si pueden anticipar un eventual ciclo de vida signado por la alternancia entre períodos conyugales y períodos donde deberán desempeñarse como proveedoras exclusivas y jefas de familia. En el estudio que he llevado a cabo sobre relaciones de género en familias ensambladas, he advertido que una de las fuentes de sufrimiento emocional y de dificultades familiares, derivaba del hecho de que las mujeres divorciadas no habían anticipado ese avatar existencial. La posibilidad de desempeñarse como proveedoras exclusivas, situación frecuente, dada la clau-

dicación o deserción de los ex cónyuges, no formaba parte de su acervo histórico de proyectos identificatorios y de adquisición de habilidades laborales. Por lo tanto, los períodos monoparentales resultaron agotadores, y durante los mismos la calidad de los cuidados maternos se deterioró, a veces gravemente, generando secuelas en los hijos, que se advirtieron más adelante. El agotamiento padecido por estas mujeres que debieron desempeñarse como progenitoras y proveedoras exclusivas, estimuló la aceptación de nuevos arreglos conyugales transicionales o tradicionales, abandonando la posición innovadora en la que, forzadas por las circunstancias, se habían instalado durante su período monoparental. Este hallazgo, obtenido en otro estudio, indica la pertinencia de indagar en qué medida las mujeres jóvenes anticipan esta situación y en caso de que no lo hagan, promover este tema en los cursos o programas de capacitación laboral.

En el caso de los varones jóvenes, interesa explorar si han previsto articular su desarrollo laboral con la eventualidad de tener que aportar recursos a dos hogares, situación frecuente entre los hombres divorciados bien insertos en el mercado. Ellos son quienes tienen posibilidades de conservar el vínculo con los hijos de un matrimonio anterior, —ya que quienes no logran contribuir a su sostén suelen perderlo—, y esa posibilidad se ve seriamente interferida si desertan de su papel de proveer para las necesidades de los mismos. Sobre esta experiencia social, considero pertinente indagar en qué medida proyectan poner en relación su desarrollo laboral futuro y sus eventos familiares posibles. Mi experiencia clínica me indica que difícilmente anticipan este tipo de avatares existenciales. En las entrevistas ya realizadas he advertido que los jóvenes que son hijos de matrimonios integrados, no imaginan otro destino para ellos que la monogamia indisoluble, y rechazan la idea de una eventual separación conyugal. Esta observación sugiere el surgimiento de un reflujó más tradicional una vez pasada la efervescencia de las décadas de los sesenta y setenta, cuyo carácter libertario generó como secuelas, sufrimientos impensados (Meler, 2004).

Estas consideraciones no se acotan, como podría parecer, a los jóvenes heterosexuales que hayan elaborado un proyecto de familia, ya que en la actualidad, existen familias homoparentales que estarán sujetas a alternativas semejantes en caso de conflicto. Quienes estarán en una situación específica que es diferente de la anteriormente planteada, son aquellos que elijan no tener hijos, que, por el momento, constituyen una minoría en nuestro medio.

Planteo estas cuestiones en tanto parto de una percepción acerca de los nexos inextricables que unen los desarrollos laborales con los proyectos, logros

y avatares familiares. Sólo una visión integradora entre ambas esferas de la existencia nos permitirá captar la complejidad de los procesos estudiados.

Juventud, clase, etnia y orientación sexual en la elección de carrera

La elección de carrera es otra variable que puede también influir en la aparición de tendencias diferenciales al interior del sector juvenil, tal como se ha podido apreciar en estudios anteriores (Boso, *op. cit.* y Rosas *et al.*, 2010). La elección vocacional no responde sólo a factores biográficos, sino que se vincula con el género, la clase, la etnia y la orientación sexual.

Respecto de la orientación del deseo sexual, es conocida la presunción de homosexualidad, a veces errada, respecto de quienes eligen una especialidad que tradicionalmente fue elegida por el otro género. Tal es el caso de los enfermeros o los diseñadores de indumentaria entre los varones. En cambio, las mujeres cirujanas o economistas, dos ramas de actividad asociadas con la guerra y el poder, no ven cuestionada su identidad de género de modo tan frecuente, porque se admite como legítimo y compatible con una identificación femenina, el deseo de incorporarse a los sectores ocupacionales más prestigiosos y que otorgan mayores recompensas. Muchas de estas asunciones del sentido común obedecen a prejuicios que habrá que evaluar si encontramos casos donde las elecciones vocacionales tiendan a cruzar géneros.

Dentro de las elecciones que no están signadas de modo notable por el género y por la orientación sexual, en muchos casos el peso de la cultura familiar resulta significativo. La elección de las carreras jurídicas y las económicas, suele ser habitual entre los sectores más integrados al sistema, mientras que, para dar un ejemplo, las ciencias sociales, que implican con frecuencia enfoques críticos con respecto de los ordenamientos imperantes, suelen ser preferidas por los hijos e hijas de los sectores que cuestionan el *statu quo*, ya sea porque han ascendido recientemente y conservan su lealtad hacia el sector social del cual provienen, o porque su cultura de origen los emparenta con determinadas posturas políticas, como fue el caso del anarquismo italiano o el comunismo de los migrantes que provenían de la Europa del Este.

En esta base, resulta conveniente indagar acerca de las motivaciones de cada sujeto para la elección de carrera, la existencia en la familia de profesionales especializados en el área elegida, los modelos derivados de generaciones

anteriores, la ideología familiar acerca de los intercambios sociales y, en especial acerca del trabajo, y las imágenes que los jóvenes elaboran acerca del ejercicio del papel profesional.

He encontrado algunos jóvenes que eligieron sus estudios sobre el modelo de la actividad de los padres, con quienes no habían entrado en el clásico conflicto inter generacional.

D: Nooo, la verdad, no, eso es algo, cuando uno es joven, yo llegué a 5° año de la facultad y no tenía bien claro...tenía bien claro cual era la tarea de un contador público, pero no cuáles eran las tareas o qué otro tipo de profesión podría llegar a tener. En el secundario no me dijeron, mira, mira. Yo sabía que existía contador público porque mi papá era contador público, pero hay muchas más ramas que ni siquiera sabía que existían.

I: ¿Piensas que si hubieras tenido más información...?

D: Sí, no hubiera estudiado de contador público. Si bien es una carrera...me di cuenta más adelante de lo que me hubiera gustado...arquitectura hubiera estudiado.

I: Algo más... ¿por la cuestión creativa?

D: Sí.

Sin embargo, como se advierte en la viñeta anterior, la experiencia laboral les resultó de escaso interés, y se plantean una reconversión ocupacional a futuro. Esta alternativa resulta hoy más alcanzable, en tanto se observa que no existe un correlato obligado entre las credenciales universitarias obtenidas y la actividad laboral a desempeñar. Las competencias adquiridas se manejan de un modo más flexible en un mercado laboral que se caracteriza por su inestabilidad. En relación con esto, una observación reiterada se refiere a la inestabilidad de las inserciones ocupacionales. Lejos de las modalidades estables que caracterizaron la experiencia de generaciones anteriores, los jóvenes advierten la necesidad de mantenerse en movimiento, buscando de modo continuo nuevas ocupaciones que les ofrezcan mejores condiciones de trabajo o de remuneración. Ese desapego con respecto del contexto es aceptado con cierto fatalismo, no exento de algún sufrimiento.

J: Y...bueno...tuve varios trabajos y siempre me fue bien, tuve muy buenas devoluciones, pero, no es lo que me gusta. Me, o sea, no es lo que voy a seguir haciendo...no...no me apasiona.

I: ¿Qué tipo de tarea hacés?

J: Y...en este momento son tareas de análisis de gestión de la empresa...

I: ¿Cómo viene a ser eso?

J: Una analiza eh, como funcionan, cómo se desarrollan, las decisiones que toman los máximos responsables, lo de ventas, de relaciones con clientes, de productividad, de costos, todo o sea, lo relacionado a la gestión de la compañía.

I: Ahá, y eso no te gusta.

J: No, no, no. Me parece interesante, pero, no me gusta la carrera como profesión.

I: Ahá. ¿Qué te gustaría hacer?

J: Algo de diseño, nada que ver.

I: ¡Cambiate! ¿Y hace mucho que se te dio?

J: Dos años antes de recibirme me di cuenta que no iba a hacer lo que...pero ya estaba en el baile y quise terminar. No me animé a abandonar la carrera y no, ir a otra cosa. Es más, sabía que quería otra cosa, pero, no sabía qué. Recién después que me recibí, y trabajé, confirmé quizá que no era lo que más me gustaba eh...y bueno tengo más tiempo para hacer las cosas que me interesan, porque también estudiar te lleva mucho tiempo, quizá me inclinaría por otra cosa. Pero, no es que deja de interesarme ni siento que haya sido inútil. Yo sé que esta carrera, lo puedo aplicar...aunque me dedique a otra cosa completamente distinta, siempre lo puedo aplicar. Todo suma, pero quizá haría otra cosa.

I: ¿Tenés pensado estudiar diseño?

J: Quizás haría cursos. No tengo pensado empezar de nuevo una carrera universitaria. No creo que sea...totalmente necesario recibirme de la carrera. Creo que teniendo las herramientas, eh...puedo hacer otra cosa, o sea con cursos...no empezar nuevamente la facultad.

I: O sea que te empezó a gustar algo más práctico y ahora te gusta algo más estético, por decirlo así...ligado a lo estético, un cambio grande.

J: Sí.

Vacancia de papel en la edad juvenil

Más allá de las diferencias por género, etnia o sector social, los jóvenes enfrentan como sector etario un universo social que no les ha preparado un espacio acogedor. El envejecimiento poblacional y la fragilidad de los sistemas previsionales estimulan que cada vez más, las generaciones de adultos mayores se aferren

a permanecer en el mercado laboral. Cuando su calificación se los permite, lo logran mediante el autoempleo, desarrollando emprendimientos o gestionando un ejercicio profesional libre por cuenta propia. Sin entrar a considerar los efectos objetivos o mensurables de esta tendencia, en cuanto a la disponibilidad de ocupaciones para las nuevas generaciones en el contexto de la retracción de la oferta de empleo, he advertido una actitud existente entre los hijos de padres que se han realizado con éxito en el área laboral. Al enfrentar dificultades para incorporarse al mundo del trabajo, a lo que se suma una provisión económica asegurada en el hogar de origen, desarrollan actitudes de dependencia psicológica con respecto de sus mayores y esto favorece inserciones laborales dificultosas y tardías. Si bien la auto conservación de esos jóvenes está por el momento asegurada, los efectos de esta situación sobre su autoestima y sobre su desarrollo de capacidades, son adversos. De modo que es adecuado indagar sobre la posición laboral de los padres, su disposición respecto de proveer económicamente a los hijos, si también ayudan eventualmente a abrirles oportunidades laborales, en fin, las complejas relaciones de dependencia y padrinzago entre generaciones y el modo en que afectan la disposición juvenil hacia el trabajo. Habrá que atender a si aparecen en este aspecto diferencias por género, ya que la tradición consiste en estimular el desarrollo económico de los varones, situación que no suele ser considerada como tan crucial para definir una identidad femenina adulta. La persistencia de este doble patrón de valoraciones acerca del trabajo de varones y mujeres, puede contribuir a explicar la frecuencia de las inserciones laborales débiles o precarias entre las mujeres adultas.

Un factor que es necesario explorar, se relaciona con la inestabilidad de las inserciones laborales juveniles, que no puede atribuirse sólo a la demanda planteada por el mercado, sino que se relaciona con cuestiones subjetivas que caracterizan a esa población. Capelletti y Byk (2009) señalan la existencia de un desajuste entre las aspiraciones juveniles y las oportunidades que el mercado ofrece de modo efectivo. En otros términos, estaríamos ante una tendencia vinculada con la omnipotencia juvenil y el doloroso proceso de aceptar los límites de la realidad consensual. Importa indagar si existen diferencias por género en el nivel de aspiración referido al trabajo. Nuestro acervo de conocimientos anteriores nos indica que las metas que las mujeres se proponen suelen ser más modestas (Meler, 2004), y esto se vincula con el hecho de ser relativamente recién llegadas al mercado de los trabajos independientes y remunerados. Los varones, que a partir de la Modernidad juegan fuertemente su sentimiento sub-

jetivo de masculinidad sobre la base de su papel como proveedores, suelen tener un nivel de aspiración más elevado, y por lo tanto, los logros que conforman o incluso enorgullecen a las mujeres, pueden generar insatisfacción entre ellos. Resulta de interés indagar las representaciones a futuro que se plantean los jóvenes referidas a su nivel de logros, tanto en lo que se refiere al dinero como al prestigio.

Si recordamos los aportes de un autor clásico sobre el período adolescente, —etapa que hoy se ha prolongado de modo notable—, veremos que Eric Erickson (1993) planteó que el riesgo en este estadio del desarrollo consiste en lo que denominó “difusión de rol”, o sea no hallar un papel social que les confiera identidad. En la época en que escribió el autor, este riesgo atañía sólo a los varones, ya que Ericsson consideró que la identidad de las mujeres permanecería en suspenso, para definirse según fuera la pareja conyugal que eligieran u obtuvieran. Hoy nos hace sonreír el flagrante androcentrismo de esta apreciación, aunque no resulta tan risueño comprobar en muchos casos que la profesión u oficio todavía no resulta prioritaria para definir la identidad de las mujeres jóvenes (Rosas, 2010), situación que corresponde indagar en un estudio enfocado sobre la subjetividad y que tome como objeto el género, la juventud y el trabajo.

Más allá de las diferencias que se pueden encontrar entre los géneros, los jóvenes registran tendencias diferenciales entre sectores juveniles separados por períodos etarios muy breves (tres años). Los trabajadores más jóvenes que los que he entrevistado, son descritos como abúlicos, omnipotentes y exigentes, lo que plantea la existencia de brechas generacionales al interior del mismo sector juvenil.

I: ¿Cómo es la gente de tu edad, cuales son sus actitudes ante el trabajo?

J: Yo solamente conozco mi área de trabajo y están todos iguales que yo, viendo qué hacer en forma independiente, o bien otros tratando de crecer en el lugar donde están actualmente. Pero todos vemos y percibimos que antes, en la época de nuestros padres, se iniciaba en un lugar y tenías la posibilidad de hacer carrera, donde no sólo avanzabas profesionalmente sino económicamente, y era una cosa con la otra. Un mayor esfuerzo se veía, y ahora no pasa eso. Por eso para que te reconozcan, tienes que cambiar de trabajo y poder negociar tu lugar. Donde estás, por más bueno que seas no te retienen, y bueno, cada tres años en general hay un movimiento de trabajo, no hay plan de carrera en casi ningún lugar. Eso es un poco y otro poco es en relación con la nueva generación. Yo también veo, la

nueva generación, que no me siento identificada, gente capaz que estuvo a cargo mío con tres años menos, que se cansaban rápido, tiene que tener todo resuelto y que veo que a futuro va a haber un cambio fuerte de cultura laboral. Yo lo veo complicado. Porque o bien te adecuas, ahora no está la estructura adecuada para esa nueva generación.

I: Ahá, para la forma de ser de ellos.

J: Sí, yo, o sea, veo eso, como que las cosas, no están acostumbrados a tantos obstáculos, quieren todo resuelto, lo que no está resuelto les aburre. Ehmmm, bueno, varias cosas que con tres años menos que yo, que no es prácticamente diferencia, eh, en edad, pero sí de forma de trabajo y de formación.

Es posible que la aceleración de las transformaciones sociales y culturales intensifique las diferencias inter sectoriales, lo que promueve que nuestros jóvenes universitarios adopten actitudes de crítica ante sus compañeros algo menores, semejantes a las que suelen observarse entre los adultos mayores que valoran de modo negativo las diferencias que presentan las generaciones que los suceden.

Recreación y trabajo en las generaciones jóvenes

En función de los problemas que afrontan hoy los sectores juveniles, diversos autores coinciden en considerar que estamos ante el riesgo de encontrarnos con una generación perdida (Donas Burak, 2001; Margulis, 2001). Las dificultades para la inserción laboral juvenil estimulan, entre otros factores, las patologías emocionales, entre las que las adicciones a drogas ilegales y al alcohol representan una tendencia que preocupa en la actualidad (Consumo de Psicofármacos y Género en la CABA, 2010). La experiencia clínica informa acerca de la existencia de modalidades ritualizadas de recreación, que implican la inversión del ritmo habitual entre actividad diurna y nocturnidad, y la elevada ingesta de alcohol y eventualmente de drogas, ya sean legales o ilegales. Estas modalidades instituidas de intercambio social, u otras del estilo del *happy hour* o *after office*, crean un entorno que no estimula el diálogo sereno y que promueve la exhibición del cuerpo como modo casi exclusivo de seducción y de búsqueda de encuentros eróticos. De modo que nos encontramos ante una situación paradójica. Por un lado se requiere de los jóvenes desempeñar actividades laborales que, como

expresó Freud (1930) anclan al sujeto a la realidad consensual, y por el otro existe una oferta de actividades sociales y recreativas que estimulan el desarrollo de estados de ánimo eufóricos, donde se produce una evasión con respecto de la realidad. En una indagación a realizarse entre jóvenes universitarios sobre el trabajo y el desarrollo de carrera, corresponde indagar sobre las actividades recreativas, buscando identificar si interfieren con la dedicación al estudio o el trabajo, situación observable en muchos casos donde los jóvenes se encuentran ante las exigencias contradictorias de una recreación nocturna de largo aliento y la eficiencia y lucidez que se requieren en el ámbito laboral. También resulta pertinente explorar el modo en que se plantean diferencias entre los géneros en este aspecto. Es posible conjeturar que los varones, debido a su tradición de reafirmar su soberanía personal mediante la trasgresión, son quienes pueden padecer de modo más intenso estas tensiones.

He hallado, sin embargo, varios jóvenes que, una vez superada la adolescencia temprana, han optado por una inserción social integrada al mundo adulto, donde la recreación transgresiva y orgiástica fue dejada prontamente de lado, a favor de modalidades adultas de recreación serena y moderada. Esto abona la hipótesis de que nos hallamos ante una tendencia juvenil hacia la integración y a un rechazo hacia la experimentación libertaria de generaciones anteriores.

I: Eso te gusta, y, ¿vas al cine, al teatro?

A: Sí, sí, pero a bailar no tanto, pero salgo, en xx no hay boliches bailables, hay bares sí, donde se juntan gente que sale y sí voy, vengo acá a la capital a ver espectáculos. Soy muy de salir, no me gusta quedarme en casa, muy salidor, demasiado, me encanta.

I: Es decir que lo que más te gusta es espectáculos, bares...

A: No, bares no me gusta, me gusta...cenas con amigos, teatro, cine también... bares no.

Juventud, salud mental y trabajo

El tiempo libre pasa a ser considerado como tiempo vacío cuando la inserción laboral no se ha logrado, y esa situación genera ansiedad y depresión. Las jóvenes mujeres cuentan con un refugio posible en sus papeles tradicionales, obteniendo alguna sensación de utilidad, valor personal y bondad, del desem-

peño de tareas de cuidado familiar destinadas a niños, enfermos y ancianos. Al mismo tiempo y como contraparte, he encontrado que este refugio hecho posible por el recurso a la tradición de cuidados femeninos, alienta la instalación de fobias al trabajo, que cursan inadvertidas hasta que en una edad más avanzada la falta de inserción laboral remunerativa llama la atención e induce a estas jóvenes mujeres y a sus familias a buscar la forma de incorporarlas al mercado.

Como puede advertirse, existe un nexo íntimo entre la salud mental, la familia y el trabajo. La falta de trabajo aísla y deprime, pero las elevadas exigencias de rendimiento que afrontan muchos jóvenes insertos en sistemas de ventas telefónicas, para dar un ejemplo, generan un elevado nivel de stress, que, en aquellos que logran ejercer responsabilidades de coordinación, pueden llegar al *burn out*.

En la relación que existe entre trabajo y salud mental, intervienen por una parte, factores objetivos que derivan sobre todo, de la actual tendencia del sistema a explotar cualquier característica diferencial de los sujetos a los fines de la acumulación capitalista. La inexperiencia y la necesidad de los jóvenes de lograr una inserción en el mundo del trabajo, estimulan las modalidades precarias y escasamente remuneradas de contratación. El abordaje de esos factores es político y consiste posiblemente en una regulación estatal de las formas de contratación laboral.

Pero existen otros factores que se relacionan con vulnerabilidades subjetivas específicas del sector juvenil, y es en este aspecto que un estudio de las características planteadas puede aportar.

Entre la sobre explotación y la exclusión, los jóvenes desarrollan su agencia y sus estrategias personales, en las que el género tiene una eficacia cuya vigencia habrá que evaluar. He hallado mayor vulnerabilidad masculina al estrés laboral, mientras que las mujeres, amparadas por la tradición de su aporte complementario del ingreso masculino, privilegian atender a su salud por sobre las metas más ambiciosas pero agotadoras. Tal vez esta estrategia femenina se difunda al conjunto de las nuevas generaciones, una vez que la actual crisis del modelo de éxito consumista se profundice, como es esperable y deseable.

BIBLIOGRAFÍA

- Bem, S. L. (1981), "Gender Schema Theory: A Cognitive Account of Sex Typing Source", *Psychological Review*, núm. 88, p. 354.

- Benjamin, J. (1997) *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós.
- Boso, R. (2010), "Aportes para comprender las significaciones que jóvenes varones y mujeres le dan al trabajo", Seminario Internacional "Jóvenes y Trabajo", CRIM/UNAM, México.
- Bourdieu, P. (1991), *El sentido práctico*, Madrid, Taurus.
- Burak, S. D. (2001), "Adolescencia y juventud", en S. D. Burak (comp.), *Adolescencia y juventud en América Latina*, Costa Rica, Libro Universitario Regional.
- Calello, H. y S. Neuhaus (1999), *Método y antimétodo. Proceso y diseño de la investigación interdisciplinaria en ciencias humanas*, Buenos Aires, Colihue.
- Cappelletti, B. y E. Byk (2009), "Juventud y trabajo en la Argentina: diagnóstico y visión de los actores", *Revista de Trabajo*, Nueva Época, Equidad en el Trabajo, Género-juventud, año 4, núm. 6
- Chodorow, N. (2003), *El poder de los sentimientos*, Buenos Aires, Paidós.
- Connell, R. (1987), *Gender & Power*, Cambridge, Polity Press.
- (1995), *Masculinities*, Cornwall, Polity Press.
- Castoriadis, C. (1996), *El avance de la insignificancia*, Buenos Aires, Eudeba.
- Deustch, H. (1925), "La psicología de la mujer en relación con la función de reproducción", en *La sexualidad femenina*, Buenos Aires, editorial CAUDEX, 1966.
- Dio Bleichmar, E. (1985), *El feminismo espontáneo de la histeria*, Madrid, ADOTRAF.
- Du Moulin, John (1991), *UNLU*, citado en G. Bonder, *Mujer y educación en América Latina, hacia la igualdad de oportunidades*, Buenos Aires, Ministerio de Cultura y Educación.
- Engels, F. (1984), *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, México, Nuevomar.
- Erickson, E. (1993), *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Hormé.
- Freud, S. (1930), *El malestar en la cultura*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, vol. 21, 1980.
- Hirata, H. y D. Kergoat, con la participación de M. H. Zylberberg Hocqard (1997), *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*, Buenos Aires, Asociación Trabajo y Sociedad (Argentina), CEM (Chile) y PIETTE del Conicet, Buenos Aires.
- Hochschild, A. R. (2003), *La mercantilización de la vida íntima*, Buenos Aires, Katz Editores.
- Jones, E. (1967), "El desarrollo temprano de la sexualidad femenina", *Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Buenos Aires, Hormé.

- Maccoby, E. E. y C.N. Jacklin (1974), *The Psychology of Sex Differences*, Stanford, Stanford University Press.
- Margulis, M. (2001), "Juventud, una aproximación conceptual", *Adolescencia y juventud en América Latina*, en S. D. Burak (comp.), Costa Rica, Libro Universitario Regional.
- Meler, I. (2009), "Las familias", *Revista Subjetividad y procesos cognitivos*, núm. 12, *Familia y Grupo*, Buenos Aires, mayo.
- (2007), "Mujeres, varones y salud mental. El enfoque psicoanalítico y los aportes de los estudios de Género", en L. Oliva y N. Mainiero (comps.), *Miradas sobre género. Aportes desde el conocimiento*, Universidad Nacional de San Luis, Facultad de Ciencias Humanas, Secretaría de Extensión.
- (2004), "Familias contemporáneas. Las representaciones literarias como un analizador significativo", *Actualidad Psicológica*, año XXIX, núm. 316, Buenos Aires, febrero.
- (2004), "Género y subjetividad: la construcción diferencial del Super-yo en mujeres y varones", México, *Revista Subjetividad y Cultura*, núm. 21, mayo.
- (1994), "Parejas de la transición. Entre la psicopatología y la respuesta creativa", *Actualidad Psicológica*, núm. 4.
- Oakley, A. (1972), *Sex, Gender and Society*, Londres, Temple Smith.
- Ministerio de Desarrollo Social (2010), *Observatorio de drogas, Consumo de psicofármacos y género en la CABA 2010*, Buenos Aires, Dirección General de Políticas Sociales en Adicciones.
- Plut, S. (2007), "El trabajo desde la perspectiva psicoanalítica", en M. Burin, M. L. Jiménez Guzmán e I. Meler, *Precariedad laboral y crisis de la masculinidad. Impacto sobre las relaciones de género*, Buenos Aires, UCES.
- Rosas, C., J. Toledo y P. Granovsky (2010), "Trabajo y género a comienzos del Siglo XXI: discursos acerca del presente y del futuro entre los estudiantes universitarios del Conurbano Bonaerense argentino (resultados preliminares)", en Seminario Internacional "Jóvenes y trabajo", CRIM/UNAM, México.
- Rubin, G. (1975), "El tráfico de mujeres. Notas sobre la 'economía política' del sexo", en M. De Navarro y C. Stimpson (1995), *¿Qué son los estudios de mujeres?*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Saltalamacchia, H. (2005), "Estudios de caso y generalizaciones empíricas", cap. 5, *Del Proyecto al análisis: aportes a una investigación cualitativa socialmente útil*, Buenos Aires, el autor.

La socialización para el trabajo

ELENA M. ZUBIETA

Universidad de Buenos Aires (UBA)-CONICET

INTRODUCCIÓN

En este texto se considerarán algunos extractos de una serie de estudios que se realizaron con el objetivo de aportar evidencia empírica de sustento que enriquezca a su vez la discusión teórica y la eficacia de las intervenciones en el área del trabajo desde la perspectiva psicosocial. Las investigaciones buscaban indagar en los valores y en un conjunto de creencias asociadas al trabajo en población de jóvenes universitarios. Se hace hincapié en las instituciones educativas —en este caso de nivel universitario—, como agentes de la denominada socialización para el trabajo (antes) (Ruiz Quintanilla, 1991).

La importancia que las personas conceden al trabajo en el sistema de valores colectivos y/o los valores a él asociados ha sido un abordaje de creciente interés en las últimas décadas. La perspectiva psicosocial del trabajo se fundamenta en la interacción social, la interpretación cultural que del trabajo se hace y en la construcción de símbolos que dan origen a creencias y valores compartidos (Peiró, Prieto y Roe, 1996).

En el análisis del sentido cultural del trabajo, Wilpert (1994) distingue cuatro dimensiones relevantes: *a*) el significado filosófico-antropológico, *b*) el significado social objetivo, *c*) el papel económico y *d*) el significado psicológico individual. En relación con el significado social objetivo, las sociedades actuales se han convertido en sociedades de trabajo aún con la paradoja de la caída del pleno empleo y el auge de las nuevas formas de empleo y la flexibilidad laboral. En lo que hace al significado subjetivo y psicológico, éste se conforma a través de un complejo y múltiple proceso de socialización proporcionando a los individuos de una identidad social (en Peiró, Prieto y Roe, 1996).

Inglehart (1998; Inglehart *et al.*, 2004) da cuenta de un cambio de valores materialistas a valores postmaterialistas que repercute en el mundo del trabajo. Frente a la centralidad del trabajo, varios factores se combinan para que en algunos países o regiones crezca la valoración e importancia de actividades orientadas hacia el ocio y el tiempo libre, junto con una mayor preocupación por la calidad de vida y la autorrealización (Etzioni, 1979). Algunos autores manifiestan que habría en nuestras sociedades una mayor valoración de los aspectos expresivos e intrínsecos del trabajo, otros señalan la permanencia del predominio de una valoración instrumental y unos terceros mantienen una posición intermedia indicando la coexistencia de ambas orientaciones (Salanova, Gracia y Peiró, 1996).

Lo cierto es que estos cambios se dan de manera diferencial según las regiones. Los estudios empíricos (Baguma y Furnham, 1993; Mendoza, 2004) arrojan datos que dan cuenta que en la actualidad son las sociedades menos desarrolladas y de mayor inequidad social las que enfatizan la importancia del trabajo junto a valores más materialistas y un mayor acuerdo con el trabajo duro. Por su parte, las sociedades más desarrolladas se mueven hacia concepciones más postmaterialistas en donde el ocio y otras esferas vitales adquieren mayor relevancia (Inglehart, 1998). Lo que en otras épocas caracterizaban a las sociedades en desarrollo se trasladan a las sociedades en las que muchos aspectos —como el trabajo— están aún sin resolver y aparecen como un bien básico escaso.

En lo que hace a los estudios orientados a indagar las concepciones del trabajo y los valores y creencias a él asociados, resulta interesante estimular estudios que profundicen en poblaciones jóvenes y las características o factores que pueden actuar como condicionantes en la aparición de perfiles diferenciales. Esta temática cobra relevancia tanto en lo que hace a la socialización para el trabajo como en lo referido a las posturas que indican un cambio en la percepción de los jóvenes sobre el trabajo y la relación esfuerzo-logro (Kornblit, 2001).

En esta línea, el análisis de los distintos fenómenos relacionados con el trabajo no puede dejar pasar por alto el estudio y explicación del proceso mediante el cual una persona adquiere el papel de trabajador. En su abordaje deben contemplarse tanto las distintas etapas del ciclo vital, las diferencias individuales de los sujetos y la dinámica de socialización en la que intervienen diversos agentes que transmiten y/o imponen normas sociales y culturales (Prieto, Peiró, Bravo y Caballer; 1996). Las diferencias en el significado del trabajo y las creencias y valores a él asociados no sólo se dan a lo largo de diferentes períodos históricos sino también entre países y culturas. Asimismo, al interior de un país o cultura, las representaciones o creencias acerca del trabajo varían en función de grupos conformados en términos de las ocupaciones, la edad o el sexo. A la hora de caracterizar el trabajo, también influyen diferentes variables de personalidad que interactúan con los determinantes sociales, culturales e históricos para configurar nuestra propia manera de entender al trabajo.

Peiró, Prieto y Roe (1996) destacan la importancia de la edad en las variaciones del significado del trabajo y mencionan los datos de un estudio que compara valores laborales de los mayores de cuarenta años con los menores de esa edad sugiriendo una serie de cambios que deberían ser tomadas en cuenta por las organizaciones. Mientras que la generación más joven piensa al trabajo como algo divertido, los mayores de cuarenta años lo ve como un deber y un medio para obtener los recursos económicos. Asimismo, los menores de 40 sostienen que las personas deberían progresar tan rápido como sus competencias se lo permitan mientras que quienes tienen más de 40 años señalan a la experiencia como la vía necesaria de promoción. Finalmente, el estudio muestra que la generación más joven considera como “justo” el permitir que la gente sea diferente mientras que la generación de mayor edad asocia a lo justo con tratar a la gente de manera equitativa (Jackson y Schuler, 1985 en Peiró, Prieto y Roe, 1996).

Los valores, creencias y expectativas asociados al trabajo están influidos por la sociedad a través de los agentes de socialización como la familia, las instituciones educativas y las organizaciones laborales (Ruiz Quintanilla, 1991). Así, los individuos y grupos sociales se van desarrollando en la socialización para el trabajo (antes) y en la socialización en el trabajo (durante) (Grupo Mow, 1987).

En este sentido, la elección de una carrera universitaria puede considerarse como indicador del futuro ocupacional. Desde el estudio de la elección ocupacional y el desarrollo de carrera, Schein (1990) plantea la importancia que tiene la ocupación de una persona y cómo el trabajo diario —que satisface

las necesidades más básicas— es un aspecto central del concepto y calidad que las personas tienen de sí mismas. Los estudios de este tipo realizados durante varias décadas muestran cómo diferentes ocupaciones reflejan diferentes patrones de interés (en Schein, 1996: 77).

Ahmed y Rojas Méndez (1998) en su estudio comparativo de valores en estudiantes de negocios chilenos y franceses-canadienses resaltan que las instituciones educativas con fuerte orientación profesional intentan socializar a los estudiantes en lo que es la profesión, por lo que el grado en el que este proceso de socialización es alcanzado exitosamente puede ser entendido al examinar la escala de valores de los estudiantes. En este sentido, la elección de una carrera implica determinadas metas y expectativas así como percepciones, preferencias y motivaciones.

Krau (1987) distingue entre el contenido principal y básico y el contenido específico de los valores de trabajo. Mientras el primero viene dado por la socialización recibida antes de empezar a trabajar, el segundo se produce en el contacto directo con el mundo laboral por lo que los agentes de socialización son diferentes.

Dentro de la orientación normativa hacia el trabajo (Mow, 1987), que la sociedad proporciona al individuo como marcos de referencias evaluativos (Ruíz Quintanilla, 1991) hay dos perspectivas: la primera se relaciona con el individuo y se concentra en las normas concernientes con una obligación hacia la sociedad; la segunda se orienta también en el individuo pero desde las normas relacionadas con los derechos de la persona y la obligación de la sociedad hacia el individuo. La orientación normativa hacia el trabajo como obligación se ha asociado a la “ética protestante del trabajo”, y de hecho, la mayoría de los trabajos empíricos que han explorado en las orientaciones normativas hacia el trabajo han destacado más la perspectiva de la obligación incidiendo en su consideración desde la perspectiva de aquella ética (Salanova, Gracia, Rodríguez, Gastaldi y Ramos, 1993).

Hay entonces “culturas de enseñanza-aprendizaje” en la que se hacen salientes metas y prácticas deseables socialmente. La “programación mental de los sujetos” (Hofstede, 1980) en una determinada cultura provocará una configuración especial al nivel de los valores y, es en este sentido que es esperable observar que las prioridades de valores varíen según el medio ambiente de la especialidad de estudio y el contexto cultural. La antropología simbólica y cognitiva habla de “cultura subjetiva” como el conjunto de actitudes, normas, creencias y valores que orientan las conductas, y que son compartidas por los

miembros de una nación o grupo (Páez y Zubieta, 2004). Las creencias, los papeles, las normas y los valores son los principales componentes de la cultura subjetiva (Triandis, 1994). Se analizarán entonces a los valores y creencias como factores de relevancia en el funcionamiento psicosocial.

VALORES

Las investigaciones de Rockeach (1973) demostraron la utilidad de examinar los efectos de los sistemas de valores en las actitudes y los comportamientos (Pastor Ramos, 1986). Una de sus mayores contribuciones ha sido la de esclarecer la temática de la estructura de los sistemas de valores. Para Rockeach (1973), los valores no existen de manera aislada, y raramente una actitud o comportamiento singular son funciones de un solo valor, de modo que no intentaba estudiar solamente algunos valores sino que su meta era identificar todos los valores principales que existen a lo largo de las culturas humanas. Abordó la problemática asumiendo que los valores eran relativamente pocos en número y aunque nunca dio una respuesta precisa sugirió que el número de valores humanos deberían estar relacionados a necesidades básicas biológicas y sociales. Muchos investigadores han usado las contribuciones de Rokeach para avanzar en el estudio de los valores, entre ellos, el trabajo de Shalom Schwartz ya es estándar en las investigaciones en psicología social.

Schwartz (2001) define a los valores como metas deseables y transituacionales que varían en importancia y sirven como principios en la vida de una persona o de otra entidad social. En este sentido, los valores: 1. sirven a los intereses de alguna entidad social; 2. pueden motivar a la acción —dándole dirección e intensidad emocional; 3. funcionan como criterios para juzgar y justificar la acción y, 4. se adquieren tanto a través de la socialización en los valores del grupo dominante como a través de la experiencia personal de aprendizaje. Los valores representan, en forma de metas concientes, las respuestas que todos los individuos y sociedades deben dar a tres requisitos universales: *a*) las necesidades de los individuos en tanto organismos biológicos; *b*) los requisitos de la interacción social coordinada, y *c*) los requisitos para el correcto funcionamiento y supervivencia de los grupos

Schwartz (1992) encuentra diez tipos motivacionales de valores. Si bien no son exhaustivos, se puede afirmar que es posible clasificar virtualmente to-

dos los ítems encontrados en listas de valores específicos procedentes de distintas culturas en cada uno de estos diez tipos motivacionales de valores.

Estos valores en competición, se organizan en dos dimensiones bipolares: Apertura al Cambio con los de Conservación y, Autopromoción con los de Autotranscendencia.

La Apertura al Cambio incluye a la auto-dirección —que alude a la importancia del pensamiento independiente y elección de la acción, creatividad, exploración— y la estimulación —que prioriza al entusiasmo por la novedad y los retos en la vida.

La Conservación está conformada por valores como la Tradición en el que prima el respeto, compromiso y aceptación de las costumbres e ideas que proporciona la cultura tradicional o la religión. La Conformidad que apunta a la restricción de las acciones, inclinaciones e impulsos que pudiesen molestar o herir a otros y violar expectativas o normas sociales y, por último, la Seguridad en la que adquieren un lugar primordial la armonía y la estabilidad, ya sea de la sociedad toda, de las relaciones en general y del sí mismo.

La Autopromoción refiere a los valores de Logro que enfatiza el éxito personal mediante la demostración de competencia según criterios sociales, y el Poder que pone en primer lugar a el estatus social que se tiene por sobre las personas y los recursos.

La Autotranscendencia se expresa en el valor de Universalismo en tanto comprensión, aprecio, tolerancia y protección del bienestar de todas las personas y la naturaleza, y Benevolencia en el que es importante la preservación e intensificación del bienestar de las personas con las que uno está en contacto personal frecuente.

Existe un conjunto de relaciones dinámicas entre los tipos motivacionales de valores que surge del supuesto subyacente de que las acciones emprendidas para realizar cada tipo de valor tiene consecuencias psicológicas, prácticas y sociales que pueden entrar en conflicto o ser compatibles con la realización de otro tipo de valores. El análisis de los conflictos y compatibilidades que pueden ocurrir cuando las personas intentan realizar estos valores de forma simultánea, pueden ser la base de formulación de hipótesis sobre las relaciones entre prioridades de valores (Schwartz, 1992).

Típicamente la gente adapta sus valores a sus circunstancias de vida y, es por eso que podemos ver que las personas en trabajos que implican libertad de elección llegan a valorar más la autodirección a expensas de la conformidad (Kohn y Schooler, 1983; en Schwartz, 2005).

En los últimos años, Schwartz (Fontaine *et al.*, 2008) propuso una forma alternativa de conceptualizar la estructura bidimensional agrupando a los valores en aquellos centrados en las personas que regulan la expresión de los intereses y características personales —centrados en la persona: autodirección, estimulación, hedonismo, logro y poder— *vs.* aquellos que regulan las relaciones con otros y los efectos sobre ellas —centrados en lo social: universalismo, benevolencia, tradición, conformidad y seguridad—. De forma simultánea, agrupa los valores en aquellos que expresan la autoexpansión sin preocupación —valores de crecimiento: autodirección, universalismo, benevolencia, estimulación y hedonismo— *vs.* aquellos que expresan autoprotección con preocupación —valores de protección: seguridad, poder, logro, conformidad y tradición—. Ésta última formulación es compatible con la original dado que los cuatro cuadrantes de la representación bidimensional corresponden a los cuatro valores de orden superior de autopromoción *vs.* autotranscendencia y apertura al cambio *vs.* Conservación (Fontaine *et al.*, 2008 en Delfino y Zubieta, 2010).

ÉTICA PROTESTANTE DEL TRABAJO Y COMPETITIVIDAD

La perspectiva según la cual los valores y creencias culturales pueden determinar como las personas interpretarán su contexto e influenciar su comportamiento social está asociada en parte a Max Weber (1905/1985). Este autor clásico proponía que las creencias culturales compartidas actúan como factores determinantes. Así, la ideología de la Ética Protestante del Trabajo significó la socialización de una fuerza de trabajo dispuesta al sacrificio y a la aparición de una economía racional donde el trabajo duro y la vida frugal producen el ahorro y la acumulación de capital. Los rasgos psicológicos dominantes se caracterizan por la tendencia compulsiva al trabajo, la pasión por el ahorro y la disposición para utilizar la propia vida como instrumento para fines divinos, ascetismo y sentido compulsivo del deber. Con el capitalismo, la actividad económica, el éxito, las ganancias materiales se vuelven fines en sí mismos dirigiendo la actividad laboral hacia fines exteriores al individuo.

La Reforma Protestante hace relevante el carácter instrumental del trabajo y su percepción como obligación. El concepto de Ética Protestante del Trabajo (EPT) se desprende de sus connotaciones religiosas para describir a las personas que ubican al trabajo como una esfera central de sus vidas. Las inves-

tigaciones dan cuenta que las creencias asociadas a la EPT está presente también entre sujetos no protestantes y que no es exclusivamente sobre el trabajo aunque las escalas de medición diseñadas evalúan creencias acerca del trabajo, el ocio y la moral asociada (Furnham, 1990).

Para Beit-Hallahmi (1979), la EPT es una variable personal que indica una orientación hacia el trabajo que enfatiza una dura dedicación a él, el aplazamiento de recompensas inmediatas y la conservación de recursos evitando la haraganería y el derroche. Para Salanova, Gracia y Peiró (1996), la EPT se asocia a la orientación normativa del trabajo como obligación que considera que los adultos deben realizarse como personas mediante el trabajo, valores que forman las bases de la motivación de logro y autorrealización que estimula el trabajo duro.

Furnham (1990) indica que los valores de la EPT influyen la forma en que las personas explican diversos eventos por lo que aparece como un sistema cognitivo organizador a través del cual el mundo es percibido y explicado. Ha sido este autor quien, desde la psicología social y económica, más ha sistematizado las dimensiones de la EPT aportando abundante evidencia empírica sobre múltiples correlatos e indicando que los sujetos que adhieren a este conjunto de creencias se caracterizan por la fuerte motivación de logro así como por la competitividad.

En aquella línea, Spence y Helmreich (1983), a través de su escala que evalúa la Competitividad encontraron que la actitud competitiva se asociaba al individualismo instrumental y era más representativa de las culturas desarrolladas y capitalistas en comparación con las tradicionales. Se halló una relación positiva entre la Competitividad y la EPT dando cuenta de que son conjuntos de creencias asociados. Furnham y Heaven (1999) indican que competición y valoración de bienes materiales conforman un mismo sistema de creencias tras corroborar que la actitud competitiva estaba asociada con una mayor valoración del dinero.

Al igual que lo señalado respecto de los valores materialistas y postmaterialistas y su énfasis diferencial según países y regiones, los datos de los estudios empíricos de los últimos años del siglo pasado y principios de este muestran que los sujetos de países ricos tienden a puntuar menos en la EPT que las personas de países del tercer mundo (Lynn, 1991; Baguma y Furnham, 1993). En términos de parámetros culturales a nivel país, las creencias asociadas a la EPT son menores en culturas más liberales y menos conservadoras (económica y socialmente), también, las ideas y valores de la EPT son menores en países más "científicos" con burocracias más grandes. Los países con alta distancia de

poder y evitación de la incertidumbre tienden a mostrar mayor acuerdo con la EPT así como aquellos que tienen mayor desigualdad entre ricos y pobres (Furnham, 1990). Parecería ser entonces que una vez que los países alcanzan cierto nivel de desarrollo económico, la EPT declina siendo ésta en parte la que aporta al progreso económico. Las creencias en la EPT y la Competitividad parecen prevalecer en la actualidad en las sociedades menos desarrolladas (Baguma y Furnham, 1993).

LA SOCIALIZACIÓN PARA EL TRABAJO, VALORES Y CREENCIAS

Los resultados que aquí se condensan intentan hacer relevante a la carrera universitaria, el ámbito de la universidad y el país como dimensiones y aristas interesantes desde las cuales pensar al trabajo desde el futuro ocupacional que refleja diferentes patrones de interés, como lo establece Schein (1996) en su análisis del anclaje profesional. A su vez, los datos y las investigaciones de base, permiten retomar una serie de conceptualizaciones que enriquecen la comprensión de fenómenos desde la cognición social.

La carrera de estudio

El inicio de una línea de investigación que abordara la temática del trabajo desde los valores y creencias asociadas a la carrera de estudio, se inició en el año 2004 con un estudio realizado con una muestra de 225 estudiantes universitarios de Ciencias Económicas y Psicología de universidades oficiales y privadas de la ciudad de Buenos Aires (Zubieta, 2007). En términos de los valores y las creencias (tabla 1), se observó que la Competitividad se asocia positivamente a la Ética Protestante del Trabajo y a los valores de Estimulación, Logro y Poder de Schwartz (2001), la correlación es negativa con el valor de Universalismo. Estas asociaciones son coherentes ya que el Poder es una meta que hace relevancia en obtener estatus social sobre las personas y los recursos, el Logro da importancia al éxito personal mediante la demostración de competencia según criterios sociales y la Estimulación promueve el entusiasmo por la novedad y los retos en la vida. Estos tres valores se orientan a la dimensión subyacente de Autopromoción y en parte a la Apertura al Cambio que destaca la independencia de juicio y

acción, y favorecen el cambio. Por su parte, el Universalismo es una meta que se opone al Poder y el Logro ya que promueve la comprensión, aprecio, tolerancia y protección del bienestar de todas las personas y la naturaleza. Es un valor de la dimensión de Autotrascendencia que se opone a la Autopromoción (Zlobina, 2004). La Ética Protestante, por su parte, mantiene asociaciones positivas con el Conformismo y el Logro. Se unen aquí dos metas, la necesidad de Logro en tanto importancia del éxito y la necesidad de Conformidad como la importancia de restringir aquellas acciones, inclinaciones e impulsos que puedan molestar o herir a otros y violar las expectativas o normas sociales.

En lo que hace a la carrera de estudio, los estudiantes de Ciencias Económicas obtienen mayores puntuaciones en comparación con los estudiantes de Psicología tanto en EPT como en Competitividad. Al recorrer los ítems que refieren a la Competitividad se observa que los estudiantes de Ciencias Económicas acuerdan más que los estudiantes de Psicología en que: “les gusta trabajar en situación de competición con otros”, “es importante para mí rendir o hacerlo mejor que los otros en una tarea o trabajo” y “me esfuerzo mucho cuando compito con otras personas”. Al interior de las carreras universitarias, no se encontraron diferencias en relación al sexo, la edad y el ámbito privado o público en los estudiantes de Ciencias Económicas en EPT y Competitividad y tampoco entre los estudiantes de Psicología salvo en Competitividad donde los hombres aparecen más competitivos que las mujeres.

El ámbito de la Universidad

Posterior al trabajo realizado con muestras de estudiantes de universidades oficiales y privadas, se aplicó el instrumento a una submuestra de estudiantes de Ciencias Económicas y Psicología de una universidad confesional de la ciudad de Buenos Aires (Zubieta, Boso y Rodríguez, 2010). El estudio, con una muestra de 521 estudiantes se proponía corroborar si los estudiantes de Ciencias Económicas mantenían mayor adherencia a las creencias que representan la EPT, la competitividad y ciertos valores, a la vez que se buscaba corroborar la hipótesis de que los estudiantes de la universidad confesional, por la impronta religiosa, tendrían puntuaciones más altas en valores que tienden a la Conservación.

Al observar las metas motivacionales (tabla 2), se observa que los estudiantes de la universidad confesional obtienen mayores puntuaciones en la

Tabla 1
Correlaciones entre Competitividad, Valores y EPT

Valores	EPT	competitividad
Conformismo	,149(*)	,095
Benevolencia	,050	-,134(*)
Universalismo	-,087	-,171(*)
Estimulación	,121	,137(*)
Logro	,226(**)	,553(**)
Poder	,105	,478(**)
EPT / Competitividad	,25 (**)	

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

Fuente: Zubieta (2007)

En la tabla se exhiben las correlaciones entre los valores, las Creencias en la EPT y la Competitividad. Los asteriscos indican que la asociación es estadísticamente significativa, mientras que el signo “-” señala que la asociación entre las variables es negativa, es decir a medida que la puntuación aumenta en una, desciende en otra. Allí donde no aparece el signo “-” indica que la relación es positiva, es decir, que cuando la puntuación de una variable aumenta, aumenta también la puntuación de la otra. Por eso, a mayor relevancia en el valor Benevolencia, menor importancia dada a la Competitividad. Esta lectura sirve para las tablas que dan cuenta de “correlaciones” entre variables.

En la tabla se exhiben las puntuaciones medias en Valores en función de agrupar a los participantes a partir de su pertenencia a una universidad confesional y a otra no confesional. En la columna t, donde dice “n.s” implica que la diferencia de las puntuaciones medias de aquellos grupos en ese valor son estadísticamente significativa. Allí donde NO aparece “n.s” y se da el valor de t y la significación estadística, implica que sí hay diferencias estadísticamente significativas entre los grupos. Por ejemplo, en el valor Benevolencia, los estudiantes de la universidad confesional obtiene una puntuación media superior a la del grupo de la universidad no confesional (4,15 vs. 3,96) lo que implica que los primeros enfatizan más este valor en comparación con los segundos. Esta lectura sirve para las tablas que dan cuenta de “diferencias de medias” en las variables en función de alguna variable de agrupación (en este caso Confesional vs. No Confesional).

meta de Benevolencia. Por su parte, los estudiantes de la universidad no confesional destacan más el Universalismo y la Autodirección.

En lo que hace a las subdimensiones subyacentes a los valores (tabla 2), los estudiantes de la universidad confesional tienen puntuaciones más altas en la subdimensión de Conservación —que integra el Conformismo, la Tradición y la Seguridad. Estos resultados van en la línea de lo encontrado en el estudio que realizaron Zubieta, Mele y Casullo (2006) con población urbana adulta joven. Los participantes que se caracterizaron como religiosos obtuvieron puntuaciones más altas en la subdimensión de Conservación, aunque también en la de Autotrascendencia. Los estudiantes de las universidades confesionales destacan el valor bene-

volencia —que alude a la importancia del bienestar de aquellos del entorno más inmediato o endogrupo— mientras que son los estudiantes de la universidad no confesional quienes más enfatizan el valor de Universalismo —que da importancia al bienestar de todas las personas en general. En el meta-análisis realizado por Saroglou, Delpierre y Dernelle (2004) sobre estudios que analizaron la relación entre valores y religiosidad, los autores señalan que en las 21 muestras analizadas la religiosidad se asocia a una fuerte importancia atribuida a los valores de Conservación —básicamente a Tradición y Conformidad— al mismo tiempo son menos relevantes la Auto-dirección, el Hedonismo y la Estimulación. Las asociaciones son también bajas con Logro y Poder. Es de remarcar que, aún cuando las personas religiosas tienden a valorar la ayuda a otros, el perdón, la honestidad y la lealtad —Benevolencia— este interés por el bienestar de los otros es limitado: la religión no aparece asociada a una fuerte importancia atribuida al Universalismo —comprensión, tolerancia y protección por el bienestar de todos los individuos y la naturaleza. Una probable explicación, que ya señalaban Schwartz y Huisman (1995), podría ser el hecho de que las tendencias prosociales como función de la religión están limitadas al endogrupo y no se extienden a los exogrupos.

En términos de las creencias asociadas al trabajo (tabla 3), los estudiantes de la universidad confesional adhieren más que sus pares de la universidad no confesional en las ideas asociadas a la Ética Protestante del Trabajo. Las diferencias en Competitividad no son estadísticamente significativas.

Claramente, como señalara Furnham (1987) la EPT en tanto constructo psicosocial no tiene una connotación religiosa en términos de protestantismo sino que hace hincapié, entre otras cosas, en la importancia asignada al trabajo, el esfuerzo, el logro y el desmedro del ocio. Por otra parte, el conservadurismo es una dimensión importante de la EPT (Furnham, 1990) y, como se observó previamente, los valores de conservación se asocian a la mayor religiosidad por lo que es en cierta medida esperable que sean los estudiantes de la universidad confesional quienes acuerden más con creencias asociadas al trabajo más próximas a la EPT que considera al trabajo más como obligación que como derecho.

La comparación de culturas

Finalmente, también se realizó una comparación transcultural con una muestra de estudiantes universitarios de Ciencias Económicas y Empresariales y de

Tabla 2
Puntuaciones medias en valores por tipo de universidad

Valores	Universidad	Media	DT	t
Conformismo	No confesional	2,90	,793	n.s.
	Confesional	3,20	,789	
Tradición	No confesional	2,41	,841	n.s.
	Confesional	2,91	,795	
Benevolencia	No confesional	3,96	,629	-3,554 p<.001
	Confesional	4,15	,600	
Seguridad	Confesional	2,56	1,02	n.s
	No confesional	3,55	,731	
	Confesional	3,40	,776	
Universalismo	No confesional	3,93	,703	3,181 p<.001
	Confesional	3,72	,739	
Autodirección	No confesional	4,08	,575	2,971 p<.01
	Confesional	3,92	,623	
Estimulación	No confesional	3,34	,911	n.s
	Confesional	3,38	,894	
Hedonismo	No confesional	4,06	,706	n.s
	Confesional	3,97	,824	
Logro	No confesional	3,26	,972	n.s
	Confesional	3,17	,940	
Poder	No confesional	2,45	,952	n.s
	Confesional	2,56	1,02	
Dimensiones de Valores				
Auto-trascendencia	No confesional	3,94	,553	n.s
	Confesional	3,93	,568	
Autopromoción	No confesional	3,25	,623	n.s
	Confesional	3,24	,712	
Conservación	No confesional	2,95	,604	-3,793 p<.001
	Confesional	3,16	,627	
Apertura al Cambio	No confesional	3,72	,615	n.s
	Confesional	3,65	,636	

Fuente: Zubieta, Boso y Rodríguez (2010)

Tabla 3
Puntuaciones medias en EPT y Competitividad por tipo de universidad (n= 520)

Creencias asociadas al trabajo	Universidad	Media	DT	t
Ética Protestante del Trabajo	No confesional	74,63	14,79	-2,675; p<.01
	Confesional	77,85	11,71	
Competitividad	No confesional	11,72	3,98	n.s
	Confesional	12,24	3,61	

Fuente: Zubieta, Boso y Rodríguez (2010)

Psicología de Antofagasta, Chile (Zubieta, Báez y Filippi, 2007). Al indagar nuevamente en las asociaciones entre las creencias y los valores (tabla 4), se encontró que la Competitividad y la EPT mantienen una asociación positiva, ratificando la asociación reportada por Mendoza (2004). La Competitividad a su vez mantiene una fuerte asociación positiva con la Autopromoción y un poco más leve con la Apertura al Cambio. La asociación es negativa con la Autotranscendencia. Respecto de la EPT, la asociación es positiva con la Apertura al cambio y la Autopromoción pero también con la Conservación. Estos resultados son similares a los reportados en el primer estudio local (Zubieta, 2007) dando fuerza a la asociación de la Competitividad con la Autopromoción, con fuerte énfasis en el individuo. Asimismo, la EPT aparece como una creencia que, centrada en el individuo Apertura al Cambio y Autopromoción mantiene un fuerte caliz de Conservación.

Al comparar las puntuaciones medias en los diez tipos de valores (tabla 5), los estudiantes chilenos obtienen mayores puntuaciones que los estudiantes argentinos en Tradición, Autodirección y Estimulación mientras que los argentinos puntúan más en Seguridad y tendencialmente en Hedonismo. En relación a las subdimensiones subyacentes, son los estudiantes chilenos quienes muestran más Apertura al cambio en comparación con sus pares argentinos.

La Autodirección implica la importancia de la independencia de juicio y acción, la creatividad y la exploración, se deriva de la necesidad de control y competencia (Bandura, 1977, en Schwartz 2005) y la Estimulación enfatiza la excitación por la novedad y los desafíos en la vida. Este valor está asociado a las necesidades que subyacen a las metas de Autodirección por eso integran la subdimensión de Apertura al Cambio y es donde los estudiantes chilenos

Tabla 4
Correlaciones de Pearson entre EPT, Competitividad y Subdimensiones de Valores

	Competitividad	EPT
Competitividad		,258(**)
Autotrascendencia	-,119(*)	-,022
Autopromoción	,534(**)	,191(**)
Conservación	,095	,148(*)
Apertura al cambio	,159(**)	,146(*)

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

Fuente: Zubieta, Báez y Filippi (2007)

sobresalen por sobre los argentinos. Esta importancia de la autonomía y la independencia aparece compitiendo con la Tradición en los estudiantes de Chile que a su vez también priorizan aspectos asociados al respeto, compromiso y aceptación de las ideas o costumbres que la cultura provee. Tal como se indicara en el estudio de referencia (Zubieta, Báez y Filippi, 2007), la presencia de valores en competencia reflejan el movimiento hacia un mayor individualismo cultural que registra Chile a fines del siglo pasado. Similar a Japón, la prosperidad económica de las décadas pasadas ha erosionado algunos aspectos del colectivismo cultural hacia un individualismo que se refleja en un mayor hedonismo, materialismo, pérdida de compromiso y prioridad de las necesidades individuales por sobre las comunitarias (Kelly, 1991, en Baguma y Furnham, 1993).

En lo que hace a los estudiantes argentinos, dan importancia al valor de Seguridad priorizando la armonía y estabilidad de la sociedad, de las relaciones y de uno mismo. Como los datos se comenzaron a recoger a fines del año 2003, los valores más conservadores en los estudiantes argentinos se asociaron a los efectos de la crisis económica, política y social ocurrida en Argentina en el año 2001. La mayor incertidumbre social y el bajo nivel de desarrollo económico relativo lleva al individuo a adoptar posiciones más materialistas y conservadoras (Carballo, 2005).

Así como se observó en Argentina, entre los años 1984 y 1995, una reducción de las posiciones materialistas —predominio de valores económicos y de seguridad— y el aumento de una tendencia postmaterialista —mayor preocupación por la calidad de vida—, la tendencia se detuvo entre los años 1995 y 1999 y, aún en el año 2004 eran bajas las proporciones de sujetos que daban prioridad a la libertad de expresión y la participación ciudadana encontrándose

Tabla 5
Puntuaciones medias en Valores, EPT y Competitividad según país

Valores	País	Media	DT.	t
Conformismo	Argentina	2,90	,79	
	Chile	2,99	,84	
Tradición	Argentina	2,41	,84	-2,11*
	Chile	2,63	,78	
Benevolencia	Argentina	3,96	,62	
	Chile	4,09	,60	
Universalismo	Argentina	3,93	,70	
	Chile	3,95	,69	
Autodirección	Argentina	4,08	,57	-1,79 (&)
	Chile	4,21	,52	
Estimulación	Argentina	3,34	,91	-2,09*
	Chile	3,58	,85	
Hedonismo	Argentina	4,06	,70	1,77 (&)
	Chile	3,90	,82	
Logro	Argentina	3,26	,97	
	Chile	3,19	,94	
Poder	Argentina	2,45	,95	
	Chile	2,52	1,06	
Seguridad	Argentina	3,55	,73	2,19*
	Chile	3,33	,95	
Autotrascendencia	Argentina	3,94	,55	
	Chile	4,02	,55	
Autopromoción	Argentina	3,25	,62	
	Chile	3,20	,72	
Conservación	Argentina	2,95	,60	
	Chile	2,97	,69	
Apertura al cambio	Argentina	3,72	,61	-2,33*
	Chile	3,89	,58	

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

Fuente: Zubieta, Báez y Filippi (2007)

los porcentajes más altos en la preocupación por el alza de precios y la necesidad de mantener el orden (Carballo, 2005). Estudios recientes muestran una disminución en los valores de conservación (Delfino y Zubieta, 2010).

Al comparar entre las submuestras de cada país de estudiantes de psicología se observa que los estudiantes chilenos de esta carrera enfatizan más los valores de Tradición mientras que quienes estudian psicología en Argentina enfatizan más el valor de Hedonismo. El grupo de estudiantes chileno da mayor importancia al mantenimiento de las ideas y costumbres mientras que sus pares argentinos priorizan aquello relacionado con placeres y gratificaciones para uno mismo. Aquí aparecen en competencia entre estos grupos una mayor Apertura al cambio y mayor centralidad del individuo en términos de autonomía versus un cierto elemento de conservación que implica la renuncia de la autonomía por mantener aspectos fundamentales para la supervivencia del grupo de pertenencia. Se revierte en el grupo de estudiantes de psicología la tendencia descrita al comparar las muestras por países sin incluir la variable carrera de estudio.

Respecto de las submuestras de los estudiantes de Ciencias Económicas y Empresariales de ambos países, se observa que los estudiantes chilenos de estas carreras enfatizan más que sus pares argentinos los valores de Estimulación. También es mayor en el grupo chileno la puntuación en Apertura al Cambio. Aquí vemos que los estudiantes chilenos priorizan más la autonomía, la libertad de pensamiento y acción junto con los desafíos y retos más la necesidad de poder que resalta el prestigio y el estatus social e implica la dominancia sobre personas y recursos. Hay mayor énfasis de la individualidad, de la autopromoción, en los estudiantes chilenos en comparación con los argentinos, en lo que refiere a la carrera de ciencias económicas y empresariales.

En lo que hace a las creencias en la Ética Protestante del Trabajo (gráfico 1), hay diferencias tanto entre las muestras de países como entre las submuestras conformadas a partir de la carrera de estudio. Tanto la muestra total como la submuestra de estudiantes de Psicología de Argentina están por debajo de esa puntuación indicando que estos sujetos acuerdan menos con aquella concepción —sobre todo los futuros psicólogos. Son los estudiantes de ciencias económicas de argentina quienes mayor tendencia a tener creencias compatibles con la EPT exhiben. En lo que respecta a Chile, tanto la muestra total como la de los estudiantes de ciencias económicas y empresariales quienes adhieren más fuertemente a esta orientación normativa del trabajo como obligación. Los

estudiantes de psicología quedan en un nivel intermedio al igual que sus pares de ciencias económicas en Argentina.

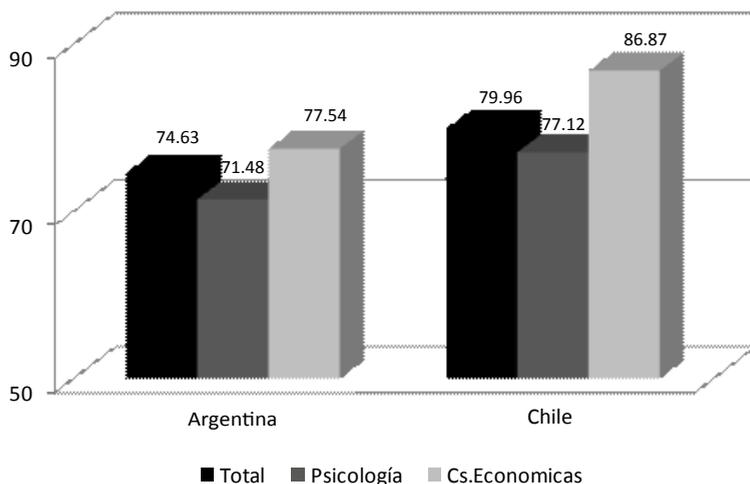
En relación con la Competitividad, sólo se encontraron diferencias entre los grupos de estudiantes de Ciencias Económicas y empresariales de ambos países (gráfico 2). Todas las puntuaciones dan cuenta de la presencia de un nivel relativo de competitividad, sin embargo, son los estudiantes de ciencias económicas y empresariales chilenos quienes aparecen como altamente competitivos. Estos resultados se señalaban como parcialmente similares a los reportados por Hofstede (1998) en donde Chile aparece más competitivo que Argentina, aunque a la vez se observa respecto de aquellos datos un aumento en el perfil de competitividad de ambos países.

Lo dicho se relaciona con lo señalado acerca de la Autodirección que está presente en ambos grupos pero que es mayor en los chilenos. Lo mismo sucede con la Competitividad que aparece como importante para ambos grupos pero en mayor medida en los estudiantes chilenos. Vale recordar que la actitud competitiva se asocia a una mayor motivación de logro, un mayor interés por el dinero y una mayor preocupación por el ahorro (Mendoza, 2004).

DISCUSIÓN

A partir de los estudios realizados con estudiantes universitarios y aquí extractados, se pudo corroborar, en términos de la relación entre valores y creencias, que la actitud competitiva se asocia una mayor valoración del trabajo duro, a concepciones más conservadoras respecto de los recursos y a actitudes más negativas hacia la haraganería reflejadas en la Ética Protestante del Trabajo. En lo que hace a los valores, la Ética Protestante del Trabajo aparece asociada al Logro, dando importancia a la persecución del éxito personal a través de demostrar competencia de acuerdo a normas culturales como “ser exitoso”, “capaz”. “ambicioso” o “tener influencia”. También, esta orientación respecto del trabajo en la vida, se asocia al valor de Conformidad indicando la importancia de limitar las acciones, inclinaciones o impulsos que puedan afectar las expectativas o normas sociales —en este caso el Logro. La EPT es una tendencia conservadora centrada en el logro individual, hecho que se corrobora en la no asociación con valores de Universalismo o Benevolencia que se orientan más al bienestar de toda la gente —en el caso del primero— o de la gente con quien uno está

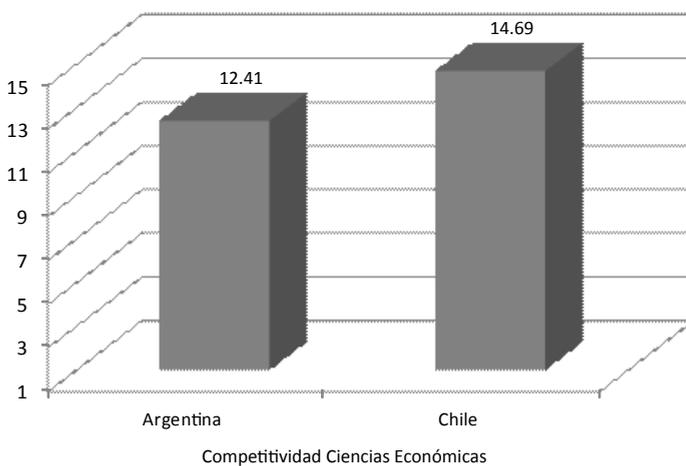
Gráfico 1
Puntuaciones Medias en Ética Protestante del Trabajo
por Países y Submuestras de Carreras



(1= Totalmente en Desacuerdo/ 7= Totalmente de Acuerdo)

Fuente: Zubieta, Báez y Filippi (2007)

Gráfico 2
Puntuaciones medias de estudiantes de Ciencias Económicas
de Chile y Argentina en Competitividad



(1= Fuerte Desacuerdo/ 5= Fuerte Acuerdo)

Fuente: Zubieta, Báez y Filippi (2007)

en contacto más frecuente— en el caso del segundo. Esta tendencia de la EPT más hacia la Autopromoción (más importancia a perseguir éxitos personales como el Logro y el Poder) también se corrobora en la Competitividad que aparece asociada también a metas motivacionales de Logro, Poder y Estimulación. Mientras la EPT destaca la Autopromoción con valores de Conservación—intereses personales importantes pero también cuidando las reglas, normas y tradición—, la Competitividad también destaca la Autopromoción individual pero con cierta tendencia de Apertura al Cambio marcada en estos datos por la meta motivacional de Estimulación que apunta a valorar la variedad y los desafíos en la vida.

En lo que hace a las creencias asociadas al trabajo, los tres estudios dan cuenta de que es en los estudiantes de ciencias económicas donde se hace más saliente una concepción favorable a la idea de “trabajo duro”, desde una normativa más del deber que del derecho y con énfasis en la competitividad. Como muestran los datos de Bond *et al.* (2004), el estilo competitivo es más fuerte cuando se sostienen más fuertemente valores de autopromoción, a la vez que las ocupaciones convencionales son más elegidas por aquellos que tienen una fuerte creencia de que el trabajo duro lleva a resultados positivos. Por su parte, el éxito—logro— es un uno de los elementos más importantes del materialismo, que se asocia negativamente a la auto-trascendencia y positivamente a la autopromoción (Kilbourne, Grünhagen y Foley, 2005).

De acuerdo a lo señalado en la introducción al trabajo, la elección de la carrera se encuentra en íntima relación con una orientación hacia el trabajo. En los estudiantes de Ciencias Económicas prevalece un enfoque individualista y competitivo, orientado al logro y el poder, más centrados en lo personal y la protección. En los estudiantes de Psicología prevalecen valores de auto-trascendencia, orientados a lo social y con una tendencia al crecimiento.

Sidanius, Levin y Pratto (1996) sostienen que hay carreras o profesiones que atenúan las jerarquías mientras que otras las refuerzan. Compararon estudiantes de psicología y abogacía y encontraron que los primeros eran más igualitarios que los segundos. Por su parte, Cheung y Kwok (2001) encontraron en su estudio orientaciones de mayor conservación entre los estudiantes de negocios, ingeniería y medicina. La relación de los valores de conservación con los de autopromoción—que hace relevancia en el logro y el poder— es coherente con los datos que dan cuenta de que parte de las actitudes relacionadas

al Conservacionismo son el resultado de la motivación a dominar (Sidanius y Liu, 1992).

A la hora de comparar por carrera de estudios (Zubieta, 2007) fue el grupo de estudiantes de Ciencias Económicas el que aparece como más homogéneo ya que no se encontraron diferencias por sexo, edad o ámbito de estudio. En el grupo de estudiantes de Psicología, sin embargo, la actitud competitiva es más fuerte en los hombres que en las mujeres. Los estudiantes varones de esta carrera destacan más que sus pares mujeres el hecho de que les “gusta trabajar en situación de competición con otros” y creen más que aquellas en que “el ganar es importante en el trabajo y en los juegos”.

En relación con el género las diferencias en Ciencias Económicas daban cuenta de una mayor presencia de estereotipos ya que los hombres se orientaban al Logro y el Poder y las mujeres más a la Conformidad y Seguridad, hecho que no se daba entre los estudiantes de Psicología. Aquí la relación se invierte pero es de destacar que lo que está en juego no es el estereotipo de género sino el acento en la competitividad y la orientación hacia el trabajo, valores que por un lado parecen compartir más fuerte y más homogéneamente los estudiantes de Ciencias Económicas en general y que por otro, parecen compartir menos los estudiantes de Psicología aunque en mayor medida los hombres que las mujeres.

Al analizar los perfiles de valores y creencias según el ámbito de la universidad en términos de confesional-no confesional (Zubieta, Boso y Rodríguez, 2010), se observa que la religión acentúa valores de conservación ya que es en los estudiantes de la universidad confesional donde el conformismo, la tradición y la seguridad se destacan sobre otros valores. Sus comportamientos se sustentan en la aceptación de costumbres e ideas de la cultura tradicional: restringen aquellas acciones e impulsos que podrían incomodar o lastimar a otros, violar normas sociales, y se orientan hacia la armonía evitando conductas que podrían resultar innovadoras y quizás desestabilizantes. En lo que hace a ambientes de mayor secularización, como es el caso de los estudiantes de la universidad no confesional, hay mayor relieve en valores de apertura al cambio que refieren al pensamiento independiente, la creatividad y la elección sobre la propia exploración y acción. Schwartz y Huisman (1995) marcan como dato interesante el énfasis puesto por parte de las personas religiosas en el valor de Benevolencia pero no en el de Universalismo, indicando una mayor focalización de aquellos en el bienestar del endogrupo y la probable presencia de Favoritismo endogrupal y discriminación exogrupal en función de la religión

como señalan Jackson y Hunsberger (1999). En términos de valores de auto-trascendencia, los estudiantes de la Universidad Católica destacan más el valor de benevolencia mientras que son los estudiantes de la universidad no confesional quienes mayor importancia dan al valor de universalismo.

Respecto de las creencias asociadas al trabajo —EPT—, éstas son más fuertes o tienen mayor presencia entre los estudiantes de la universidad confesional. Prevalecería más en este grupo una concepción del trabajo como obligación que en el marco de una orientación normativa del deber ubica a aquél como medio para alcanzar metas y la posibilidad de una autorrealización. Habría además una mayor desvalorización del ocio y de lo “no productivo”.

Comparando a los participantes según sus carreras de estudio, en los estudiantes de Ciencias Económicas priman valores que tienden a la Conservación y la Autopromoción mientras que en los estudiantes de Psicología prevalece la Autotrascendencia. Los estudiantes de ciencias económicas recalcan más que los de psicología la importancia de ceder algunos objetivos y prioridades en beneficio de la armonía grupal —o social— junto con la seguridad y el mayor conformismo que aquello implica. Estos valores de mayor conservación se apoyan en una preeminencia del individualismo reflejada en la necesidad de autopromoción a través de los valores de logro y poder. Los estudiantes de Psicología dan mayor importancia a la autotrascendencia que alude a la preocupación por el bienestar de los otros en general.

En términos de valores, al introducir el país como variable de comparación (Zubieta, Báez y Filippi, 2007), encontramos que el grupo chileno muestra primordialmente valores que apuntan a la Apertura al cambio, es decir un mayor realce por la independencia de juicio y acción y, la importancia de la novedad y los desafíos. Estos valores, están en oposición con los valores de Conservación en los que incluye a la Tradición donde todavía parece que estos sujetos mantienen un fuerte apoyo, en términos de metas motivacionales en competencia, el mayor peso en la autonomía y la mayor centralidad de lo individual parece estar en tensión con la aún importante necesidad de priorizar el mantenimiento de ciertas costumbres o normas culturales.

En el grupo argentino el valor Seguridad adquiere una importante relevancia, valor que apunta a la conservación pero también con una meta motivacional en competencia o que sería un opuesto, el Hedonismo, todo aquello que tenga que ver con la gratificación sensual para uno mismo y el placer.

Ambos grupos muestran valores de mayor relevancia individual compitiendo con otro que prioriza las necesidades comunitarias, el grupo chileno orientándose al respeto hacia las costumbres culturales y, el grupo argentino más dirigido hacia necesidades básicas que requieren tanto los individuos como los grupos, la armonía y estabilidad, tanto de la sociedad como de las relaciones y del sí mismo.

Se relacionaba estas configuraciones en el caso chileno con su movimiento hacia un Individualismo Cultural que pone en discusión cierta relación sujeto-grupo y, en el caso argentino al contexto social producido poco antes de la aplicación del cuestionario. La fuerte crisis económica, política, social vuelve a los individuos hacia una mayor Conservación, expresada en el valor Seguridad, aún con presencia de metas motivacionales más idiosincrásicas como es el hedonismo. En función de los síndromes culturales, en Latinoamérica, Argentina es uno de los países más individualistas, aún con el movimiento que aleja a Chile de un fuerte colectivismo (Zubieta *et al.*, 1998).

En las creencias de la Ética Protestante del Trabajo y la Competitividad, el grupo de estudiantes chilenos muestra puntuaciones más altas que el grupo argentino. En consonancia con lo reportado por Hofstede (1999), Chile aparece como más Competitivo que Argentina. En relación a la EPT, si bien este autor no tiene datos de estos países, podemos decir que el grupo de Argentina la comparte en menor medida que el grupo de Chile. Lo mismo podría decirse de las submuestras aunque, la puntuación de los estudiantes de Ciencias Económicas de Chile son quienes mayor acuerdo muestran con esta creencia.

En los estudiantes de Psicología, el grupo chileno prioriza más la Tradición mientras que el argentino prioriza el Hedonismo. Aquí, los futuros psicólogos chilenos aparecen más pendientes de lo valorado culturalmente moviéndose en el continuo individuo-grupo más a favor de éste último. Por su parte, los futuros psicólogos argentinos toman el extremo inverso del continuo favoreciendo el extremo del individuo. Los estudiantes chilenos tienen una puntuación más alta en EPT pero no hay fuertes diferencias en Competitividad.

Respecto de los estudiantes de Ciencias Económicas, el grupo chileno muestra mayor énfasis en la Apertura al Cambio (Autodirección y Estimulación) pero también en el Poder, apareciendo la dominancia sobre personas y recursos como una meta motivacional con fuerza. También es este grupo chileno quien mayor puntuaciones muestra respecto de la EPT y la Competitividad. Sin embargo, son los grupos de estudiantes de esta carrera, en ambos países los

que mayores puntuaciones en EPT y Competitividad obtienen superando a sus respectivas muestras totales de país.

La teoría de la Dominancia Social da cuenta de la socialización institucional destacando el hecho de que hay instituciones reforzantes de las jerarquías y la dominancia y otras, por el contrario, atenuantes. Un estudio realizado en Francia encontraron diferencias entre estudiantes de abogacía y Psicología en Francia (Sidanius, Pratto, van Laar y Levin, 2004).

Como se explicitara en la introducción del texto, el propósito que subyace a estas páginas era el de extraer evidencia empírica de sustento que contribuya, mediante la consideración de los valores y de un conjunto de creencias asociadas al trabajo, las orientaciones diferenciales que desde una carrera universitaria se encuentran en la socialización para el trabajo (Ruiz Quintanilla, 1991). Se resaltaba el hecho de la importancia de tener en cuenta el estudio y explicación del proceso mediante el cual una persona adquiere el papel de trabajador y de la necesidad de contemplar aspectos como las etapas del ciclo vital, las diferencias individuales de los sujetos y la dinámica de socialización en la que intervienen diversos agentes que transmiten y/o imponen normas sociales y culturales. Se mencionaba además, que las diferencias en las orientaciones hacia el trabajo, expresado en creencias y valores, difieren también en términos de cultura, y al interior de ella hay también variaciones en función de grupos conformados por la ocupación, la edad o el sexo.

Con aquel fin, se analizaron, en términos de anclaje profesional, los valores y creencias hacia el trabajo expresados por grupos de estudiantes universitarios agrupados en función de la carrera de estudio, el ámbito de la universidad y el país. Se hizo énfasis en orientaciones más o menos normativas, en niveles de competitividad y en valores orientados hacia lo personal o lo social y hacia el crecimiento o la protección.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmed, S y S. Rojas Méndez (1998), "Estudio comparativo de los valores en el trabajo de los estudiantes de negocios chilenos y franceses-canadienses", *Revista UNIVERSUM*, núm. 13, pp. 7-20.
- Baguma, P. y A. Furnham (1993), "The Protestant Work Ethic in Great Britain and Uganda", *Journal of Cross-Cultural Psychology*, vol. 24, núm. 4, pp. 495-507.

- Beit-hallami, B. (1979), "Personal and Social Components of the Protestant Ethic", *Journal of Social Psychology*, núm. 109, pp. 263-267.
- Bond, M., W. Leung, A. Au, K. Tong y Z. Chemonges-Nielson (2004), "Combining Social Axioms with Values in Predicting Social Behaviours", *European Journal of Personality*, núm. 18, pp. 177-191.
- Caprara, G. V. y P. G. Zimbardo (2004), "Personalizing Politics. A Congruency Model of Political Preference", *American Psychologist*, vol. 59, núm. 7, pp. 581-594.
- Carballo, M. (2005), *Valores culturales al cambio del Milenio*, Buenos Aires, Nueva Mayoría.
- Casullo, M. M. y A. Castro Solano (2004), "Valores humanos y contextos en población civil y militar", *Revista Acción Psicológica*, vol. 3, núm. 1, pp. 21-30, Ed. Servicio de Psicología Aplicada, Facultad de Psicología, UNED, Madrid, octubre.
- Cheung, C y S. Kwok (2001). "Conservative Orientation as a Determinant of Hopeless", *The Journal of Social Psychology*, vol. 136, núm. 3, pp. 333-347.
- Delfino, G. I. y E. M. Zubieta (2010), "Valores y política. Análisis del perfil axiológico de los estudiantes universitarios de la ciudad de Buenos Aires", *Interdisciplinaria*, Centro Interamericano de Investigaciones Psicológicas y Ciencias Afines (CIIPCA), aprobado para su publicación.
- Etzioni, A. (1979), "Work in the American Future: Reindustrialization or Quality of Life", en C. Ferry y J. M. Rosow (eds.), *Work in America: The Decade Ahead*, Nueva York, Van Nostrand.
- Feather, N. (1984), "Protestant Work Ethic Conservatism and Values", *Journal of Personality and Social Psychology*, núm. 46, pp. 1132-1141.
- Filippi, G. y E. Zubieta (2004), "Valores y trabajo: un estudio con estudiantes universitarios", *Anuario de Investigaciones*, Facultad de Psicología, UBA.
- Fontaine, J. R., H. Poortinga, L. Delbeke y S. H. Schwartz (2008), "Structural Equivalence of the Values Domain across Cultures. Distinguishing Sampling Fluctuations from Meaningful Variation", *Journal of Cross-Cultural Psychology*, vol. 39, núm. 4, pp. 345-465.
- Furnham, A. (1990). *The Protestant Work Ethic*, Londres, Routledge.
- (1987), "Predicting Protestant Work Ethic Beliefs", *European Journal of Personality*, núm. 1, pp. 93-100.
- (1985), "Just World Beliefs in an Unjust Society", *European Journal of Social Psychology*, núm. 15, pp. 363-366.

- (1982), “The Protestant Work Ethic and Attitudes Towards Unemployment”, *Journal of Occupational Psychology*, núm. 55, pp. 277-286.
- y P. Heaven (1999), *Personality and Social Behavior*, Londres/ Nueva York, Arnold/Oxford University Press.
- Furnham, A., M. Bond, P. Heaven, D. Hilton, T. Lobel *et al.* (1993), “A Comparison of Protestant Work Ethic Beliefs in Thirteen Nations”, *Journal of Social Psychology*, vol. 133, núm. 2, pp. 185-197.
- Gissi, J, E. Zubieta y D. Páez (2000), “Identidad Social y Cultural de América Latina”, en D. Páez; F. Morales, A. Kornblit y D. Asún, *Psicología Social*, Buenos Aires, Prentice-Hall.
- Gómez Prieto, Fernández, Boso *et al.* (2005), *El valor subjetivo del trabajo. Abordaje exploratorio en estudiantes universitarios*, Buenos Aires, Programa de Estimulo a la Investigación. Facultad de Psicología y Ciencias de la Educación, Universidad Católica Argentina.
- Hofstede, G. (1999), “Niveles de cultura”, en G. Hofstede, *Cultura y organizaciones. El software mental*, Madrid, Alianza.
- Inglehart, R. (1998), *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid, CIS-Siglo XXI.
- Inglehart, R., M. Basáñez, J. Díez-Medrano, L. Halman y R. Luijkx (2004), *Human Beliefs and Values. A Cross-Cultural Sourcebook Based on the 1999-2002 Values Surveys*, México, Siglo XXI.
- Jackson, L y B. Hunsberger (1999), “An Intergroup Perspective on Religion and Prejudice”, *Journal for the Scientific Study of Religion*, núm. 38, pp. 509-523.
- Jackson, S.E y R. S. Schuler (1985), “A Meta-Analysis and Conceptual Critique of Research on Role Ambiguity and Role Conflict in Work Settings”, *Organizational Behaviour and Human Decisions Processes*, núm. 36, pp. 16-78.
- Kilbourne, V., M. Grunhagen y J. Foley (2005), “A Cross-Cultural Examination of the Relationship between Materialism and Individual Values”, *Journal of Economic Psychology*, pp. 167-178.
- Kornblit, A. (2001), “Los valores de los jóvenes en relación al trabajo”, en J. F. Morales, D. Páez, A. Kornblit y D. Asún, *Psicología Social*, Buenos Aires, Prentice Hall.
- Krau, E. (1987), “The Crystallization of Work Values in Adolescence: A Socio-cultural Approach”, *Journal of Vocational Behavior*, núm. 30, pp. 103-123.
- Lynn, R. (1991), *The Secret of the Miracle Economy: Different National Attitudes to Competitiveness and Money*, Londres, Sage.

- MacDonald, A. (1971), "Correlates of the Ethic Personal Conscience and the Ethics of Social Responsibility", *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, núm. 37, p. 443.
- Mendoza, R. (2004), "Cultura y actitudes vinculadas a la Ética Protestante, a la competición y a la creencia en el Mundo Justo", en D. Páez, I. Fernández, S. Ubillos y E. Zubieta, *Psicología Social, Cultura y Educación*, Madrid, Pearson-Prentice Hall.
- Mirels, H. y J. Garret (1971), "Protestant Ethic Scale as a Personality Variable", *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, núm. 36, pp. 40-44.
- mow Internacional Research Team (1987), *The Meaning of Working: An International View*, Londres, Academy Press
- Páez, D. y E. Zubieta (2004), "Cultura y Psicología Social", en D. Páez, I. Fernández, S. Ubillos y E. Zubieta, *Psicología Social, Cultura y Educación*, Madrid, Pearson-Prentice Hall.
- y J. L. González (2000), "Culture and Social Psychology", *Psicothema*, vol. 12, Supl., pp. 6-15.
- Pastor Ramos, G. (1986), "Los grandes factorialistas de la ideología", en G. Pastor Ramos, *Ideologías. Su medición psicosocial*, Barcelona, Editorial Herder.
- Peiró, J. M., F. Prieto y R. Roe (1996), "El Trabajo como fenómeno psicosocial", en J. M. Peiró y F. Prieto, *Tratado de Psicología del Trabajo*, vol. II, Madrid, Síntesis.
- Prieto, F., J. M. Peiró, J. Bravo y A. Caballer (1996), "Socialización y desarrollo del rol laboral", en J. M. Peiró y F. Prieto, *Tratado de Psicología del Trabajo*, vol. II, Madrid, Síntesis.
- Roccas, S., L. Sagiv, S. Schwartz y A. Knafo (2002), "The Big Five Personality Factors and Personal Values", *Personality and Social Psychology Bulletin*, núm. 28, pp. 789-801.
- Rokeach, M. (1973), *The Nature of Human Values*, Nueva York, Free Press.
- Ruíz Quintanilla, S. A. (1991), Introduction: The Meaning of Work, *European Work and Organizational Psychologist*, núm. 1, pp. 81-89.
- Salanova, M., F. J. Gracia, I. Rodríguez, C. Gastaldi y J. Ramos (1993), "Cambios en las orientaciones normativas hacia el trabajo como derecho y como obligación durante el período de incorporación a una organización laboral", en L. Munduate y M. Barón (comps.), *Psicología del trabajo y del desempleo*, Sevilla, Eudema.

- Salanova, M., F.J. Gracia y J. M. Peiró (1996), "Significado del trabajo y valores laborales", en J. M. Peiró y F. Prieto (dirs.), *Tratado de psicología del trabajo*, vol. II: Aspectos psicosociales del trabajo, Madrid, Síntesis.
- Saraglou, V., V. Delpierre y R. Dernelle (2004), "Values and Religiosity: A Meta-Analysis of Studies Using Schwartz's Model", *Personality and Individual Differences*, núm. 37, pp. 721-734.
- Schein, E. (1996), *Psicología de la organización*, México, Prentice Hall.
- (1990), *Career Anchors*, San Diego, University Associates.
- Schwartz, S. (2005), "Basic Human Values: Their Content and Structure across Countries", en A. Tamayo y J. Porto (eds.), *Valores y trabalho* [Values and Work], Brasilia, Editora Universidade de Brasilia.
- (2001), "¿Existen aspectos universales en la estructura de los valores humanos?", en M. Ros y V. Gouveia, *Psicología Social de los Valores Humanos. Desarrollos teóricos, metodológicos y aplicados*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (1992), "Universal in the Content and Structure of Values: Theoretical Advances and Empirical Test in 20 Countries", en P. Zanna (comp.), *Advances in Experimental Social Psychology*, vol.25, Nueva York, Academic Press.
- y S. Huisman (1995), "Value Priorities and Religiosity in Four Western Religions", *Social Psychology Quarterly*, núm. 58, pp. 88-107.
- Sidanius, J., F. Pratto, C. van Laar y S. Levin (2004), "Social Dominance Theory: Its Agenda and Method", *Political Psychology*, vol. 25, núm. 6, pp. 845-880.
- , S. Levin y F. Pratto (1996), "Consensual Social Dominance Orientation and Its Correlates within the Hierarchical Structure of American Society", *International Journal of Intercultural Relations*, núm. 20, pp. 385-408.
- y J. Liu (1992), "The Gulf War and the Rodney King Beating: Implications of the General Conservatism and Social Dominance Perspectives", *The Journal of Social Psychology*, núm. 132, pp. 685-700.
- Spence, J. T. y R. L. Helmreich (1983), "Achievement-Related Motives and Behaviours", en J. T. Spence (ed.), *Achievement and Achievement Motives: Psychological and Sociological Approaches*, San Francisco, W.H. Freeman and Company, pp. 7-74.
- Triandis, H. C. (1994), *Culture and Social Psychology*, Nueva York, McGraw Hill.
- Weber, M. (1985), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, México, Pre-mia Editora.

- Wilpert, B. (1994), "The Future of Work in Society", manuscrito de trabajo no publicado, Universidad Técnica de Berlín.
- Zlobina, A. (2004), "La Teoría de los Valores de S. Schwartz", en D. Páez, S. Ubillos, I. Fernández y E. Zubieta, *Psicología Social, Cultura y Educación*, Madrid, Pearson Educación.
- Zubieta, E. (2007), "Creencias en la Ética Protestante del Trabajo (EPT) y Competición en estudiantes universitarios", aceptado para su publicación en *Perspectivas en Psicología*, vol. IV, noviembre.
- , R. Boso y M. Rodríguez (2010), "Aspectos psicosociales del trabajo", en G. Filippi y E. Zubieta (coord.), *Psicología y Trabajo. Una relación posible*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 205-224.
- , G. Filippi y J. Báez (2007), "Valores y creencias asociadas al trabajo en estudiantes universitarios de Argentina y Chile", *Summa Psicológica*, vol.4, núm. 2, pp. 81-98, Escuela de Psicología, Universidad de Santo Tomás, Santiago de Chile, Referato Internacional.
- , S. Mele y M. Casullo (2006), "Estructura de valores y religiosidad en población adulta urbana argentina", *Psicodiagnosticar*, núm. 16, pp. 53-60.
- , I. Fernández, A. Vergara, D. Páez, M. Martínez y C. Candia (1998), "Cultura y emoción en América", *Boletín de Psicología Social*, núm. 61, Valencia.

Educación superior pública y privada en México

Desigualdades institucionales y opiniones de los estudiantes

MARÍA HERLINDA SUÁREZ ZOZAYA
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias

Hasta hace relativamente poco, en México, la idea imperante en torno a los estudiantes que cursan educación superior era que son jóvenes privilegiados en términos sociales, económicos y culturales. Después de todo, se pensaba, los jóvenes que van a la universidad constituyen el modelo de la juventud buena y responsable que obedece las reglas sociales y que cumple con lo prescrito e indicado.

Pero, a partir de las últimas décadas del siglo xx, con la aparición y proliferación de la universidad de masas y de la diversificación de la oferta de la educación superior, la idea de que los estudiantes universitarios son jóvenes privilegiados perdió fuerza y hoy para nadie es un secreto que “no todos los estudiantes son lo mismo” y que tampoco lo son las universidades. Se tiene conciencia de que a la educación superior tienen acceso jóvenes de diferentes estratos sociales y que hay una fuerte segmentación en el mercado escolar universitario. Además, los estudiantes de hoy, ante todo, se reconocen a sí mismos

como jóvenes. De esta manera, su identidad ha quedado desprovista del resguardo institucional que antaño le diera “la” universidad y que era lo que, entre otras cosas, permitía concebir a los estudiantes universitarios aislados de las desigualdades que atraviesan a todas las sociedades, y que son producto de relaciones sociales y de poder históricamente constituidas.

Debe evitarse pensar, sin embargo, que antes de que apareciera la universidad de masas, en México, no había diferencias y desigualdades en el colectivo de estudiantes universitarios; ciertamente las había pero no eran (o no querían ser) vistas ni aceptadas. Las figuraciones y comprensiones en torno a los estudiantes se construían con moldes homogéneos donde sólo cabían jóvenes varones, urbanos, dedicados, ante todo, a estudiar y a convivir con sus compañeros de estudio y con costumbres, valores, comportamientos y consumos asociados a los de las clases medias altas. Las mujeres, la juventud de las periferias urbanas, de origen popular y campesino que con escasa frecuencia llegaban a la universidad, pero llegaban, eran prácticamente invisibles y no contaban en la conformación de la figura del estudiante; no tenían un protagonismo visible en el espacio público. Pero, a partir del movimiento estudiantil del 68 la desigualdad y la diferencia se introdujeron en el colectivo de estudiantes mostrando claramente que éste ha sido y es un conjunto heterogéneo.

La segmentación del sistema de educación superior contribuyó a hacer visible la heterogeneidad estudiantil. Sin duda, las diferencias y desigualdades entre los estudiantes se relacionan con los *status* asociados a los criterios de clasificación de las instituciones educativas que, desde una perspectiva simplista, distinguen dos grandes segmentos de diferenciación, según tipo de sostenimiento de los establecimientos educativos. Desde esta clasificación, se diferencia entre educación pública y educación particular o privada, afirmando, con frecuencia, que a las entidades privadas asisten alumnos con mayores recursos económicos, sociales y culturales y que, además, éstas forman mejor a sus alumnos. Se repite, también de manera asidua, que los estudiantes y egresados de las universidades privadas tienen mayores posibilidades para integrarse, con éxito, al mercado de trabajo. Lo cierto es que hay serias dudas respecto a este tipo de aseveraciones y este artículo hace aportaciones en este sentido.

Además, el presente texto tiene como intención brindar elementos para dar cuenta de cómo se articula, en México, la segmentación del sistema de educación superior con las desigualdades y diferencias socioculturales y con la construcción y emergencia de distintas expresiones juveniles en el espacio de

la educación de este nivel. A lo largo del documento, se presenta la información y los análisis distinguiendo a los alumnos según si estudian en instituciones públicas o si lo hacen en entidades privadas. Pero, es necesario advertir que ambos “bloques” no son homogéneos pues tanto el sector público como el privado están integrados por instituciones muy distintas entre sí, en términos de objetivos y oferta educativa, organización institucional, calidad, tipo de públicos a los que se dirigen y reciben, etc. De hecho, para cada establecimiento, más que para los segmentos, se puede asociar un determinado “*habitus* de clase”, lo que no quiere decir, necesariamente, que en el nivel de los establecimientos sí haya homogeneidad. Más bien, el mundo de las instituciones de educación superior, para decirlo con Dubet, “se trata de un mundo definido por su falta de homogeneidad social” (2005: 9).

En 2008, la Subsecretaría de Educación Superior realizó la Encuesta Nacional de Alumnos de Educación Superior (ENAES) y a partir de los datos que arroja esta fuente de información este texto busca avanzar en las indagaciones mencionadas. La ENAES define como universo a los alumnos de educación superior y normal inscritos actualmente (ciclo 2008-2009) en algún programa de licenciatura de instituciones públicas y particulares de todas las entidades federativas del país. En el documento de presentación de la encuesta dice: “La ENAES tuvo como objetivo fundamental el recabar sistemáticamente la percepción y opinión directa de los alumnos de licenciatura inscritos actualmente (ciclo 2008-2009) en distintas instituciones de educación superior, incluyendo educación normal, licenciatura, y técnico superior universitario, o profesional asociado” (SEP, 2008: 1). Este es el mismo universo que se somete a análisis y se trata en el presente texto.

ESCENARIO ESTRUCTURAL DE LA HETEROGENEIDAD ESTUDIANTIL

Según datos de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES, 2008), en 2008 el número de unidades académicas destinadas a ofrecer educación de nivel licenciatura era de 3,420. Entre éstas las hay públicas y privadas; laicas y confesionales; autónomas y dependientes; nacionales y estatales o municipales; de investigación y docencia o que solamente ofrecen docencia; de alcances disciplinarios extendidos o acotados; sin fines de lucro o abiertamente enfocadas a obtener ganancias; de suminis-

tro educativo transnacional, geográficamente localizado o a distancia, etc., etc. Queda claro entonces que la posibilidad de clasificar los establecimientos de educación superior, según diferentes criterios, es casi infinita y está lejos de poder ser expresada por medio de contraposiciones dicotómicas ya que casi siempre es posible encontrar más de dos valores para cada criterio. La verdad es que el escenario estructural de ocurrencia de la diversidad estudiantil es complejo y no se agota en la clasificación simplista “público-privado”. De hecho, en ambos lados del binomio la complejidad es enorme.

La base de datos de la ENAES organiza este universo diverso y complejo, clasificando a las instituciones de educación superior, por un lado, en: autónomo, estatal, federal y particular. Por otro, es posible distinguir: universidades públicas estatales (incluye universidades interculturales), subsistemas tecnológicos (institutos tecnológicos, universidades tecnológicas, universidades politécnicas), universidades públicas federales, escuelas normales e instituciones particulares. El cruce de las dos clasificaciones y la información sobre la distribución de la matrícula permite producir el siguiente cuadro:

Varios estudiosos de la educación superior en México han documentado el crecimiento relativo que ha experimentado la educación superior particular, o privada, en el país, en las últimas décadas. Recurriendo a la información que proporciona la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) se observa (gráfico 1) que en 1980 la población escolar de licenciatura en establecimientos de régimen privado representaba 13.5%, sobre el total de la población estudiantil de ese nivel. Comparando esta cifra con lo que muestra el cuadro 1 no queda ninguna duda de que en los últimos treinta años las universidades privadas cobraron una relevancia muy significativa como escenarios de la experiencia estudiantil de los jóvenes mexicanos. Con todo, la matrícula de licenciatura en el país sigue estando situada con mayor frecuencia en establecimientos públicos.

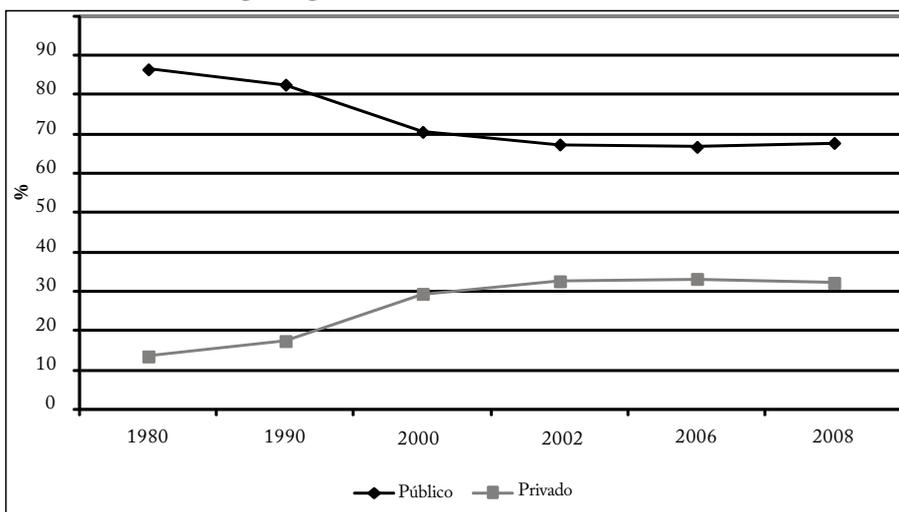
Entre las causas que explican la expansión de las universidades privadas en el escenario de la educación superior en México destaca la decisión explícita del gobierno mexicano de transformar el sistema educativo. De encontrarse basado en un modelo de universidad cuya inserción en la sociedad se daba a partir de un proyecto social portador y financiado por el Estado, ahora se busca conformarlo por empresas que ofrecen servicios educativos respondiendo fundamentalmente a los comportamientos y las demandas del mercado. Por lo demás, hay que volver a señalar que la mayor participación del sector privado

Cuadro 1
 México: distribución de la matrícula de educación superior,
 según clasificaciones de las IES (porcentajes)

Clasificación SES/SEP	Autónomo	Estatal	Federal	Particular	Total
Universidades públicas estatales	93.9	6.1	-	-	31.6
					100
Subsistema tecnológico	-	43.8	56.2	-	17.4
Universidades públicas federales	57.8	3.8	38.4	-	100
					5.6
Escuelas normales	-	66.1	3.5	30.3	100
					31.0
Instituciones particulares	-	-	-	100	100
					100
Total	38	13.8	15.5	32.7	100

Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

Gráfico 1
 Comportamiento de la matrícula de licenciatura,*
 según régimen de sostenimiento (1980-2008)



* No incluye Normal

Fuente: ANUIES, Sistemas de información en línea. El dato referido a 2008 proviene de la ENAES, 2008

en la educación ha contribuido a marcar la heterogeneidad del colectivo estudiantil y a dar visibilidad a las grandes diferencias y desigualdades que hay entre los estudiantes respecto a su origen social, económico y cultural, así como en sus intereses y visiones de horizontes y de mundo.

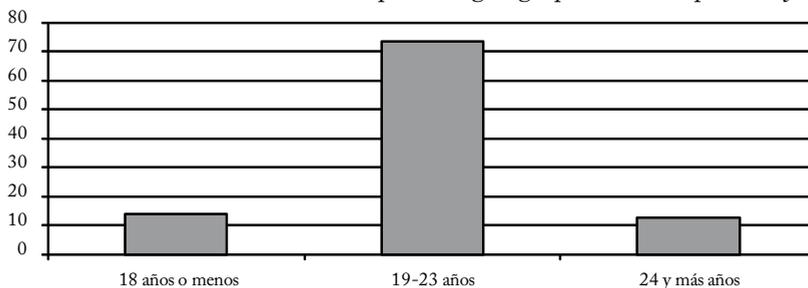
TIEMPOS INSTITUCIONALES Y TIEMPOS DE VIDA LA EDAD DE LOS JÓVENES-ESTUDIANTES.

Comúnmente, la tasa bruta de cobertura a nivel licenciatura se calcula poniendo en el denominador la cantidad de población correspondiente al rango etario de 19 a 23 años. Esto es así porque se considera que tales edades son las “normales” para que los jóvenes estudien una licenciatura. Sin embargo, los datos de la ENAES permiten observar que si bien es cierto que la mayoría de los alumnos de este nivel educativo tiene la edad “esperada”, también hay quienes tienen trayectorias de vida que no siguen los ritmos marcados por la imposición de un tiempo lineal y estandarizado, definido por la sucesión de etapas con duraciones prescritas y determinadas oficialmente.

Cuando se levantó la encuesta, 13.76% del conjunto de alumnos en educación superior era menor de 19 años y 12.61% tenía 24 años o más; en este último conjunto había incluso estudiantes que rebasaban los 30 años. Frente a este hallazgo, la afirmación de Dubet respecto a que “sin duda alguna todos los estudiantes (de licenciatura) son jóvenes” (*op. cit.: 2*) se torna relativa y plantea

Gráfico 2

México: estudiantes de educación superior, según grupos de edad (porcentajes)



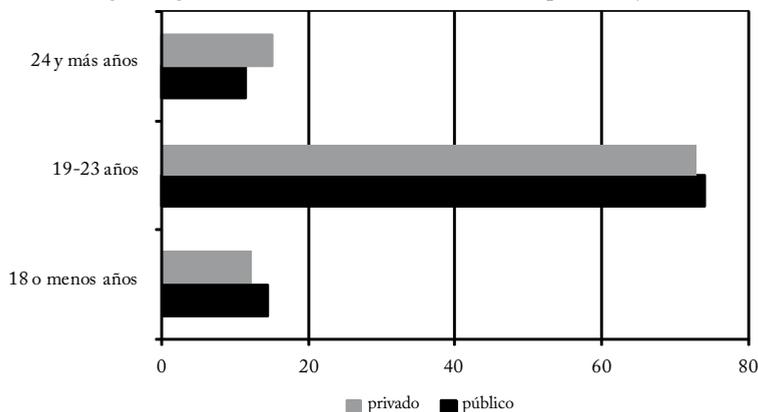
Fuente: ENAES, ciclo, 2008-2009

la necesidad de tomar postura sobre el papel que se otorga a la edad y a la asistencia a la escuela para considerar que alguien es joven.

Si se toma la edad como criterio, entonces la afirmación del autor francés no se cumple en México; es decir, que no todos los estudiantes (de licenciatura) son jóvenes. En cambio, si se establece la asistencia a la escuela como criterio determinante de la pertenencia a la juventud, entonces resulta que en el país hay jóvenes que llegan a la educación superior “antes de tiempo” y también que hay quienes alargan el paso a la edad adulta más allá de lo que marcan los criterios uniformes y administrativos de “lo deseado”. Es de notar que al tomar el criterio de la escolarización como válido para determinar quién es joven y quién no lo es, se evidencia que en México “no hay juventud para todos”, ya que el indicador de cobertura de la educación superior que maneja la Secretaría Subsecretaría de Educación Superior (SES) es cercano a 30%. Esto significa que la gran mayoría de la población mexicana no tiene la posibilidad de ser joven, en el sentido de contar con oportunidades para estudiar una licenciatura.

Pero, lo cierto es que juventud hay para quienes están matriculados en la universidad y también para quienes no lo están. Aunque por años el prototipo de la juventud haya sido “el” estudiante, en los tiempos que corren se han hecho visibles nuevas y variadas formas de ser joven. Además, la pluralidad comprometida en la experiencia estudiantil ha debilitado la fuerza de la figura del estudiante

Gráfico 3
México: composición por edad de la matrícula de educación superior, según régimen de sostenimiento de las IES (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

para actuar como referente y ejemplo para los “otros” jóvenes. Hoy, la juventud ya no sólo es producto de una prolongada construcción histórica social que la liga al paso por instituciones educativas, sino también una representación disputada, tanto en la arena de la escuela como, y sobre todo, desde las culturas juveniles.

Tanto en los establecimientos públicos de educación superior como en los de régimen de sostenimiento privado la población estudiantil engloba individuos de edades “esperadas” y “no esperadas”. Es interesante apuntar que respecto a la composición por edad de la matrícula en las instituciones privadas hay proporciones más grandes de estudiantes mayores de 23 años; es decir de jóvenes (o ya no tanto) “en rezago”. Seguramente esto se debe a que para quienes, por diferentes razones, no pudieron, o quisieron, avanzar de manera regular y continua en la trayectoria estudiantil prevista hasta alcanzar la educación superior, los criterios de selección, ingreso y permanencia en las instituciones públicas se muestran como obstáculos. En cambio, las entidades educativas de régimen sostenimiento privado suelen ser más flexibles, pues su vocación está orientada, principalmente, a dar respuesta a las dinámicas y necesidades del mercado.

MUJERES Y HOMBRES

Un asunto de trascendencia para observar las desigualdades y diferencias en torno a la experiencia estudiantil es la cuestión del género. Es bien conocido que, desde los años setentas, se ha registrado en México una tendencia hacia la feminización de la educación superior. De hecho, un fenómeno a destacar es que el proceso de expansión de la matrícula, en buena medida, se ha basado en el incremento de la población femenina. El crecimiento ha sido tal que, como lo muestran los datos de la ENAES, para el ciclo 2008-2009 en el Subsistema de Educación Superior, había más estudiantes mujeres que hombres. Esto sucede tanto en el conjunto de entidades públicas como en el de las privadas y en estas últimas la desproporción a favor de las mujeres es más notable. En las instituciones públicas la composición por sexo de la matrícula es de 48.5% para los hombres y 51.5% para mujeres. Por su parte, en las particulares el indicador es de 47.4% y 52.6% respectivamente.

Aquí, no es necesario ahondar en un tema muy estudiado respecto a que, en la actualidad, la construcción sociocultural del género, en relación con la educación, ya no se da tanto a partir de las diferencias en términos de matri-

Cuadro 2
México: algunas carreras femeninas y masculinas
Concentración (70% y más) de la matrícula según sexo

Carreras	
femeninas	masculinas
Antropología	Matemáticas Aplicadas
Enfermería	Físico-matemáticas
Psicología	Admon. Sistemas de Inf.
Trabajo Social	Cultura Física y Deporte
Arte Dramático	C. de la Tierra
Educación Especial	Filosofía
Admon. Rec. Hum.	Música
Bibliotecología	Ing. Civil
Est. Internacionales	Ing. Eléctrica
Ciencias Humanas	Ing. Mecánica
	Ing. de Control
	Geodesia

Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

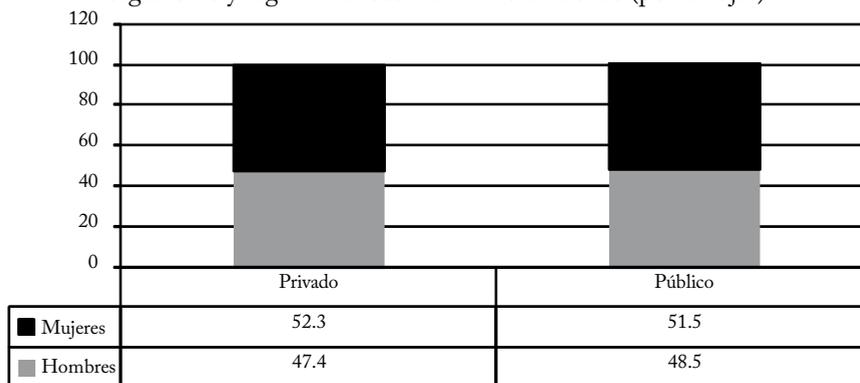
culación a las instituciones, sino en lo que toca al tipo y a la orientación de los estudios que realizan hombres y mujeres. Los trabajos sobre el tema han puesto de manifiesto que hay carreras femeninas y las hay masculinas y que particularmente hay estudiantes de sexo femenino en carreras de educación, ciencias sociales y humanidades; en cambio en las ingenierías y las ciencias exactas lo que abundan son los hombres. Los casos extremos (la proporción correspondiente a alguno de los sexos es mayor a 70% de la matrícula) se presentan en el siguiente cuadro:

Y, la información de la ENAES permite observar sorpresas: en la carrera de filosofía 73% de los estudiantes son hombres y en la de música el porcentaje de población masculina es de 74%. Por su parte, en las ingenierías hay ramas en las que las mujeres son más numerosas que los hombres; tal es el caso de ingeniería en alimentos, la textil y la química.

La bibliografía sobre el tema (Brunner, 1994) también ha mostrado que la oferta de carreras de las universidades privadas tiende a concentrarse en áreas

Gráfico 4

México: distribución de la matrícula de educación superior, según sexo y régimen de sostenimiento de las IES (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

de conocimiento de alta demanda y reducidos costos de producción. En estas áreas se ubican, con mayor frecuencia las carreras “femeninas”, como son contaduría y administración, mercadotecnia, ciencias de la comunicación, comercio internacional, diseño y derecho. Esto podría ser una explicación del hecho de que la composición por sexo de la matrícula en este tipo de instituciones esté más feminizada respecto de las instituciones públicas.

NIVEL SOCIOECONÓMICO Y BECARIZACIÓN DE LOS ALUMNOS

A las escuelas privadas o particulares, también se les suele llamar “de paga”. Este nombre se les da porque para poder ingresar y permanecer a ellas hay que pagar cuotas por inscripción y por colegiaturas. Los montos de tales cuotas tienen una gran variación pero lo cierto es que, desde una perspectiva económica, para las familias de bajos ingresos mandar a los hijos a escuelas privadas representa un sacrificio.

A no ser porque, en México, desde las últimas décadas del siglo pasado, los gobiernos se han empeñado en sembrar en el imaginario colectivo de la sociedad mexicana la idea de que la educación privada es mejor que la pública no habría ninguna razón para que las familias de escasos recursos trataran de sacrificarse mandando a sus hijos a estudiar a escuelas de paga. De hecho en la

Cuadro 3

México: medidas centrales del ingreso familiar mensual de los alumnos, según régimen de sostenimiento de las IES (en pesos)

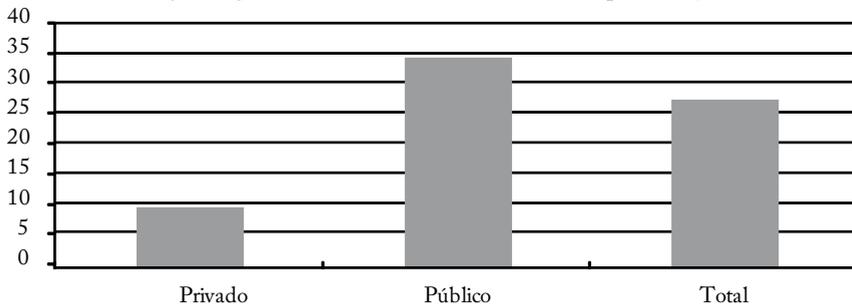
Indicador	Régimen de sostenimiento de las IES		
	Privado	Público	Total
Media	22,877	10,121	13,708
Mediana	15,000	7,000	8,000
Moda	20,000	4,000	10,000

Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009.

última década, en varios países latinoamericanos, incluido México, se han hecho estudios con el fin de probar si tal idea es cierta. Lo que han mostrado los estudios es que el factor que explica las diferencias en el desempeño y logro de los alumnos es el nivel socioeconómico de las familias, pues los alumnos de las escuelas privadas que tienen un nivel socioeconómico similar a los de las públicas no se desempeñan mejor en las pruebas que se les aplican. Así que no hay ninguna evidencia que la calidad de la educación y de los alumnos de escuelas privadas sea mejor que el de las públicas, ni viceversa. De lo que sí hay evidencia es que los padres con mejor nivel socioeconómico suelen enviar a sus hijos a colegios privados con mayor frecuencia que los padres de escasos recursos. En consecuencia, como lo muestra el cuadro 3, los alumnos de las instituciones de sostenimiento privado suelen tener un nivel económico superior respecto a los de las entidades públicas.

Gráfico 5

México: proporción de alumnos de bajos recursos, según régimen de sostenimiento de las IES (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

Así que, en términos generales, los alumnos provenientes de familias de nivel socioeconómico bajo se concentran en las instituciones educativas de sostenimiento público y los de las familias con ingresos altos lo hacen en las entidades privadas. Pero, esto no quiere decir que en las instituciones privadas no haya estudiantes de bajo nivel socioeconómico, ni que a las públicas no asistan jóvenes “ricos”. Si se toma “menos de cinco mil pesos” para establecer cuándo una familia tiene bajos ingresos resulta que 10% de los alumnos en las instituciones privadas de educación superior proviene de este tipo de familia. En cambio, en las instituciones públicas el mismo indicador es de 35%.

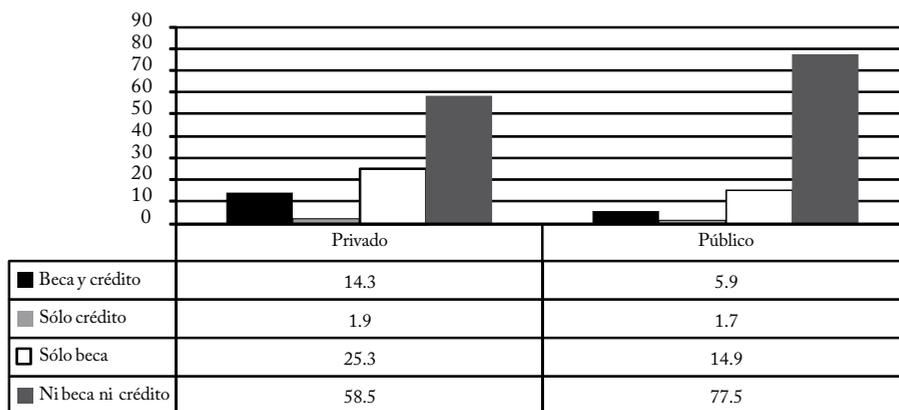
La promoción de la educación privada en México ha venido acompañada de un conjunto de políticas y medidas entre las que destaca la ampliación de la oferta de becas, de créditos y financiamientos para que los alumnos puedan pagar sus estudios en la institución “que quieran”. La posibilidad de contar con este tipo de recursos ha supuesto para muchos jóvenes la oportunidad de realizar sus estudios en escuelas “de paga” y, en la actualidad, una importante proporción del conjunto estudiantil de las instituciones privadas de educación superior está integrada por becarios; de hecho cerca de 40% tiene esta condición. En cambio, en las instituciones públicas de educación superior este porcentaje es significativamente menor (22.5%).

La ENAES captó información sobre el acceso a becas y apoyos económicos distinguiendo entre “créditos educativos” (financiamiento o beca-crédito) y “beca o apoyo económico” (no incluye crédito educativo, financiamiento o becas-crédito). En el gráfico que aparece a continuación (gráfico 6) se observa que en las instituciones privadas la proporción de alumnos que cuentan con crédito y financiamientos es mayor que en las instituciones públicas y que varios de ellos también tienen becas. La necesidad de combinar ambos tipos de apoyo puede deberse a que el monto de las becas, que no responden a la solicitud de un crédito, suele ser nimio y por lo tanto no alcanzan para solventar los gastos que es necesario hacer para poder estudiar una carrera universitaria, sobre todo en una institución privada.

En un marco de ruptura de los derechos sociales y de promoción de las necesidades privadas, como el que desde hace ya más de veinte años se instaló en México, la promoción de la figura del becario entre los estudiantes de educación superior tiene muchas implicaciones. Richard Hoggart (1970: 347) mencionó que un becario nunca se siente relajado, renuncia a luchar por sus derechos y piensa que es incapaz de sostener su nivel de vida por sí mismo; vive

Gráfico 6

México: alumnos con apoyo económico para realizar sus estudios, según tipo de apoyo y régimen de sostenimiento de las IES (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

invasión por la angustia de tener que cumplir las expectativas y los mandatos de selección y evaluación continua emanados desde el poder de quien lo tutela. Sin duda, la condición de becario resulta especialmente favorable para promover la educación privada y para desalentar la acción política de los estudiantes. Además, en el marco de economía neoliberal, el otorgamiento de becas-crédito y de servicios bancarios para pagar estudios de nivel superior se ha traducido en la apertura de un nuevo mercado financiero que promete rendir buenas ganancias y que “enseña” a los jóvenes a que emprendan conductas estratégicas de elección para maximizar sus propios intereses.

Así, el incremento que en los últimos años han tenido los programas de becas tiene implicaciones complejas. Por un lado, la apertura de la educación superior a jóvenes de familias con escasos recursos exige que los alumnos tengan apoyos económicos para atraerlos y retenerlos y, al mismo tiempo, en el marco de la diversificación de las instituciones y de su mercantilización, operan como mecanismo de promoción de la competencia y del interés individual, de la cultura del lucro y de la ética empresarial. Pero, ¿cómo evitar querer ser becario de universidades privadas, aunque se empeñe el futuro, cuando en el presente tantos jóvenes mexicanos viven situaciones de precariedad económica y se fortalece el mito de la selectividad del mercado de trabajo y de la falta de reconocimiento a la educación pública? ¿Cómo no necesitar que haya becas

para estudiar una carrera, ya sea en una institución pública o en una privada, si los empleos son escasos y los salarios precarios?

LA PERVERSIDAD DE COMBINAR EL ESTUDIO CON EL TRABAJO

El estudio de los cambios y tendencias en la transición de la juventud a la vida adulta han mostrado que las pautas tradicionales de la relación entre la educación y el trabajo casi están extintas. Y, existe la idea de que debido a la escasez de empleo profesional y a que los conocimientos, habilidades y competencias que se adquieren en el sistema educativo no son suficientes, para que los egresados de una carrera se desempeñen con éxito en un trabajo, lo mejor es que los jóvenes estudiantes se incorporen al mercado laboral cuando todavía no han concluido su carrera. Esta idea, ha contribuido a que en la sociedad se pondere la experiencia laboral como un factor que disminuye el riesgo de que los jóvenes no consigan una adecuada inserción al mercado de trabajo al concluir sus estudios.

A los estudiantes que trabajan se les puede llamar jóvenes “y-y”, en contraposición a los llamados “ni-ni” que son aquellos que ni estudian ni trabajan. Según los datos de la ENAES, durante el ciclo escolar 2008-2009, 35% de los alumnos de licenciatura en las IES además de estudiar trabajaban; consecuentemente el restante 65% eran lo que se suele llamar “estudiantes de tiempo completo”. Al distinguir lo que al respecto sucede según régimen de sostenimiento de las instituciones de estudio de los jóvenes, se encuentra una diferencia notable que muestra que en las entidades privadas los jóvenes y-y, es decir los que combinan el estudio con el trabajo, tienen mayor representación relativa que la que tienen en las públicas. Los porcentajes correspondientes se muestran en el siguiente cuadro:

En ambos tipos de instituciones los estudiantes hombres que combinan el estudio con el trabajo tienen mayor peso relativo que en el caso de las mujeres, aunque en las de régimen privado la desproporción es ligeramente más leve.

Y, como era de esperar, conforme avanza la edad de los estudiantes las proporciones de los jóvenes “y-y” son mayores. Cabe resaltar que para todas las edades la proporción de jóvenes que estudian y trabajan es mayor en las entidades privadas, respecto de las públicas.

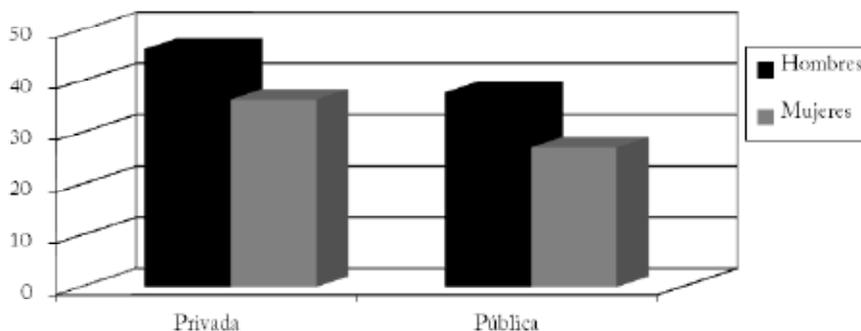
Lo aquí presentado sugiere que los estudiantes de las entidades privadas de educación superior tienen mayores oportunidades de combinar el es-

Cuadro 4
México: condición de actividad de los alumnos de las IES*

Alumnos	Porcentaje		
	Tipo de institución		
	Privada	Pública	Total
Sólo estudian	58.8	67.8	65.1
Estudian y trabajan	41.2	32.2	34.9

*Tabulado respecto a la pregunta: durante el último mes y sin considerar las prácticas profesionales y el servicio social, ¿has trabajado además de estudiar?
Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009.

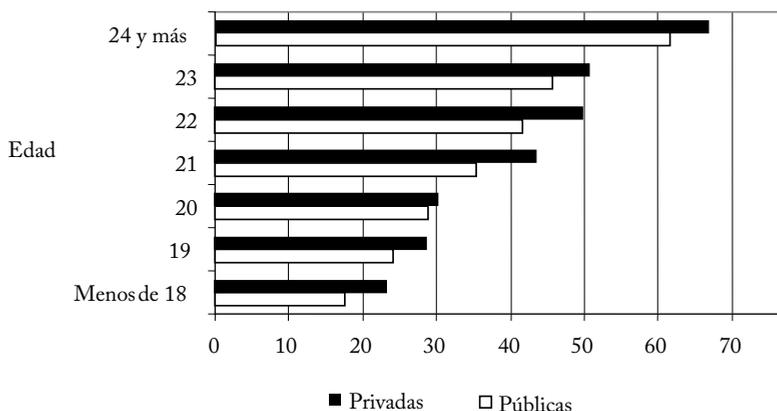
Gráfico 7
México: alumno/as que trabajan según sexo
y por tipos de sostenimiento de las IES (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

tudio con el trabajo. De hecho, 17% de los alumnos de las IES particulares que estudian y trabajan declararon que el motivo principal de haber escogido precisamente tal escuela para estudiar fue que permite trabajar; en cambio el porcentaje correspondiente en las entidades públicas fue de 8%. Y, al analizar los motivos por los que los estudiantes trabajan, se encuentran otras diferencias entre el sector privado y el público. En el caso de las instituciones privadas “adquirir experiencia profesional” registra 20% de respuesta, mientras que en las de régimen de sostenimiento público el porcentaje es de 15%. La diferencia deja claro que para los alumnos del sector privado combinar el estudio con el trabajo significa, con mayor frecuencia, una estrategia de búsqueda de un mejor futuro. Es decir que en este tipo de instituciones hay una mayor proporción

Gráfico 8
México: alumnos que trabajan, según edad
y por tipo de sostenimiento de las IES (porcentajes)



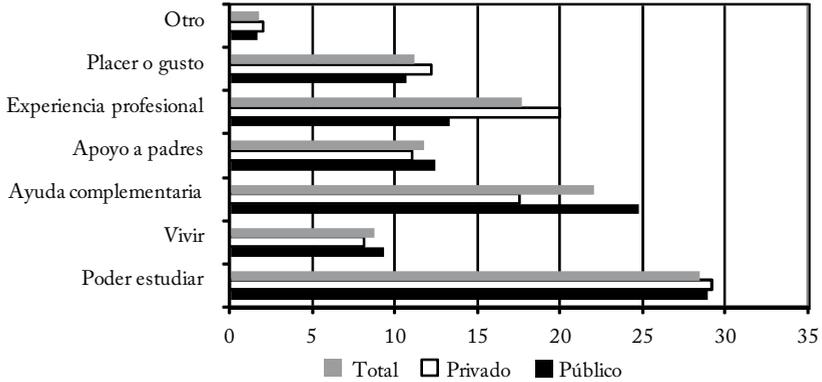
Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

de quienes no sólo trabajan por necesidades presentes sino que lo hacen como “inversión” para el futuro.

Pero no puede negarse que en México, tanto en los establecimientos educativos públicos como en de régimen de sostenimiento privado, el motivo principal por el que los alumnos trabajan es “para poder estudiar”. Sin lugar a dudas esto da cuenta de la perversidad que hay en un país, como el nuestro, en el que no sólo el trabajo, sino también la educación, se le muestran a la juventud como exigencia para sobrevivir. Una consecuencia de esta perversidad es la pérdida de posibilidades de elección y del ejercicio de los derechos de los jóvenes, pues ahora resulta que, hoy, para muchos, trabajar se ha convertido en condición necesaria para poder estudiar. La paradoja es que estudiar una licenciatura también se ha convertido en necesidad para conseguir un trabajo “decente”.

Y, la perversidad de la relación educación-trabajo es tal, que muchos jóvenes tienen que dejar de estudiar para poder trabajar. Al respecto, los resultados de la ENAES muestran que 40% de los alumnos de educación superior que declararon haber dejado de estudiar, uno o más períodos escolares, durante la estancia en la carrera y escuela en la que se encontraban inscritos en el momento en que se realizó la encuesta, contestó que las principales razones del abandono escolar fueron “problemas económicos” y “necesidad de trabajar”. Así que, hoy, muchos de los jóvenes trabajan para poder estudiar y estudian para poder tra-

Gráfico 9
 México: motivo principal para trabajar de los alumnos que los hacen,
 por régimen de sostenimiento de las IES

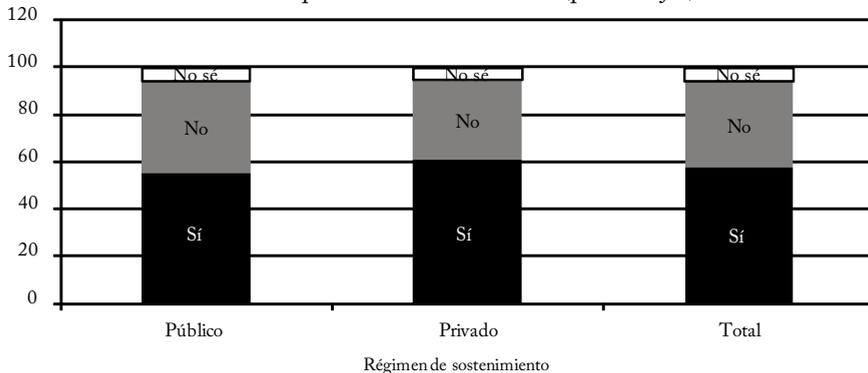


Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

bajar. Y, como se sabe, para muchos jóvenes es imposible lograr la hazaña de cumplir con esta doble jornada así que lo que generalmente sacrifican son los estudios. Tal es la perversidad desde donde se ha construido y reconfigurado la condición juvenil contemporánea en México.

Lo anterior conduce a preguntar si en términos académicos vale la pena el esfuerzo que hacen los jóvenes “y-y” al combinar el estudio con el trabajo. Todo

Gráfico 10
 México: ¿consideras que tu experiencia laboral te ha dado ventajas
 en tu desempeño durante la carrera? (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

parece indicar que no siempre es así, porque un alto porcentaje de los alumnos que han trabajado contestó con un rotundo “No” a la pregunta En comparación con tus compañeros de escuela ¿consideras que tu experiencia laboral te ha dado ventaja en tu desempeño durante la carrera?

Cuadro 5

México: en una escala de 0 al 10, donde 0 es nada y 10 es mucho ¿qué tan relacionadas están las actividades de tu trabajo con los temas y materias de estudio de tu carrera?

Medida	Régimen de sostenimiento de las IES		
	Público	Privado	Total
Media	4.8	5.8	5.2
Mediana	5	7	6
Moda	0	0	0

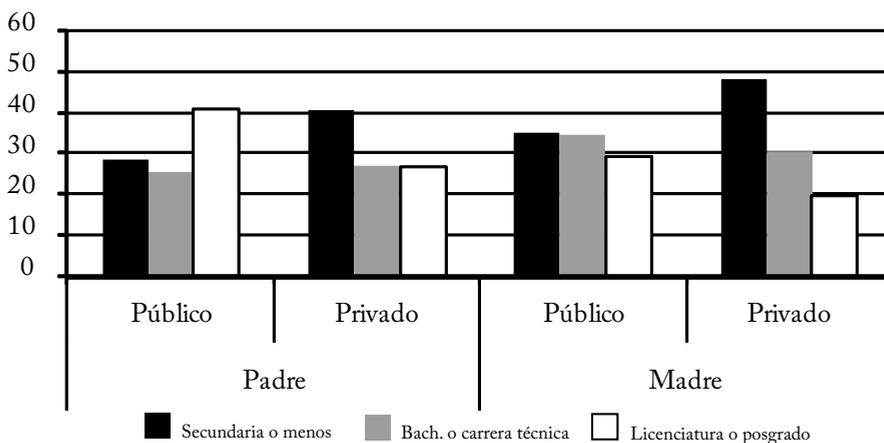
Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

Es que, en general, las actividades que los estudiantes realizan en su trabajo poco o nada tienen que ver con los temas y materias de estudio de sus carreras. Y, aunque al respecto existen diferencias, favorables a los alumnos de instituciones privadas, la desvinculación entre los estudios que se realizan y la ocupación que se desempeña es patente en ambos tipos de instituciones.

CAPITAL CULTURAL

Un elemento clave para entender las desigualdades educativas y la diversidad de la experiencia estudiantil es el de capital cultural. Pierre Bourdieu (1979) desarrolló el concepto de capital cultural para analizar, entre otras cosas, las diferencias en los resultados educativos que no son explicados por las desigualdades económicas. El consumo de bienes culturales, como lo es la educación, exige la capacidad para decodificar sus significados, lo cual presupone tener un conjunto de saberes, hábitos, modos de comportamiento y actitudes que son patrimonio de las clases llamadas “cultas”; es decir de las personas que tienen la autoridad legítima para hacer o decir cosas que las colocan en los puestos superiores de las jerarquías de dones, méritos y destrezas establecidos, reconocidos y ratificados por los sistemas simbólicos hegemónicos.

Gráfico 11
 México: alumnos según escolaridad de los padres
 y régimen de sostenimiento de las IES (porcentajes)



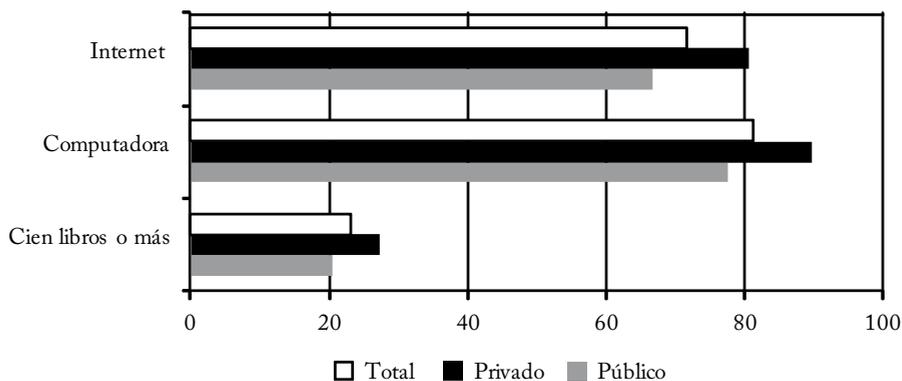
Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

Generalmente, el capital cultural de los estudiantes se mide observando los niveles de educación formal alcanzados por los padres, y hay quienes agregan a este indicador la cantidad de libros que existen en el hogar. Si utilizamos aquí esta forma de medición, resulta que en el conjunto del sistema nacional de educación superior sólo 30% de los alumnos tiene padres (hombres) que tienen licenciatura; en cuanto a las madres con este nivel de estudios el porcentaje correspondiente es 23%. Las diferencias, en cuanto al capital cultural de los estudiantes de las escuelas públicas respecto a las privadas es evidente, a favor de esto últimos (gráfico 11)

Por lo que toca a la cantidad de libros que los y las jóvenes declaran tener en sus hogares la fuente de información utilizada indica que, en general, las familias mexicanas tienen pocos libros, pues sólo 23% de los estudiantes dijo que en su hogar había más de 100 libros; 30%, en cambio, declaró que había a lo más 20. Nuevamente, las diferencias a favor de los estudiantes en establecimientos de régimen sostenimiento privado aparecen en las estadísticas, ya que en este tipo de establecimientos de educación superior el porcentaje de estudiantes que dijo tener en su hogar familiar más de 100 libros es 27.4% y en los públicos es 20.4%.

Gráfico 12

México: presencia de bienes en la vivienda de los alumnos, según régimen de sostenimiento de las IES (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

Otro indicador que puede ser tomado en consideración para establecer desigualdades respecto al capital cultural de los alumnos es la posesión de computadoras y la posibilidad de acceso a internet en la casa de familia. Y, es precisamente en el comportamiento de este indicador donde se observa la mayor diferencia entre las condiciones materiales y culturales de los estudiantes, según régimen de sostenimiento del establecimiento en el que se encuentran matriculados. En fin, lo que esta información comprueba es que la matrícula de los establecimientos educativos privados está integrada por alumnos que, por lo general, tienen mayor capital cultural que los que asisten a las instituciones de carácter público.

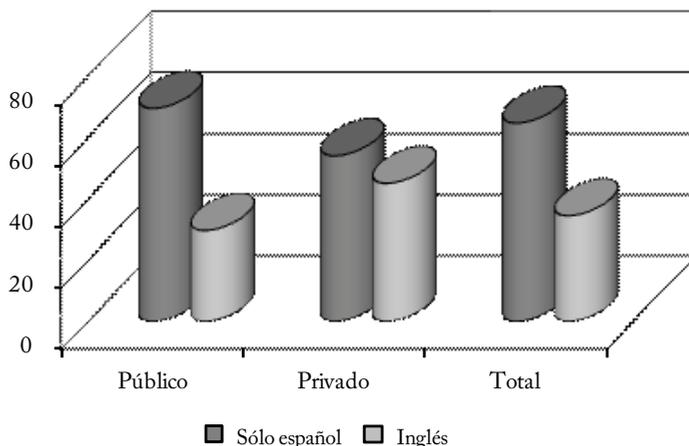
Diferencias no menos notables separan a los estudiantes, en función del capital cultural que poseen, en lo que respecta a su capacidad de hablar en otro idioma, además del español. Este es un dato que merece especial atención en los tiempos que corren, cuando el tipo de sociedad ideal se identifica con el conocimiento. En la literatura reciente sobre educación superior, en las declaraciones de rectores y funcionarios de educación de diferentes países, así como en las que emiten los organismos internacionales, se afirma que el avance hacia la sociedad del conocimiento exige que los alumnos de educación superior sepan hablar inglés, ya que la mayor parte de la información y conocimiento que se produce circula en este idioma, que se ha convertido ya en la lengua

franca del mundo académico y de los mercados internacionales. Sin duda, para los estudiantes cuya lengua materna no es el inglés, esta exigencia representa una violencia simbólica y una arbitrariedad cultural (como diría Bordieu) que encubre las relaciones de poder que el mundo sajón (léase los Estados Unidos) está ejerciendo sobre el mundo, y particularmente sobre México.

Una consecuencia de la imposición del inglés como lengua dominante en el sistema de educación superior es que la mayoría de los estudiantes que no hablan este idioma encuentra inteligible el conocimiento. Y, el que se produce en otros idiomas, como el español, cae en el límite de lo ilegítimo y, por lo tanto, su valor, circulación y consumo se tornan periféricos. En este terreno, en México, tanto las universidades públicas como las privadas enfrentan un desafío enorme ya que en ninguno de los dos segmentos del sistema de educación superior la población estudiantil que habla inglés alcanza 50%.

Aquí, hay que advertir, de manera relevante, que aunque todos los estudiantes mexicanos de educación superior supieran hablar inglés no se solucionaría el problema que hoy enfrenta el sistema de educación superior del país. Porque, independientemente de cuál sea el régimen de sostenimiento de las instituciones, el problema es la consideración de que “lo mexicano”, incluida la educación superior pública y la privada, no tiene la calidad necesaria para

Gráfico 13
 México: alumnos según si hablan inglés o no,
 por régimen de sostenimiento de las IES (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

competir en los circuitos internacionales de distribución del poder, del orgullo y del privilegio. Debe quedar claro: el problema de la calidad de la educación y de los estudiantes no se soluciona, ni de cerca, enseñando y aprendiendo inglés; aunque por supuesto es fundamental enseñarlo y aprenderlo.

Al respecto, conviene hacer una reflexión sobre las consecuencias que tiene para la cultura, identidad y situación socioeconómica de los habitantes de un país que las escuelas y universidades adopten un idioma diferente al suyo para enseñar, debatir ideas y publicar y difundir el conocimiento que se produce en el país. Al respecto, los mexicanos conocemos bien las consecuencias pues forman parte de nuestra propia historia. No hay que olvidar que las lenguas indígenas fueron dejadas al margen de los círculos de comunicación de las ideas y acciones con las que se construyó México, desde tiempos de la Colonia, y hay que pensar en la relación que tiene este hecho con la situación de pobreza y marginación en la que se encuentran hoy los indígenas. Así que será bueno no olvidar que la posición de dominio que tienen algunos países en el sistema de lenguas hablado en el mundo, obedece no sólo a los inventos, descubrimientos y propuestas que personas que hablan las lenguas de tales países han hecho al acervo general de ideas y conocimiento, sino también al hecho de que estos países tienen y ejercen el poder de lograr que quienes hablan otras lenguas y tienen otras ideas puedan comunicar solamente lo que fortalece precisamente a quienes tienen y ejercen el dominio.

EL GUSTO POR LA ESCUELA Y POR LOS ESTUDIOS

Toca ahora dar voz a los estudiantes, a su experiencia estudiantil y a sus percepciones y expectativas. Porque, la mala situación económica del país, el discurso de la crisis y las intenciones de mercantilizar la educación superior han creado las condiciones necesarias para hacer creer a la sociedad que las instituciones privadas de educación son de mejor calidad y más redituables, individual y socialmente, que las de carácter público. Pero, cuando se escuchan las voces de los estudiantes esto no parece ser cierto, sobre todo cuando se abandona la presentación de la información sobre la matrícula del sistema de educación superior conforme a una clasificación dicotómica, y es que como ya se ha dicho en este texto, tanto el sector público como el privado son heterogéneos y complejos y están integrados por entidades educativas con muy diferentes historias, objeti-

Cuadro 6
 México: respuesta que dieron los alumnos de las IES a la pregunta:
 ¿te gusta venir a la escuela? (porcentajes)

IES	¿Te gusta venir a la escuela?	
	Sí	No
Universidad pública estatal	97.5	2.5
IES particulares	97.1	2.9
Subsistema tecnológicos	97.6	2.4
Universidades públicas federales	97.5	2.5
Escuelas Normales	97.3	2.7
Total	97.4	2.6

Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

vos, calidades y orientaciones. Así que, en este apartado, los datos se entregarán haciendo alusión a la desagregación del sector público que permite la ENAES. Lamentablemente, con esta fuente de información no es posible desagregar el sector privado.

En un texto previo a éste (Suárez, 2010: 90) escribí que el problema de la educación en México no sólo reside en la escasez de recursos económicos, sino también en la capacidad sistémica de otorgar a los jóvenes ámbitos de acogimiento, de sentido y de gusto por la asistencia a la escuela. Los datos de la ENAES permiten observar que prácticamente a todos los alumnos de educación superior les gusta asistir a escuela. Con todo, no se puede dejar de apuntar que en las instituciones particulares, o privadas, es mayor la proporción de los que están a disgusto.

Una razón del menor gusto por la asistencia a la escuela que expresan los alumnos en establecimientos privados puede ser que en ellos se encuentran estudiando varios alumnos que no escogieron la escuela en la que están, como primera opción, para cursar su licenciatura (cuadro 7). Además, en las IES particulares se registran los mayores porcentajes de alumnos que no recomendarían a sus amigos ni familiares estudiar en a escuela en la que ellos se están estudiando. En contraste, las Universidades Públicas Federales destacan por tener el porcentaje más alto de alumnos que escogieron este tipo de establecimiento como primera opción y también por ser las que, según los propios alumnos, son las más recomendables.

Cuadro 7

México: respuesta negativa que dieron los alumnos a las preguntas, según clasificación de las IES (porcentajes)

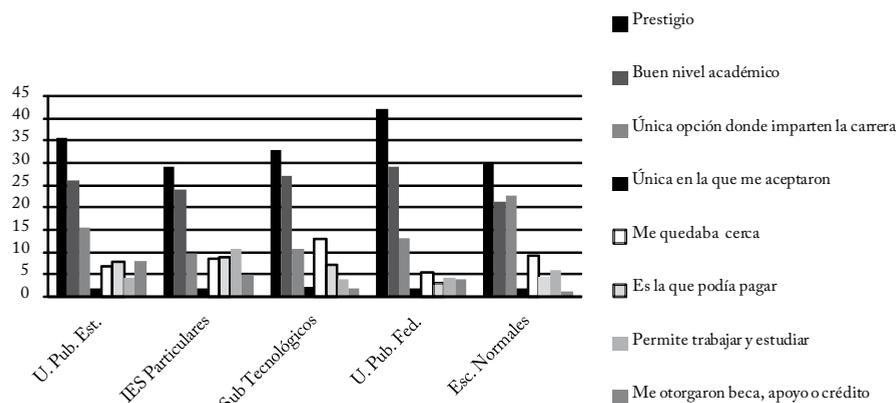
IES	¿Esta escuela fue tu primera opción?	¿Recomendarías a tus amigos o familiares estudiar en esta escuela?
Universidades públicas estatales	29.4	7.5
IES particulares	52.2	10.6
Subsistemas tecnológicos	36.8	5.8
Universidades públicas federales	24.7	5.5
Escuelas Normales	35.8	10.4
Total	37.1	8

Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

Al analizar la causas que llevan a los jóvenes a matricularse en una escuela o en otra se revela que la que más influye es “el prestigio de la escuela” y, en segundo lugar, “el buen nivel académico de la escuela”. Y, por lo que muestran los datos, son las Universidades Públicas Federales en donde los alumnos perciben, con mayor frecuencia, estar estudiando en una institución con prestigio y con buen nivel académico. En el caso de las instituciones particulares las opciones “me quedaba cerca de donde vivo o vivía”, “es la que podía pagar”, “permite trabajar y estudiar” y “me otorgaron beca, apoyo o crédito” son mayores respecto a los valores que toman estas respuestas para el total de alumnos del sistema.

Es evidente que aquí estamos haciendo generalizaciones al hablar de instituciones particulares “en bloque”. El incremento del sector privado en México se ha dado con una enorme heterogeneidad y, en la actualidad, conforma un conglomerado que ofrece licenciaturas para una vasta variedad de públicos. Hay que reconocer que a ellas asisten estudiantes para quienes la educación superior privada representa la única opción para contar con un título de profesionista ya que su expansión y diferenciación se ha dado, notablemente, a partir de modelos académicos y administrativos más flexibles, respecto a los que suelen regir en las instituciones públicas de educación superior. Con todo, lo que el análisis realizado muestra es que la experiencia estudiantil de los alumnos que asisten a Universidades Públicas Federales suele ser más satisfactoria que la de los demás, particularmente de los que estudian en instituciones particulares.

Gráfico 14
México: motivo principal por el que los alumnos estudian
en la escuela que lo hacen, según clasificación de las IES (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

PERCEPCIONES DE LOS ALUMNOS ACERCA DE LAS VENTAJAS Y DESVENTAJAS DE ESTAR ESTUDIANDO EN DETERMINADA IES

La diversificación de la estructura de la educación superior y las desigualdades y diferencias que hay entre los establecimientos que la conforman han hecho que los alumnos tengan conciencia de que no todos los egresados de una misma carrera obtienen los mismos resultados. Los factores que llevan a que los alumnos de determinados establecimientos educativos sientan tener ventajas o desventajas respecto a otros son varios y entre ellos destacan la percepción sobre el reconocimiento social de los establecimientos, su calidad académica, su vinculación y orientación con el mercado de trabajo, sus medios materiales y técnicos y, por supuesto, los precios de las inscripciones y colegiaturas. Este último factor es un asunto nada trivial porque no sólo toca el dilema de elegir entre la educación pública y la privada, sino el problema de estudiar en una universidad privada sabiendo que, por falta de recursos, no se pudo elegir la que se juzga como la mejor. Por supuesto, aquí también hay que mencionar el problema, que actualmente hay cuando menos en México, debido al número cada vez mayor de rechazados de las universidades públicas más prestigiadas porque

Cuadro 8
México: respuesta de los estudiantes a la pregunta,
según clasificación de las IES (porcentajes)

Respecto a los egresados de escuelas similares a esta, ¿consideras que el haber estudiado en esta escuela te dará ventaja o desventaja para realizar la actividad que quisieras hacer cuando termines?				
IES	Ventaja	Condiciones similares	Desventaja	No sé
Universidades públicas estatales	57.6	30.0	4.2	8.2
IES particulares	57.6	29.6	3.8	9.0
Subsistemas tecnológicos	60.9	28.6	3.5	7.0
Universidades públicas federales	68.3	23.2	2.9	5.6
Escuelas normales	63.9	25.4	3.1	7.6
Total	60.1	28.4	3.6	8.0

Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

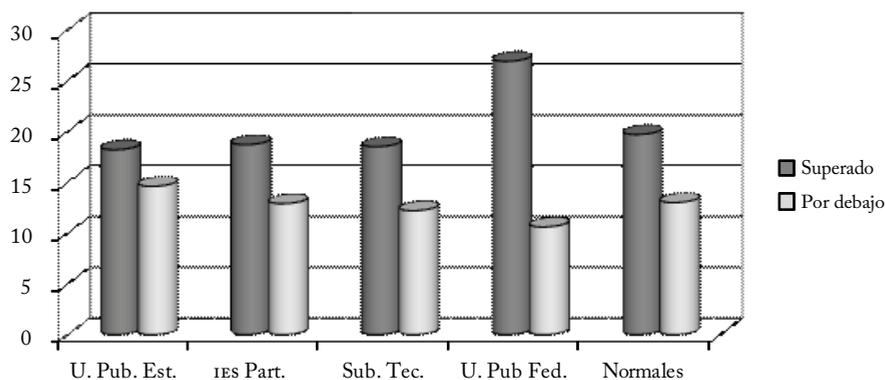
esto ha obligado a muchos jóvenes a matricularse en instituciones educativas, públicas o privadas, de menor calidad percibida (generalmente también real).

Pero, según se observa en el cuadro 8, independientemente del tipo de establecimiento en el que se estudie, la mayoría de los alumnos declara que siente tener ventajas respecto a los egresados de escuelas similares. Aunque, no se puede dejar de lado el dato de que en las universidades públicas federales es donde esto es más frecuente y que, en cambio, en las públicas estatales y también en las particulares es donde la cantidad relativa de alumnos que sienten estar en desventaja es mayor. Esto debe tomarse en cuenta porque pone de manifiesto que los valores de la competencia, instalados sobretodo en los establecimientos privados, cultivan en los jóvenes sentimientos de riesgo y vulnerabilidad respecto a otros jóvenes. Así, una vez más, aparece aquí la desigualdad como un problema del que los estudiantes de hoy están plenamente conscientes y conocen sus consecuencias, en cuanto a las limitaciones que impone al cumplimiento de sus expectativas.

Sobre expectativas y aspiraciones la ENAES pregunta: respecto a esta escuela y carrera, ¿qué tanto consideras que han cumplido con tus expectativas? Los resultados obtenidos de tal pregunta permiten reafirmar lo antes dicho con relación a que la experiencia estudiantil de los alumnos de las universidades

Gráfico 15

México: respuesta que los alumnos dieron a la pregunta
 ¿Respecto a la escuela y carrera que estás cursando,
 qué tanto consideras que han cumplido con tus expectativas? (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

públicas federales parece ser más satisfactoria que la de los alumnos de otras entidades de educación superior, públicas y privadas.

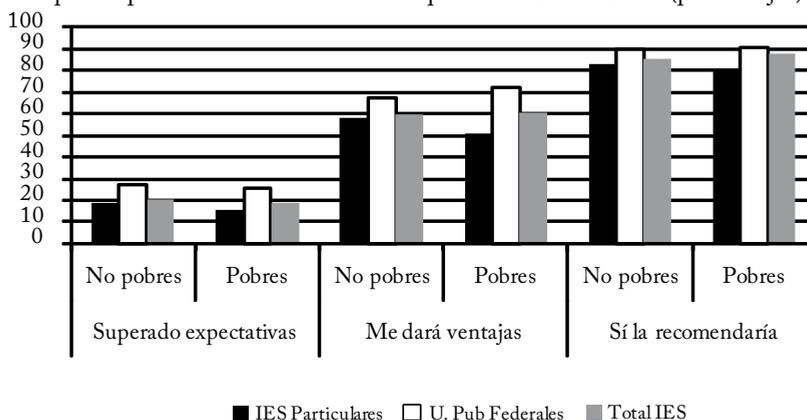
Vale la pena indagar si estos resultados se mantienen (la percepción que tienen los alumnos de las IES respecto a las ventajas y cumplimiento de expectativas), según el capital cultural y social de los alumnos. Se sabe que el “*habitus* de clase” se traduce en diferencias en las valoraciones de los factores que se evalúan y ponderan y, por lo tanto, las percepciones y las opiniones de los alumnos se encuentran vehiculizadas por prácticas, experiencias, representaciones, normas, sistemas de valores e ideologías muy diversos dentro del conjunto estudiantil.

Pero, todos los indicadores muestran que, independientemente del nivel socioeconómico de los alumnos, es en las universidades públicas federales donde la experiencia escolar es más gratificante. Las frecuencias de respuesta “ha superado mis expectativas” son mayores en este tipo de establecimientos, tanto en el caso de los que provienen de familias cuyos ingresos medios mensuales son menores de cinco mil pesos como en el de los alumnos cuyo ingreso familiar promedio es mayor.

De la misma manera, en las universidades públicas federales es donde son mayores los porcentajes de alumnos “ricos”, y también de los “pobres”, que consideran que el haber estudiado precisamente en la escuela en la que están matri-

Gráfico 16

México: evaluación de los alumnos acerca de cumplimiento respecto a diferentes aspectos positivos de la escuela en la que están matriculados (porcentajes)



Fuente: ENAES, ciclo 2008-2009

culados les otorga ventajas sobre los egresados de otras instituciones. También es en este tipo de universidad donde son mayores las proporciones de alumnos, de todos los niveles socioeconómicos, que respondieron afirmativamente a la pregunta ¿Recomendarías a tus amigos o familiares estudiar en esta escuela? Y llama la atención que, en todos estos aspectos, las IES particulares registran menores proporciones respecto al total del Subsistema de Educación Superior.

CONCLUSIONES

Lo expuesto en las páginas precedentes permitió distinguir elementos, más o menos frecuentes, que cruzan las múltiples formas de ser estudiante de educación superior en México. Sin embargo, se pudo comprobar que el mundo estudiantil es un mundo marcado por la diversidad; misma que está relacionada con la de los establecimientos que conforman el Subsistema de Educación Superior. Por ello, hacer referencia a los estudiantes como si constituyeran un conjunto poblacional homogéneo carece de sentido. Incluso resulta arriesgado equipararlos por tipos de institución o establecimiento; pues la heterogeneidad recorre todos los rincones del subsistema.

Por lo anterior, no sería justo ni honesto derivar de lo encontrado y aquí expuesto, conclusiones que establecieran comparaciones tajantes respecto a las diferencias de las instituciones públicas respecto de las privadas, en términos de calidad académica y de posibilidades de los alumnos y egresados de inserción exitosa al mercado de trabajo. Tampoco deben sacarse conclusiones generales en lo que se refiere al bienestar de los alumnos en la escuela, al gusto por asistir a ella y de sus percepciones acerca de las ventajas y del cumplimiento de sus expectativas. Porque lo que ha constatado el análisis realizado, y presentado en este texto, es que los dos segmentos del Subsistema son muy heterogéneos, no sólo entre ellos sino al interior de los mismos, y que la diversidad de la experiencia estudiantil está presente en ambos. Lo que sí debe ser asentado, como una afirmación cierta, es que, en general, a los establecimientos de sostenimiento particular o privado asisten alumnos con mayores recursos económicos y capital cultural que a las instituciones de carácter público, pero dejando claro que en ambos segmentos hay alumnos de escasos recursos y también quienes provienen de familias de niveles socioeconómicos medios altos y altos. Claro está: los porcentajes de representación de estos grupos son bien diferentes en cada uno de los segmentos.

La información de la principal fuente (ENAES) utilizada para hacer el análisis que se presentó en este texto permitió desagregar el segmento de las instituciones públicas por tipo de establecimiento; no se pudo hacer lo mismo con las IES particulares. Hubiera sido idóneo desagregar estas últimas porque aún cuando, en México, el subsistema público de educación superior es más complejo, la diversificación es mayor en el sector privado (Fernández Alfaro, 2008: 97). Con todo, lo importante de lo aquí presentado es que fue posible observar que el binomio público-privado determinado, ciertamente, por el origen social de la mayoría de los alumnos, no agota la totalidad de la diversidad del colectivo estudiantil, ni de la experiencia de ser estudiante.

Sabemos que será difícil evitar que las voces hegemónicas, principalmente las gubernamentales, sigan ponderando las ventajas de la educación superior privada frente a la de carácter público, tratando de sembrar esta idea en la opinión pública. Porque el gobierno mexicano, desde hace ya hace más de veinte años, tiene la voluntad de conducir a las instituciones de educación superior hacia “el imperio del lucro” y a los actores universitarios a que adopten una lógica y prácticas empresariales desde las cuáles la educación y el conocimiento se significan como bienes privados útiles para competir en el mercado. Pero, lo aquí expuesto brinda elementos y material “objetivos” para desechar los pensamientos y afirmaciones

que hacen referencia a diferencias tajantes entre ambos segmentos y entender que el enfrentamiento público-privado más que de diferencias en términos de calidad y pertinencia académica proviene de conflictos de tipo ideológico.

Para que en México la demanda por educación superior se oriente hacia la educación privada ha sido menester que el gobierno y los grupos hegemónicos lancen campañas para desmeritar la pública. No es casual que a los hoy jóvenes se les invite a construir sus demandas educativas haciendo a un lado la búsqueda del interés común y con base a los valores de la competencia ¿Qué mejor estrategia para que la juventud acepte tal invitación que sembrar en los jóvenes la idea de que si cursan su carrera en establecimientos de sostenimiento público será muy difícil que encuentren trabajo y que, en cambio, si se matriculan en una institución de educación superior privada podrán elegir entre varios? Pero, lo cierto es que ninguna institución de educación superior, sea pública o privada, tiene la posibilidad de garantizar que todos sus egresados tendrán trabajo. Este hecho, tarde o temprano, lo descubren los alumnos y la consecuencia se deja ver en los resultados del análisis realizado: en los establecimientos privados la proporción de alumnos que declaran que su escuela superó sus expectativas es menor que en los de régimen de sostenimiento público.

Termino este texto con un interrogante: ¿es posible que la educación privada forme ciudadanos, cuando se le significa como mecanismo para competir y dejar atrás a los otros? Porque como lo señalara Hannah Arendt, el ejercicio de la ciudadanía presupone que los individuos interactúen de manera libre y como iguales. Cabe esperar que, antes de que sea demasiado tarde, una renovación institucional recree la centralidad y aprecio social y político que debe tener la educación pública en un país que, como México, visualiza su futuro vinculado a la democracia.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta Silva, A. (2005), “La educación superior privada en México”, reporte elaborado para el IESALC-UNESCO, <http://unesdoc.org/images/0014/001404/140425s.pdf> (Consultado el 21 febrero de 2011).
- Altbach, P. (2002), “Perspectivas comparadas sobre la educación superior privada”, en P. Altbach (coord.), *Educación superior privada*, tr. Marcela Mollis, México, CESU/UNAM.

- Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (2008), *Catálogo de carreras de licenciatura en universidades e institutos tecnológicos*, México, ANUIES.
- Balán, J. y A. García (2002), “El sector privado de la educación superior”, en R. Kent (comp.), *Los temas críticos de la educación superior en América Latina en los años noventa. Estudios comparativos*, 2a ed., México, Flacso-UAA-FCE, pp.169–253.
- Bordieu, P. (1979), “Los tres estados del capital cultural”, *Sociológica*, núm.3, noviembre, UAM-Azcapotzalco, México, pp. 11-17.
- Dubet, F. (2005), “Los estudiantes”, *CPU-e, Revista de Investigación Educativa*, núm. 1, julio-diciembre, <http://www.uv.mx/cpue/num1/inves/estudiantes.htm#> (Consultado el 11 de febrero de 2011).
- Fernández Alfaro, S. (2008), *Financiación de la educación superior en América Latina*, Santiago de Compostela, Facultad de C.C. Económicas y Empresariales/usc, pp.342.
- Giddens, A, Z. Bauman, N. Luhmann y U. Beck (1996), *Consecuencias perversas de la modernidad. Contingencia y riesgo*, Barcelona, Anthropos.
- Kent, R. y R. Ramírez (2002), “La educación superior privada en México: crecimiento y diferenciación”, en P. Altbach (coord.), *Educación superior privada*, tr. Marcela Mollis, México, CESU/UNAM-Porrúa, pp. 123–143.
- Hoggart, R. (1970), *La culture du pauvre*, París, Minuit.
- Levy, D. C. (1995), *La educación superior y el Estado en Latinoamérica. Desafíos privados al predominio público*, México, Flacso-CESU/UNAM-Porrúa (Colección: Problemas educativos de México).
- Muñoz Izquierdo, C. et al. (2004). *Desarrollo y heterogeneidad de las instituciones de educación superior particulares*, México, ANUIES.
- Rama, C. (2006). *La Tercera Reforma de la educación superior en América Latina*. Argentina, FCE.
- Rodríguez, R. (2000), “Educación superior y desarrollo en América Latina. Un ensayo de interpretación”, en J. Balán (coord.), *Políticas de Reforma de la educación superior y la universidad latinoamericana hacia el final del milenio*, Cuernavaca, Morelos, UNAM, pp. 19–76.
- Rositti, F. (1980), *Historia y Teoría de la Cultura de Masas*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Suárez Z., M. H. (2010), “Desafíos de una relación en crisis: educación y jóvenes mexicanos”, en R. Reguillo (coord.), México, FCE-Conaculta, pp. 90-123.

Juventud precarizada. De la formación al trabajo, una transición riesgosa, editado por el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM, se terminó de imprimir el 10 de agosto de 2012 en los talleres de Formación Gráfica, S.A. de C.V., Matamoros 12, Col. Raúl Romero, 57630 Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México. El tiraje consta de 500 ejemplares en papel cultural ahuesado de 90 gramos los interiores, y en cartulina sulfatada de 14 puntos los forros; tipo de impresión: offset, salida directa a placas (CTP); encuadernación rústica cosida.

En la composición tipográfica se utilizó la fuente Adobe Caslon Pro. El cuidado de la edición fue efectuado por el Departamento de Publicaciones del CRIM.

